El hechizo de MORRIGAN

Adriana Rub

Lectulandia

Morrigan MacErnmas es la infame diosa de la Muerte y de la Destrucción y tiene fama de conseguir siempre lo que se propone, pues tiene el don de la persuasión y encantos suficientes para engatusar a cualquiera. Por eso, Dagda, el jefe de los Tuatha dé Danann, le pide que localice a Sean O'Malley y lo convenza para regresar a Irlanda a ocupar el lugar que le ha sido predestinado: ser el próximo Guardián y liderar a los milesianos en la cruenta batalla que se avecina.

Sean O'Malley no es un guerrero, es un chef. Y no quiere saber nada de la magia, renunció a ese mundo hace años. Por eso, cuando la diosa de la Muerte y de la Destrucción aparece frente a él para convencerlo de regresar con los suyos, no está dispuesto a dejarse persuadir. Solo tiene una salida para librarse de ella, un trato absurdo: que la diosa pase un mes trabajando para él en su restaurante.

¿Será capaz la altiva diosa de acatar todas las órdenes de un simple cocinero?

¿Conseguirá Morrigan convencer a Sean para que ocupe su lugar como Guardián de los milesianos?

Y es que, en la batalla final para salvaguardar el Pacto de Tres, basta una simple persona para inclinar la balanza a favor o en contra de uno de los bandos. Todos son piezas de un puzle que escapa al entendimiento y, para encajar en él, tanto el corazón como la voluntad de participar son esenciales.

Adriana Rubens

El hechizo de Morrigan

Celtic - 3

ePub r1.0
Titivillus 26.06.2026

Título original: *El hechizo de Morrigan*
Adriana Rubens, 2020
Diseño de cubierta: Beatriz Calvet Sánchez

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

Índice de contenido

Cubierta

El hechizo de Morrigan

Prólogo 1

Prólogo 2

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

Capítulo 30

Capítulo 31

Capítulo 32

Capítulo 33

Capítulo 34

Capítulo 35

Capítulo 36

Capítulo 37

Capítulo 38

Capítulo 39

Capítulo 40

Capítulo 41

Capítulo 42

Capítulo 43

Capítulo 44

Capítulo 45

Capítulo 46

Capítulo 47

Capítulo 48

Capítulo 49

Capítulo 50

Epílogo

Nota de la autora

Agradecimientos

Sobre la autora

Notas

La magia está en cada rincón, solo hay que observar atentamente.

Frase de la película *Un cuento de invierno*.

Prólogo 1

Cuentan algunos bardos que, en tiempos remotos, Danu, la diosa madre de los Tuatha dé Danann, fue entregando títulos a los danianos más poderosos de acuerdo con la energía que intuía en ellos. Dichos títulos fueron concedidos tras mucha reflexión, pues sabía que condicionarían sus vidas.

Así pues, el título de dios de la Magia y de la Sabiduría se le otorgó a Dagda, por sus muchos conocimientos mágicos, su erudición y su buen juicio. De él se esperaba que liderase a todos los Tuatha dé Danann a lo largo de los milenios.

Para la joven Erin dispuso el título de diosa de Irlanda, pues su energía parecía nutrirse de la isla Esmeralda. Su aire era su aliento, sus aguas fluían por sus venas y su tierra era su ser. Por eso estaría unida a aquel lugar por toda la eternidad.

El de dios del Sol se lo dio a Lugh, el único con fuerza suficiente para derrotar a las tinieblas cada amanecer y poseedor de una belleza dorada resplandeciente.

Uno a uno, el panteón de los dioses danianos fue diseñado: Taranis fue el dios del Trueno; Belenus, el dios del Fuego; Epona se convirtió en la diosa de los Caballos; Cernunnos pasó a ser el dios de la Fertilidad…

Sin embargo, hubo un título que a Danu le costó entregar: el de la Muerte y la Destrucción. Sabía que sería una carga muy pesada para aquel que finalmente lo poseyera. Además, el daniano indicado tenía que poseer un carácter especial, pues debía saber exacerbar el odio y la compasión a partes iguales, también debía infundir valor y coraje, y todo eso solo se

podía conseguir con mucha fortaleza de espíritu, empatía y un gran corazón.

Solo existía un daniano, además de Dagda, con la suficiente entereza para sobrellevar aquel título. Mejor dicho, una daniana.

Morrigan.

Y, para que la joven pudiera llevar a cabo sus tareas, Danu le concedió el don de la persuasión: bastaba con que Morrigan susurrase en el oído de cualquier mortal las palabras adecuadas y conseguiría doblegar su voluntad ante ella.

Solo habría una excepción. Un único hombre al que no pudiese controlar: aquel al que fuese predestinada a amar.

Pues el verdadero amor era la más poderosa de las magias y ningún hechizo era capaz de doblegarlo.

Prólogo 2

Un grito agudo sacó a Sean O'Malley de su profundo sueño. Miró a su alrededor, asustado, pero no vio nada fuera de lugar en su habitación, que estaba sumida en un suave resplandor azul proveniente del emisor lumínico enchufado entre las dos camas.

No es que él necesitase una de esas luces quitamiedos que usaban los niños pequeños, no. Con diez años ya era mayor para sentir temor por nada. Esa luz estaba allí por Stephen, que estaba a punto de cumplir ocho y todavía se asustaba por muchas cosas.

Sus ojos se desviaron hacia la cama de al lado, donde su hermano yacía durmiendo con placidez con el cuerpo hecho un ovillo y la manta revuelta a sus pies.

La idea de cerrar los ojos y arrebujarse entre las mantas era muy tentadora, pero Sean lanzó un suspiro y abandonó con renuencia la calidez de su lecho. Si no lo tapaba, posiblemente cogería un resfriado.

Al instante, sintió cómo el frío erizaba su piel. Aquel enero estaba siendo especialmente frío y el radiador de su habitación no funcionaba bien. Su madre le pidió a su padre que lo arreglara, pero él todavía no había encontrado el momento.

Últimamente, desde el nacimiento de Heather seis meses atrás, no tenía tiempo para nada más que para trabajar y para ir al *pub*. Después de eso, se iba directo a la cama, tambaleante y farfullando de forma ininteligible, como si tuviera la lengua entumecida.

Mamá decía que era por el cansancio, pero Sean no lo tenía tan claro. Ya no era tan inocente como Stephen, que todavía seguía creyendo que Papá Noel existía. Él ya sabía la verdad.

Y la triste realidad era que su padre se había convertido en un borracho.

Sean cogió la manta y tapó a su hermano con cuidado para no despertarlo. La mayor parte del tiempo, Stephen era insufrible, aunque al ver su rostro relajado por el sueño no pudo evitar una sonrisa tierna. Sí, muchas veces su hermanito no era más que un estorbo, pero, otras, se hacía querer, como cuando lo observaba con admiración y respeto en las ocasiones en que practicaba sus trucos de magia.

Tío Jack, el hermano mayor de su padre, decía que Sean tenía un don especial, que la magia fluía de él con naturalidad, pero de un modo muy intenso, tanto como nunca había visto en nadie. Y él sabía mucho del tema porque era el Guardián, el respetado dirigente de la comunidad de milesianos a los que ellos pertenecían.

La magia le fascinaba. Ese pequeño calorcillo que empezaba a fraguarse en su interior, en algún punto de su tripa, y luego se extendía como una descarga eléctrica al resto de su cuerpo, hasta que las puntas de sus dedos crepitaban de energía.

Sí, la magia era divertida y le hacía sentir bien.

Especial.

El fuerte sonido de un golpe irrumpió sus pensamientos, sobresaltándolo, y volvió a su cama como una exhalación para después taparse con la manta hasta la cabeza.

—¿Sean?

La voz asustada de su hermano le obligó a asomarse desde detrás de la endeble protección de la cálida tela.

Otro ruido, esta vez de cristales rotos, les hizo dar un respingo a ambos mientras observaban asustados la puerta de madera, que era lo único que los mantenía a salvo de la amenaza exterior.

—¿Serán ladrones? —inquirió Stephen en un murmullo trémulo.

Miró el reloj despertador, cuyos números rojos brillaban desde la mesita de noche. Apenas era la una. Cuando se fueron a dormir su padre todavía no había vuelto del *pub*. Era muy probable que todavía siguiera allí, por lo que existía una posibilidad de que sí lo fuesen.

El temor de su hermano y la certeza de que su madre y su hermana pequeña estaban en algún lugar de la casa sacó a relucir su valentía y decidió investigar.

—Escóndete debajo de la cama mientras voy a ver —indicó al tiempo que cogía el bate de béisbol con el que solía entrenar en el colegio, para después salir con sigilo de la habitación y cerrar tras de sí, asegurándose de que su hermano quedase bien resguardado.

Sean tragó saliva y avanzó con sigilo por el oscuro pasillo. No tardó en escuchar el sonido amortiguado de unas voces en la planta baja, discutiendo, y el llanto desconsolado de la pequeña Heather.

El suave crujido de la madera del suelo, justo detrás de él, le hizo dar un brinco y se giró asustado, alzando el bate, solo para encontrarse con el rostro pálido de Stephen a dos pasos de él.

—Te dije que te quedaras en la habitación —siseó con el ceño fruncido.

—Tenía miedo —lloriqueó su hermano—. He ido a la habitación de mamá, pero estaba vacía.

—Creo que están en la cocina. Quédate detrás de mí, ¿de acuerdo?

En cuanto comenzó a descender por la escalera, reconoció la voz sollozante de su madre y apresuró el paso, temiéndose lo peor. Abrió la puerta con contundencia, mientras alzaba el bate, dispuesto a defender a su familia de los asaltantes que habían irrumpido en su casa, pero se quedó de piedra al descubrir que la figura que se erguía amenazante sobre su madre y el bebé que protegía en sus brazos no era otro que Kevin O’Malley, su padre.

—No quise creer los rumores, pero cada día que pasa se hace más evidente: sus ojos son negros como el tizón… ¡Un maldito fomoriano! ¿Cómo pudiste? ¿Cómo…? —Se interrumpió de golpe al darse cuenta de que ya no estaban solos—. Chicos, ¡volved a vuestra habitación! —ordenó

con el ceño fruncido y, a pesar de que a todas luces estaba borracho, su voz sonó firme—. Esto no os incumbe. Es algo entre esta zorra y yo.

Sean se sorprendió por el insulto. Era la primera vez, que él supiera, que su padre le faltaba al respeto de aquella manera a su mujer.

Entrecerró los ojos, sintiendo la furia bullir en su interior y aquel familiar calor en el estómago que era preludio de sus poderes mágicos. Se esforzó por reprimirlo. Tío Jack decía que no debía hacer uso de la magia cuando las emociones estaban alteradas porque se podía descontrolar.

Estuvo a punto de obedecer y salir de allí, pero, entonces, su madre se giró hacia él y lo miró. Tenía miedo, y ese miedo lo obligó a permanecer allí.

—¡He dicho que os larguéis! —rugió Kevin con un bramido que sobresaltó a todos y consiguió que Heather, que parecía haberse calmado un poco, comenzara a llorar de nuevo.

Los ojos del hombre, inyectados en sangre, se clavaron en la niña y una emoción oscura unida a un brillo de locura tiñó su mirada.

—Esa sucia bastarda… —farfulló con el rostro desencajado por el odio.

Hizo ademán de dar un paso hacia ella, pero tropezó con el cubo de basura y trastabilló, mascullando un insulto.

Aprovechando ese pequeño lapsus, Elizabeth se acercó presurosa a Sean y le instó a que cogiera a la pequeña en brazos, con lo que él se vio obligado a entregar el bate a Stephen.

—Lleva a tus hermanos a casa de tío Jack, rápido —urgió con voz temblorosa—. Dile que papá está otra vez borracho. Dile que… —Su voz acabó en un grito cuando Kevin la cogió del pelo y la apartó de un empellón.

Lejos de mostrarse arrepentido por la forma cruel con la que acababa de tratar a su mujer, Kevin seguía con su atención fija en la pequeña Heather, que gimoteaba abrazada a Sean y con el pequeño rostro enterrado en su cuello.

—Dámela, hijo —musitó con voz persuasiva e incluso esbozó una sonrisa que trató de ser tranquilizadora, pero provocó un escalofrío que lo

estremeció.

Sean dudó. No terminaba de comprender la situación. No le gustaba la forma en que miraba a su hermana, pero no dejaba de ser su padre. Un padre nunca haría daño a sus hijos, ¿verdad?

Aunque tampoco debía hacer daño a su mujer y lo acababa de hacer.

—No lo hagas, Sean. No se la des —suplicó su madre con el rostro anegado en lágrimas.

Sean miró de forma alternativa a sus progenitores, con un nudo en el estómago, indeciso.

—Obedece a papá —musitó Stephen, que adoraba a su padre por encima de todas las cosas.

Era lo que le habían enseñado: obediencia absoluta al cabeza de familia, e hizo ademán de hacerlo, pero en el último momento su instinto intervino y dio un paso hacia atrás impidiendo que la cogiera.

—Mocoso insolente, yo te enseñaré a obedecer —gruñó Kevin y, preso de la ira, le arrebató el bate a Stephen con un movimiento violento y lo alzó contra ellos.

Él apretó con fuerza a Heather y giró el cuerpo en un intento por proteger a su hermanita de la amenaza. Después, se encogió sobre sí mismo y cerró los ojos con resignación a la espera del golpe.

Un grito rasgó el aire. Sean se volvió a tiempo para ver cómo su madre se lanzaba contra su padre, como una leona dispuesta a defender a sus crías.

No lo vio venir.

En cuestión de un segundo, el bate impactó contra un costado de la cabeza de Elizabeth con un ruido sordo y, a continuación, cayó inerte al suelo, con la mirada vacía y sin vida, mientras la sangre comenzaba a manar entre su pelo oscuro.

Todo pareció detenerse.

El bate resbaló de las manos de Kevin, que observaba conmocionado el cuerpo sin vida de su mujer mientras tomaba conciencia de lo que acababa de hacer. Abrió mucho los ojos, negó con la cabeza y dejó escapar un sonido estrangulado, parecido a un graznido.

Justo en aquel momento, oyeron que la puerta principal se abría y unos pasos se acercaron presurosos hacia ellos.

Jack O'Malley apareció jadeante y con expresión preocupada. Llevaba un abrigo mal abrochado encima de su pijama, señal de que había salido de su casa con urgencia.

—¿Estáis bien, chicos? —inquirió mientras les repasaba con la mirada y cogía a la pequeña Heather en brazos. Luego se encaró a su hermano—. ¿Qué está pasando, Kevin? He tenido un horrible presentimiento y quería comprobar… —Su voz se apagó cuando sus ojos descubrieron el cuerpo de Elizabeth tendido en el suelo—. ¡Dios Santo! ¿Qué es lo que has hecho?

En un principio, Kevin los miró con una mezcla de horror y arrepentimiento, pero luego su rostro mudó y volvió a llenarse de oscuridad, rencor y locura.

—Se lo merecía —escupió sin piedad—, no era más que una zorra traicionera. Y, en cuanto ponga las manos a ese engendro —añadió mirando a la pequeña Heather de forma amenazadora—, deseará no haber nacido.

Kevin extendió el brazo hacia un lado y puso la palma de su mano hacia arriba. Al instante, una bola de luz comenzó a formarse, al principio del tamaño de un guisante, pero enseguida fue creciendo hasta alcanzar la envergadura de una pelota de tenis. Era el milesiano con más fuerza mágica, incluso más que tío Jack, que era el Guardián, así que, si lanzaba esa bola de energía contra Heather, la mataría en el acto.

Sean no lo podía permitir. No había sido capaz de salvar a su madre, pero no consentiría que nada le pasase a su hermanita.

Por primera vez en su vida, permitió que el calor que vibraba en su interior emanase con libertad, sin el control que tío Jack siempre decía que debía aplicar. Dejó que la confusión, la rabia y el dolor que estremecían su cuerpo fluyeran hasta concentrar toda esa energía en su mano y atacó justo antes de que su padre pudiera hacerlo.

El fogonazo fue tan intenso que los cegó por un momento, pero, cuando desapareció, todos miraron con una mezcla de asombro y horror el resultado.

Por un instante, se hizo el silencio y luego…

El gemido ahogado de tío Jack.

El grito angustiado de Stephen.

El llanto desconsolado de Heather.

Su propio lamento desgarrador.

Aquella noche, Sean conoció la oscuridad que podía llevar a un hombre hasta la locura de destrozar a su propia familia. También descubrió las atrocidades que podía llegar a hacer si perdía el control.

Para él, la magia dejó de ser divertida y de hacerle sentir bien.

Y fue en aquel momento que se prometió a sí mismo que renegaría de la magia para siempre.

Capítulo 1

Veinte años después…

Idris mordió el cuello de su amante y le clavó las uñas en la espalda hasta desgarrar su piel mientras él la penetraba con la brutalidad que a ella tanto la excitaba.

A los dos les gustaba el sexo duro y violento, el placer de provocar dolor y el morbo de recibirlo, y fue así desde la primera vez que sus miradas se cruzaron.

Por aquel entonces, milenios atrás, ella era una joven druidesa milesiana que aprendió de Dagda los secretos de la magia con tal destreza que pronto destacó entre los suyos. Sin embargo, por mucho que hizo, nunca pudo equiparar a la druidesa Birog, la favorita del jefe de los Tuatha dé Danann y a la que todos tenían en gran estima.

Sus celos pronto se convirtieron en rencor, y el rencor azuzó el lado oscuro de su alma. Si los suyos no la valoraban como ella creía merecer, buscaría a alguien que sí lo hiciera.

Guiada por aquellos pensamientos, y pese a que las runas le advirtieron del peligro, decidió escapar de la seguridad de su hogar y acabó en las manos de Balor, el rey fomoriano más temible y acérrimo enemigo de los danianos.

Él la raptó, la violó y la hizo su esclava. Y ella disfrutó cada momento.

Se enamoraron a su manera, de una forma obsesiva y tóxica, pero tan intensa que ninguno concebía la vida sin el otro.

Cuando el ejército de Balor fue vencido por los Tuatha dé Danann en la segunda batalla de Maige Tuired, y el espíritu del rey apresado en una piedra mágica, Idris juró que no descansaría hasta liberarlo. Y por fin, después de milenios de desesperación, lo había conseguido.

Sintió que Balor la cogía del cuello con fuerza mientras la embestía con más ímpetu, cegado en su propio placer. El aire dejó de llegar a sus pulmones y la sensación de ahogo la hizo retorcerse entre sus brazos, en busca de aire. Sin embargo, solo consiguió más potencia en las acometidas de su amante.

Los ojos se le llenaron de lágrimas mientras abría la boca desesperada por captar un poco de oxígeno sin éxito y, cuando pensó que se iba a desmayar, Balor liberó su garganta y, con un último envite violento, le provocó un orgasmo avasallador.

—Es agradable volver a tener dos ojos —comentó Balor minutos después mientras se abrochaba los botones de la camisa frente al espejo.

Idris sonrió. Decidió escoger un «recipiente» atractivo para el espíritu de su amado y el honor recayó en Alexandre Quiroga, el poderoso líder de los Hijos de Breogán, una secta neodruídica de Galicia.

Después, solo hizo falta un poco de la magia que a ella la mantenía a salvo del paso del tiempo para hacerlo rejuvenecer unos veinte años.

—Y más agradable aún volver a tenerte a mi lado —susurró la druidesa.

Su declaración hizo que Balor se le acercara, le apretara el pelo en un puño y tomara su boca con una apasionada posesividad.

Había echado de menos aquello, aquella lujuria imposible de satisfacer, como si el espíritu de Balor quisiera devorar el suyo y no tuviera otro medio más de hacerlo que a través de la unión incansable de sus cuerpos.

De repente, escucharon unos golpes en la puerta y tuvieron que separarse.

—Ya ha llegado —informó una voz a través de la madera.

Idris y Balor intercambiaron una mirada cómplice.

—Es hora de poner en marcha la siguiente fase del plan.

Salieron de la habitación juntos y recorrieron los pasillos hasta una gran sala en donde un hombre muy grande y corpulento, de ojos y pelo negros, los esperaba.

—Kylian, parece que los años no han pasado por ti —comentó Balor al verlo.

—Viejo amigo —saludó el hombre y entrelazaron sus brazos, cada uno con la mano en el antebrazo del otro, en un apretón amistoso—. Me alegro de que tu espíritu por fin sea libre. Bonito nido os habéis montado aquí —agregó paseando sus ojos por la lujosa guarida edificada en las profundidades de las Montañas Rocosas.

—Es solo eventual —repuso Balor mientras tomaba asiento frente a su invitado—. Pronto regresaremos a casa.

Idris, como de costumbre, se mantuvo de pie al lado de su amante y en completo silencio. Los fomorianos formaban una sociedad machista todavía anclada en las tradiciones antiguas y bárbaras, así que rara vez hablaba cuando recibían visita a no ser que Balor le preguntase directamente.

—Así que es cierto lo que dicen. Pretendes invadir Irlanda.

—Esa es mi intención, sí.

—¿Por eso me has convocado ante ti?

—Sí. Mi espíritu ha estado más de tres mil años encerrado en una piedra, tiempo en el que nuestra raza divina ha pasado a ser una triste caricatura de lo que fue. Antes dominábamos a los siadsan. Ahora, tenemos que esconder nuestro poder y someternos —expuso con disgusto —. Los reyes fomorianos que he encontrado en estas tierras han perdido el orgullo y se han aclimatado a esta miseria de vida, pasando desapercibidos entre la gente que habita en la superficie. Se conforman con jugar al golf los domingos o ver Netflix tirados en un sofá. Que yo sepa, tú eres el único rey que se ha mantenido fiel a nuestro estilo de vida.

—El exilio de Irlanda fue difícil para todos y la prohibición del uso de la magia en la superficie no nos benefició.

—Por eso hay que acabar con el Pacto de Tres —argumentó Balor—. Si tú y yo unimos nuestras fuerzas, podremos caer sobre Irlanda y acabar con los Tuatha dé Danann y con el rey Elatha y sus traidores.

—Yo tengo un ejército dispuesto a la batalla, pero ¿qué tienes tú? —inquirió el rey Kylian.

Esperaban esa pregunta. Balor le hizo una seña con la cabeza a Idris, y ella puso sobre la mesa, frente a Kylian, la daga que guardaba.

—Se trata de una daga de Findias —explicó Balor al ver que el rey fomoriano la miraba con curiosidad—. Un arma mágica capaz de acabar con los dioses. Y podemos conseguir más. Las suficientes para armar a tu ejército.

—Los Tuatha dé Danann también tienen armas muy poderosas —señaló Kylian.

—Por ello debemos encontrar la manera de anularlas para que no puedan hacer uso de ellas.

—Hay una forma de ganar una contienda antes de que los ejércitos pisen el campo de batalla —reflexionó Idris en un murmullo. Esperó a que Balor le diera su aprobación con un gesto antes de seguir hablando—. Infiltrando a alguien entre sus filas que provoque el caos. Los Hijos de Breogán casi lo consiguen hace un año.

Y si no lo consiguieron fue porque Alana, la persona que se infiltró entre dos danianos, acabó traicionándolos a ellos.

—Debe de ser alguien que no levante ninguna sospecha y que esté dispuesto a todo —observó Balor.

Entonces, el rostro de Kylian se llenó de un perverso regocijo.

—Creo que conozco a la persona adecuada. Es un fomoriano, uno de los hombres de confianza del rey Elatha. Se enamoró de una milesiana, pero murió de forma trágica y, desde entonces, tiene mucho rencor acumulado contra los milesianos, pues fue uno de ellos el que la mató.

—¿Crees que se querrá unir a nuestra causa?

—Estoy seguro de que encontraré la manera de convencerle —aseguró el rey Kylian con una sonrisa ladina—. Ya es hora de que recuperemos lo que es nuestro.

—Y de que obtengamos nuestra venganza por miles de años en el exilio —añadió Balor.

Idris sonrió. Las runas nunca fallaban. Aquella alianza era un paso más hacia la ansiada victoria.

Capítulo 2

Alguien la acechaba.

Morrigan no tuvo necesidad de abrir los ojos para localizar al intruso. Mantuvo su postura de meditación mientras agudizaba el oído y el olfato para detectar de dónde provenía la amenaza.

Pronto percibió el suave relincho de varios unicornios que pastaban no lejos de allí, el arrullo del agua proveniente de un riachuelo cercano y el leve murmullo de las plantas mecidas por el viento que trajo consigo un tenue aroma a flores silvestres.

Aquel rincón del jardín de Avalon, el castillo de los danianos en *Tir na nÓg*[1], era el lugar ideal para apaciguar su alma, encontrar el equilibrio que necesitaba su espíritu y acallar las voces que se habían ido acumulando a lo largo de los milenios y que de vez en cuando le provocaban pesadillas. Y es que la responsabilidad que conllevaba su título era una losa más difícil de arrastrar conforme pasaba el tiempo.

En algunos momentos deseaba que Danu hubiese elegido para ella algo tan hermoso como ser la diosa del Amor o de la Naturaleza, o incluso algo más trivial como ser la diosa de las Cosechas, de los Caballos o incluso de la Música. Pero no, según la Gran Diosa, solo alguien con su poder y su fortaleza podía sobrellevar el gran honor de ser la diosa de la Muerte y de la Destrucción. Un «honor» que cada vez la constreñía más hasta el punto de que últimamente sentía que se asfixiaba.

Con todo, cumplía con abnegada diligencia sus dos principales misiones.

Una era la de estar presente en todas las batallas e infundir valor y ánimo a los combatientes, aunque, en los últimos tiempos, la mayoría de las contiendas se libraban en los despachos gubernamentales y las peores matanzas se originaban apretando un botón. Echaba de menos la época en la que mirabas a los ojos de tu contrincante en un duelo cuerpo a cuerpo en el que perder o ganar venía determinado por tu destreza con la espada.

Su otro cometido era el de acompañar a las almas de los guerreros caídos hasta su próxima reencarnación.

Muerte y vida.

Dos conceptos que en el mundo celta tenían una estrecha relación.

Un sonido la sacó de sus reflexiones. Fue algo leve, una pisada sobre una brizna de hierba, pero suficiente para que percibiera que alguien se acercaba por su espalda.

En lo que tarda una mariposa en batir sus alas una vez, Morrigan abandonó la postura del loto, se puso de pie y se giró para encararse a su atacante.

Con un movimiento veloz, agarró la mano que se tendía hacia ella empuñando un arma y, de forma diestra, volteó el cuerpo de su presunto agresor hasta dejarlo tendido en el suelo mientras lo desarmaba.

Enseguida descubrió que el arma en cuestión era… un lápiz.

—¡Auch! ¡Mierda! ¿Es que tienes ojos en el cogote o qué?

Morrigan sonrió al escuchar la protesta farfullada entre dientes.

—¿De verdad pensaste que me podías sorprender por la espalda, Eli? —inquirió mientras tendía la mano a la joven para ayudarla a levantarse.

Eleonora Quiroga, a la que todos llamaban cariñosamente Eli, compuso una mueca mientras se sacudía el trasero con una mano. En la otra sujetaba de forma protectora contra su cuerpo el bloc de dibujo que siempre la acompañaba.

—Que hasta ahora no lo haya conseguido no implica que no lo vaya a lograr si lo sigo intentando, ¿verdad? —repuso con tenacidad.

Morrigan la miró con orgullo. Cuando la conoció estaba postrada en una silla de ruedas y parecía tan endeble como un recién nacido. Aunque tenía dieciséis años por aquel entonces, no aparentaba más de trece o catorce, tal vez debido a sus facciones delicadas y a su cuerpo menudo y poco desarrollado. Aun así, no se sintió amedrentada ante nada, señal de su entereza de espíritu. Solo le bastó un sorbo del Caldero de Dagda, un recipiente mágico que sanaba a quien bebía de él, para regenerar su cuerpo y fortalecerlo.

Un año después de aquello no existía ni rastro de aquella frágil figura. Creció unos diez centímetros, lo que la situaba en una altura de un metro y sesenta cinco, y sus curvas se redondearon en los lugares adecuados.

En conclusión, se había convertido en una mujer preciosa y, a juzgar por el dibujo que Morrigan divisó en su cuaderno, fascinada por un hombre en concreto.

—¿Eso de ahí es un dibujo de Taran? —preguntó mientras le devolvía el lápiz.

Contuvo una sonrisa cuando vio que los ojos de Eli se abrían con expresión de culpabilidad y su rostro se cubría de un intenso tono rosado.

—No. Bueno, sí —se apresuró a rectificar al ver que Morrigan levantaba una ceja—. Pero no es lo que piensas. Estaba haciendo un estudio de anatomía masculina y…

—Y decidiste usar el atractivo cuerpo de Taran como modelo para ello, ¿verdad? No el de Lugh ni el de Elatha ni el de ninguno de sus otros cuervos.

—Lugh es la pareja de mi hermana y ahora lo veo como a un hermano mayor —bufó Eli—. Dibujarlo así rayaría el incesto —adujo la muchacha —. En cuanto a Elatha, es el rey de los fomorianos y me resulta demasiado imponente.

—Pues si ahora te resulta imponente, tendrías que haberlo visto antes de que llegara Diana.

Elatha era uno de los más temibles reyes fomorianos. También era el hombre más honorable que jamás había conocido. ¿Y para qué negarlo?, siempre estuvo un poco enamorada de él, aunque él solo tenía ojos para Erin, diosa de Irlanda y hermanastra de Morrigan.

Cuando Erin murió, hace milenios, en la guerra con los milesianos, Elatha juró esperarla en Irlanda hasta su reencarnación. Siglo tras siglo, el rey aguardó a su amada. Lo que nunca imaginó fue que la espera sería tan larga… ni que ella volvería reencarnada en Diana, una joven española tozuda y con mucho valor, sin recuerdos de su anterior existencia ni consciencia de su calidad de diosa.

Por suerte o, mejor dicho, por la persistencia de Elatha, él y Diana lograron convertirse en pareja y su amor unió a danianos y fomorianos. Y, ahora, el rey de los cuervos era el más feliz de los hombres cuando tenía a su pequeña pelirroja cerca.

—¿Y Taran no te parece imponente? —insistió Morrigan al recordar el rostro duro de la mano derecha de Elatha.

De todos los guerreros fomorianos que lideraba Elatha, a los que también se les conocía como «cuervos» por su habilidad en transformarse en dicho animal y porque siempre vestían de negro, Taran era el que más amedrentaba después de su rey. Ya no por su cuerpo curtido para la batalla, pues todos los fomorianos rondaban los dos metros de puro músculo, sino por el aura atormentada que lo rodeaba. El intenso dolor que sufrió al perder a la mujer a la que amaba y a su hijo nonato lo convirtió en un hombre duro y taciturno. Aunque lo cierto era que, desde el primer momento, el general fomoriano se mostró muy protector con Eli.

—Taran es… Taran —concluyó la muchacha con un encogimiento de hombros y desvió la mirada mientras se mordía el labio inferior.

Morrigan no tuvo que ver sus ojos para percatarse del enamoramiento que sentía la joven por él. Le bastó con escuchar la forma en la que pronunció su nombre.

—Ten cuidado, Eli. Él no está en condiciones de amar a nadie.

—¿Quién ha hablado de amor? Taran es solo un amigo —musitó, aunque solo ella se creyó su propia mentira—. Además, no necesito sermones; para eso ya está Alana —reprochó con un chasquido de la lengua—. De ti solo espero que seas mi amiga, Morrigan, y que no le hables a nadie sobre este dibujo —advirtió—. Ya sabes lo pesados que se ponen todos conmigo —concluyó poniendo los ojos en blanco.

Desde que Eli llegó a Avalon un año atrás, todos se mostraban sobreprotectores con ella, Morrigan incluida, aunque ella lo disimulaba mejor que el resto e intentaba no asfixiar a la adolescente. De hecho, llevaba un tiempo entrenándola para la batalla que se aproximaba, a pesar de que ni Alana ni Dagda la iban a dejar participar.

Intuyendo que no debía incidir más en esa cuestión, Morrigan optó por un cambio de tema.

—Pues yo espero que tengas algo interesante que contarme para haber venido hasta aquí a interrumpirme mientras meditaba.

—He tenido una visión referente a ti —anunció la joven y comenzó a pasar las hojas de su cuaderno con rapidez, como buscando un dibujo en concreto que le quisiera mostrar.

—Menudo monográfico has hecho de tu «solo un amigo» —observó Morrigan en tono picajoso al divisar varios bocetos del guerrero en diferentes escenarios.

La muchacha se puso todavía más roja, pero solo emitió un gruñido y continuó pasando páginas.

Un dibujo en cuestión llamó la atención de Morrigan: una espada de una magnífica empuñadura labrada con intrincados nudos celtas. En el filo se podía apreciar una inscripción en gaélico antiguo: *athbheochan*.

Renacido.

—¿Dónde has visto esa espada?

—Llevo varios días soñando con ella, aunque todavía no sé lo que significa —explicó Eli con un grácil encogimiento de hombros.

Como descendiente de la druidesa Biróg, una de las milesianas más poderosas que habían colaborado con los Tuatha dé Danann, Eli poseía el don de la videncia. Presenciaba escenas del futuro en sueños que luego plasmaba al papel de una forma magistral con calidad casi fotográfica.

La muchacha pasó un par de hojas más hasta que dio con lo que estaba buscando. En aquella ocasión, en la hoja que le mostró se podía ver un majestuoso dragón rojo con las alas extendidas y la larga cola enroscada y acabada en punta.

Morrigan miró a Eli con expresión interrogante a la espera de una aclaración.

—Creo que este es tu destino —musitó la joven—. ¿Significa algo para ti?

—¿Me has confundido con Daenerys Targaryen? —bufó Morrigan aludiendo a uno de los personajes de *Juego de Tronos*, conocida como la «Madre de dragones».

Una serie que empezó a ver por insistencia de Eli, que era una gran fan de esta, y que la ternimó por fascinar, ya que la ambientación le recordaba a tiempos antiguos.

—Fue un sueño un poco confuso, la verdad —reconoció Eli—. Vi una tierra de montañas negras con verdes pastos a sus pies surcados por un río, y a un dragón rojo sobrevolándola. También vi a un hombre moreno; su rostro estaba borroso, pero recuerdo unos ojos azules tan claros como el cielo en invierno e igual de fríos. También creo haber visto una trucha.

Morrigan levantó las cejas con diversión.

—¿Una trucha?

—Lo sé, no entiendo lo que pinta una trucha en todo esto, pero estaba allí.

—¿Y dices que es parte de mi destino?

—Creo que, para bien o para mal, dentro de poco ese hombre se cruzará en tu camino —respondió Eli con seriedad.

—No creo que sea dentro de poco, pues me necesitan por aquí para ayudar con los entrenamientos, así que no tengo pensado abandonar el subsuelo hasta que…

Unas pisadas acercándose cortaron sus palabras. Morrigan y Eli se giraron al unísono para ver quién era el que se les aproximaba y descubrieron a uno de los milesianos que servían en el castillo bajo las órdenes de Dagda.

—*Mo tiarna*[2] requiere su presencia en la biblioteca de Avalon, señora —anunció el hombre con una inclinación respetuosa de la cabeza.

Eli le dedicó una mirada significativa, y Morrigan no pudo más que admirar el poder de la muchacha. Existían muchas razones por las que Dagda la mandase llamar, aunque tuvo el presentimiento de que la visión de Eli tenía mucho que ver en aquella ocasión. Y debía reconocer que estaba más que impaciente por descubrir qué pintaba una trucha en todo aquello.

Por eso, y solo por eso, no hizo esperar al líder de los danianos. Al menos, no demasiado.

Capítulo 3

Todos en Tir na nÓg sabían de la inminente llegada del Ejército Oscuro, nombre con el que habían bautizado a las huestes que Balor estaba reuniendo al otro lado del océano. Lo importante era saber cuándo llegaría el momento de la invasión para tener lista su ofensiva. Por eso, Dagda, jefe de los Tuatha dé Danann y Señor de la Magia, cada mañana lanzaba sus runas en una pequeña sala de uso personal que tenía en la biblioteca de Avalon e invocaba a la gran diosa Danu en busca de alguna revelación al respecto.

Aquellos pequeños guijarros de piedra negra eran un regalo que la mismísima diosa le otorgó para ayudarle en la difícil misión de liderar a los suyos.

En cuanto comenzó a entonar un antiguo cántico celta, los símbolos tallados en la fría superficie comenzaron a brillar.

Dagda los observó concentrado durante unos minutos, sumido en un profundo trance.

> *El día en que acabe el verano, los demonios que acechan desde el otro lado del océano caerán sobre Irlanda. Su finalidad es destruir el equilibrio de la magia y llenar la tierra de oscuridad.*
>
> *Los dioses danianos caerán bajo sus dagas ya que no podrán hacer uso de sus armas mágicas.*

Solo habrá una posibilidad de victoria si el Pacto de Tres se mantiene firme y unido.

El dios salió del trance con un suspiro ahogado y anotó en su libro las palabras de Danu antes de que se diluyesen de su cabeza. Después, releyó el texto para descifrar su significado.

No tardó en deducir el mensaje de la Gran Diosa.

«El día en que acabe el verano» sin duda era Shamaín, la noche entre el treinta y uno de octubre y el uno de noviembre, fecha que marcaba el fin de la temporada de cosechas. Teniendo en cuenta que estaban a punto de empezar la primavera, les quedaba algo más de siete meses para prepararse.

«Los dioses danianos caerán bajo sus dagas» solo podía significar una cosa: Idris iba a tener éxito en la clonación de la daga de Findias, hechas con una aleación mágica capaz de matar a los dioses. Eso suponía un gran problema, sobre todo porque había mencionado que ellos no podrían hacer uso de sus armas mágicas.

En la antigua batalla contra los fomorianos, los Tuatha dé Danann usaron cuatro tesoros mágicos para salir victoriosos, dos de los cuales eran poderosas armas.

Una de ellas era la *Claíomh Solais* o Espada del Sol. Una vez se desenvainaba, no existía enemigo que no cayera ante ella. Su filo era capaz de quebrar cualquier espada, incluso las de metal fomoriano, que eran de una dureza especial.

La otra era la *Gáe Assail* o Lanza de Assal. Solo Lugh la podía empuñar y, en cuanto elegía un objetivo, la lanza se cubría de fuego y solo se apagaba con la sangre de su víctima.

En la próxima batalla, según parecía, no podrían utilizar aquellas armas. ¿Por qué? Todavía no tenía una respuesta. Debía esperar a que Danu le diese alguna pista más para averiguar la razón y buscar alternativas. Un inconveniente que le llevaba a otra cuestión…

«Solo habrá una posibilidad de victoria si el Pacto de Tres se mantiene firme y unido».

Aquella parte de la predicción suponía otro gran problema.

Los Fomoré asentados en la isla Esmeralda, dirigidos por el rey Elatha, siempre estaban preparados para la batalla. Eran guerreros de fuerza y coraje, sin miedo a nada y fieles a su líder. Defenderían el Pacto hasta el último aliento, aunque tuviesen que pelear contra su propia raza.

Los Tuatha dé Danann no tenían ese espíritu batallador, eran más sosegados y contemplativos, pero muy poderosos en las artes mágicas. En vista de la inminente guerra, llevaban meses entrenándose como guerreros bajo la supervisión de los fomorianos.

Así pues, los fomorianos y los danianos estaban listos para la guerra, pero las runas le habían advertido que no podrían vencer sin la ayuda de los milesianos, el tercer integrante del Pacto de Tres, lo que suponía un gran dilema con una difícil solución.

Por eso, mandó llamar a la única que podía mediar en aquel asunto.

Mientras esperaba, se asomó a la ventana de la biblioteca de Avalon para observar con mirada analítica la actividad que se desarrollaba en el patio de armas que en aquellos momentos bullía de actividad.

Taran, uno de los generales de Elatha, y Lugh, el mejor guerrero de los danianos, estaban demostrando sus habilidades en una contienda amistosa. Los dos hombres, de poderosa musculatura, eran diestros con cualquier arma y verlos combatir era todo un espectáculo. Cada vez que entrechocaban sus espadas, el estruendo del metal resonaba en cada rincón del castillo como los truenos en una tormenta. Era tan estremecedor que enseguida se formó un círculo de admiradores en torno a ellos, al que pronto se unieron Alana y Eli.

Las dos hermanas por parte de madre, de origen gallego, solo llevaban un año en *Tir na nÓg*. Pese a que llegaron en circunstancias desfavorables, pues las dos habían formado parte de Los Hijos de Breogán, las muchachas acabaron por integrarse muy bien entre los danianos. Y no porque Alana fuese pareja de Lugh e hija de Dagda, no; lo hicieron por méritos propios, porque tenían buen corazón y un carácter intrépido y tenaz.

Solo les faltaba mejorar en sus dotes mágicas y, poco a poco, lo estaban consiguiendo. Al ser descendientes de la druidesa Biróg, las dos tenían capacidades sobradas para destacar en la magia y tenían dotes de

videncia. Alana, además, al poseer sangre de Dagda en las venas, había desarrollado sus poderes hasta el punto de que le apareció un trisquel en su piel, el símbolo con el que la diosa Danu marcaba a los danianos.

Gritos de júbilo sacaron a Dagda de sus pensamientos y volvió su atención al patio. El duelo entre los guerreros acababa de finalizar con un merecido empate y los dos se dieron un apretón de manos mientras intercambiaban alguna pulla amistosa que los hizo reír.

Dagda observó la escena con satisfacción. En otro tiempo, aquel acto hubiese sido impensable, pues, durante miles de años, tanto danianos como fomorianos fueron feroces enemigos. Pero, en ese entonces, habían aunado sus fuerzas frente a un enemigo común: Balor. Y esa unión era posible gracias al amor que se profesaban Elatha y Diana, la reencarnación de Erin. Ellos simbolizaban la perfecta harmonía entre las dos razas.

—¿Me buscabas? —inquirió una voz femenina a su espalda, sacándolo de sus reflexiones.

Su solución acababa de llegar.

Dagda se giró a tiempo para ver cómo Morrigan entraba en la biblioteca avanzando, como siempre, con decisión y orgullo. No pudo evitar una opresión en el pecho al verla. Una vez, siglos atrás, mantuvieron un intenso romance, pero ninguno encontró en el otro lo que necesitaba para hallar la felicidad plena y su relación pasó a convertirse en una férrea amistad. A pesar de eso, Dagda podía apreciar que era una mujer tan hermosa que quitaba el aliento, pero tan complicada que, aun después de miles de años conociéndola, sabía que no había conseguido desentrañar todos sus enigmas.

El peso de su título, la diosa de la Muerte y de la Destrucción, unido a su costumbre de vestir siempre de negro e ir armada, le otorgaba la fama de ser una mujer de naturaleza pendenciera, pero nada más lejos de la realidad: su esencia era apacible y su corazón bondadoso.

—¿Has visto el entrenamiento? Creo que ya estamos preparados para arrancar las cabezas de Balor y los suyos si intentan invadirnos. Los machacaremos. Los despedazaremos. Los aniquilaremos. No tendremos piedad —afirmó Morrigan con expresión sanguinaria.

Bueno, tal vez sí se había vuelto un tanto pendenciera y su corazón se estaba endureciendo, pero era algo inevitable debido a sus responsabilidades.

—Te equivocas —contradijo Dagda con un suspiro de pesar—. No estamos preparados. No podremos hacerlo sin la ayuda de los milesianos.

—¿Los milesianos? —inquirió ella y su tono poseía un matiz despectivo—. ¿Quién los necesita?

La mayoría de los danianos y los fomorianos infravaloraban a los milesianos, pero se equivocaban al hacerlo. Puede que la mayoría no fuesen tan fuertes como los dioses, pero algunos estaban capacitados para desarrollar un formidable poder. Además, eran más numerosos y habían demostrado tener un coraje excepcional frente a las adversidades.

—Nosotros —respondió Dagda sin dudar—. Ellos forman parte del Pacto de Tres, son una pieza esencial.

—Dirás una pieza descoyuntada —repuso Morrigan con un bufido.

Tenía razón. Los milesianos se habían convertido en un rebaño desmembrado y desorientado, pues no tenían un pastor que los guiase. Aquel que debía hacerlo, el Guardián, encarnado en el padre O'Malley, no era el mismo tras la revuelta de Muckross Abbey.

Que Stephen, su propio sobrino, hubiese sido el causante de una rebelión entre los suyos, supuso un golpe duro de asumir. Que, además hubiese descubierto que fue el autor de la muerte de Heather —su propia hermana pequeña—, le destrozó el corazón.

—Con todo, debemos conseguir que los milesianos vuelvan a ser un pueblo unido y que estén preparados para la guerra.

—¿Cómo piensas hacerlo? El Guardián ya no tiene la fuerza de espíritu necesaria para liderarlos.

Dagda había pensado mucho en ello.

—Tal vez sea hora de que deje paso a su sucesor —susurró al fin compartiendo con ella sus desvelos.

—¿Te refieres a Sean O'Malley? ¿De verdad crees que ese *cocinerucho* es digno de ser el próximo Guardián?

—La diosa Danu lo cree así —respondió Dagda de forma tajante.

No importaba lo que él creyese, Danu hizo su elección. Los milesianos tenían en su piel la marca del *wuivre*: dos serpientes enlazadas entre sí y, al que la diosa elegía como Guardián, le aparecía una serpiente dorada alrededor de su símbolo. Para sorpresa de todos, el elegido como sucesor del padre O'Malley fue su sobrino Sean, un hombre que se había mantenido ajeno al mundo mágico por decisión propia desde pequeño.

Si la diosa Danu, en su infinita sabiduría, consideraba a Sean O'Malley un digno Guardián, para Dagda aquello era motivo suficiente para considerarlo su mejor opción.

Morrigan puso los ojos en blanco, nada convencida con su respuesta.

—Digno o no, él huyó de Irlanda, ¿no es cierto?

—Por eso te he mandado llamar. Necesito que utilices tus contactos para que lo localices y le pidas, por favor, que regrese.

Ella lo miró con la ceja arqueada.

—¿Que se lo pida por favor? —bufó.

—No puedes traerlo bajo coacción ni hacer uso de tus poderes. Sean debe venir por propia voluntad —advirtió Daga.

—¿Crees que se negará ante un mandato de los dioses?

—Es una posibilidad. He oído que Sean O'Malley tiene fama de ser bastante testarudo. Nunca ha querido tener nada que ver con los milesianos y ha renegado de su naturaleza mágica. Por ahora solo necesito que des con él y le expliques la situación.

—Eso es fácil.

—Recuerda que está escondido —señaló Dagda—. Desde que se fue, tras la revuelta de Muckross Abbey, nadie ha vuelto a saber de él, ni siquiera su propio tío. Lleva un año desaparecido. No creo que sea tan sencillo localizarlo.

Le sorprendió ver una sonrisa confiada en la boca de la mujer.

—Tengo una pista.

—¿Una pista? ¿Qué pista? —inquirió extrañado.

—*Ddraig Goch*.

Capítulo 4

Draig Goch.

El dragón rojo.

Aquel era el símbolo de Gales y, además, aparecía sobre las letras del restaurante Black Mountains Delight, ubicado en lo alto de una suave colina en las afueras de Crickhowell, una pintoresca localidad del condado de Powys, en el este del país.

El encanto de la decoración rústica con ambientación celta, unido a la buena cocina y a las impresionantes vistas que ofrecía la cristalera del comedor al Parque Nacional Brecon Beacons, lo habían catapultado al éxito en un breve espacio de tiempo y estaba lleno a diario. De hecho, se debía reservar con semanas de antelación para poder degustar la exquisita comida que allí se servía.

En aquel momento, la cocina estaba en su punto álgido de actividad y Sean O'Malley, propietario y chef, era el encargado de que todo discurriese sin contratiempos. Era como un director de orquesta que dirigía a los músicos para que entonasen una sinfonía de forma perfecta. Salvo que los músicos eran los auxiliares de cocina y la sinfonía la conformaba cada uno de los platos que salían por la puerta que daba al comedor.

El cuchillo repiqueteaba con rapidez sobre la tabla, cortando en finas láminas un calabacín de uno de sus proveedores de verdura ecológica. Sus manos se movían con decisión y destreza, tras horas y horas de práctica.

Puede que un chef de su talla se hubiese dedicado a observar a su equipo y limitarse a dar instrucciones y órdenes, pero Sean no era cualquier chef. A él le gustaba cocinar. Le encantaba cortar y manipular los alimentos, mancharse las manos y dar su toque especial a todo lo que salía de la cocina, aunque fuese una simple sopa.

Sí, llevaba años trabajando muy duro para ser un chef excepcional y se enorgullecía de no haber tenido nunca una queja entre ninguno de sus clientes…

—¡No le gusta la trucha! —atronó una voz de repente cortando el rumbo de sus pensamientos.

La cocina quedó un segundo en un silencio estupefacto mientras todos los allí presentes observaban a Olwen, el hombrecillo que hacía las veces de *maître* y que acababa de irrumpir por las puertas batientes con mirada de espanto.

Un instante después, Sean sintió que la atención de su equipo se centraba en él a la espera de una reacción. Se irguió en toda su estatura, que rondaría el metro noventa, y frunció el ceño.

—¿Qué quieres decir con que no le gusta la trucha? —inquirió con calma.

A todo el mundo le gustaba la trucha que él cocinaba. Era su plato estrella.

Cada mañana se levantaba temprano para pescarlas en el río Usk. La pesca con mosca se había convertido en una de sus aficiones y además se aseguraba de que el pescado que servía en el restaurante fuese lo más fresco posible.

—Pues que no le gusta —reiteró el hombre mientras se atusaba con nerviosismo las puntas de su bigote rubio—. Le he servido el vino blanco diciéndole que era sugerencia del chef y cuando lo ha probado me ha dicho que era exquisito. —Sean no lo dudaba. Su bodega era de calidad, y ofrecía una variada selección de vinos blancos, tintos y rosados, todos elegidos cuidadosamente por él para acompañar los sabores de sus creaciones.

»Seguidamente, el primer plato: ensalada de brotes tiernos con nueces y queso de cabra. Al retirarle el plato le he preguntado si le había gustado,

y me ha respondido que estaba deliciosa. —En aquella ocasión, Olwen habló mirando a Rhonda, la mano derecha de Sean y encargada de las ensaladas, cuyo rostro reflejaba la misma perplejidad que el del resto de los allí presentes.

»Luego, le he servido la trucha tal y como ella solicitó movida por mi recomendación —continuó explicando—. Minutos después, me he acercado para saber si era de su agrado y… me ha contestado que no, que quería hablar con el chef —añadió Olwen consternado.

Sean frunció el ceño.

—¿Cuáles han sido sus palabras exactas?

—«Me gustaría hablar con el chef» —citó el *maître*.

—Bueno, pues, si quiere hablar con el chef, con el chef va a hablar —decidió Sean entre dientes.

No sentía incertidumbre, más bien estaba ofendido de que alguien pudiese tener alguna queja de su comida.

Comenzó a lavarse las manos bajo la atenta mirada de su equipo. Tras lo cual, se estiró la chaquetilla negra que llevaba para alisar un par de arrugas fruto del ajetreo, irguió los hombros, alzó el mentón y cruzó las puertas batientes junto a Olwen.

En cuanto irrumpió en el comedor, llamó la atención de los allí presentes. En otro momento, se hubiese detenido para conversar con alguno de los clientes habituales que lo saludaron con admiración, sin embargo, su ceño fruncido pronto hizo mella en los comensales y optaron por dirigirle miradas subrepticias.

Sean los ignoró y siguió el cabeceo de Olwen hasta dar con la mesa de la clienta supuestamente descontenta. Y, en cuanto se topó con la mujer vestida de negro que lo miraba con descaro, dejó de respirar por un segundo.

Nunca había visto tanta belleza, ni siquiera en las portadas de las revistas o en la televisión. Su cabello era tan oscuro como una noche sin luna y se ondulaba suavemente a los lados de un rostro de facciones delicadas y piel de marfil. Sus ojos eran grandes, ligeramente sesgados y de un tono ambarino que le recordó al Tyrconnell, su *whisky* preferido. Y,

en cuanto a su boca…, su cuerpo se endureció con una simple ojeada a aquellos labios carnosos que tenían el color de una fresa madura.

Sin embargo, toda la atracción que sintió al verla dio paso a una frialdad absoluta cuando fue consciente de una realidad: aquella mujer era demasiado perfecta para ser de aquel mundo. Y eso solo podía significar…

Antes de alcanzar su mesa ya pudo percatarse de la intensa energía que desprendía, un «algo» intangible que le erizó el vello de la piel e hizo crepitar su propia energía en respuesta. Aun así, siguió andando hasta detenerse frente a ella tratando de disimular las emociones que bullían en su interior.

—Soy Sean O'Malley, el chef. ¿Hay algún problema con la trucha? —preguntó con fingida cortesía.

Que aquella misteriosa mujer lo acariciara de arriba abajo con la mirada con una expresión de aprobación solo consiguió azuzar su enfado al sentir que su cuerpo se rebelaba a su autoridad y cobraba vida en respuesta.

—Ya lo creo que sí —respondió ella y, mirándolo entre las pestañas, añadió—: Creo que necesita un toque de magia.

Su voz, ligeramente ronca como un suave ronroneo, avivó su libido.

Sus palabras, en cambio, fueron como un contundente puñetazo en el estómago.

Solo con escuchar la palabra «magia» su cuerpo se estremeció sin que pudiese evitarlo. Sintió un sudor frío perlar su frente.

Quiso gritar.

Rogar.

Huir.

Esconderse.

Olvidar.

Eso es lo que llevaba esforzándose por hacer el último año.

En cambio, sin apartar la mirada de aquella mujer, le quitó el tenedor con un movimiento decidido, pinchó un trozo de trucha y se lo llevó a la boca.

Lo degustó de forma lenta, atrayendo la atención de la desconocida hacia sus labios. Pudo ver cómo las pupilas de ella se oscurecían ligeramente y aquello lo desconcertó por un segundo. Era evidente que lo encontraba atractivo y lo mostraba sin tapujos.

Lejos de sentirse halagado, saberlo lo enfureció y avivó su determinación.

Tragó el bocado relamiéndose, plantó las manos sobre la mesa y se inclinó hacia ella.

—Pues yo creo que así está perfecta —siseó con voz inflexible—. Si estás buscando magia, te has equivocado de restaurante —agregó al tiempo que le dirigía una advertencia con la mirada.

Y después, sin más, se dio media vuelta y volvió al lugar que se había convertido en su refugio.

En cuanto entró en la cocina, Briana, una joven que hacía las funciones de auxiliar de cocina, le abordó mientras se frotaba las manos con nerviosismo.

—¿Todo bien?

Dylan, su compañero en funciones, no se quedó atrás.

—¿Qué te ha dicho?

Mientras, los otros dos integrantes de su equipo miraban a través de las ventanas redondas dispuestas en la puerta doble que daba al comedor.

—*Elle est très belle!* —exclamó Pierre con un silbido de admiración —. ¿Te ha dado su teléfono?

—*Elle est très belle!* —repitió Rhonda con voz de falsete en una mala imitación de su acento francés—. ¿Es que no puedes pensar en otra cosa, franchute?

Su mano derecha era la mujer más paciente, amable y equilibrada que conocía, pero la incorporación más reciente del grupo siempre conseguía sacarla de sus casillas.

Pierre Dubois tenía treinta y ocho años. Era de estatura media, pero tenía un cuerpo muy musculado. Su rostro de niño bonito y su encanto francés parecía atraer a las mujeres como la miel a las abejas. A todas menos a Rhonda, que no lo soportaba.

Sin embargo, su físico era irrelevante allí. Si formaba parte de la brigada de cocina de Sean era porque era un magnífico pastelero y panadero.

—*Allez!* La trucha estaba perfecta y todos lo sabemos —replicó Pierre aparcando el tema con un ademán—. Solo ha sido una excusa para hablar con Sean.

—Cuando una mujer ha querido llamar la atención de Sean, no se ha quejado de su comida —señaló Rhonda—. Todo lo contrario, ha pedido hablar con el chef para felicitarlo.

—¿Y alguna vez ha resultado? Sabes que Sean suele rechazar ese tipo de atenciones y no suele salir cuando un cliente quiere dorarle la píldora. En cambio, esta ha sido más lista y ha optado por hacer algo que nuestro jefe no podía dejar pasar. Y, bien, ¿te ha dado su teléfono? —insistió Pierre.

En cualquier otra circunstancia, Sean hubiese sonreído ante su guiño cómplice. Sin embargo, en aquel momento, se sentía tan tenso que solo dejó escapar un gruñido.

—Solo ha sido un malentendido —aclaró finalmente al ver que no dejaban de mirarlo con curiosidad.

Luego, volvió a centrarse en el trabajo e intentó olvidar a la misteriosa mujer.

Minutos después, Olwen regresó a la cocina con expresión perpleja.

—Para no gustarle la trucha, la dama ha dejado una generosa propina.

—¿Se ha ido ya? —inquirió Sean intentando disimular su interés.

—Sí, hace un par de minutos.

—¿Ha dejado algún recado para mí? —preguntó antes de poder detenerse, aunque en un tono bajo solo para oídos de Olwen.

—¿Debería?

—No, es solo que… Olvídalo —refunfuñó al ver la curiosidad reflejada en el rostro de su amigo.

Sintió un inmenso alivio, aunque también estaba desconcertado. Si ella estaba relacionada con la magia, y quería algo de él, no entendía por qué

se había ido sin más.

Por un segundo pensó que estaba equivocado, que podía haber sido una mujer inusualmente hermosa, pero luego recordó la energía que sintió irradiando de su interior. No, no era de ese mundo. Estaba seguro. Y mucho se temía que se la volvería a encontrar.

Tal vez por eso, cuando horas más tarde se despidió de sus trabajadores, y salió del restaurante, lo hizo con cautela, mirando alrededor en todo momento. Por suerte, no la vio. Así que montó en su todoterreno y, sin pérdida de tiempo, se encaminó hacia su casa.

Tenía alquilado un bonito *cottage* de finales del siglo XIX, de gruesas paredes de piedra, que fue totalmente reformado tres años atrás. Estaba situado a un par de millas de distancia del restaurante; un lugar tranquilo y aislado a orillas del Usk, con un amplio porche de madera que daba a un pequeño remanso del río en donde pescaba en sus ratos libres.

Su pequeño rincón del paraíso.

Abrió la puerta y encendió la luz que iluminó una amplia estancia en la que se cobijaba el comedor y la sala de estar. Paredes de piedra, techos con vigas descubiertas, suelos de madera noble y mobiliario de estilo colonial. Todo unido creaba una atmósfera acogedora y con encanto rústico.

A cada lado, se hallaban dos aberturas en forma de arco ojival. Una daba al baño y las dos habitaciones. La otra, a un amplio espacio en el que se situaba una cocina *office* con todo lo necesario para experimentar con nuevos sabores.

Siguiendo su rutina habitual después del trabajo, se dio una ducha para eliminar los olores de la cocina, se puso ropa cómoda y salió al porche a disfrutar de una copa de vino y un buen libro para relajarse un poco antes de ir a dormir.

La primavera estaba a la vuelta de la esquina y las noches ya no eran tan frías, aun así, tuvo que arrebujarse en una manta para estar cómodo. A pesar de lo cual, no buscó la calidez del interior de su hogar.

Disfrutaba de la placidez del paisaje nocturno en el que la luna convertía al río Usk en un camino de plata, le relajaba el murmullo de los grillos y el suave ulular de algunas aves nocturnas e incluso el frío aire nocturno en su rostro le hacía sentir vivo.

Para él, aquellos minutos de plácida soledad eran muy preciados.

Solo que aquella noche, segundos después de acomodarse en su sillón preferido y abrir el libro, el aleteo de un pájaro rompió la quietud que lo envolvía.

Levantó la mirada a tiempo para ver cómo una corneja negra y grácil se posaba en la barandilla. Por unos segundos, sintió que era observado por unos brillantes ojos ambarinos.

—Vaya, vaya. ¿Y tú quién eres? —murmuró con voz suave para no espantar al animal.

Para su asombro, su pequeño cuerpo se transformó en la exuberante figura de una mujer.

Capítulo 5

La pista dada por Eli la condujo hasta Gales, en cuyo escudo aparecía un dragón rojo como el que la muchacha tenía dibujado en su bloc. Tras lo cual, no fue difícil dar con el cocinero. Solo hizo falta tirar de algunos hilos. Después de todo, vagar por la tierra durante miles de años le había permitido hacer buenos amigos… y granjearse algún que otro enemigo.

Aquel pequeño rincón del mundo era como un segundo hogar para ella, aunque lleno de recuerdos agridulces. Durante un tiempo, en aquellas tierras creyó encontrar el amor. Sus días estuvieron repletos de felicidad. Una dulce quimera que tuvo un trágico final.

Solo esperaba no encontrarse con «él».

Y hablando de hombres atractivos…

Morrigan no tenía muy claro lo que esperar de Sean O'Malley. Por un lado, sabía que si la diosa Danu lo había elegido para ser el Guardian era porque, tal y como decía Dagda, lo consideraba digno de ello. Por otra parte, abandonar las responsabilidades hacia los suyos, como hizo, para ella era una señal de cobardía y deslealtad y por ello lo despreciaba.

No, aquel hombre no le infundaba ningún respeto, aunque debía admitir que le parecía físicamente «apetecible». Tenía el cabello tan negro que bajo la luz del restaurante captó sutiles reflejos azulados y unos ojos del color del cielo en invierno que resultaban muy intensos. Sus rasgos

estaban bien definidos y eran muy masculinos, desde la nariz patricia a la mandíbula cuadrada y sombreada por una incipiente barba que dejaba entrever un delicioso hoyuelo en la barbilla. Incluso su boca le resultaba sexi; era muy expresiva. Cuando la vio por primera vez, esbozó un sesgo erótico, para luego apretar los labios en un rictus nervioso al acercarse. Y la forma lenta en que saboreó la trucha… ¡Ummm! Morrigan era muy sensual y aquel gesto pausado y premeditado la había encendido.

También le asombró su cuerpo. Era alto, rondaría el metro y noventa centímetros, y era más musculoso de lo que cabría esperar en un hombre que jugaba a las cocinitas.

Sin embargo, lo que más le sorprendió y atrajo de él fue la forma en que le plantó cara poniendo las manos sobre la mesa y retándola sin amilanarse ante ella. Porque estaba claro que, aunque puede que no supiese quién era Morrigan, por la cautela que había envuelto su expresión sin duda podía percibir que era una daniana.

Aun así, le hizo un desplante en medio del restaurante y se alejó de ella sin mirar atrás, como zanjando el asunto. ¡Ja! Pobre iluso. Ella tenía una misión que cumplir y lo iba a hacer, costara lo que costase. Por eso, lo había seguido hasta allí y, para que no le cupiese duda de quién era, decidió transformarse delante de él.

Fue divertido observar su cara de asombro al ser testigo de su cambio de corneja a mujer, y más divertido aún ver cómo, en su prisa por levantarse, se enredaba con la manta que lo envolvía y terminaba cayendo de rodillas en el suelo.

—Me gusta que te postres a mis pies —declaró Morrigan con una sonrisa condescendiente.

—¿Quién eres? ¿Qué haces aquí? —farfulló él esgrimiendo el libro que tenía entre las manos como si fuera un escudo protector.

—Soy Morrigan MacErnmas, diosa de la Muerte y de la Destrucción, Reina Espectral y Dama de la Oscuridad —aclaró citando con orgullo sus principales títulos—. Y he venido a por ti.

Cualquiera se hubiese puesto a temblar de miedo ante su presencia. La mayoría estallaba en lágrimas y rogaba clemencia, pero aquel hombre la volvió a sorprender.

Su estupor inicial fue sustituido con rapidez por algo parecido a la rabia. Seguidamente, se puso en pie como un resorte y la enfrentó con los ojos entrecerrados.

—Tú y yo no tenemos nada que hablar —masculló entre dientes.

Puede que, después de todo, el *cocinerucho* no fuese tan cobarde como había pensado.

—Ya lo creo que sí —repuso ella con dureza—. Danu te ha elegido para ser el Guardián. Me han ordenado que te encuentre para pedirte que regreses a Irlanda. Balor está reuniendo un ejército y pronto caerá sobre Irlanda. Se requiere tu presencia para que tomes el mando de los milesianos y…

—Para eso ya está mi tío —cortó él con impaciencia.

Morrigan alzó una ceja, ofendida porque él hubiese interrumpido su discurso, pero decidió dejar pasar su impertinencia.

—El padre O'Malley ya no está en condiciones de desempeñar esa función —informó a modo de réplica.

—¿Le ha pasado algo? —inquirió Sean alarmado.

—Es demasiado mayor y su corazón ha sufrido mucho en los últimos tiempos. Y no ayuda que el único sobrino que le queda con vida lo haya abandonado sin mirar atrás.

Sean desvió la mirada con algo parecido a la culpa y el remordimiento. Fue solo un segundo antes de que apretase los puños y clavase en ella unos ojos llenos de determinación.

—No voy a regresar.

Morrigan parpadeó.

—¿Qué quieres decir?

—Pues lo que has oído. ¡Parece que nadie lo entiende! —refunfuñó Sean al tiempo que alzaba las manos en un gesto exasperado—. Danu se equivocó. Yo no puedo ser el próximo Guardián. Estoy seguro de que hay un montón de candidatos más apropiados para ocupar ese honor.

Morrigan dio dos pasos más hacia él hasta detenerse a dos palmos de distancia. Como ella medía un metro ochenta, y llevaba algo de tacón, sus

ojos quedaron prácticamente al mismo nivel.

Escudriñó en el interior del hombre a través de sus pupilas y ahí estaba: miedo.

El cocinero estaba aterrado, esa era la razón de que se negase a ir con ella. Temía por su propio bienestar, por eso eludía su responsabilidad. No hallaba otra explicación. Y aquella certeza trajo de vuelta el desprecio.

Estuvo tentada a usar sus poderes mágicos para obligarlo a acceder a regresar o, mejor aún, cogerle del pescuezo y vapulearlo un poco hasta que él mismo rogase que lo llevase a Irlanda, pero entonces recordó que Dagda había hecho hincapié en que Sean O'Malley debía tomar la decisión de retornar a Irlanda por decisión propia.

Lástima. No tenía ninguna paciencia con los cobardes.

Lo cogió de la muñeca y levantó su antebrazo izquierdo. Los ojos de él se dilataron por la sorpresa de que lo tocara. Los de la diosa, también, pero por el agradable calor que le produjo el cálido contacto de su piel, como si su energía y la de ella hubiesen conectado de alguna manera. Obviando aquella sensación, levantó la manga de su suéter hasta descubrir el tatuaje que cubría aquella porción de carne: un *wuivre* rodeado por una serpiente dorada.

—Tienes la marca. No hay error. Eres el elegido.

Sean liberó su brazo con un movimiento brusco y luego acercó el rostro hacia ella, hasta quedar nariz con nariz.

—No te lo repetiré más. No voy a volver a Irlanda. Reniego de mis responsabilidades. Y ahora… largo de aquí —siseó entrecerrando los ojos.

Morrigan alzó una ceja.

—¿Sabes con quién estás hablando? —inquirió con un suave ronroneo.

—No tengo memoria de pez, me acabas de decir tu nombre.

—Y, sabiéndolo, ¿te atreves a echarme de tu casa?

—Eso parece —replicó Sean sin amilanarse.

—¿Eres consciente de que te podría transformar en un sapo con solo un chasquido de mis dedos?

—Sí.

Ante su falta de temor, Morrigan entrecerró los ojos y probó con algo más contundente.

—¿Sabes que puedo arrancarte el corazón sin pestañear?

Y, para su asombro, Sean dio un paso hacia atrás, cerró los ojos y abrió los brazos, ofreciendo su pecho.

—Hazlo.

Su actitud la descolocó. Después de su mortal amenaza, cualquiera se hubiese puesto a temblar y hubiese caído a sus pies rogando clemencia.

Pero él no.

Morrigan había visto a muchos hombres enfrentarse a la muerte. De hecho, una de sus misiones era la de acompañarlos en el momento en el que sus almas abandonaban sus cuerpos. Había sido testigo de cómo los guerreros más audaces se quebrantaban en lágrimas y súplicas; y de jóvenes dulces y endebles afrontar su destino con entereza y honor.

Uno nunca sabía cómo iba a comportarse en aquel momento hasta que sucedía. Entonces, mostraba su verdadera naturaleza.

Sean O'Malley se estaba enfrentando a la muerte con valor.

No era un cobarde.

Entonces, ¿por qué huyó cuando su gente lo necesitaba?

Sin mediar palabra, se volvió a transformar en corneja y emprendió el vuelo, dejando al cocinero allí, ileso. No se detuvo hasta adentrarse en los confines de *Tir na nÓg* y solo cuando irrumpió en la biblioteca de Avalon volvió a adoptar la forma de mujer.

—Tenemos un problema. He encontrado a Sean O'Malley —anunció, sobresaltando a Dagda, que estaba escribiendo en su libro de magia.

—No esperaba menos de ti —murmuró Dagda en tono distraído sin detener su tarea—. Hazlo pasar.

—Ese es el problema: no quiere regresar a Irlanda.

—Me lo temía. —Suspiró el anciano y recostó la espalda en el respaldo del sillón mientras la observaba—. Tienes que convencerlo. —Morrigan sonrió con malicia. Era especialista en persuasión, tenía ese don. Bastaba con susurrar ciertas palabras en celta antiguo para que un hombre

se doblegara a su voluntad. Un poquito de magia y…—. Ya te lo dije. Sin magia —añadió Dagda intuyendo sus pensamientos.

Eso borró su sonrisa de golpe.

—Pero ¡eso le resta diversión! —se quejó ella con un mohín—. Está bien, conseguiré que el *cocinerucho* se postre ante mis pies y lo convenceré de forma educada de que retome sus responsabilidades antes de que se abra la primera flor de la primavera.

Teniendo en cuenta que solo faltaba una semana para que eso sucediese, Dagda no pudo más que admirar su confianza.

—¿Y cómo piensas hacerlo?

—Improvisaré sobre la marcha —respondió Morrigan con expresión maliciosa.

Capítulo 6

Sean se incorporó de golpe en la cama con el pecho agitado y la respiración jadeante. Estaba empapado de sudor, como si hubiese estado corriendo una maratón o acabase de salir de una sauna.

Miró a su alrededor, nervioso, pero allí no encontró ninguna amenaza.

Había vuelto a soñar con aquella noche.

Una pesadilla que lo perseguía desde hace mucho tiempo y que creía haber dejado atrás. Sin embargo, ahí estaba otra vez, desgarrando su alma de pesar y culpa. Y todo por ella, la diosa de la Muerte y de la Destrucción, que irrumpió en su refugio de forma imprevista e indeseada.

Por suerte, le había dejado bien claro que no pensaba regresar, y ella se marchó con una expresión mezcla de sorpresa y frustración, como si hubiese esperado que, con un aleteo de sus largas y espesas pestañas, él hubiese accedido a acompañarla al fin del mundo.

¡Ni hablar! Sean no pensaba regresar jamás a Irlanda. Incluso vendió The Black Irish Sheep, su primer restaurante, un sueño en el que se dejó la piel para hacerse un nombre, porque contenía demasiados recuerdos que lo empañaban de amargura.

Por lo único que sentía haberse alejado de allí era por su tío. Lo quería, sí; sin embargo, odiaba todo lo que representaba, por lo que tomar la decisión de irse al final no fue tan difícil.

Zanjando el tema en su mente, se levantó de la cama y se metió en el baño para asearse. Acababa de salir cuando algo lo dejó paralizado. Un ruido, sutil, lejano, pero sin duda proveniente del interior de su casa. Tal vez ladrones. Aquella zona era tranquila, pero no carente de algún robo de vez en cuando.

Con sigilo, sacó la escoba del armario que estaba en el pasillo y la empuñó como si fuese un bate de beisbol para hacer frente a la amenaza.

Pronto descubrió que la «amenaza» estaba tranquilamente sentada en la mesa de la cocina tomándose un café mientras hojeaba una de sus revistas de cocina.

—¡Joder, qué susto me has dado! Pensé que eras un ladrón —farfulló Sean con disgusto en un intento por mitigar el embeleso que sintió al verla.

—¿Y pensabas barrerlo fuera de tu casa? —inquirió Morrigan con burlona diversión—. Utilizas un libro como escudo y una escoba como arma. Debo decirte que dejas mucho que desear como guerrero.

—No soy un guerrero.

—Eso es evidente, Cook[3].

—No me llamo Cook, me llamo Sean —masculló él entre dientes.

—Te pega más Cook.

Sean dejó pasar la provocación.

—¿Qué haces aquí? Ya te dije que no tengo intención de volver.

—No estoy aquí por gusto, créeme. Me han pedido que te convenza para regresar y eso es lo que voy a hacer.

—¿Y cómo piensas lograrlo? —bufó Sean.

La observó con cautela cuando Morrigan se puso en pie y se acercó a él. Si a la luz de la luna le pareció hermosa, bajo el resplandeciente sol no hallaba palabras para describir su belleza. Aunque, para su gusto, llevaba un maquillaje demasiado excesivo, pues sus ojos estaban demasiado cargados de kohl y sus labios se veían exageradamente rojos en contraste con la blancura de su piel. Siempre había preferido un aspecto más natural en las mujeres.

Lo que era indiscutible es que tenía un cuerpo de escándalo.

Como la noche anterior, iba vestida de cuero negro y los pantalones se ajustaban como una segunda piel a sus exquisitas curvas.

También se percató de lo alta que era, tanto que encajaría a la perfección con su cuerpo. Siempre odiaba la sensación de abrazar un cuerpo menudo, se sentía un grandullón torpe con las mujeres bajitas, prefería a las altas. De hecho, si tuviese que elegir un tipo ideal de cuerpo femenino, sería como el de la que se acababa de detener a un paso de distancia de él con una sonrisa hechicera.

Y, cuando ella posó la mano sobre su pecho y se inclinó hacia él, contuvo el aliento. Aun así, pudo apreciar el sutil aroma que la envolvía, una mezcla embriagadora de dulce y picante. Canela. Su preferido. No podía ser de otro modo. Su olor le resultó tan afrodisíaco como su cuerpo.

—¿Y si te lo pido con amabilidad? —ronroneó Morrigan en su oído con aquella voz ligeramente ronca.

Sintió su cálido aliento cosquilleando en la piel de su cuello. Eso, unido a la sensación de los pechos turgentes contra su torso, endureció su cuerpo al instante. ¿Cómo evitarlo? Era un simple mortal y tenía a una verdadera diosa a su alcance. Una diosa que no ocultaba su deseo por él.

Sus manos actuaron por voluntad propia y estrecharon su cintura para acercarla más hacia él durante un segundo.

Tembló.

Nunca había estado tan tentado a decir que sí a algo que realmente no quería hacer.

Por un instante, se dejó envolver por su olor y por el magnetismo de su energía sensual. Después, la apartó de sí.

—Gracias, pero no.

Morrigan se tambaleó un poco al perder su contacto de forma inesperada. Luego lo observó parpadeando.

Fue fascinante ver las emociones que pasaban por sus ojos, desde la confusión, seguido por el asombro, para dar paso después a la frustración. Y, finalmente, la rabia. Una emoción que hizo que sus iris refulgiesen como el ámbar más puro.

—¿Me acabas de rechazar?

—Eso parece.

—¿Por qué? Me deseas —afirmó sin rastro de dudas.

—No lo niego. —No tenía sentido hacerlo cuando sin duda resultaba evidente la erección que tensaba la tela de sus pantalones—. Pero no me gusta que me utilicen a través del sexo.

—¿Ni siquiera si te aseguro que sería el mejor polvo de tu vida?

Las rodillas de Sean flaquearon un poco, igual que su determinación. Fue solo un segundo de debilidad antes de reafirmarse.

—Lo siento, pero no. No me gustan las mujeres fáciles —añadió para bajar los humos de la diosa, un pequeño desquite por irrumpir en su hogar sin ser invitada.

Ahora era cuando ella lo convertiría en sapo o le arrancaría el corazón, tal y como le amenazó la noche anterior. Una mujer rechazada podía convertirse en una arpía vengativa.

Como todos los milesianos, había escuchado muchas leyendas acerca de Morrigan desde que era niño. Después de todo, que él hubiese renegado de la magia no implicaba que no hubiese vivido rodeado de ella. En todas, se decía que Morrigan era una mujer de extremada sensualidad a la que pocos hombres, fuesen dioses o mortales, conseguían rechazar.

Sus amantes habían sido muchos a lo largo de los milenios, incluso el mismísimo Dagda se encontraba entre ellos. Y no todas sus relaciones acabaron bien. Existía un rumor sobre cierto dios galés del que Morrigan estaba enamorada y que despreció a la diosa al preferir a otra mujer. Se cuenta que, en venganza, lo hechizó para que fuera inservible para el resto de las mujeres.

—Primero me rechazas y luego me insultas —comentó la diosa con un silbido—. ¡Por Danu! No tienes ningún aprecio por tu vida.

Y, para su asombro, estalló en una carcajada.

—¿No te he ofendido? —murmuró Sean con cautela, pues esperaba cualquier cosa menos su hilaridad.

—No me importa lo más mínimo la opinión de un simple cocinero —replicó ella mientras se encogía de hombros con un grácil movimiento. Vale, aquello lo puso en su sitio.

»Además, será divertido ver tus esfuerzos por tratar de resistirte a mis… encantos —añadió con una sonrisa tan sensual como ladina—. Entonces, ¿qué planes tenemos para hoy? —inquirió mientras volvía a tomar asiento y sorbía el café como si nada.

—¿Perdona? ¿Qué quieres decir con «tenemos»?

—Está claro, ¿no? Tú no quieres regresar conmigo a Irlanda, y yo no puedo volver hasta que no te lleve conmigo, así que no me voy a separar de tu lado hasta que te convenza. Créeme si te digo que tengo toda la eternidad para hacerte cambiar de opinión —agregó con una expresión triunfal—. Así que, prepárate, Cook, porque voy a convertirme en tu sombra… y no vas a poder hacer nada para impedirlo.

Capítulo 7

Morrigan, sentada en una roca y con los codos en las rodillas para poder apoyar el mentón sobre las manos, presenció cómo Sean maniobraba el sedal hasta lanzar el anzuelo en medio del río. Un par de minutos después, la caña se curvó en señal de que habían picado.

Con destreza, el cocinero enrolló el carrete hasta que una trucha de tamaño considerable se acercó a la orilla coleteando para, seguidamente, atraparla con la sacadera.

Era la quinta vez que lo hacía en media hora.

Él parecía entusiasmado. Ella se moría de aburrimiento.

Había hecho lo mismo cada mañana durante las dos semanas que llevaba acechándolo.

A su pesar, Sean O'Malley era un hombre de rutinas.

Rutinas tediosas.

Se levantaba al alba, se tomaba un café con leche y un bol de cereales y se iba a pescar durante una hora. Luego, entrenaba. Pero no hacía algo útil y divertido como ejercitarse con armas o practicar artes marciales, no. Sean hacía pesas en unos aparatos y… corría. ¿Qué sentido tenía correr si nadie te perseguía? Y tampoco es que fuese a algún sitio. Hacía una ruta circular en la que acababa en el mismo lugar en comenzaba: su casa.

Después de eso, se duchaba y se iba al restaurante, donde pasaba el resto del día hasta que caía la noche. Tras lo cual, regresaba a casa, se volvía a duchar y se sentaba en el porche a leer durante un rato antes de acostarse.

Y, al día siguiente, más de lo mismo.

En sus días libres, su rutina no cambiaba demasiado: probaba recetas en la cocina de su casa, limpiaba, veía la televisión y leía.

Ni siquiera tuvo visitas o un escarceo amoroso durante aquellos días.

La vida de aquel hombre era soporífera.

Además, él se limitaba a ignorarla, aunque ella hacía lo posible como para que no lo consiguiese. Incluso se coló en su baño mientras se duchaba solo para ponerlo incómodo.

El único espacio de su vida que respetaba era la cocina del restaurante, y solo porque no podría justificar su presencia allí ante sus trabajadores. Aun así, se dejaba caer por allí como clienta cada noche. Y cada noche se quejaba de algún plato solo para fastidiarlo.

Sin embargo, Sean no se incomodaba ni se mostraba fastidiado. Se limitaba a mirarla con resignación, como si fuese una mosca molesta que rondaba a su alrededor. Un comportamiento que a ella sí que le estaba empezando a irritar.

Los ojos de Morrigan lo estudiaron mientras Sean observaba su reiterada «proeza» con orgullo.

—No entiendo qué tiene esto de emocionante —resopló la diosa con desdén.

—Eso es porque nunca has probado a pescar —replicó Sean con una sonrisilla condescendiente.

Morrigan entrecerró los ojos mientras se ponía de pie despacio. Después, miró hacia el río. Las primeras luces del amanecer incidían sobre la superficie creando una estela de tonos rosados que se mezclaban con el profundo azul verdoso de sus aguas.

Solo hizo falta un susurro que se disolvió en el viento para que, al segundo siguiente, cinco hermosas truchas saltaran fuera del agua hasta acabar en la orilla, a sus pies.

Entonces fue ella la que le dirigió una sonrisa altanera al tiempo que alzaba una ceja.

—Eso no tiene ningún mérito. Has usado la magia —bufó él con el mismo tono de desprecio que ella utilizó antes.

Con movimientos tensos, y expresión ominosa, el cocinero recogió sus capturas y emprendió el sendero que llevaba a su casa, obviando los peces de Morrigan, que todavía coleteaban en el suelo, e ignorándola a ella.

—El resultado es el mismo, ¿no? —comentó la diosa alzando las manos en un gesto de incomprensión.

—No para mí —gruñó él sin detenerse ni girarse.

Morrigan lo vio alejarse, confusa. Admiró por un segundo los hombros anchos, la cintura estrecha y los glúteos firmes, sorprendida de sentir tanta atracción por un milesiano. Luego, volvió a echar los peces al río con un simple ademán y fue tras él.

—¿Por qué detestas tanto la magia?

—Tengo mis motivos —respondió él sin volverse—. ¿Por qué es tan valiosa para ti?

Morrigan podía darle mil razones.

—Porque es una parte esencial de la vida. Es como el aire que respiras.

—No estoy de acuerdo, se puede vivir sin magia. Yo lo hago y no estoy ahogándome por falta de oxígeno.

—No te engañes, estás rodeado de magia, solo tienes que abrir los ojos para verla —repuso Morrigan—. Además, ¿quién quiere vivir sin magia? Sería como vivir sin el calor del sol o bajo un cielo sin estrellas.

—¡Yo quiero vivir sin magia! —replicó Sean mientras se detenía y se giraba para encararla.

El movimiento fue tan repentino que Morrigan terminó estrellándose contra él. Se tambaleó por un segundo y el hombre la ayudó a estabilizarse sujetándola de la cintura, así que lo más natural fue apoyar las manos en su pecho.

Pudo sentir cómo sus músculos se tensaban solo con aquel simple contacto y su corazón se lanzaba a un galope desbocado. Puede que su

mente la rechazase, pero su cuerpo respondía a ella con facilidad.

—¿Estás seguro de eso? Sería como vivir sin amor; como amar sin poder tocar a la persona amada; como el sexo sin erotismo —prosiguió diciendo Morrigan con voz ronca y sensual—. Tal vez pudieses vivir sin ello, pero ¿serías plenamente feliz?

Sus miradas se cruzaron y otra vez surgió esa química que conectaba sus energías interiores, que las hacía crepitar por el deseo de explorarse con pasión. Y Morrigan era una mujer de fuertes pasiones. No se avergonzaba de ello.

Le gustaba el sexo. Mucho.

Y le atraía aquel hombre. Demasiado.

Dejándose llevar por su naturaleza y sus instintos, Morrigan enlazó los brazos por detrás de su cuello y lo acercó a ella despacio. Necesitaba probar sus labios y, a juzgar por la forma en que las pupilas de él se dilataron al clavarse en su boca, Sean sentía el mismo deseo por ella.

Contuvo un gemido de triunfo cuando él la abrazó de repente, apretándola contra sí, y la tomó de la nuca de una forma posesiva y un tanto brusca que la excitó al instante.

Con hambre, los ojos de él exploraron cada centímetro de su rostro hasta detenerse en su boca.

—Un susurro y los peces saltan a tus pies. Un aleteo de tus pestañas y los hombres caen rendidos ante ti —musitó con la voz enronquecida—. Eres una diosa daniana y obtienes todos tus deseos, ¿verdad?

—Sí —respondió con un jadeo ahogado.

Se relamió con anticipación al ver cómo el rostro de él se iba acercando de forma lenta, pero inexorable.

Cerró los ojos al sentir su aliento.

Un milímetro más y…

—Pues yo no te lo pienso poner tan fácil.

Abrió los ojos de golpe cuando él la apartó de sí de forma repentina y, entonces, tomó conciencia de sus palabras.

—¿Por qué reprimirse? —inquirió confundida—. Un poco de diversión…

—Todo es un juego para vosotros, ¿verdad? —escupió Sean con rabia cortando sus palabras—. Danianos y fomorianos, los grandes dioses celtas, haciendo y deshaciendo a vuestro antojo. ¡Alabados seáis! —añadió con retintín mientras se inclinaba ante ella en una reverencia burlona—. Los milesianos y los *siadsan* no somos más que simples peones en vuestro mundo y no dudáis en utilizarnos para vuestra «diversión», no importa el daño que podáis hacer después. —Sus palabras contenían tanta amargura que supo que se escondía algo personal en ellas. ¿Tal vez alguna daniana se encaprichó con anterioridad de él y luego lo abandonó?

»Pues me niego, ¿me oyes? —continuó diciendo él—. Me niego a dejarme engatusar por tu hechizo. Me niego a regresar a Irlanda. Me niego a participar en una guerra que no es mía.

—No te engañes, Sean. Esta también es tu guerra. ¿Sabes lo que pasará si el Ejército Oscuro consigue derrotarnos y rompe el Pacto de Tres? Que esa magia que tanto detestas se utilizará para esclavizar a la humanidad.

—Estoy seguro de que encontraréis la forma de detenerlos sin mi ayuda. Después de todo, un simple *cocinerucho* como yo no creo que vaya a marcar la diferencia en una guerra de dimensiones épicas, ¿verdad?

—Esa es la cuestión, en una guerra, basta una simple persona para inclinar la balanza a favor o en contra de un bando. La impaciencia del general Zhao Kuo provocó que sus tropas cayeran en una trampa y así perdieron la batalla de Changping —explicó Morrigan rememorando una de las guerras más cruentas de la antigüedad—. El general Aníbal fue capaz de crear inteligentes estrategias que lo llevaron, una y otra vez, a la victoria; la ambición de Carlomagno…

—Todos son hombres de poder, no es mi caso —interrumpió Sean mientras hacía un ademán para descartar su razonamiento.

Seguidamente, se giró y entró en la casa, como dando por zanjado el tema.

Pero Morrigan no se dio por vencida y le siguió hasta la cocina.

—Bastó el coraje y la fe de una simple joven campesina, conocida como Juana de Arco, para que Francia pudiese ganar la Guerra de los Cien

Años —contraatacó triunfal.

—Y todos sabemos cómo acabó esa pobre chica: quemada en la hoguera —replicó Sean con un bufido mientras sacaba un cuchillo y comenzaba a limpiar las truchas capturadas.

Por un momento, Morrigan admiró su destreza con el cuchillo. Sus movimientos eran rápidos y diestros. Luego, clavó su atención en el rostro concentrado del hombre.

No terminaba de comprenderlo. Detectaba valor en él, sin embargo…

—Tienes miedo —adivinó y supo que había dado en el clavo cuando vio palpitar el músculo de su mandíbula—. Temes que puedas morir durante la guerra.

—No, yo… —comenzó a decir Sean con el ceño fruncido, pero se detuvo con un suspiro—. Déjalo, piensa lo que quieras. De todas formas, no creo que una gran diosa como tú lo entendiese —musitó finalmente. Morrigan vio cómo abría uno de los peces en canal y sacaba sus tripas casi con saña. «Tal vez pensando en que ese pobre bicho soy yo», dedujo con una mueca. El cocinero debió de malinterpretar su gesto porque la miró con burla—. Nunca hubiese imaginado que fueses aprensiva.

—Soy muchas cosas que nunca imaginarías…

Iba a terminar la frase diciendo «aunque aprensiva no es una de ellas», sin embargo, él la interrumpió antes de que pudiese hacerlo.

—Te las das de mujer dura, pero no creo que durases ni un mes trabajando en mi cocina —comentó con tono displicente.

Morrigan alzó el mentón de forma altiva, ofendida por el comentario.

—Tienes la boca demasiado grande para tener tan poco coraje, Cook —espetó desdeñosa al tiempo que se erguía en toda su estatura.

—Y a ti te sobran ínfulas y te falta una buena lección de humildad —repuso Sean encarándola.

—¿Y tú crees que eres el adecuado para dármela? —preguntó mientras daba un paso hacia él en actitud intimidatoria.

—Sin duda —replicó Sean y también avanzó un paso hacia ella, sin acobardarse.

La diosa contuvo una expresión triunfal.

—Está bien. Trato hecho: si paso un mes trabajando en tu cocina volverás a Irlanda conmigo.

—¿Qué? Yo no he hablado nada de un trato —farfulló Sean consternado.

—Lo que yo decía… Una boca demasiado grande —comentó ella con un chasquido de la lengua.

Sean tensó todo el cuerpo. Sus puños cerrados con fuerza y sus labios apretados eran señal de lo mucho que le estaba costando contenerse ante ella.

De repente, clavó con fuerza la punta del cuchillo en la tabla de madera que utilizaba como base para manipular el pescado.

—Está bien. Si superas un mes trabajando para mí, te acompañaré hasta Irlanda, pero eso no quiere decir que acepte ser el sucesor de mi tío como Guardián. El cocinero le tendió la mano, y ella se la estrechó con una sonrisa victoriosa. El tacto cálido de su piel la hizo estremecer y, cuando Sean la atrajo hacia sí con fuerza, contuvo un jadeo de excitación. No la abrazó, tan solo la dejó a escasos centímetros de su cuerpo, como si tuviese intención de amedrentarla. Así lo dedujo por sus siguientes palabras.

»Pero te lo advierto: mi cocina, mis normas. Aceptarás mis órdenes durante un mes o se acabará el trato. —Entonces, se inclinó sobre ella para susurrarle al oído con voz ronca—: ¿Crees que una gran diosa como tú podrá obedecer a un simple cocinero?

Capítulo 8

En vista de la sonrisilla de suficiencia que mostraba Morrigan, Sean no estaba seguro de si había caído en una trampa o no, sin embargo, estaba decidido a retomar el control de su vida.

La diosa lo estaba volviendo loco. Después de diez días acosándolo sin tregua, en los que Sean hizo todo lo posible para ignorarla, ya no aguantaba más.

Aquella era su única esperanza de deshacerse de ella.

—Para que el trato sea efectivo, vas a tener que cumplir una serie de normas —empezó a decir mientras comenzaba a dar vueltas por la cocina en busca de inspiración—. Regla número uno: nada de magia.

—Eso ya lo daba por sentado, una de las premisas del Pacto de Tres es que no se puede hacer uso de la magia delante de los *siadsan* —repuso Morrigan restándole importancia con un gesto.

—No me has entendido: nada de magia durante un mes, ni dentro ni fuera de mi cocina. El trato es que te comportes como una persona normal durante este tiempo, que sientas lo que es estar cansada y dolorida después de una larga jornada de trabajo —explicó Sean—. Sería fácil si sales del restaurante y usas tus poderes para recuperar tus energías o para tu comodidad.

—Y a ti no te gustan las cosas fáciles —replicó Morrigan con retintín, rememorando el encontronazo de antes.

Sean le dirigió una mirada de soslayo. ¡Joder! Resistirse a besarla había sido toda una proeza y la única forma de afrontarlo fue con aquel insulto velado.

Sin poder contenerse, sus ojos acariciaron con disimulo las sugerentes curvas envueltas en cuero negro y el pronunciado escote en forma de V que dejaba entrever la turgencia de sus senos.

Tragó saliva para evitar ponerse a babear como un perro en celo y desvió la mirada, aunque no lo suficientemente rápido para que ella no detectara aquel pequeño desliz.

El mohín jactancioso de Morrigan lo impulsó a hacer su siguiente jugada.

—Regla número dos: tienes que hacer algo con tu aspecto.

La diosa mudó su expresión al instante y frunció el ceño.

—¿Qué quieres decir?

—Estamos en una localidad rural de Gales y vas vestida como una *dominatrix*. Eso llamaría demasiado la atención por aquí y quiero que pases desapercibida.

Era imposible que una mujer como ella pasase desapercibida, aunque fuese vestida con un saco de arpillera; solo quería molestarla con aquel comentario.

—¿Y qué propones? —preguntó Morrigan con voz tan suave que le costó escucharla.

—No sé, cualquier cosa que no te haga parecer la versión gótica de la mujer de Roger Rabbit.

¿Eran imaginaciones suyas o habían aparecido pequeñas llamitas en los ojos de la diosa que hacían centellear sus ojos?

—¿También les dices a tus empleados lo que deben ponerse? —preguntó de forma tan comedida que destilaba tensión.

Sean reprimió una sonrisa al percatarse de lo mucho que se estaba enfadando Morrigan. No lo podía negar: empezaba a divertirse a costa de la mujer. Tal vez si la molestaba demasiado, el trato se rompiese incluso antes de empezar.

—Mis empleados no parecen recién salidos de *Matrix* —observó con una sonrisa ladeada que avivó las llamas en la mirada de la mujer—. Pero no, no les digo cómo vestirse —admitió finalmente a desgana—. Lo que sí deben ponerse es la chaquetilla del restaurante encima de su ropa.

—Entonces, no sería justo y sí discriminatorio si a mí me obligas a cambiar mi forma de vestir para ir a trabajar, ¿no crees? —Antes de que él pudiese objetar la diosa continuó—: Seguiré vistiéndome como quiera y me limitaré a ponerme la chaquetilla en el trabajo como hacen los demás. No es discutible. ¿Algo más, *jefe*?

«Jefe» sonó como un verdadero insulto.

Sean le concedió aquel punto con un seco cabeceo, pues realmente solo le interesaba el tema de la restricción de la magia, lo demás solo eran añadidos para molestarla.

Dio una vuelta alrededor de ella al tiempo que la evaluaba con la mirada y se alegró en secreto al ver cómo ella cruzaba los brazos y empezaba a golpear el suelo con la punta del pie en señal de irritación.

—Regla número tres: nada de armas —prosiguió cabeceando hacia la espada que la mujer llevaba en la espalda.

Morrigan frunció el ceño de forma ominosa. Un instante después, desenvainó su espada con un movimiento fluido y le apuntó con ella.

Por un momento, Sean pensó que había ido demasiado lejos y que le iba a ensartar como a un pollo. Pudo leer en los ojos de la diosa la tentación de hacerlo. Sin embargo, ella acabó lanzando un suspiro mientras dejaba la espada sobre la encimera.

—¿Tengo que quitármelas todas?

—Bueno…, sí —farfulló con alivio al verse ileso.

Para su asombro, la diosa empezó a dejar junto a la espada una variada colección de armas que fue sacando de diferentes compartimentos y de bolsillos camuflados que tenía en su ropa.

Un par de dagas salieron de sus botas altas, dos *sai* de sus costados y tres *shuriken* en forma de estrella de cada una de sus mangas. Mientras extraía un *kunai* de una funda que llevaba atada al muslo derecho, Morrigan se percató de su cara de sorpresa.

—Hay mujeres a las que les gustan los libros, a otras las joyas, a otras los bolsos y a otras los zapatos. Mi fetiche son las armas —explicó con un encogimiento de hombros—. Las colecciono desde hace siglos. Muchas de ellas son regalos inestimables, así que más te vale tener una buena caja fuerte donde pueda dejarlas a buen recaudo.

—Será todo un espectáculo verte pasar por el detector de metales de un aeropuerto.

—Nunca he tenido necesidad de coger un avión. Prefiero convertirme en corneja y cruzar el cielo. La sensación de libertad es increíble.

—Pues siento decirte que tu libertad se va a ver mermada durante el próximo mes —terció Sean sin darle tregua.

—Tal vez pueda encontrar algo que compense los inconvenientes de este trato —rezongó Morrigan con una voz tan sugerente que fue como una caricia directa a su entrepierna.

Tentación.

Eso era ella.

No conocía a ninguna mujer tan sensual ni que expresara su apetito sexual con aquella desinhibición. Y estaba seguro de que no podría resistirse a sus provocaciones durante un mes si no hacía algo al respecto.

A no ser que…

—Lo que me lleva a la regla número cuatro: están totalmente prohibidas las relaciones íntimas entre los miembros del equipo de cocina.

—¿Qué entiendes por «relaciones íntimas»?

—Bastará con un simple beso. El primero que bese al otro, rompe el trato y, por consiguiente, pierde.

Su comentario provocó una carcajada en la diosa que se fue apagando al ver que Sean la miraba impertérrito.

—Es una broma, ¿no? —Él no se molestó en contestar, pero la expresión seria de su rostro le dio una respuesta a la mujer—. No es una broma —dedujo finalmente Morrigan con sorpresa—. ¡Por Danu! Le estás quitando toda la diversión a este asunto —masculló entre dientes.

—Nadie te obliga a aceptar el trato, puedes irte a Irlanda y olvidarte de mí.

—Eso te gustaría, Cook, pero no regresaré a Irlanda si no vienes conmigo de buen grado, así que… acepto tus estúpidas reglas. —La mujer miró alrededor y sonrió—. Bueno, ¿cuál es mi habitación?

—¿Qué?

—Si me obligas a prescindir de mi magia por un mes, voy a tener que vivir aquí contigo. La verdad es que sería más interesante si pudiese compartir tu cama, pero en vista de…

Cientos de imágenes de aquella mujer entre sus sábanas bombardearon su cerebro en cuanto ella mencionó lo de «compartir tu cama»: su cabello oscuro extendido entre las sábanas, la calidez de su piel, el suave tacto de sus curvas, sus ojos somnolientos, su sonrisa plácida y satisfecha… Fue una sensación tan real que pensó que estaba teniendo un *déjà vu*. Algo imposible, pues sabía a ciencia cierta que nunca había estado en aquella situación con ella.

Entonces, cayó en la cuenta. ¿Y si era una premonición? Su tío a veces las tenía. Después de todo, los Guardianes tenían fama de ser los más poderosos druidas. ¿Eso significaba que estaba desarrollando sus habilidades mágicas aún sin quererlo o tal vez era la presencia de Morrigan la que estaba despertando la magia que se ocultaba en él?

Aquel pensamiento fue tan perturbador que sintió cómo un nudo atenazaba su estómago hasta provocarle malestar. Tal vez por eso sus palabras sonaron como un latigazo que cortó la diatriba de la mujer.

—Más te vale mantenerte lejos de mi cama o se romperá el trato —gruñó y se pasó una mano por el cabello con nerviosismo—. Está bien, puedes instalarte en la habitación de invitados. Empezarás hoy mismo a trabajar.

—Pero necesitaré hacer uso de la magia para poder dejar mis asuntos en orden y traer mis cosas desde Avalon antes de empezar a trabajar —advirtió Morrigan.

—De acuerdo, puedes seguir siendo la diosa de la Muerte y de la Destrucción durante el día de hoy. Mañana, pasarás a ser simplemente Morrigan MacErnmas, mi nueva ayudante de cocina. ¿Podrás soportarlo?

—preguntó en tono burlón, más que convencido de que no duraría ni una semana. Él se encargaría de ello.

Por eso se sorprendió de que ella lo mirara con total confianza.

—Creo que no has tenido en cuenta un pequeño detalle: las reglas que has impuesto también juegan en tu contra; si eres tú el que rompe una de ellas, perderás nuestro pequeño juego —expuso con una sonrisa ladina—. Así que la cuestión no es si yo podré soportarlo. Lo que realmente te debería preocupar es si conseguirás aguantar un mes a mi lado sin besarme.

Capítulo 9

Diana abrió los ojos cuando escuchó un aleteo en su habitación. Ese sonido no era inusual en el Castillo de la Niebla, la morada de los Fomoré en Tir na nÓg, ya que ellos poseían la habilidad de transformarse en cuervo, sin embargo, sí era raro que alguien osase entrar allí cuando ella descansaba.

Si un guerrero fomoriano se atrevía a perturbarla sin un motivo de peso, Elatha era capaz de darle una buena tunda, ya que, a veces, su amado rey era demasiado protector. Y mucho se temía que lo iba a ser mucho más en cuanto se enterase de lo que ella había descubierto hacía tan solo un momento.

Lo que menos esperaba al abrir los ojos era ver a Morrigan materializarse en medio de la estancia.

—¿No es un poco tarde para seguir en la cama?

—No he dormido mucho esta noche —respondió Diana mirándola con fastidio, todavía tendida en su lecho.

—Supongo que yo tampoco lo haría si tuviese a Elatha en mi cama —repuso Morrigan.

—Algo que nunca sucederá —gruñó Diana y se enfadó consigo misma al ver que la diosa esbozaba una sonrisa.

A Morrigan le gustaba picarla, y ella siempre mordía el anzuelo. Resultaba irritante.

—¿Qué te trae por aquí?

—Necesito tu ayuda, hermanita.

El término «hermanita» fue dicho con su tono irónico habitual. Realmente, Morrigan era hermanastra de Erin, las dos tenían como madre a Ernmas. Pero Diana, al ser la reencarnación de la diosa de Irlanda, pasó a ser en cierta forma familia de la infame diosa de la Muerte y de la Destrucción.

—¿Qué puedo hacer por ti? —preguntó mientras se incorporaba en la cama.

Aquel simple movimiento consiguió que se le revolviera el estómago. Se llevó la mano a la boca al sentir cómo la bilis le subía por la garganta y corrió al baño justo a tiempo para vomitar el ligero desayuno que acababa de tomar en la cama.

Al instante, sintió cómo Morrigan se acercaba a ella y le apartaba el cabello de la cara con gesto de inquietud. Su mano se apoyó en la espalda transmitiéndole consuelo y apoyo.

—¡Por Danu! Si hubiese sabido que ibas a recibirme con un espectáculo tan lamentable, hubiese acudido a Alana. ¿Cómo puedo ayudarte? —inquirió con una preocupación genuina que contradecía su comentario anterior.

Esa era Morrigan, un cúmulo de contradicciones. Cuánto más la conocía, más segura estaba segura de que su forma de ser irreverente y provocadora enmascaraba un corazón muy dulce.

—¿Quieres que avise a Elatha?

—¡No, por lo que más quieras! Déjame disfrutar de mis últimos instantes de libertad —atinó a decir entre arcadas.

—Debo decirte que tu forma de disfrutar dista mucho de la mía —señaló Morrigan con una mueca al ver cómo terminaba de expulsar lo que quedaba dentro de su tripa.

—Tú no lo entiendes —musitó Diana mientras se lavaba la cara con agua fría.

Por un momento, sintió un ligero mareo y tuvo que sujetarse del lavabo para estabilizarse. Cerró los ojos para controlar otra nueva oleada de náuseas.

—Creo que ya me empiezo a hacer una idea de lo que ocurre. —Abrió los ojos ante el susurro asombrado de Morrigan y vio sus ojos clavados en el pequeño objeto que estaba en la papelera: una prueba de embarazo—. ¿Eso es…?

—Sí —respondió Diana con un nudo en el estómago.

—Deduzco que el resultado es positivo —adivinó la diosa—. ¿Elatha todavía no lo sabe?

—No, se ha ido temprano a entrenar con sus hombres —explicó Diana mientras volvía con paso tambaleante a la cama ayudada por Morrigan—. Llevo unos días sintiéndome cansada, aunque pensé que estaba incubando algún resfriado.

—Los dioses no tienen ese tipo de dolencias —gruñó su hermanastra mientras colocaba un almohadón en su espalda para que se pudiera recostar con comodidad en el cabecero de la gran cama.

—Pero es que yo no soy una diosa al uso, ¿recuerdas? —De hecho, a Diana todavía le costaba hacerse a la idea de que la energía de la diosa Erin habitaba en su interior.

»Ayer pasé la tarde con Alana y se me quedó mirando de esa forma intensa con la que lo hace cuando tiene algún tipo de visión y, de repente, me soltó que el niño que crecía en mi vientre tendría los ojos de Elatha —explicó todavía asombrada por aquel hecho—. La verdad es que en un primer momento pensé que me estaba tomando el pelo, pero, por si acaso, compré un test de embarazo y… —Se llevó una mano al vientre aún plano —. ¡Un niño! —murmuró con voz reverente—. Tengo tantas ganas de decírselo a Elatha y, al mismo tiempo, no me atrevo. Se va a preocupar tanto que no me va a quitar el ojo de encima hasta que nazca el bebé, más todavía con la amenaza de un ataque de Balor.

Ese punto la aterraba.

Desde que se supo de la reencarnación de Balor, en el Castillo de la Niebla se respiraba tensión. Después de todo, eran fomorianos, aunque se separaron de los suyos milenios atrás.

Tras la victoria de los danianos en Irlanda, los fomorianos tuvieron que abandonar la isla Esmeralda. Muchos de ellos culparon de la derrota a Elatha, ya que se negó a participar en la segunda batalla de *Maige Tuired*; aun así, al ser uno de los pocos reyes supervivientes, se responsabilizó de guiar a los exiliados hasta una nueva tierra en la que asentarse. Así pues, cruzaron el océano en sus barcos hasta llegar a un nuevo territorio mucho más extenso: América.

Sin embargo, después de que se estableciesen allí, Elatha regresó a Irlanda en busca de Erin. Quisieron acompañarlo sus cuatro generales y sus hombres más fieles, un centenar de guerreros que, después de acogerse al Pacto de Tres, pasaron a ser renegados entre los suyos. Traidores.

Y ahora, azuzados por Balor, los fomorianos del otro lado del océano pensaban reconquistar Irlanda y acabar con ellos. Elatha y sus cuervos tendrían que pelear contra los de su propia raza. Algunos incluso con sus propios familiares, pues mantenían lazos de sangre con los fomorianos de américa.

Elatha estaba completamente seguro de la lealtad de sus hombres. Diana, no tanto.

—¿Sabes cuánto hace que no nace un bebé que tenga sangre daniana y fomoriana corriendo por sus venas? —preguntó Morrigan sacándola de sus pensamientos—. El último fue el deslumbrante dios del Sol.

—Más que deslumbrante, yo diría que es arrogante y testarudo —terció una voz con tono de fastidio.

Las dos mujeres se giraron con sorpresa al ver a Alana en la puerta.

—Siento interrumpir, pero quería comprobar si te encontrabas bien después de… —Miró de soslayo a Morrigan antes de continuar con cautela—. Lo que te dije.

—Tranquila, ya lo sabe.

—¿Y bien? —Quiso saber Alana mientras se adentraba en la estancia y se sentaba en la cama junto a Diana.

—Tenías razón, me he hecho una prueba esta mañana y ha dado positivo.

—¡Oh, eso es maravilloso! ¡Enhorabuena!

Alana la envolvió en un fuerte abrazo. Pese a que en el pasado aquella mujer la traicionó, ahora se había convertido en una hermana para ella.

—Y dinos, ¿por qué tu adorado dios del Sol ha pasado a convertirse en un ser arrogante y testarudo? —inquirió Morrigan mientras las observaba apoyada en uno de los postes del dosel de la cama—. Bueno, que conste que es algo que todos ya sabíamos, pero ¿qué ha hecho para que por fin caiga el velo del enamoramiento y tú te des cuenta?

—No quería dejarme venir aquí. Dice que el Castillo de la Niebla ya no es un lugar seguro.

Diana se temía aquella respuesta.

Los danianos siempre habían sido bastante desconfiados en lo referente a los fomorianos, existía un pasado demasiado cruento entre ellos como para que la convivencia fuese fácil; aunque después de su unión con Elatha y la revuelta de Muckross Abbey, se estableció una tregua entre ellos.

La amenaza de Balor iba a reavivar las tensiones apagadas.

Lo que no esperaba era que Lugh, que era mitad daniano y mitad fomoriano, tomase aquella actitud.

—Es el nieto de Balor, sabe de lo que su abuelo es capaz —se apresuró a añadir Alana presta a excusar a su pareja—. Cree que no jugará limpio y tratará de trucar la lealtad de los hombros de Elatha para que lo traicionen. Y yo conozco de sobra las artimañas de Idris —agregó con expresión lúgubre.

De hecho, la druidesa había sido como una segunda madre para Alana. Ocultando su verdadera identidad, se integró en los Hijos de Breogán manipulándolos para así conseguir liberar el espíritu de Balor y que se reencarnase en Alexandre Quiroga.

Alana la odiaba de forma especial porque aquella mujer era la responsable de que Eli hubiese pasado gran parte de su vida en una silla de ruedas.

Por unos segundos, las tres mujeres guardaron silencio cavilando sobre sus propios temores. Bueno, al menos Alana y Diana, sí. Dudaba de que Morrigan tuviese miedo a algo, lo que la llevó a retomar un punto de su conversación.

—¿En qué te puedo ayudar? —preguntó al recordar la petición que había llevado a su hermanastra hasta allí.

—Necesito ayuda para cambiar de aspecto. En concreto, para dejar de parecer una dominadora sexual, la protagonista de *Matrix* o, y cito textualmente: «la versión gótica de la mujer de Roger Rabbit», sea lo que sea eso.

Diana y Alana intercambiaron una rápida mirada y después estallaron en carcajadas.

—¡Por Danu! ¿Quién se ha atrevido a decir algo así? —preguntó Diana entre risas.

—Y lo más importante: ¿sigue vivo después de eso? —terció Alana.

—Sigue vivo… de momento —matizó Morrigan con una sonrisa maliciosa que no presagió nada bueno para la persona en cuestión—. Me voy a ver obligada a pasar el próximo mes en la superficie y, aunque lo negaré hasta la muerte ante cierto cocinero arrogante, soy consciente de que mi aspecto es demasiado…

—¿Agresivo? —completó Diana presta a ayudar al ver que dudaba en la elección de un calificativo.

—¿Monótono? —aventuró Alana al mismo tiempo.

Las dos tragaron saliva al recibir una mirada fulminante de la diosa.

—Iba a decir intimidatorio —gruñó Morrigan—. Lo de agresivo lo acepto; me gusta incluso. Pero… ¿monótono?

—Bueno, siempre vistes de cuero negro —alegó Alana—. Pareces más fomoriana que daniana. Ojo, que no digo que te quede mal, todo lo contrario; pero sí es cierto que muchas veces he pensado que estarías preciosa de blanco o con algo más de colorido.

La diosa se quedó pensativa durante unos instantes como si estuviese sopesando sus palabras.

—Sí, supongo que puedo probar otro estilo durante un tiempo para integrarme mejor entre los *siadsan* —aceptó al fin, aunque sin mucho entusiasmo—. ¿Y bien? ¿Me ayudáis con el cambio de *look*?

—Solo si prometes que no habrá represalias por nuestras sugerencias —advirtió Diana, pues conocía el carácter volátil de la diosa.

—Nunca haría daño a una embarazada.

—¡Genial! Me voy a llevar yo todos los golpes —farfulló Alana poniendo los ojos en blanco.

—Tampoco nos olvidemos del maquillaje.

—¿Qué le pasa a mi maquillaje? —espetó Morrigan mientras fulminaba a Diana con la mirada.

—Bueno, con todo ese kohl…, es… es… excesivo —barbotó ella amedrentada por su expresión amenazadora—. Recuerda que estoy embarazada de tu futuro sobrino —se apresuró a añadir al ver que la diosa parecía a punto de lanzarse sobre ella.

—¿Embarazada? —bramó una voz desde la puerta.

Las tres mujeres se giraron para encontrarse al rey de los fomorianos llenando el vano de la puerta con su imponente cuerpo.

Diana sintió un vuelco en el corazón al ver el rostro consternado del recién llegado.

Si bien todos los guerreros fomorianos eran morenos y tenían los ojos negros, por un capricho de la diosa Domnu, su rey era rubio con los ojos grises. Eso era lo único que lo diferenciaba de los suyos; por lo demás, tenía la apariencia de un bárbaro y la complexión de un titán.

Su extremada nobleza y su inquebrantable lealtad le habían valido el respeto de amigos y enemigos. Eso, añadido a su gran corazón y su ternura, terminó por conquistar a Diana.

Ese era Elatha Mac Dalbaech. Rey de los fomorianos. Dios de la Noche y de la Luna. Amo de la Niebla y Señor de la Tormenta.

El amor de su vida.

El padre de su futuro hijo.

—Será mejor que nos vayamos tú y yo solas a comprar ropa —murmuró Alana tirando de Morrigan hacia la salida.

—¿Por qué? Esto se acaba de poner muy interesante —protestó la diosa con un mohín, aunque se dejó arrastrar.

Por unos instantes, Diana y Elatha se quedaron mirando en silencio. Después, el fomoriano comenzó a andar hacia ella con expresión

inescrutable.

Nunca habían hablado de tener descendencia y no era el mejor momento, ya que la amenaza de guerra era inminente. A pesar de ello, Diana deseaba a aquel niño con toda su alma y esperaba que él también.

Contuvo el aliento cuando el fomoriano la cogió en brazos y se sentó en la cama para ponerla sobre su regazo, como si fuera una niña. Después, acarició con reverencia su abdomen.

Su mano, grande y curtida, lucía el anillo que ella le regaló y en el que estaba representado un árbol de la vida en cuyo tronco tenía grabado un trisquel. Una fusión simbólica entre fomorianos y danianos.

El símbolo de su unión como pareja.

—Nuestro hijo —murmuró Elatha con la voz tan ronca que le costó escucharlo.

—¿Estás contento?

—¿Acaso lo dudas? —inquirió el rey fomoriano mirándola por fin.

Sus ojos, brillantes por las lágrimas, estaban repletos de amor y ternura cuando cogió el rostro femenino entre las manos con delicadeza.

—Mi pequeña *banshee*, no podría ser más feliz —susurró antes de besarla.

Capítulo 10

A la mañana siguiente, Morrigan instaló sus enseres personales en la habitación. Aunque no tenía ni punto de comparación con la magnífica estancia que poseía en Avalon, el dormitorio de invitados de Sean era bastante amplio y tenía baño privado.

Después, se preparó para ir a su nuevo trabajo. El sentido común le susurraba que eligiese un conjunto cómodo entre las nuevas prendas que adquirió con Alana, sin embargo, el orgullo, del que la diosa muchas veces era esclava sin percatarse de ello, la obligó a ir con su aspecto habitual. No quería que Sean pensase que había cambiado por su comentario.

Así pues, se miró en el espejo y sonrió satisfecha ante la imagen familiar que vio: llevaba puesto un mono negro de manga larga hecho de un cuero tan fino que parecía una segunda piel. El escote tenía forma de V y era tan pronunciado que dejaba ver el marcado valle que formaban sus senos constreñidos. Para completar su «uniforme», se calzó unas botas altas de tacón fino.

Tampoco cambió ni un ápice su maquillaje. Sus ojos se veían oscurecidos por sombra negra y abundante kohl, y sus labios eran el único punto de color, de un rojo tan vibrante que parecían un faro en la oscuridad.

Ni siquiera modificó su peinado y dejó que su cabello se deslizase en suaves cascadas oscuras hasta media espalda.

La verdad es que no recordaba la última vez que vistió otra ropa que no fuese de color negro. Fue algo progresivo. Los suyos pensaban que era una mujer pendenciera y cínica, y el aspecto que se había creado con el paso del tiempo potenciaba esa idea. Era una forma de guardar las distancias con el resto de los danianos. Después de todo, ella nunca había sentido que encajaba entre los suyos.

Los Tuatha dé Danann vestían con colores claros y solían evitar cualquier tipo de confrontación. Eran más contemplativos que activos.

Morrigan, en cambio, era una mujer de acción y de fuertes pasiones. Tal vez, por eso siempre se identificó más con los fomorianos y terminó por adoptar su estética «gótica».

Su aspecto de tipa dura se había convertido en una coraza para ella, una especie de escudo que usaba a modo de protección.

Unos golpes en la puerta de la habitación la sacaron de sus reflexiones. Abrió y se encontró con Sean.

—¿Todavía no te has preparado? —espetó con impaciencia—. No me gusta llegar tarde.

—Ya estoy lista —respondió ella saliendo de la estancia.

El cocinero la miró de arriba abajo con una expresión inescrutable hasta detenerse en sus pies.

—Eres consciente de que vas a trabajar en una cocina y no en un club de sado, ¿verdad?

Morrigan apretó los puños contra los costados para no acabar estrellándole uno en la cara.

—¿Y tú eres consciente de que no necesito la magia para dejarte sin dientes?

—Al menos deberías considerar el calzado que has elegido para trabajar. Los tacones no son lo más adecuado en una cocina —sugirió con una voz tan razonable que le resultó molesta.

—¿Por qué no? —replicó alzando el mentón con orgullo—. He ganado cruentas batallas calzando botas de tacón.

Esperaba que Sean dijera algo más, en cambio, solo se encogió de hombros.

—Tú misma —musitó antes de girar sobre sí mismo y empezar a caminar hacia la salida.

El breve trayecto en coche lo hicieron en completo silencio, aunque Morrigan podía palpar la tensión que exudaba su acompañante.

—¿Te arrepientes de nuestro trato? —inquirió la diosa cuando el todoterreno de Sean se detuvo en un reservado frente a la puerta de servicio que se encontraba en un lateral del restaurante.

—No. Es más, espero que lo rompas antes de que acabe el día.

—¿Tan seguro estás de ello?

El cocinero volvió a repasar su cuerpo con la mirada y, para su asombro, luego sonrió.

—Tengo un presentimiento. Recuerda: mi cocina, mis normas —advirtió Sean justo cuando iba a salir del coche—. No toleraré que me desobedezcas ni ningún comportamiento inapropiado. A la primera señal de magia, el trato se acaba, vuelves a Irlanda y me dejas en paz.

—Sí, *bwana*[4] —respondió con ironía, lo que le valió otra mirada fulminante del cocinero.

—Hablo en serio, Morrigan.

—Umm. Me gusta mucho cómo suena mi nombre en tus labios —ronroneó ella con voz sensual mientras le pasaba un dedo por el centro del pecho. Al ver que él tensaba la mandíbula, puso los ojos en blanco—. Relájate, ¿quieres? Puedo ser muy buena cuando quiero.

—Lo que no tengo claro es que quieras serlo —refunfuñó él mientras salía del coche y daba un portazo.

Morrigan lo siguió al interior del restaurante con una sonrisilla bailándole en la boca.

Empezaba el primer asalto.

En cuanto entraron en la cocina, que ya estaba en pleno ajetreo, Sean convocó a todos.

—Equipo, os presento a Morrigan MacErnmas. Viene de Killarney, mi ciudad natal, y va a estar un mes de prueba con nosotros haciendo las labores de pinche de cocina.

Apostaría lo que fuera a que ninguno de los allí presentes escuchó el breve discurso de su jefe. Todos se quedaron mirándola paralizados en cuanto entraron con diferentes expresiones en la cara, desde estupefacción a total embeleso.

—Pero ella… es… —comenzó a farfullar un hombre rubio, bajito y enjuto con fuerte acento galés y un refinado bigote.

—Sí, es la clienta que nos ha estado tocando las narices los últimos días —explicó Sean cortando el balbuceo sorprendido del individuo—. Una broma de viejos amigos —añadió para justificar su comportamiento. Luego se dirigió a Morrigan—: A Olwen ya lo conoces. Es nuestro *maître* y jefe de comedor. Luego te presentará al equipo de comedor.

El galés la saludó con cierta rigidez, tal vez sin olvidar sus continuas quejas sobre la comida, antes de ser apartado por un hombre atractivo de pelo rubio y ojos verdes. Era de estatura media y tenía un buen cuerpo.

—Una mano en la cocina siempre es bienvenida, *surtout si c'est si belle* —comentó mientras se acercaba a Morrigan para besarle el dorso de la mano.

—Ya estamos —bufó una mujer rubia, mirando con desaprobación al francés.

—Soy Pierre Dubois —continuó diciendo él sin prestar oídos al comentario de su compañera.

—*Enchanté* —murmuró Morrigan con un acento perfecto que intensificó el brillo de interés en los ojos del francés.

Su mirada de admiración no le resultó molesta, aunque tampoco la halagó demasiado, pues era la forma habitual con que la miraban los hombres. Sin embargo, tal vez pudiese utilizarlo para poner celoso a Sean. Sería divertido.

—Dubois es nuestro *patissier* —intervino el chef antes de que Pierre pudiera decir algo más—. Es el encargado de elaborar los postres y el pan que servimos. —Después, se giró hacia la rubia.

»Ella es Rhonda Evans, mi mano derecha —continuó diciendo Sean y esperó a que las dos mujeres se saludaran con un escueto apretón de manos antes de proseguir—: Es la *garde manger*, responsable de los platos

fríos, aperitivos y ensaladas. También hace las funciones de *entremetier* preparando los entrantes.

No era especialmente bonita, más bien era una mujer corriente, de pelo rubio oscuro y ojos pardos, pero se notaba que tenía carácter y eso le gustaba, por mucho que en aquel momento estuviese mirando con reprobación su atuendo.

—Yo soy Briana Williams —se apresuró a decir una joven pelirroja al parecer sin paciencia para esperar su turno de presentaciones—. Es un placer ver por aquí a otra chica. Ahora estamos más equilibrados —añadió con una sonrisa cómplice.

No tendría más de veinte años y era muy bonita de forma sutil y dulce. Algo en ella, tal vez su ímpetu o su entusiasmo, le recordó a Eli.

—Briana es *commis*, asistente de cocina, y ayuda sobre todo a Pierre. Es una joven promesa de la repostería —explicó Sean mientras miraba a la chica con cariño, cosa que la hizo ruborizar de pies a cabeza—. Este de aquí es Dylan Jones —prosiguió diciendo—. Nuestro otro *commis* —aclaró el chef al tiempo que cabeceaba hacia un joven de pelo castaño, alto y desgarbado que observaba a Morrigan embobado.

Tendría unos veinticinco años, aunque parecía un cachorrillo nervioso cuando se acercó a ella trastabillando, lo que provocó que Sean soltara un gruñido. Y luego puso los ojos en blanco al ver que el chico enrojecía hasta la raíz del pelo cuando Morrigan le guiñó un ojo al estrechar su mano.

Reacciones similares tuvieron los dos jóvenes que trabajaban de lavaplatos y que no atinaron ni a construir una sola palabra cuando ella les sonrió.

Una vez acabadas las presentaciones, Sean le relató brevemente el funcionamiento de aquella cocina.

—Ahora comprendo que se le llame brigada de cocina —comentó Morrigan pensativa cuando acabó la explicación.

—¿Por qué lo dices?

—Porque tiene similitud con la organización de un ejército. Es una jerarquía. Tú eres el general y los miembros de tu equipo son tus soldados; cada uno tiene un rango y una especialidad diferente, y todos te obedecen.

—Supongo que sí —concedió Sean, aunque por su cara de extrañeza parecía que nunca lo había visto así.

—Y supongo que quieres que sea una especie de asesora —adivinó Morrigan—. La verdad es que sé mucho de ejércitos, pero no soy demasiado versada en cocina. Con todo, conozco varias recetas típicas celtas que tal vez…

—Las recetas son cosa mía —interrumpió Sean.

—Entonces, ¿qué labor tienes pensada para mí?

—¿Qué tal si comienzas por ahí? —propuso con una sonrisa ladeada mientras cabeceaba hacia un saco de patatas de veinticinco kilos.

Morrigan observó el lugar que señalaba y luego le dirigió una mirada fulminante cuando dedujo lo que Sean quería decir.

—Estás de broma, ¿no?

Sin embargo, Sean no bromeaba.

Obligada a ponerse una horrible chaquetilla blanca y a recogerse el cabello bajo un todavía más horroroso gorro, la diosa de la Muerte y de la Destrucción pasó las siguientes dos horas pelando patatas.

Y aquello fue solo el principio de un infierno. Porque sí, a medida que los fogones y el horno se encendieron, y el ajetreo aumentó, la estancia comenzó a subir de temperatura hasta alcanzar un punto infernal. O al menos eso le pareció a ella cuando su mono de piel empezó a pegársele al cuerpo y a hacerle sudar como un muñeco de nieve en el Caribe.

Sin contar con que el suelo de la cocina parecía haberse convertido en una pista de patinaje y se resbalaba continuamente, hecho que no pasó desapercibido a Sean cuando acabó cayendo en sus brazos en el último resbalón.

Las manos masculinas la sostuvieron de la cintura hasta que consiguió estabilizarse, y Morrigan sintió un ramalazo de excitación por su fuerza y calidez, cosa que estaba empezando a fastidiarla, sobre todo cuando él se acercó a ella para susurrarle en su oído en tono de burla:

—Puede que hayas ganado cruentas batallas calzando botas de tacón, pero estás perdiendo esta de una forma vergonzosa.

Sintió su energía crepitar con la necesidad de usar la magia para hacerle sufrir. Tal vez convertirlo en patata y mondarlo de forma lenta o transformarlo en una de esas apestosas truchas que tanto le gustaban y asarla en su jugo. Aquella cocina era una fuente de inspiración para las más suculentas torturas. Sin embargo, al ver que él levantaba una ceja en actitud provocativa, se obligó a controlarse.

—No te engañes, Cook. Admito que no he elegido bien mis armas en esta primera contienda, pero todavía queda mucha guerra por delante y estoy dispuesta a ganar —expuso con el mentón en alto antes de alejarse de él.

Que resbalara a los dos pasos y se tuviese que sujetar de una de las encimeras para no acabar despatarrada en el suelo fue un golpe para su orgullo, más al escuchar la risa ahogada del hombre a sus espaldas.

Sintió la mirada de los demás sobre ella. El embeleso había dado paso a algo parecido a la lástima, la estocada final para su amor propio. Sabiendo que era el centro de atención de los presentes, clavó los ojos al frente, alzó el mentón y cruzó la cocina con la máxima dignidad que pudo hasta la pila donde tenía que realizar su siguiente tarea: limpiar varios kilos de setas para después proceder a cortarlas en láminas finas.

Por primera vez desde que tenía uso de razón, se sentía humillada. Lo peor es que no le podía echar la culpa a él, ella sola se lo había buscado por ser tan terca y orgullosa y negarse a llevar la ropa adecuada.

Estaba tan concentrada en su labor y en el esfuerzo por contener las lágrimas que, de forma inesperada, amenazaban con desbordar sus ojos, que tardó en percibir que alguien se le acercaba por detrás hasta que estuvo a su lado.

Levantó la mirada brevemente y descubrió que era Briana.

—¿Sean no te dijo que la ropa que llevas no es la apropiada para una cocina? —preguntó en un susurro quedo y sin mirarla, enfrascada en su propia tarea, y Morrigan se sintió agradecida por su discreción.

—Puede que lo dijera —admitió al fin en el mismo tono—. Pero lo hizo de una forma tan poco amable que decidí no hacerle caso.

Por el rabillo del ojo vio que la joven asentía, como si hubiese comprendido de alguna manera la situación. Su expresión mostraba mucha

amabilidad y ningún tipo de prejuicio.

—Es mejor llevar prendas finas de algodón, ya que resultan más frescas, y zapatos planos de suela de goma para evitar resbalones. Y, si quieres usar maquillaje, que sea resistente al agua —recomendó Briana con tacto.

—Gracias. —La chica estiró el brazo para coger un cuchillo, de forma que la manga se le subió, y Morrigan pudo apreciar un moratón oscureciendo el contorno de su delgada muñeca—. ¿Quién te ha hecho eso? —gruñó.

Se arrepintió al instante de haber sido tan directa cuando vio cómo la joven se estiraba avergonzada la manga para tapar la marca.

—No es nada —respondió en un tono demasiado despreocupado—. Ayer me golpeé la muñeca y, como tengo la piel tan clara, enseguida me salen moretones. Es la suerte de las pelirrojas —concluyó con una sonrisa que le pareció forzada.

La chica le acababa de mentir y lo hacía fatal. Algo inútil, porque Morrigan reconocía ese tipo de marcas.

Iba a indagar más sobre el tema cuando, de repente…

—Morrigan, ¡menos cháchara y trabaja más rápido, que esas setas no se cortan solas! —atronó la voz de Sean, sobresaltándolas.

—¡Por Dios! ¿Has atropellado a su perro o algo así? —susurró Dylan, que en ese momento pasaba por su lado.

—No suele ser tan autoritario con nosotros —aclaró Briana antes de alejarse de ella para que no la riñeran más.

Durante el resto de la jornada, la diosa se concentró en intentar conservar la mayor dignidad posible mientras realizaba las tareas que Sean le encomendaba, a cada cual más pesada.

Cuando la cocina cerró sus puertas, estaba tan cansada como después de un duro día de entrenamiento. Tenía los dedos arrugados y entumecidos de tanto pelar patatas, de enjuagar y cortar las diferentes verduras, y de limpiar las pesadas ollas y sartenes a medida que las usaban.

Ese último trabajo en cuestión dedujo que era cosa de uno de los lavaplatos, pues al chico se le iluminó la cara cuando Sean le ordenó a

Morrigan que lo hiciera.

Finalmente, Sean le hizo limpiar todas las zonas de trabajo, algo que, por la expresión de sorpresa del resto del equipo, no era algo habitual para una sola persona, y después tirar la basura.

Cuando su *jefe* le dijo que ya era hora de irse a casa, hacía ya tiempo que el resto se había marchado. Estaba tan agotada que casi soltó un gemido de alivio. Gemido que no pudo silenciar cuando, al arrastrarse hasta su habitación con la espalda dolorida de haber permanecido tantas horas de pie sin casi moverse, se miró por primera vez en un espejo. La pintura de los ojos se le había derretido por el sudor esparciéndose por la piel de las ojeras y más allá, con algún chorretón que le cruzaba las mejillas, confiriéndole el aspecto de un oso panda trasnochado.

Entonces, comprendió las miradas subrepticias de conmiseración en sus nuevos compañeros, y la cruel diversión que descubrió en los ojos de Sean durante el trayecto a casa.

Con un sentimiento de rabia, frustración y humillación, se dispuso a quitarse el dichoso mono que parecía haberse fundido con su piel. Frunció el ceño al percibir un fuerte olor que atacó sus fosas nasales. Husmeó el aire en busca del origen y se horrorizó al darse cuenta de que provenía de ella.

La diosa de la Muerte y de la Destrucción apestaba a sudor.

Entonces, recordó que Sean había arrugado la nariz varias veces durante el trayecto en coche mientras la miraba de reojo con perverso regocijo.

Maldito *cocinerucho*.

Que él no hubiese sentido la necesidad de vapulearla un poco más durante el trayecto y hubiese optado por el silencio, dándole una tregua, solo confirmaba su victoria.

Bien, puede que Sean O’Malley hubiese ganado aquella primera batalla, pero la guerra solo acababa de empezar.

Capítulo 11

Sean se detuvo frente a la puerta de la habitación en la que estaba instalada Morrigan y agudizó el oído. No se escuchaba nada. Tal vez su indeseada ocupante había huido durante la noche.

Si fuese así, no la podría culpar. El día anterior resultó duro para ella. Fue como ver a un ángel caer del cielo y estrellarse contra el duro asfalto, solo que el ángel en cuestión era una diosa altiva que acabó cayendo bajo el peso de su propio orgullo.

Si tan solo hubiese seguido su sugerencia de ponerse algo más adecuado, lo hubiese tenido más fácil. Pero no, la diosa de la Muerte y de la Destrucción era tan tozuda que se empeñó en ir vestida como Trinity[5] para trabajar en una cocina y acabó pagando las consecuencias.

Admitía que se había ensañado un poco con ella encomendándole las tareas más pesadas, desagradables y monótonas de la cocina. Nada que él mismo no hubiese hecho alguna vez cuando estaba aprendiendo, sin embargo, pensó que, en cuanto le ordenara hacer algo tan trivial como tirar la basura, la diosa tendría demasiado amor propio para llevarlo a cabo.

La había subestimado.

Perdió la cuenta de las veces que lo apuñaló con la mirada, pero obedeció cada una de sus órdenes sin decir nada.

Tampoco podía negar que sintió una perversa satisfacción cada vez que presenció un resbalón, la escuchó farfullar una maldición o vio signos de

cansancio en su bello rostro.

Un rostro que, hora a hora, dejó de ser divino para volverse muy terrenal. Lo curioso es que su vulnerabilidad había despertado cierta ternura en él y, en lugar de hundirla un poco más durante el trayecto de vuelta a casa, decidió darle una tregua para recomponerse porque no estaba seguro de si las diosas lloraban, pero aquella parecía a punto de hacerlo.

En cuanto llegaron a casa, Morrigan se metió en su cuarto sin decir palabra y todavía no había salido, ni siquiera para desayunar.

Frustrado por no percibir ningún sonido en la habitación, decidió ser directo y golpeó con los nudillos en la puerta. Después, apoyó la oreja sobre la madera en busca de una respuesta o algún indicio de actividad en el otro lado.

Nada.

Frunció el ceño y miró su reloj. Ya era la hora de ir al trabajo. No podía perder más tiempo. Finalmente, se decidió a entrar. Irrumpió en la habitación con impaciencia y casi se da de bruces con ella.

—¿Estás sorda? Te llevo llamando un buen rato. Quería saber si…

La voz del chef se fue apagando a medida que sus ojos tomaron consciencia de su imagen, pues la mujer que tenía frente así era muy distinta a la que él conocía.

Para empezar, no iba vestida con ropas de cuero negro; llevaba una camiseta granate, unos *leggins* negros y unas deportivas. Tampoco iba pintada como la novia de Chucky, sino que lucía el rostro limpio con un leve toque de máscara negra en las pestañas y un brillo labial. Incluso el cabello, que siempre dejaba cayendo libre por su espalda, lo llevaba recogido en una coleta.

En conclusión, parecía la versión Disney de la mujer que conocía.

Si con su estética gótica era arrebatadora, con aquel aspecto desenfadado y natural resultaba irresistible. ¿Quién iba a pensar que el maquillaje que usaba ocultaba de alguna forma la belleza fresca que realmente poseía aquella diosa?

—No, no estoy sorda. Estaba distraída —refunfuñó Morrigan mientras se cruzaba de brazos en actitud protectora—. ¿No te han dicho nunca que es de mala educación entrar así en una habitación? —inquirió mirándolo con su altanería habitual.

—Perdona…, yo… solo quería saber si ya estabas preparada —balbució él aturdido. Carraspeó antes de continuar—: Veo que has optado por un cambio de estilo —musitó y, a pesar de que trató de impedirlo, sus ojos se rebelaron y volvieron a acariciar el cuerpo de la mujer.

Para total estupefacción de Sean, un suave rubor cubrió las mejillas de Morrigan, confiriéndole un aspecto casi virginal.

—Tengo orgullo, pero reconozco cuando estoy equivocada y sé aprender de mis errores —confesó la diosa—. Sería una necia si no lo hiciera.

Sintió respeto por ella al ver cómo reconocía su error con tanto coraje, algo que le molestó, pues no quería sentir más que indiferencia.

—Será mejor que nos vayamos ya, no me gusta llegar tarde —gruñó y, sin más, salió de allí a toda prisa.

La diosa atinó a coger su cazadora de cuero y su bolso antes de seguirlo.

Durante el trayecto en el todoterreno, Sean se encontró mirándola de reojo cada dos por tres, atraído por esa nueva Morrigan.

—¿Qué ocurre? —preguntó su acompañante al percatarse de que era incapaz de mantener la mirada lejos de ella.

Sean cerró la boca a conciencia y negó con la cabeza.

Se negaba a mostrar curiosidad.

La curiosidad era signo de interés y él no estaba interesado en ella.

Para nada.

No iba a preguntar.

—¿Cuántos años tienes? —soltó de sopetón cuando algo más fuerte que él le arrancó las palabras de su garganta pese a sus esfuerzos por no dejarlas salir.

Al instante, se dio una colleja mental al ver un amago de sonrisa en la boca de Morrigan.

—¿No te han dicho nunca que no es de buena educación preguntar la edad a una mujer?

Su comentario hizo que Sean apretara las manos en el volante y fijara la mirada en la carretera como si la vida le fuera en ello.

—Déjalo, tampoco es que me importe demasiado saberlo —masculló entre dientes.

No la engañó ni por un segundo.

—Tengo más edad de la que puedas imaginar. Dejé de contar en el quinto milenio —aclaró con un mohín—. Aunque paré de envejecer a los treinta años si es eso a lo que te refieres.

—Pues no aparentas más de veinte —bufó él.

Para su asombro, ella se volvió a sonrojar, como si su comentario la hubiese incomodado en cierta forma.

Nunca hubiese pensado que la infame diosa de la Muerte y de la Destrucción, cuyas hazañas y amoríos eran legendarios, todavía guardase la capacidad de sonrojarse.

¿Cómo iba a resistirse a ella durante todo un mes? Más aún cuando se ruborizaba de aquella forma tan encantadora.

Solo conseguiría hacer frente a su hechizo si no olvidaba que, debajo del aspecto que lucía en ese instante, se encontraba la misma diosa arrogante y altanera que en verdad era.

Por suerte, el carácter de Morrigan volvió al ataque.

—¿Eso te hace sentir un viejo verde, Cook?

El apodo con que lo había bautizado, Cook, iba acompañado de su habitual desdén. En sus labios, sonaba a «cucaracha» o «cretino».

—¿Viejo? —bufó fulminándola brevemente con la mirada—. Tengo treinta y un años, estoy lejos de serlo.

—Puede que no en edad, aunque conozco ancianos con una vida más entretenida que la tuya.

—Me gusta la tranquilidad.

—Eso ya lo he visto.

Sean volvió a apretar el volante, pero esta vez se abstuvo de hablar.

Por mucho que lo explicara, ella nunca podría entenderlo.

La muerte de su hermana Heather fue un golpe difícil de asumir. Había cuidado de ella desde que era un bebé, la adoraba. Enterarse de que su propio hermano la asesinó de forma tan brutal lo destrozó.

Stephen.

Cada vez que pensaba en él sentía un nudo en el estómago tan fuerte que le provocaba ganas de vomitar. ¿Cómo estuvo tan ciego con él? ¿Cómo no se dio cuenta de que guardaba tanto rencor en su alma?

A su mente acudió el aciago día en el que acabó su vida, al menos la que él se había esforzado tanto por construirse. Un día que le gustaría borrar de su existencia, ya que fue un cúmulo de indeseadas revelaciones.

Para empezar, por la mañana descubrió que tendría el dudoso honor de convertirse en el próximo Guardián, algo que ni esperaba ni mucho menos deseaba.

Estaba secándose después de una ducha para luego ir al trabajo cuando sintió un escozor en el brazo izquierdo, más intenso en la zona del interior de su antebrazo, en donde tenía el tatuaje que lo señalaba como milesiano. De pronto, una sensación de quemazón comenzó a extenderse desde su hombro hasta la punta de los dedos. Cada vez más intensa; tanto que parecía que el brazo se le estuviese derritiendo, hasta el punto de que acabó gritando de dolor. Finalmente, se desmayó.

Cuando despertó seguía allí, desnudo y tirado en el frío suelo del baño. Estaba tan desorientado que tardó varios segundos en darse cuenta de que una serpiente dorada rodeaba su *wuivre*.

La observó incrédulo durante varios minutos hasta que tomó conciencia de lo que aquel tatuaje conllevaba. Luego vomitó. Intentó eliminar el dibujo frotándolo con un estropajo hasta hacerse sangre, pero su piel se regeneró y la serpiente volvió a refulgir con un tenue halo dorado.

Desesperado, se vendó el antebrazo con la estúpida idea de que, si nadie veía aquel tatuaje, no podrían saber que la diosa Danu lo había

marcado para suceder a su tío como próximo Guardián.

Después se fue a trabajar mientras un montón de preguntas bombardeaban su cabeza, aunque la principal era: «¿Por qué yo?».

No tenía nada que ver con la magia desde la fatídica noche en que su familia quedó destruida. Mientras los demás niños milesianos practicaban para mejorar sus dotes mágicas, él se refugió en la cocina rememorando los dulces momentos que compartió allí con su madre, que adoraba cocinar.

A la par que Sean se desentendía de sus raíces milesianas, su hermano Stephen fue potenciando sus poderes e implicándose más en las responsabilidades de su tío. Tanto fue así que todos estaban seguros de que iba a ser él el próximo Guardián.

Entonces, ¿por qué él y no Stephen? Y, lo peor de todo, ¿cómo reaccionarían los demás si llegaban a saberlo? Sería una decepción para todos y, en cuanto a su hermano, se había esforzado tanto para conseguir ser digno de aquel título que iba a ser un golpe devastador para él.

Compungido por todas aquellas cuestiones, su humor se agrió hasta el punto de que, cuando se encontró a Rosa —una de las camareras que trabajaban para él con la que llevaba saliendo varios meses— liándose con otro camarero en el almacén del restaurante, sintió deseos de estrangularla. Sean era muy tolerante en muchos aspectos, pero no en lo concerniente a las infidelidades.

Incluso discutió con su tío, que fue a cenar al restaurante, cuando le soltó una de sus típicas monsergas de que debía implicarse más en la comunidad milesiana. En cualquier otro momento le hubiese dado largas con alguna salida ingeniosa, como que la única magia que quería hacer pasaba por la cocina. Pero aquella noche, con el antebrazo palpitando con el nuevo tatuaje, le aseguró que como siguiera insistiendo en el tema, Sean cogería sus cosas y se iría de Irlanda.

Y como colofón, cuando el restaurante acababa de cerrar sus puertas y se fue el último de sus ayudantes, su hermana Heather entró en la cocina y le confesó que estaba enamorada. Pero no de un hombre cualquiera, no. De un maldito fomoriano.

Su carácter, ya de por sí irascible, explotó de la peor de las maneras y le dijo cosas de las que más tarde se arrepintió. El problema era que aquellas fueron las últimas palabras que compartió con ella puesto que, al día siguiente, Heather apareció muerta.

Se enteró a la mañana siguiente, cuando unos fuertes golpes en la puerta de su casa, acompañados del insistente pitido del timbre, lo despertaron del profundo sueño inducido por todo lo que había bebido la noche anterior en un inútil intento por olvidar todas sus penas.

Cuando abrió la puerta con una maldición, se encontró con los rostros desencajados de su tío y su hermano.

—¿Qué hacéis aquí? —gruñó al verlos. Sus ojos se clavaron en su tío y bufó—. Si has traído a Stephen para que me convenza sobre lo que discutimos ayer, pierdes el tiempo. Ya te dije que no tengo el más mínimo interés en implicarme más con los milesianos ni…

—Está muerta —cortó su tío con voz estrangulada.

—¿Quién? —inquirió todavía abotargado.

—Heather —respondió Stephen con pesar—. La han encontrado esta mañana.

—No puede ser… —musitó Sean moviendo la cabeza en una firme negativa—. ¿Es una broma? —atinó a preguntar incapaz de creerlo—. Porque si lo es…

Pero no lo era.

Recordaba poco de lo que sucedió después. Solo que se derrumbó en el suelo, con un grito ronco, llorando, porque una sensación de dolor lo desgarró por dentro. Y aquello fue solo el principio de su tormento.

Cuando pudo volver a ponerse en pie, se arrastró hasta el sofá y se sentó con los codos sobre las rodillas y la cabeza entre las manos, de forma que las mangas del suéter fino que llevaba se deslizaron hacia abajo sin darse cuenta.

—Eso es…

—¡Tienes la marca del Guardián!

El susurro asombrado de tío Jack se abrió paso en su neblina de sufrimiento y se percató de que los dos hombres le miraban el antebrazo

con los rostros lívidos.

En algún punto de la noche, el brazo le palpitaba tanto que tuvo que quitarse la venda y se olvidó de cubrirlo después.

—Esto no significa nada —gruñó Sean cubriéndose el tatuaje con la mano derecha casi con vergüenza.

—¿Cómo puedes pensar eso? La diosa Danu te ha elegido —señaló su tío con un tono todavía marcado por el asombro—. Siempre supe que la magia fluía en ti de un modo especial, pero después de… —Su voz se quebró—. No has vuelto a ejercitar tus poderes desde entonces y pensé que tu hermano…

La mirada de su tío se desvió hacia Stephen, que se mantenía en un silencio tenso, y hundió los hombros con pesar.

—Tú lo mereces más que yo, te has esforzado mucho para conseguirlo —señaló Sean.

—En eso estamos de acuerdo —susurró su hermano con voz queda.

Era incapaz de descifrar su expresión, se había vuelto hermética.

—No importa si crees que alguien lo merece más que tú —terció tío Jack—. La diosa Danu te ha elegido a ti y…

—Pues rechazo la elección —cortó tajante.

—Por desgracia para ti, no funciona así. Ahora debes…

—Lo único que debo hacer ahora es llorar a mi hermana.

—Pero tu comunidad… —empezó a decir tío Jack, insistiendo.

—¿Es que no lo entiendes? ¡No quiero pertenecer a los milesianos! —gritó interrumpiendo a su tío—. No quiero saber nada de la magia ni de los danianos ni mucho menos de los fomorianos. Por culpa de ellos mis padres murieron y, ahora, Heather…

No pudo seguir hablando, pensar en su hermana asesinada le provocó náuseas y fue corriendo al baño a vomitar.

Cuando salió, minutos después, se encontró a Stephen preparando el té en la cocina.

—Tío Jack me ha pedido que intente hacerte entrar en razón y se ha ido a preparar el entierro de Heather. Anda, bebe esto, te hará sentir mejor

—instó su hermano tendiéndole una taza.

Sean lo tomó con un gesto de agradecimiento y se lo bebió con ganas, ya que el líquido caliente atemperó la frialdad que sentía por dentro.

—No hay nada que puedas decir que me haga cambiar de opinión —farfulló después mientras se dejaba caer en el sofá con un suspiro cansado.

—Ni lo voy a intentar —repuso Stephen, sorprendiéndolo—. Tenías razón en una cosa, no mereces ser el Guardián. Soy yo el que debería llevar ese tatuaje. —Detectó algo en su tono, oscuro y ominoso, que le hizo abrir los ojos y mirarlo con el ceño fruncido.

»Pero te equivocas en dos pequeños detalles —prosiguió diciendo mientras se acercaba a él a paso lento, hasta que pudo discernir el brillo que iluminaba su mirada. Entonces lo reconoció: odio. Un odio visceral que oscurecía su semblante hasta transformarlo en alguien diferente al hermano que conocía.

»Papá no murió por culpa de los fomorianos. Tú lo mataste —escupió con rabia.

Sean intentó incorporarse, pero el cuerpo le falló. La vista se le nubló y sintió un ligero mareo.

Miró la taza que acababa de vaciar.

—¿Qué llevaba ese té? —musitó con la voz pastosa, con la certeza de que le acababa de drogar.

—Y, en cuanto a nuestra hermanita —continuó diciendo Stephen ignorando su pregunta—, los fomorianos tampoco tuvieron nada que ver con su muerte. Al menos, no de forma directa. Solo fueron la causa. La muy idiota me confesó que estaba embarazada de uno de ellos. ¿Te lo puedes creer? —bufó con disgusto y luego se acuclilló a su lado para susurrar con una sonrisa ladina—. Y por eso la tuve que matar. Después de todo, solo era una bastarda —le oyó decir justo antes de perder el conocimiento.

Cuando despertó, estaba en una celda en Muckross Abbey. No supo el tiempo que permaneció allí mientras Stephen hacía creer a todos que Sean se veía incapaz de afrontar la muerte de Heather y había huido de Irlanda. Y, cuando por fin consiguió liberarse, simplemente hizo eso mismo.

Acabó en Gales como podría haber terminado en cualquier otra parte del mundo. Realmente no supo lo que le llevó allí, pero consiguió lo que buscaba.

Paz.

Necesitaba tiempo para reconstruir su espíritu y una rutina tranquila poco a poco sanó sus heridas, aunque sabía con certeza que las cicatrices nunca desaparecerían del todo.

Cuando por fin parecía que estaba consiguiendo levantar la cabeza, aparecía la mujer que tenía al lado para intentar convencerlo de regresar al infierno del que escapó.

Estaba sumido en aquellos pensamientos cuando, en la entrada del restaurante, divisó un vehículo que le era muy familiar.

—Mierda.

No fue consciente de que lo había dicho en voz alta hasta que oyó que Morrigan preguntaba:

—¿Qué ocurre?

—Un pequeño problema.

Capítulo 12

Una rubia despampanante aguardaba en la puerta de la entrada de servicio apoyada sobre el capó de un bonito Ferrari rojo.

En cuanto Sean bajó del coche, la mujer se incorporó y se acercó a él con un movimiento exagerado de sus esbeltas caderas. Tenía pinta de modelo de pasarela, con unas piernas kilométricas y cara de no haber disfrutado de una comida decente en toda su vida. Y, por algún motivo que no supo discernir, Morrigan sintió una instantánea antipatía por ella.

—¿Qué haces aquí, Brenda? —gruñó Sean a modo de bienvenida.

La diosa sonrió. Al parecer no era la única que despertaba la antipatía del chef.

—No contestas a mis llamadas.

—Eso es porque no tenemos nada de qué hablar —repuso el cocinero e intentó esquivarla, pero ella lo interceptó.

—Pues yo creo que sí. ¿Es que no me echas de menos ni un poquito? No puedes negar que tú y yo lo pasábamos muy bien juntos —murmuró en tono sugerente al tiempo que deslizaba un dedo con una perfecta manicura francesa por el centro de su pecho.

Sean lo atrapó antes de que sobrepasara el ombligo.

—Eso fue antes de que me enterara de que estás casada —espetó con disgusto mientras la apartaba a un lado.

—Te aseguro que a mi marido no le importa.

—Pero a mí sí.

Como era evidente que aquella mujer ni siquiera había reparado en Morrigan, decidió hacerse notar.

En cualquier otra circunstancia se habría acercado a Sean y le hubiese dado un efusivo morreo para dejar claro a la rubia que él ya había pasado página. Sin embargo, condicionada por el trato que mantenían, no le quedó otra opción que ser más sutil, así que optó por cerrar la puerta del vehículo con violencia.

El fuerte sonido sobresaltó a la pareja y ambos se giraron hacia ella.

—¿Y tú quién eres? —inquirió la rubia fulminándola con la mirada al ver que salía del coche de Sean.

—Dedúcelo tú misma, bonita —respondió ella con una sonrisa petulante mientras se detenía junto a Sean y le pasaba un brazo posesivo por la cintura.

El cocinero se tensó en un primer momento, aunque terminó siguiéndole el juego y le rodeó los hombros con un brazo para apretarla contra sí.

La sensación fue agradable. Muy agradable.

—Veo que no pierdes el tiempo —farfulló la rubia con los dientes apretados.

—Por tu bien, tú tampoco deberías perder más el tiempo aquí —adujo Morrigan en una velada advertencia.

Teniendo en cuenta que le sacaba una cabeza, y que su expresión se volvió letal, no fue de extrañar que la mujer no insistiera más en el tema. Con una última mirada ofendida, dio media vuelta, se metió en el coche y casi derrapó en su prisa por alejarse de allí.

—Me sorprendes —reconoció Morrigan.

—¿Por qué?

—Conozco a pocos hombres que, siendo solteros, se negarían a echar un polvo sin compromiso con un bombón como ese, estuviese casada o no.

—Nunca participaría de forma consciente en una infidelidad. Sé que suena un poco anticuado, pero para mí los votos que se hacen en el matrimonio son sagrados y no podría respetar a una persona que no los cumpliera. Creo que la fidelidad va unida a la confianza, algo esencial que espero en mi pareja.

Morrigan no pudo estar más de acuerdo, pues había sufrido en carne propia una infidelidad y sabía lo doloroso que podía llegar a ser. Como no quería que «él» se colara en su mente, y le agriara el humor, decidió cambiar de tema.

—¿Sabes? Empezaba a creer que tenías problemas de libido.

—¿Por qué lo dices?

—Porque llevas más de dos semanas comportándote como un monje, célibe y casto. Es bueno saber que echas un polvo de vez en cuando, aunque sea con ese palo con patas.

—Antes has dicho que era un bombón.

—Sí, pero uno de esos de dieta hechos con sucedáneos de chocolate. Una vez te los metes en la boca te sacian momentáneamente, pero luego te dejan una apabullante sensación de vacío.

—¿Y tú qué clase de bombón serías?

—De chocolate puro e intenso…, pero con una guinda dulce bañada en licor en su interior —añadió ella con un guiño coqueto.

Por un segundo sus miradas se cruzaron y, como todavía estaban abrazados, Morrigan pudo apreciar cómo las pupilas del chef comenzaban a dilatarse al detenerse en su boca.

—Mi problema no es la falta de libido, más bien lo contrario —masculló Sean con voz ronca.

Lo dijo sin pensar o tal vez pensando que no lo expresaba en voz alta.

Estaba claro que se moría por besarla, pero era tan cabezota que no lo iba a hacer. Para confirmarlo, la soltó de repente al ser consciente de que seguía apretándola contra su costado.

—Será mejor que entremos —murmuró mientras se ponía las manos en los bolsillos con nerviosismo.

—¿Te pones las manos en los bolsillos para controlar las ganas de volver a abrazarme? —inquirió Morrigan con una sonrisa ladeada—. No, no hace falta que lo niegues —agregó al ver cómo Sean abría la boca para protestar—. Los dos sabemos la verdad.

Y, dicho esto, entró en el restaurante con la certeza de que acababa de ganar aquel pequeño asalto.

La jornada transcurrió sin incidentes y fue más llevadera que la anterior, en gran medida porque se sentía mucho más cómoda con su nueva vestimenta y también porque sus tareas fueron más soportables. De todas formas, nunca hubiese imaginado que trabajar en una cocina fuese tan pesado. Con todo, para su asombro, logró divertirse, sobre todo por el buen ambiente que reinaba en el equipo y lo bien que la trataban en general.

Y así, día tras días, fue conociendo a la pequeña familia del restaurante Black Mountains Delight. Eran como diferentes piezas de un puzle que conseguía encajar a la perfección, en parte por el buen hacer de Sean.

Dylan era alegre y bromista, y parloteaba sin cesar. Sin embargo, todavía se bloqueaba un poco cuando hablaba directamente con Morrigan, pues continuaba impresionado por su belleza, por lo cual los demás, hasta él mismo, bromeaban sobre ello. Tenía veintitrés años y había estudiado Cocina profesional en Cardiff and Vale College, en la ciudad de Cardiff, de donde era oriundo. Estaba de prácticas en el restaurante, aunque su intención era aceptar la propuesta de Sean para continuar trabajando allí, sobre todo porque había empezado a vivir con su novia Becky en Crickhowell, de donde ella era.

Briana ponía el toque ingenuo e inocente. Acababa de cumplir veinte años y no tenía estudios profesionales de cocina, aunque había hecho varios cursos de repostería y poseía mucho talento en ese campo. Todavía vivía con sus padres, pero se acababa de prometer a un chico del pueblo con el que estaba saliendo desde el instituto y, en cuanto él terminase la universidad, se casarían. Tenía un corazón de oro y siempre tenía una palabra de ánimo o estaba presta a ayudar en lo que fuera.

Rhonda era seria y un tanto arisca. Tenía treinta y seis años y era madre soltera de una preciosa niña de cinco. Nació en Londres y estudió cocina allí. No le faltaba trabajo en la capital, sin embargo, al poco de dar

a luz a su hija decidió huir de la gran ciudad. Como sus tíos vivían por la zona, se animó a establecerse en Crickhowell. Estaba bastante desencantada con los hombres, lo cual se hacía evidente por las constantes pullas que mantenía con Pierre, a las que todos parecían haberse acostumbrado.

Pierre era todo un ligón. Era natural de Nantes y estudió pastelería en Le Cordon Bleu, en París. Según les contó, el estrés le hizo renunciar a su puesto en un afamado restaurante de la ciudad del amor, y el azar, aunque lo más probable era que fuese una mujer, lo llevó hasta Gales, en dónde decidió establecerse durante una buena temporada.

Y, en cuanto a Sean, participaba en las bromas y dirigía todo como un buen general, organizado y paciente. Se notaba que todos le respetaban mucho.

Sin darse cuenta, pasaron tres semanas, durante la cuales, el sentimiento de comodidad que sentía con su nueva rutina se hizo directamente proporcional a la atracción que despertaba en ella el chef.

Lo desconcertante era que, por mucho que Morrigan lo provocase, él continuaba resistiéndose a sus avances. Algo frustrante, puesto que bastaría con que él le diese un simple beso para que rompiese el cuarto punto del trato: «Están totalmente prohibidas las relaciones íntimas entre los miembros del equipo de cocina». Y así se vería obligado a volver a Irlanda con ella.

La misión de Morrigan terminaba ahí. Convencerle para ocupar el puesto de nuevo Guardián ya era cosa de su tío y de Dagda.

—Se te da muy bien manejar el cuchillo —comentó Rhonda sacándola de sus pensamientos.

De todo el equipo, ella era la más precavida en lo que a Morrigan se refería. Era amable con ella, sí; pero no daba pie a confianzas, algo que respetaba.

—Llevo milenios entrenando —respondió con naturalidad mientras picaba unos ajos.

—¿Milenios? —se extrañó Rhonda.

—Morrigan es un poco exagerada a veces —intervino Sean apareciendo junto a ellas—. Quiere decir que ha practicado mucho.

—Es casi tan buena como el jefe —terció Dylan, que también observaba con admiración su destreza.

—¿Casi? —inquirió la diosa alzando una ceja.

No había nadie que la superase con un arma blanca y estaba dispuesta a demostrarlo. Iba a decir que lo retaba cuando el chef la sorprendió declarando:

—Es mucho mejor que yo. No le llego ni a la suela de los zapatos —admitió con una mueca mientras se llevaba la mano a la nuca.

Lo miró con asombro. En su mundo, no existía esa clase de humildad. Los dioses eran muy orgullosos, ella era un claro ejemplo. Podían llegar a hacer verdaderas locuras para demostrar su superioridad en algo. Y, como siempre, Sean acababa de estropear la diversión de un buen desafío, porque realmente lo sería. Lo había visto manejar el cuchillo y era muy bueno; no tenía claro si podría ganarle, al menos en tareas propias de cocina.

—Estás siendo modesto, recuerda que he visto cómo destripas esas apestosas truchas.

Por un segundo, se quedaron mirándose en silencio, como si todo a su alrededor hubiese desparecido, algo destacable cuando estaban en una cocina llena de gente ajetreada. El problema es que no esperaba ver calidez en los ojos azules de Sean y, para su total bochorno, sintió que se sonrojaba.

¡Por Danu! ¿Qué le estaba pasando? Llevaba siglos sin sonrojarse y en las últimas semanas lo había hecho tres veces. ¡Tres! Era como si su cambio de atuendo la hubiese dejado desprotegida ante las miradas intensas de aquel hombre.

Desconcertada por su propia reacción, bajó los ojos con nerviosismo y continuó picando el ajo con más brío.

No supo en qué momento, Briana captó su atención. Percibió algo distinto en ella aquel día. Se mostraba apagada y se movía con lentitud, como si se le hubiesen acabado las pilas.

La observó dirigirse hacia el almacén y decidió seguirla.

Justo cuando entraba, la vio hacer una mueca de dolor al inclinarse sobre uno de los arcones frigoríficos para coger una bolsa de arándanos.

—¿Te encuentras bien?

La chica dio un brinco, sobresaltada.

—¡Menudo susto me has dado! Sí, estoy bien. ¿Por qué lo dices? —preguntó con cautela.

—Por cómo te mueves, parece que te duele algo.

—¡Oh, no es nada! Me ha bajado la regla y me duele la parte baja del abdomen —explicó con despreocupación.

Mentía fatal, sin embargo, tenía que dejarlo pasar, al menos por el momento. No tenía confianza suficiente con ella para abordar el tema de forma directa y menos aún guiada solo por un presentimiento.

No le quitó ojo de encima durante el resto de la noche y, cuando terminaron la jornada, en esa ocasión salieron todos juntos del restaurante.

Un chico atractivo aguardaba en la puerta con un precioso ramo de rosas en la mano. En cuanto vio las flores, su presentimiento se afianzó.

Al verlo, Briana contuvo el aliento.

—¡Sorpresa! —exclamó él con entusiasmo—. Flores para la chica más hermosa de Gales.

—No tenías por qué hacerlo —musitó ella al cogerlas.

Las olió y dejó escapar una tímida sonrisa.

—Yo creo que sí —susurró él y la acercó hacia sí para besarla con suavidad en los labios.

—¿Es vuestro aniversario? —preguntó Morrigan rompiendo el romanticismo de la escena. Al ver que Briana negaba con la cabeza, insistió—: ¿Tu cumpleaños?

—No se necesita que sea una fecha señalada para regalar flores, ¿no crees? —arguyó el chico.

—Lo que yo creo es que un hombre no regala flores sin un motivo.

La sonrisa del joven flaqueó un poco al posar los ojos sobre ella.

—¿Nos conocemos?

—Es Morrigan MacErnmas. Empezó a trabajar hace varias semanas como asistente de cocina —explicó Briana—. Morrigan, este es Frank, mi prometido.

—Vaya, eres muy alta —comentó él al estrecharle la mano.

—O tal vez tú seas muy bajito —rebatió Morrigan con voz suave.

Era cierto, el chico mediría poco más de un metro y setenta centímetros. Y, al parecer, era muy sensible con el tema porque su sonrisa se desvaneció al instante.

Sintió que él apretaba su mano con fuerza, y ella respondió de igual forma. Fue un duelo silencioso hasta que Sean se interpuso.

—Hola, Frank. Perdona a Morrigan, parece que no tiene filtro. —Morrigan se vio obligada a soltar su mano. Obtuvo una perversa satisfacción al ver que él la abría y cerraba con disimulo para aliviar el dolor.

»Eres tan detallista con tu chica que dejas mal al resto de hombres que tienen novia —continuó diciendo Sean mientras daba un codazo intencionado a Dylan.

—Eh, que yo le regalé una rosa a mi Becky por San Valentín —se quejó Dylan.

—Briana se merece eso y mucho más —afirmó Frank mientras pasaba un brazo sobre los hombros de su novia y la apretaba contra sí para depositar un beso en su sien.

La joven se ruborizó de una forma encantadora y bajó la mirada, avergonzada por el cumplido.

Morrigan tuvo que hacer un esfuerzo supremo para no intervenir. Apretó los puños hasta que sintió cómo las uñas se le clavaban en la piel. Y, después, apretó un poco más.

Si no actuaba con tacto, la única perjudicada sería Briana. Era mejor ir con cautela.

—¿A qué ha venido eso? —inquirió Sean ya a solas en el coche de camino al *cottage*.

—¿A qué ha venido qué?

—Lo borde que has sido con Frank.

—No tengo filtro, ¿recuerdas? Tú mismo lo has dicho.

—Y es verdad.

—¿Lo conoces mucho?

—¿A Frank? —Sean la miró con extrañeza—. No lo podría llamar «amigo», pero sí lo conozco bastante. Su padre es un empresario de la zona y viven en una mansión a las afueras del pueblo. Gente de dinero —apostilló—. Frank está haciendo el último curso de Empresariales en la Universidad de Gales, en Cardiff. Es educado, responsable y tiene ambición. Un buen chico —concluyó en su valoración—. De vez en cuando quedamos a tomar una copa después del cierre, y él siempre acompaña a Briana. Están muy unidos.

—¿Y Frank le regala flores con frecuencia?

—¿Tienes algún problema con las flores? —preguntó Sean entre extrañado y divertido.

—Tengo un problema con Frank —gruñó Morrigan en voz baja—. ¿Alguna vez Briana ha llegado al trabajo con algún moratón en la cara? Una mejilla hinchada, un ojo morado, un labio partido…

—Bueno, cuando empezó a trabajar aquí, hace ya casi un año, vino con el ojo morado. Al parecer, estuvo jugando un partido de tenis y la pelota le impactó de lleno en la cara.

—¿Y te acuerdas de si Frank le hizo algún regalo después?

—Vaya si me acuerdo. Le regaló un coche. Un pequeño utilitario rojo para que Briana pudiese venir a trabajar.

—Una ofrenda para redimirse —murmuró Morrigan entre dientes.

—Redimirse, ¿de qué? —preguntó Sean con el entrecejo fruncido, sin entender. Un segundo después, sus cejas se elevaron por el desconcierto—. Un momento. ¿Estás insinuando que fue Frank el que le puso el ojo morado?

—No sé si te has dado cuenta, pero Briana hoy no se movía con normalidad. Parecía dolorida.

—No lo he notado, la verdad —admitió Sean tras pensarlo unos segundos—. Pero no entiendo que pienses que la están maltratando solo porque parecía dolorida al moverse.

—El otro día le vi un moratón alrededor de la muñeca. Ese tipo de marca solo es posible cuando alguien te la sujeta con fuerza y aprieta con violencia.

Sintió la mirada intensa de Sean sobre ella.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque yo tuve ese tipo de marcas hace tiempo —reconoció Morrigan con un murmullo y la vista clavada en el paisaje que transcurría fuera para evitar sus ojos.

Capítulo 13

El resto del viaje lo hicieron en completo silencio y así continuaron hasta entrar en casa, pero, si Morrigan pensaba que podría pasar de aquella noche sin hablar del tema, estaba muy equivocada.

—¿No piensas explicar nada más?

—Es que no hay nada más que decir. Todavía no tengo pruebas, solo es un presentimiento, pero mañana intentaré averiguar algo más —respondió Morrigan malinterpretando su pregunta—. Aunque tal vez tú pudieses hablar con Briana, ella confía en ti y te respeta. Seguro que…

—No me refiero a Frank y Briana, me refiero a lo que me has dicho antes. ¿Alguien te maltrató?

Morrigan sonrió. Una sonrisa que no le gustó en absoluto.

—Creo que no acabas de entender el mundo del que vengo, Cook. Piensa en las virtudes y defectos humanos, multiplícalos por cien, y ni siquiera eso se acercará a la intensidad de las emociones que sentimos —explicó Morrigan—. Ten por seguro que los dioses no somos los dechados de virtudes que muchos creen. Podemos llegar a ser crueles de un modo que nunca imaginarías. Nos pueden cegar la venganza y el orgullo como al que más. La avaricia o la ambición de poder nos corrompen y somos capaces de obsesionarnos con alguien de una forma enfermiza hasta provocarle las mayores atrocidades. Piensa en todas las leyendas que has

leído sobre dioses celtas, griegos o romanos; en muchas aparecen los raptos: Hades secuestró a Perséfone, Zeus a Europa…

—¿Eso te pasó a ti?

—Fue al principio de los tiempos, cuando todavía no ostentaba mi título de diosa de la Muerte y de la Destrucción —relató la mujer en un susurro quedo, aunque conservando el coraje de mirarlo a los ojos mientras hablaba—. Uno de los más poderosos Tuatha dé Danann se encaprichó de mí, a pesar de que yo le hice saber que no estaba interesada en él.

—Y con «encapricharse» quieres decir…

—Me raptó, me violó y me maltrató durante meses —confesó y en ningún momento apartó la mirada—. Yo era muy joven por aquel entonces y no sabía defenderme.

—¿Qué pasó?

—Estuve retenida hasta que Dagda se enteró. Me rescató, curó mis heridas y me enseñó a defenderme. Me entrenó hasta ser una guerrera merecedora del título de diosa de la Muerte y de la Destrucción —agregó con orgullo—. A lo largo de milenios, he estado pagando mi deuda con él haciéndole diversos favores, desde proteger a su hija hasta…

—Hasta venir a Gales a convencerme de regresar —completó Sean.

Al fin entendía por qué una diosa de su nivel estaba perdiendo su tiempo allí, con él. También comprendía mucho más a Morrigan: su afición por las armas y la estética que se había creado y que gritaba: «Soy una mujer que no se va a dejar volver a agredir; si lo intentas, te patearé el culo».

No pudo más que respetarla por ello.

—Dime, Sean, ¿mi triste historia te ha conmovido lo suficiente como para ceder y acompañarme? —ronroneó ella de repente.

Por un momento dudó de si lo que le acababa de contar era cierto o solo un ardid para enternecerlo, sin embargo, al leer en sus ojos supo que era verdad.

—Dime, Morrigan, ¿siempre te pones borde cuando te sientes vulnerable? —repuso él en el mismo tono.

La diosa lo miró en silencio durante unos segundos. Parecía sorprendida por su réplica. Después, sonrió de medio lado y sacudió la cabeza.

—Al parecer, sí —admitió finalmente—. Pero no me lo tengas en cuenta, es un sentimiento al que no estoy demasiado acostumbrada y me cuesta aceptarlo. —Le tocó el turno a él de asombrarse ante su sinceridad.

»Bueno, creo que ya ha habido demasiadas revelaciones por esta noche —comentó la diosa antes de que a él se le ocurriese nada más que decir—. Será mejor que me retire a mi habitación. Buenas noches.

No esperó a que él le contestase. Simplemente, se giró y comenzó a andar hacia su habitación.

—Morrigan —llamó Sean incapaz de contenerse. Ella se detuvo y se giró con lentitud hacia él. Su pálido rostro refulgía en la penumbra del pasillo, tan bello que parecía irreal.

»Siento lo que te pasó —susurró con sinceridad.

—No me compadezcas, Cook —siseó ella y sus ojos brillaron de forma sobrenatural—. Recuerda que soy una diosa. Al final, obtuve mi venganza de una forma lenta y muy dolorosa.

Aquella noche, Sean casi no pudo dormir, pues sus pensamientos divagaban entre la historia que le contó Morrigan y sus sospechas sobre Frank y Briana. Ese último tema en cuestión fue el causante en gran medida de su insomnio.

¿Morrigan podía estar en lo cierto? ¿Briana sufría malos tratos y no se había percatado de ello en todo el año que hacía que trabajaba para él? Hizo memoria una y otra vez en busca de posibles señales. Al final recordó que hacía unos seis meses tuvo una pequeña dislocación de muñeca. Briana dijo que se la hizo al tropezarse en casa y caer. ¿Sería cierto o una excusa para encubrir a Frank? Porque sí, también hubo rosas en aquella ocasión.

Solo de pensar en la segunda opción sintió que se le revolvía el estómago y una sensación de rabia lo invadió. Era tan menuda y dulce que despertaba sus instintos protectores, tal vez porque le recordaba mucho a su hermana Heather en carácter.

A Heather no pudo salvarla, pero no iba a permitir que le sucediese nada malo a Briana.

Por eso, al día siguiente, decidió abordar el tema en cuanto la vio.

—Briana, ¿puedes venir a mi despacho un momento? —La chica asintió con cautela y lo siguió a la habitación que estaba al lado del almacén, en donde Sean tenía un escritorio con un ordenador y varios archivadores con diversos documentos relacionados con la contabilidad del restaurante.

»No me mires con cara de susto, no voy a reprenderte por nada —comentó al ver la cautela en el rostro de ella cuando tomó asiento delante de él.

—Es que has sonado tan serio que me he puesto nerviosa —farfulló Briana con cara de alivio y una risita.

—Quiero decirte que estoy muy satisfecho con tu trabajo. El contrato que te hice por un año está a punto de acabar y, si estás de acuerdo, me gustaría renovártelo de forma indefinida.

El rostro de ella se iluminó.

—¡Sería maravilloso!

—Entonces, ¿estás a gusto trabajando aquí?

—Mucho —respondió Briana sin dudar—. Cada día aprendo algo nuevo, siento que se me valora y os he cogido cariño a todos.

—Me alegra saberlo. Y, dime, ¿tu familia está contenta de que trabajes aquí?

La expresión de Briana mudó al instante. Todo el entusiasmo que había mostrado se volvió a convertir en cautela. Así que, cuando habló, se notaba que estaba eligiendo muy bien sus palabras.

—Son bastante tradicionales. Creen que en cuanto me case debería dejar de trabajar y dedicarme a la familia, como hizo mi madre.

—¿Y Frank qué opina?

—Frank piensa igual que mi familia.

—Pero eso no es lo que tú quieres.

—En un principio, sí. Hice los cursos de repostería porque me gustaba hacer pasteles y postres, no porque me quisiera dedicar a esto de forma profesional. Fue Susan, una amiga, la que me dijo que tenía mucho talento y me animó a responder a tu anuncio de trabajo. Como no tenía la esperanza de que me cogieras, no se lo conté ni a mi familia ni a Frank. Pero cuando hice la prueba y me dijiste que podía empezar al día siguiente… Fue como cumplir un sueño que nunca me había atrevido a soñar.

—¿Y cómo reaccionaron cuando se lo dijiste?

—Mis padres con indiferencia. Y a Frank… no le gustó la idea —admitió y empalideció un poco al decirlo, aunque enseguida forzó una sonrisa al añadir—: Pero luego me regaló un coche para que pudiese venir a trabajar, ¿recuerdas?

Mierda. Morrigan tenía razón, lo supo al instante. La chica estaba encubriendo a su novio, era evidente.

—Briana…, ¿Frank te ha hecho daño alguna vez?

—No, claro que no —farfulló, sin embargo, su expresión de pánico, con el rostro lívido y los ojos tan abiertos como platos, desmintieron sus palabras.

—Sabes que te aprecio y puedes confiar en mí —insistió Sean—. Si me dejas puedo ayudarte. Encontraremos la manera de que no te vuelva a hacer daño.

Briana se levantó de repente. Parecía un animal acorralado.

—No sé de dónde te has sacado esa idea, pero Frank me quiere —aseguró y temblaba de forma visible al decirlo.

—Briana…

—¡No! No quiero seguir hablando del tema, ¿me oyes? —interrumpió esta vez con una rabia nacida del miedo—. Soy feliz con él y punto. Te agradezco que me vayas a renovar el contrato, pero no te metas en mi vida personal. ¿De acuerdo?

Sean la vio salir del despacho sintiéndose impotente. Con un suspiro frustrado, apoyó los codos sobre el escritorio y dejó caer el rostro en sus manos.

—¿Tan mal ha ido?

Levantó la cabeza al escuchar la voz de Morrigan, que acababa de entrar sin llamar.

—Peor —gruñó—. Tenías razón. Por cómo ha reaccionado a mis preguntas, es muy posible que Frank la esté maltratando. —Apoyó la cabeza sobre el respaldo del sillón y miró al techo antes de suspirar—. Dime, ¿cómo se puede ayudar a alguien que no quiere tu ayuda?

—Dejando que se dé cuenta de que sí la necesita y rezando para que no sea demasiado tarde cuando lo haga.

Sean asintió en silencio. Era difícil mantenerse al margen, pero no podía forzarla a hacer nada que no quisiera.

Observó a Morrigan con detenimiento. Se había dejado caer en la silla que antes ocupaba Briana. En aquel momento, tenía poco de diosa y sí parecía muy terrenal vestida con la chaquetilla del restaurante y el pelo recogido bajo el gorro de cocina. Algo en su mejilla llamó su atención y, sin pararse a razonarlo, se levantó y fue hacia ella.

Morrigan alzó el rostro hacia él, con una muda pregunta en la mirada que podía interpretar como: «¿Qué piensas hacer?».

Ese era el problema, que cada vez le costaba más pensar cuando la tenía cerca. Por eso, alargó la mano dejándose llevar por algo que tiraba de él y acarició con el pulgar la mejilla de la diosa para retirar la pequeña gotita de lo que parecía ser salsa de tomate. Después, se llevó el pulgar a la boca y lo lamió despacio.

Las pupilas de la mujer se dilataron y entreabrió los labios en un pequeño jadeo que lo sacó del hechizo sensual en el que había caído.

Tuvo que aclararse la garganta para poder hablar.

—Será mejor que volvamos al trabajo.

Capítulo 14

Durante aquella jornada, un tenso silencio se instaló en la cocina. Rhonda, Dylan y Pierre intuyeron que había habido algún tipo de roce entre Briana y Sean y se mostraron más callados que de costumbre.

No lo hizo de forma consciente, pero, mientras estaba pelando patatas, Morrigan se encontró cantando una antigua canción irlandesa, en una mezcla de inglés y gaélico, en la que una mujer daba la voz de apoyo a su amante cuando este se dirigía a la guerra.

I wish I was on yonder hill

Tis there I'd sit and cry my fill

And every tear would turn a mill

Is go dté tú mo mhuirnín slán

Siúil, siúil, siúil a rún

Siúil go socair agus siúil go ciúin

Siúil go doras agus éalaigh liom

Is go dté tú mo mhúirnín slán

I’ll sell my rock, I’ll sell my reel
I’ll sell my only spinning wheel
To buy my love a sword of Steel
Is go dté tú mo mhúirnín slán

I’ll dye my petticoats, I’ll dye them red
And round the world I’ll beg my bread
Until my parents shall wish me dead
Is go dté tú mo mhúirnín slán

I wish, I wish, I wish in vain
I wish I had my heart again
And vainly think I’d not complain
Is go dté tú mo mhúirnín slán

But now my love has gone to France
to try his fortune to advance
If he e’er comes back ‘tis but a chance
Is go dté tú mo mhúirnín slán[6]

Solía susurrar el estribillo de aquella canción a los soldados que estaban a punto de morir, pues era una forma de calmarlos y de asegurarles que podían ir en paz.

Cantó con tanto sentimiento, tan enfrascada en las mil emociones y recuerdos que le provocaba aquella canción, que, hasta que la última

palabra de la letra no se diluyó en el aire, no se percató de que la cocina estaba en completo silencio. Alzó la mirada y descubrió que todos se habían detenido en sus tareas para escucharla cantar y la observaban con asombro.

El primero en reaccionar fue Dylan.

—*Wow*! —Suspiró antes de ponerse a aplaudir.

—*Magnifique!* —exclamó Pierre.

—Maravillosa —alabó Rhonda, que, por una vez, parecía estar de acuerdo con el francés.

Incluso Briana, que no le había dirigido la palabra, le dedicó una sonrisa mientras se unía a los aplausos.

En cuanto a Sean, sus ojos la abrasaron tanto cuando cruzaron las miradas que le costó respirar.

—¿Qué significa la parte que has cantado en gaélico? —Oyó que preguntaba Dylan con curiosidad.

Morrigan tradujo el estribillo con voz pausada sin apartar la mirada del chef.

Camina, camina, camina, mi amor

Camina en silencio y pacíficamente

Camina hacia la puerta y huye conmigo

Puedes caminar seguro, querido mío.

Algo destelló en los ojos del hombre antes de romper el contacto visual.

—Tienes una voz preciosa —murmuró en voz tan baja que casi no lo escuchó.

Y, por cuarta vez desde su llegada a Gales, Morrigan se ruborizó.

Más tarde, después del trabajo, los dos se relajaron en el porche. Era una de las rutinas de Sean que más le gustaba. Los primeros días los dos se ignoraron mutuamente; él inmerso en su lectura, al menos en apariencia, y ella disfrutando simplemente del silencio y la tranquilidad.

Sin embargo, poco a poco, empezaron a hablar y aquel momento en el porche se convirtió, noche tras noche, en un portal para las conversaciones íntimas y las confesiones.

Aquella vez no fue diferente. Fue Sean el que rompió el silencio con un susurro quedo:

—Morrigan, ¿qué pasa con el amor?

—¿Qué quieres decir? —preguntó sin entender muy bien la pregunta.

—Anoche hablaste de la crueldad de los dioses y de cómo sienten rabia, odio y deseos de venganza, pero en ningún momento mencionaste el amor. ¿Es que acaso no sois capaces de amar?

—Claro que sí. Amamos con la misma intensidad que odiamos.

—Entonces, ¿crees en el amor verdadero que traspasa las fronteras del tiempo?

—Después de haber vivido milenios, la eternidad del amor verdadero siempre acaba siendo más breve de lo que cabría esperar. Es decepcionante —sentenció la diosa con voz apagada—. Así que, con los años, me he dado cuenta de que no es un sentimiento que quiera sufrir.

—Creí que el amor se disfrutaba, no se sufría.

—No te engañes, Cook. El amor se puede sufrir tanto como se puede disfrutar. Te puede oprimir del mismo modo que te puede liberar. Te puede debilitar al igual que te puede fortalecer —expuso Morrigan—. Dejas de pensar en ti mismo y permites entrar a otra persona en tu corazón, incluso, en ocasiones, valorando sus deseos y su vida por encima de los tuyos. Tu felicidad pasa a depender de otra persona. Creo que es el mayor de los riesgos para un dios.

—¿En qué sentido?

—En que te expones a la traición —respondió Morrigan con la vista fija en la noche estrellada—. El tiempo es enemigo por igual de dioses y humanos, pero de formas distintas. En el caso de los dioses, por exceso; en el de los humanos, por defecto —prosiguió explicando—. La euforia del amor es avasalladora para todos por igual en un primer momento, pero, cuando ese «momento» se convierte en eternidad, todo acaba estropeándose tarde o temprano. Así que es muy posible que esa emoción

sublime que sentías en un principio, con el paso de los siglos, se convierta en rutina y después en desidia y aburrimiento, lo que lleva a la infidelidad que luego deriva en la venganza. Y recuerda que la venganza de un dios es temible —añadió en tono lúgubre sumida en sus recuerdos—. Solo conozco un amor que ha perdurado de forma notable, al menos de momento: Elatha y Erin. Aunque no sé si cuenta porque ahora Erin está dentro de Diana —reflexionó con un encogimiento de hombros.

—¿Al hablar de infidelidad lo haces por experiencia propia?

—Sí.

Incluso en la penumbra, pudo ver cómo la decepción inundaba sus ojos.

La había malinterpretado, sus siguientes palabras así se lo confirmaron.

—Así que todas esas historias que cuentan sobre ti son ciertas, ¿verdad? Eres incapaz de amar de verdad, de mantener una relación estable y ser fiel. Supongo que alguien como tú, que odia tanto la rutina y la tranquilidad, es adicta a la variedad y va saltando de un hombre a otro sin mirar atrás.

Habló con tanto desprecio que lo observó con sorpresa. ¿Por qué le molestaba tanto que ella pudiese ser así?

Lo más gracioso era que estaba totalmente equivocado.

Abrió la boca para hacérselo saber, pero el timbre de la puerta la acalló. Los dos se miraron con extrañeza, haciendo a un lado el tema que estaban hablando.

—¿Esperas visita? —preguntó Morrigan.

—No. ¿Quién podrá ser a esta hora? —gruñó Sean—. Quédate aquí, ahora vengo.

—Ni hablar —refutó llena de curiosidad—. Voy contigo.

El timbre volvió a sonar insistente mientras se acercaban a la puerta. Fuera quien fuera, tenía prisa.

Cuando Sean por fin abrió, se quedó petrificado. La anchura de su espalda tapaba la visión de Morrigan y no alcanzaba a ver a la persona que

estaba en el umbral, así que terminó por ponerse de puntillas y asomarse por encima de su hombro. Entonces, dejó escapar un jadeo horrorizado.

Briana estaba delante de ellos, tan frágil y menuda que parecía una cría de quince años. Llevaba el labio partido, con un hilillo de sangre seca bajando por su barbilla, y el costado de la cara se le estaba empezando a hinchar. Se abrazaba a sí misma y no paraba de temblar mientras las lágrimas brotaban de sus ojos.

—No sabía a quién acudir —musitó antes de tambalearse. Sean reaccionó rápido y la cogió en brazos antes de que pudiese caer—. Puedo andar, solo ha sido un mareo —protestó la chica con voz débil, sin embargo, el chef la ignoró y, sin decir palabra, la tendió con cuidado en el sofá.

—¿Qué ha pasado? —inquirió Morrigan.

—Le conté que Sean me iba a hacer fija en el restaurante, pensé que se alegraría de la noticia, pero fue todo lo contrario. Se puso como loco. Me dijo que no era posible que yo, con lo inútil que soy, prosperase en el trabajo y a él le hubiesen suspendido dos exámenes en la universidad —narró la muchacha entre lágrimas—. Lo que ha pasado es culpa mía, él estaba alterado por sus notas, y yo tenía que haberle apoyado en lugar de contarle mi buena noticia.

—¡Eso no es así!

—¡No es culpa tuya!

Exclamaron Morrigan y Sean al mismo tiempo.

—Escúchame bien: nadie, bajo ningún concepto, tiene derecho a maltratarte, ya sea de forma física o psicológica.

—Pero Frank no me maltrata. Él me quiere, solo que de vez en cuando le hago enfadar.

Que ella lo intentara defender a pesar de todo, les hizo saber hasta qué punto la tenía absorbida aquel hombre.

—¿Y cuántas veces le has hecho enfadar? —indagó la diosa.

—Suelo sacarle de sus casillas porque soy demasiado estúpida, bueno, al menos en comparación con él. Frank consiguió ir a la universidad, y yo

aprobé el instituto por los pelos. —Morrigan y Sean intercambiaron una mirada oscura. Seguro que aquel alegato era cortesía de su novio.

»La vez que más se enfadó fue cuando le dije que me habías contratado para trabajar en el restaurante.

—Fue él el que te puso el ojo morado, lo de que te lo hiciste jugando al tenis era mentira —afirmó Sean.

Briana asintió con la mirada baja, avergonzada.

—Me pegó un puñetazo, no lo vi venir. Aunque la culpa fue mía porque no le conté que había echado la solicitud de trabajo.

Morrigan rechinó los dientes. Como la escuchase entonar otra vez el *mea culpa* era capaz de ir a por Frank y traerlo a rastras de una oreja hasta ponerlo de rodillas ante Briana y que reconociese de quién era en verdad la culpa.

—La marca en la muñeca que vi el primer día que empecé a trabajar en el restaurante…

—Quería hacer el amor, y yo estaba muy cansada. Al principio me negué, y él me sujetó para…

—¿Te violó? —cortó Morrigan adivinando el final.

—Es mi novio, no me puede violar —musitó Briana con total convencimiento.

—¿Quién te ha dicho eso? —bufó la diosa.

—Mi madre, cuando le conté lo que había pasado.

—¡Joder! —masculló Sean perdiendo por un momento el control.

Se levantó y empezó a andar por la habitación cerrando y abriendo los puños mientras farfullaba indignado cosas ininteligibles de tipo: «Pero ¿en qué siglo se creen que vivimos?».

Morrigan hizo acopio de todo su autocontrol para no imitarle y continuó hablando con Briana de la forma más sosegada posible para transmitirle confianza.

—Tu madre se equivocó al decirte eso. No es no, ya sea un desconocido, un amigo, tu novio o tu marido —decretó con voz firme—. Entonces, ¿tus padres están enterados de lo que pasa?

—Ellos adoran a Frank, a veces creo que le quieren más que a mí. Cuando han visto algún moratón lo único que me han dicho es que intente ser mejor para él.

—Es él el que debería ser mejor para ti —contradijo Morrigan.

—Y lo es, la mayoría de las veces. A lo mejor estoy exagerando, solo ha sido un bofetón —balbuceó Briana—. Pero estaba tan rabioso que me ha dado miedo y… —Su propio sollozo apagado interrumpió la frase.

—Has hecho bien en venir aquí —aseguró Sean esforzándose por recuperar la calma—. En cuanto te tranquilices un poco, iremos a la comisaría de policía.

—¿Para qué?

—Para presentar una denuncia.

—¿Qué? ¡No, no puedo hacer eso! —rechazó Briana nerviosa—. Me sentiría muy avergonzada.

—Tú no tienes que sentirte avergonzada de nada. El que debería hacerlo es Frank. Y, ya puestos, también tus padres, por encubrirle.

—No quiero ir a la policía por un bofetón —insistió Briana cada vez más alterada.

Sean abrió la boca para tratar de rebatirla, pero Morrigan intervino antes de que pudiese hacerlo.

—No haremos nada que no quieras hacer —aseguró y con la mirada le dijo a Sean que era mejor no insistir en el tema—. Ahora solo tranquilízate, ¿de acuerdo? Voy a buscar un ungüento que tengo para hematomas y ahora vengo.

Morrigan corrió a su habitación y rebuscó entre sus cosas hasta dar con un tarro de cristal verde que contenía una receta hecha a base de hierbas mágicas que crecían en *Tir na nÓg*, y luego regresó junto a ellos.

Se arrodilló al lado del sofá y, con mucho cuidado, extendió la crema por la mejilla magullada.

—Creo que esto te aliviará enseguida. ¿Te lo pongo también en el abdomen?

Briana la miró con los ojos desorbitados.

—¿Cómo lo has sabido?

—Ayer parecías dolorida en esa zona y no creí lo que me dijiste de que era por la menstruación. ¿Me dejas ver?

En cuanto Briana asintió, Morrigan le subió con cuidado la camiseta que llevaba. Una mancha amoratada se extendía por el centro de su abdomen.

—Esto es de un puñetazo —señaló la diosa con voz queda.

—Rayé el coche que me regaló.

—Eso no es motivo para hacer esto —murmuró Morrigan mientras le aplicaba el ungüento—. Ya está, enseguida sentirás alivio porque es mágico, ¿sabes? —confesó con un guiño y obtuvo una trémula sonrisa en respuesta cuando Briana pensó que hablaba en broma.

Sintió que la mirada de Sean caía sobre ella, pero lo ignoró y continuó con la atención fija en la muchacha. Se inclinó un poco hacia ella y comenzó a acariciarle el pelo mientras clavaba los ojos en los suyos.

Entonces, dejó que su hechizo la envolviera poco a poco.

—¿Sabes que tu nombre, Briana, significa «mujer de gran fortaleza»? —comenzó a decir con la voz ligeramente enronquecida—. Puede que en estos momentos no te sientas así, pero te aseguro que hay mucha fuerza dentro de ti —prosiguió mientras sentía cómo parte de su energía fluía hacia ella. Después, se acercó hasta su oído y le susurró en gaélico—: *Is é do neart istigh an ceann a threoróidh tú as seo amach*[7]. —Comprobó satisfecha que las pupilas de la muchacha refulgieron por un segundo, señal de que sus palabras, aun sin que ella las hubiese entendido o hubiese sido realmente consciente de oírlas, habían penetrado en su alma.

»No volverás a permitir que nadie te maltrate ni a dejarte llevar por tus miedos y no escucharás más las palabras de personas que no te quieren bien, solo de personas que te quieran de verdad —concluyó.

—¿Y cómo las reconoceré?

—Son las personas que te apoyan, te defienden y te protegen.

—¿Como mi amiga Susan? Es la única a la que no le gusta cómo me trata Frank. Dice que debería pasar de él y de mis padres y compartir piso con ella.

—Me parece lo más razonable que he oído hasta ahora.

Briana lo pensó durante un segundo y luego dejó escapar un suspiro cansado. Empezaban a cerrársele los ojos.

—¿Puedo quedarme aquí esta noche? No me siento con ánimo de ir a casa después de lo que ha pasado.

—Puedes quedarte el tiempo que necesites —aseguró Sean.

Capítulo 15

Sean observó cómo Morrigan ponía una sábana sobre el sofá. La diosa se había ofrecido a dejarle la habitación a Briana y no hubo forma de hacerla cambiar de idea.

—¿Seguro que vas a estar cómoda ahí?

—He dormido en sitios peores, créeme. Además, la habitación ahora se ha quedado libre.

—¿Qué quieres decir?

—Acabo de romper la norma número uno del trato —anunció sin un ápice de remordimiento.

Así que eran ciertas sus sospechas, lo que acababa de ver era magia. Lo sospechó por la energía que sintió brotar de ella en un aura que arropó luego a Briana. Pero que lo reconociera tan abiertamente lo dejó descolocado.

—¿Qué es lo que le has hecho exactamente a Briana?

—Como diosa de la Muerte y de la Destrucción tengo diferentes dones, entre ellos el de la persuasión y el de sacar a la luz el valor interior de las personas —aclaró—. Mañana, cuando Briana despierte, encontrará el coraje dentro de sí para plantarle cara al mundo.

—Y lo has hecho aun sabiendo que nuestro trato quedaría anulado.

—Necesitaba mi ayuda. Tiene tanto miedo y está tan sometida a su familia y a Frank que, si no lo hubiese hecho, mañana, en cuanto saliese de aquí, volvería corriendo a ellos —dijo ella sin más con un encogimiento de hombros.

Sean la miró en silencio durante unos segundos, sorprendido.

—Así que la infame diosa de la Muerte y de la Destrucción no es tan despiadada como aparenta —murmuró con una sonrisa ladeada.

—¿Qué puedo decir? «No soy mala, es que me han dibujado así» —repuso citando la frase de Jessica Rabbit en *¿Quién engañó a Roger Rabbit?*, una película que se empeñó en ver después de que Sean le dijera que era una versión gótica de aquel personaje—. Tengo mi corazoncito. Pero no se lo digas a nadie, he trabajado duro para aparentar lo contrario —añadió con un guiño.

El chef llevaba semanas tratando de entenderla y, cuando pensaba que lo había conseguido, ella hacía algo que volvía sus suposiciones del revés.

—A ver si lo he entendido: puedes susurrar algo a alguien y convencerle de que haga lo que tú quieres.

—Más o menos, salvo ciertas salvedades. Mi don no funciona con los dioses, por ejemplo.

—Pero con los milesianos, ¿sí? —inquirió Sean.

—Con la mayoría, salvo que posean mucho poder y sepan crear un escudo protector.

—Que no es mi caso.

—Está claro que no —convino Morrigan con un mohín burlón—. Todavía recuerdo que tu concepto de escudo protector es ponerte un libro delante —agregó rememorando su primer encuentro. Lo observó ladeando la cabeza—. ¿A qué vienen tantas preguntas, Cook?

—Intento entenderlo. Entenderte —puntualizó.

—Pues, ¡ánimo! —exclamó riendo de esa forma tan suya, provocativa y sensual—. Aunque te advierto que pierdes el tiempo. Hombres más inteligentes que tú también lo han intentado y han fracasado estrepitosamente —bromeó.

Sean ignoró la chanza y continuó reflexionando sobre aquella revelación.

—Entonces, hubiese bastado un simple susurro tuyo para que yo regresara a Irlanda el primer día —concluyó.

—Exacto.

—¿Y por qué no lo hiciste? ¿Por qué me dejaste elegir?

—No fue cosa mía, créeme. La primera vez que me insultaste te habría convertido en sapo y te habría mandado a Irlanda de una patada —admitió la diosa sin pizca de vergüenza—. Pero Dagda considera que debes regresar por decisión propia —aclaró—. Verás, en la batalla que se aproxima, todos somos piezas de un gran puzle que escapa a nuestro entendimiento. Y, para que tú encajes en él, tu corazón y tu voluntad deben querer participar.

—Pero no quiero hacerlo.

—¡Por Danu! ¡Qué cabezota eres! —exclamó Morrigan alzando la vista al techo—. ¿Por qué? Puedo ver el miedo dentro de ti, pero no eres un cobarde, lo sé. Actúas como si no te importase lo que le pase a tu gente, pero sí te preocupan las personas, lo acabo de ver por cómo has actuado con Briana. Te niegas a hacer magia, pero percibo un gran poder dentro de ti. Dices que quieres entenderme, pues bien, yo también necesito comprender por qué te niegas a regresar a Irlanda cuando los tuyos más te necesitan. Así que explícamelo.

Ella había sido sincera con él. Era el turno de que Sean expusiera el temor y la culpa que desgarraban su alma.

—¿Quieres saber por qué me desentendí de la magia? Porque me aterra ese gran poder que intuyes dentro de mí, precisamente porque me importan los míos y sé el dolor que puedo causarles si dejase fluir la magia que hay en mí. No entiendo cómo la diosa Danu me eligió Guardián después de lo que hice —agregó con voz rota.

—¿Y qué hiciste?

—Maté a mi padre —confesó Sean con dolor. Su mente viajó a aquella aciaga noche mientras le relataba la pesadilla que oscurecía sus noches.

»Al ver que mi padre estaba creando una bola de energía para dañar a Heather, dejé que mi magia fluyera para contrarrestarla. Mi idea era neutralizar su poder, pero… no sé qué pasó, se me fue de las manos. —Se miró las palmas y luego las cerró, angustiado—. Surgió tanta energía de mí que lo carbonicé en el acto.

—Eras un niño y no sabías controlar tus poderes.

—Ahora soy un hombre y mi energía es mucho más intensa —replicó Sean—. Si pierdo el control, ¿a cuántas personas podría matar?

—Yo te puedo ayudar a controlarla.

—¿Para qué? ¿Para participar en una guerra que supondrá la muerte de muchos de los míos? No, no quiero contribuir a eso.

—¿Has pensado que tal vez mueran muchos más si no lo haces? —rebatió la diosa.

—Nunca me he creído indispensable. Encontrarán a otro que ocupe mi lugar —respondió cegado por su propia obstinación. Vio cómo ella abría la boca para decir algo más que tratara de convencerlo de lo contrario y decidió cambiar de tema.

»En cuanto a tu uso de la magia de esta noche, en vista de que tenía una finalidad altruista, he decidido hacer una excepción.

—¿Qué significa eso?

—Que proseguimos con nuestro trato.

Ella lo observó con intensidad y luego sonrió con lentitud.

—¡Qué detalle! Creo que eso se merece una concesión.

—¿Concesión?

—A nuestro trato —aclaró ella—. Sé que te mueres por besarme, así que, si tú quieres, te concedo un beso de buenas noches —propuso con la voz tan ronca y sugerente que sus rodillas temblaron en respuesta.

De inmediato, los ojos de Sean volaron a los labios de la diosa.

No se equivocaba, se moría de ganas de probarla. Nunca había sentido tanto deseo por una mujer, aunque sabía que ese mismo sentimiento podía convertirse en su perdición.

También sabía que ella lo deseaba de igual modo desde el principio, no lo ocultaba, y esa era su única baza para continuar siendo libre. Si jugaba bien sus cartas, tenía dos posibilidades de salir victorioso de aquella contienda: la primera era que la enfadara lo suficiente como para que ella usara su magia contra él para cumplir su habitual amenaza de convertirlo en sapo; la segunda, frustrarla tanto sexualmente que ella terminara dando el primer paso y lo besara, y eso solo lo podría lograr resistiéndose a su propio deseo.

Sin embargo, ¿cómo podía rechazar semejante invitación?

Caminó hacia ella sintiendo cómo su cuerpo se tensaba por la expectación y se detuvo cuando solo le quedaba un paso para alcanzarla. Después, se inclinó hacia ella con lentitud.

Sintió cómo Morrigan contenía el aliento y cerraba los ojos.

—Creo que paso —susurró a solo unos centímetros de sus labios, encontrando la fuerza en el último momento para resistirse. Seguidamente, se enderezó, se giró y comenzó a alejarse rumbo a su habitación.

»Te deseo dulces sueños, mi diosa —comentó en tono jocoso.

Escuchó cómo Morrigan dejaba escapar un sonido inarticulado de frustración y rabia que actuó de bálsamo para su propio deseo insatisfecho. Y, por primera vez en mucho tiempo, se fue a dormir con una sonrisa en la boca.

Capítulo 16

Durante la siguiente semana, los dos centraron su atención en que Briana recondujera su vida de una forma sana y segura, y dejaron a un lado sus rencillas personales.

Gracias a las palabras persuasivas de Morrigan, la muchacha encontró el valor para dejar a su novio, salir de una familia a todas luces tóxica y aceptar la propuesta de su amiga Susan de compartir piso juntas.

Era de esperar que Frank no se lo tomara bien, por eso Sean y Morrigan insistieron en acompañarla para velar por su seguridad cuando le diera la noticia.

En el momento en el que el idiota intentó ponerle una mano encima a la chica, Morrigan hizo ademán de interponerse, pero Sean fue más rápido. Lo cogió del cuello, lo alzó unos veinte centímetros del suelo y lo empotró contra una pared mientras mascullaba contra su cara:

—Escúchame bien, pequeño mequetrefe enfermizo, no vas a volver a acercarte a Briana nunca más, ¿me oyes? Si me entero de que te has aproximado a menos de cinco metros de ella, te juro que cogeré uno de mis cuchillos de cocina, te sacaré las entrañas y te las haré comer. ¿Te ha quedado claro?

El desgraciado asintió efusivamente con el rostro distorsionado por el terror.

Sean apretó su garganta un poco más en advertencia antes de soltarlo. Cuando los pies del hombre tocaron el suelo, tenía las rodillas tan temblorosas que se desplomó delante de él. Después, trastabilló en su prisa por levantarse y alejarse.

Morrigan lo miró con divertido asombro.

—Debo reconocer que tienes estilo, Cook. Un poco gore, pero efectivo.

Sean hizo una encantadora reverencia respondiendo a su halago y, cuando la diosa vio su sonrisa ladeada, sintió que los latidos de su corazón se aceleraban de golpe.

Era un hecho: estaba encaprichada de aquel maldito *cocinerucho*, engreído y testarudo. Podía tener a cualquier otro hombre, pero él se había convertido en un reto personal.

Morrigan estaba ganando su pequeño juego y ambos lo sabían, pues la subestimó al decir que no duraría ni un mes trabajando en la cocina. Salvo el incidente de Briana, la diosa acataba todas sus normas y, a falta de una semana para que el mes acordado llegara a su fin, Sean se vería obligado a regresar con ella a Irlanda.

La verdad es que le sorprendía que él hiciese una excepción respecto a su «intervención» con Briana. Lo fácil hubiese sido acabar con el acuerdo aquella misma noche, cuando Morrigan reconoció que hizo magia, pero él había actuado con mucha nobleza.

Así que, para salir victoriosa del trato, solo tenía que acabar la semana como hasta el momento, cosa fácil. Sin embargo, que el chef se hubiese resistido a ella, era como una pincha que cada día que pasaba se clavaba más en su orgullo.

No quería ganar porque ella cumpliese el trato.

Quería ganar porque él lo rompiera.

¿Vanidad? Era posible, pero, como diosa, se podía permitir aquel pequeño defecto.

El problema era que sus armas de mujer no estaban funcionando: ni miradas intensas ni insinuaciones sensuales.

Incluso un día probó la artillería pesada.

—¿Puedes venir un momento, Cook? Necesito tu ayuda —preguntó desde su habitación. Cuando el cocinero apareció en el vano de la puerta se encontró con el cuerpo de la diosa vestido tan solo con un conjunto de lencería en color rojo y negro hecho a base de raso y encaje. Sintió una oscura satisfacción al ver cómo los ojos del pobre hombre casi se salían de sus órbitas y la mandíbula se le desencajaba.

»Me estoy probando este conjunto tan mono y tengo problemas con el *bustier*. Tiene una hilera de corchetes que hay que abrochar desde detrás y, como no puedo usar mi magia, me tienes que echar una mano porque solo he conseguido alcanzar los dos de abajo —explicó y consiguió que su tono fuese inocente, todo un logro para la diosa de la Muerte y de la Destrucción.

Como golpe final a su jugada, se giró para darle la espalda y colocó su cabello por encima del hombro para que tuviese una perspectiva despejada de su retaguardia.

Al situarse de forma estratégica delante de un espejo de cuerpo entero, el hombre tenía una visión completa de la figura de Morrigan, y ella podía observar a placer cada una de sus reacciones. Si es que el chef conseguía reaccionar, porque continuaba paralizado. Estuvo así durante varios segundos hasta que Morrigan empezó a impacientarse.

—¿Me lo abrochas o no?

—¿Qué? —preguntó Sean con voz ausente.

—Que si puedes abrochar los corchetes.

El chef parpadeó repetidamente al volver en sí.

—Sí, claro.

Morrigan contuvo una sonrisa mientras no perdía detalle de cada uno de sus gestos.

Sean tragó saliva, se secó las palmas en los pantalones como si le hubiesen comenzado a sudar y se acercó paso a paso a ella con la expresión de quien se dirige hacia el patíbulo.

Lo oyó murmurar sin que él mismo se percatara de que lo decía en voz alta: «Venga, hombre, tú puedes. Piensa en otra cosa», y su sonrisa se

amplió. Por suerte, él no la vio; tenía la mirada clavada en los glúteos medio desnudos de la diosa, cubiertos tan solo por un semitanga.

Las manos del chef temblaron de forma visible cuando las alzó para comenzar a abrochar los pequeños corchetes uno a uno.

—Patatas, tomates, col, judías…

Morrigan frunció el ceño cuando percibió las palabras que recitaba Sean en un murmullo bajo.

—¿Qué susurras?

—Estoy repasando la lista de la compra.

—¿De verdad estás pensando en comida en estos momentos?

—Más bien en comerte —gruñó tan bajito que casi escapa a sus oídos.

Casi.

En cuanto el chef terminó de abrochar el último, Morrigan se giró hacia él.

—Solo tienes que dar el primer bocado y seré toda tuya —incitó la diosa con voz sensual, apretando su cuerpo contra el torso masculino.

Los ojos de Sean se tornaron vidriosos cuando cayeron sobre los senos ligeramente constreñidos por la prenda, la cual creaba entre ellos un profundo valle de tentación.

Por un instante, Morrigan acarició el triunfo, pero entonces…

—¡Manzanas! —exclamó Sean dando un paso atrás.

—¿Manzanas?

—Sé que se me olvidaba apuntar algo en la lista y al ver tus pechos…

—¿Has pensado en manzanas? —inquirió la diosa con la voz una octava más alta de lo normal.

—Bueno, está claro que, por tamaño, no podría pensar en melones —señaló Sean con voz razonable—. Tal vez naranjas, pero mi fruta preferida es, sin duda, la manzana y…

—¡Fuera! —gritó Morrigan cortando su diatriba.

—Pero ¿no necesitarás ayuda para desabrocharlo?

—¡He dicho que te largues de aquí! —exclamó iracunda dándole la espalda.

Era capaz de descoyuntarse los hombros para desabrochar los malditos corchetes ella misma antes de dejar que aquel insignificante milesiano se le volviera a acercar.

Pero ¿qué le pasaba a aquel hombre? ¿Es que era de piedra?

«Algo de piedra sí que tiene», pensó al ver por el espejo la protuberancia que tensaba sus pantalones antes de girarse e ir hacia la puerta. También fue testigo de su última mirada antes de salir de la habitación y pudo percibir el brillo de triunfo y diversión que hacía resplandecer sus ojos más allá del deseo que los nublaba.

Maldito *cocinerucho*, se la había vuelto a jugar cuando Morrigan pensaba que la que lo estaba manipulando era ella.

—Prueba.

La voz de Sean la hizo volver a la realidad. Y la realidad era que faltaban tres días para llegar al final de su acuerdo y que, en aquellos momentos, estaban en la cocina del restaurante y el chef le acababa de poner una cuchara sopera llena de un líquido oscuro frente a la boca y esperaba con paciencia su veredicto sobre la receta de un estofado tradicional celta que le había dado Morrigan.

La diosa acercó sus labios con lentitud, sabiendo que la atención del hombre se mantenía fija en ella. Sopló un poco y, después, degustó el contenido relamiéndose.

—Yo le añadiría un poquito más de sal y laurel.

El chef, con la mirada fija en su boca, tardó un segundo en reaccionar.

—Sal y laurel —repitió y sacudió la cabeza para salir de su atontamiento momentáneo. Después lo probó él mismo—. Pues creo que tienes razón. Tienes un buen paladar.

Lo dijo con un brillo de calidez en la mirada que provocó el sonrojo en la diosa.

«Y van cinco», pensó con fastidio.

Cuando propuso a Sean que incluyera en el menú un par de recetas de cocina tradicional celta que ella conocía y añadiera a la carta de bebidas

alcohólicas el hidromiel, una antigua bebida hecha a partir de la fermentación de una mezcla de agua y miel, pensó que no la iba a tomar en serio. En cambio, el chef las puso en práctica, cosechando gran éxito entre los clientes.

No podía negar que le gustó mucho que valorara de esa forma sus ideas.

—¿Puedo? —preguntó Rhonda. Sean le dio a probar también el caldo y la mujer lo saboreó con lentitud—. Está riquísimo. Creo que va a ser otro éxito.

Morrigan sonrió ante aquella señal de aprobación. Era extraño sentir tanta satisfacción por unas simples palabras de una mera *siadsan*, pero respetaba a aquella mujer: era una trabajadora incansable y una madre entregada. La felicidad de su hija Wendy era su prioridad absoluta y se desvivía por ella.

—*Belle et avec de bonnes idées!*[8] —señaló al punto Pierre, que no dejaba pasar la oportunidad de soltarle algún piropo.

—Descansa, franchute, que no tienes nada que hacer con Morrigan —rezongó Rhonda de inmediato—. Está claro que sus intereses rondan más por su lado patriota.

Morrigan ocultó una sonrisa. Todos daban por hecho que Sean y ella estaban liados, aunque no lo decían abiertamente. Supuso que nadie quería acusar al jefe de incumplir una de sus normas.

—Que a ti no te guste escuchar piropos no implica que a las demás tampoco —bufó el francés muy tieso antes de alejarse.

La diosa puso los ojos en blanco. ¿Es que acaso era la única que se daba cuenta de que esos dos se atraían? La química entre ellos era palpable por mucho que Rhonda se esforzase en aparentar que detestaba al francés, y Pierre hiciese como que la ignoraba.

Tal vez se estaban reprimiendo por la estúpida regla de Sean que prohibía las relaciones sentimentales en el equipo. Si era así, tenía que hablar con el chef al respecto, aunque lo primero era dar un empujón a la pareja y que reconociesen su mutua atracción.

Estaba pensando en cómo podía hacerlo cuando Dylan se le acercó.

—No sé si sabes que mañana es mi cumpleaños —comenzó a decir y, aunque ya tenían cierta familiaridad, todavía se ruborizaba cuando hablaba directamente con ella—. Mi novia está organizando una pequeña fiesta en el Red Dragon, un *pub* de Crickhowell. Como es el día que el restaurante cierra, todo el equipo va a venir y me preguntaba si tú…, tal vez…, querrías… —balbuceó.

—Venga, anímate —terció Briana—. Mi amiga Susan también irá y se alegrará de verte. Te adora desde que me ayudaste con lo de Frank.

No necesitaba ánimos para acudir, tenía sus propios intereses en hacerlo.

—Iré encantada —aseguró Morrigan entusiasmada con la idea.

¿Cómo no se le había ocurrido?

Era justo lo que necesitaba: un ambiente distendido para sociabilizar y con alcohol para desinhibir y soltar la lengua. Así podría indagar sobre si su teoría sobre Pierre y Rhonda era correcta.

Por añadidura, también iba a tener una nueva oportunidad para seducir al chef. Así que se juró a sí misma que, aquella noche, Sean O’Malley no se le iba a escapar.

Morrigan MacErnmas iba a ir a por todas.

Capítulo 17

La diosa de la Muerte y de la Destrucción había regresado, al menos en apariencia.

Aquella noche, vestida toda de negro, con una cazadora de cuero, un minivestido que se ajustaba a la perfección a cada una de sus curvas y unas botas altas que acababan en unos tacones de infarto, Morrigan volvía a ser la versión gótica de Jessica Rabbit, tan sensual que ya era un pecado observarla.

La única concesión que hizo a su antiguo «yo» fue rebajar un poco el maquillaje de los ojos, cosa que a Sean le agradó. Tanto que su cuerpo reaccionó endureciéndose en cuanto la vio. Una reacción que estaba siendo habitual en su convivencia con aquella mujer.

Y es que Morrigan MacErnmas no era como imaginó en un primer momento. Era orgullosa, altiva, caprichosa y provocativa, sí. Pero también era mucho más. Era intuitiva, sagaz y no se amedrentaba ante nada, con una fuerza interior y una vitalidad que parecía desbordarla. Otra cosa que había descubierto de ella era que, para bien o para mal, nunca mentía. Y eso le gustaba mucho.

Además, parecía interesarse de verdad por la gente que la rodeaba y tenía una forma de conectar con los demás que escapaba a la comprensión de Sean. Era como si pudiese meterse en el interior de las personas y ver

sus miedos, para, después, tratar de que los afrontasen, tal y como hizo con Briana.

La verdad era que la había subestimado: estaba cumpliendo con el trato mejor de lo que nunca hubiese imaginado. Se integraba bien con el equipo y era trabajadora, nunca se quejaba. Lo que significaba que, si no ocurría un milagro, en dos días tendría que regresar con ella a Irlanda.

Solo de pensarlo, el estómago se le revolvió.

Sus intentos por frustrarla y enfadarla, aunque efectivos, no lo habían sido lo suficiente para que ella diera un paso en falso y así él quedase libre.

Todavía recordaba el pequeño incidente del *bustier*. ¡Cómo olvidarlo! Sean tuvo que darse una ducha fría después de salir de la habitación de Morrigan, pero fue un gustazo verla rabiar de aquella manera.

Al imaginar que podía llevar aquel conjunto de lencería tan sensual debajo del vestido, se le hizo la boca agua y le sudaron las manos.

—Estás preciosa.

—Lo sé —repuso ella con la seguridad en sí misma de una diosa milenaria.

La miró de reojo durante el trayecto al *pub*. Apenas habían intercambiado un par de palabras desde que salieron de casa. Morrigan estaba inusualmente callada y eso en ella solo podía significar una cosa: estaba tramando algo, seguro que otro de sus jueguecitos de seducción. La cuestión era si Sean encontraría la fuerza para resistirse a ella de nuevo.

En cuanto entraron en el Red Dragon, la mayoría de las miradas masculinas se clavaron en Morrigan. Era de esperar, entre su belleza y su altura, no era una mujer que pudiese pasar desapercibida.

Se esforzó por reprimir el impulso de sacar los dientes para que los hombres la dejasen de mirar con deseo. Aun así, se le escapó un gruñido cavernícola.

—¿Has dicho algo?

—No esperaba que hubiese tanta gente —masculló entre dientes.

Un rubio atractivo con la complexión de un jugador de baloncesto hizo ademán de acercarse a ella y, por puro instinto, Sean puso una mano en la

parte baja de la espalda femenina en señal de posesión, aunque estaba lejos de poder «poseer» a la diosa de ninguna manera.

Por el rabillo del ojo vio que ella dejaba escapar una sonrisa. Entonces lo supo, aquel iba a ser su juego.

Los celos.

—El equipo está allí, al fondo —señaló la diosa y, como tal, se abrió paso entre la multitud sin esperarle.

Durante la siguiente hora se entretuvieron con presentaciones, saludos, felicitaciones y brindis por el cumpleañero. Después, cada uno se fue desperdigando por el local.

Briana y su amiga Susan se hallaban en la pista de baile. Dylan, junto a su novia Becky, estaban enfrascados en una conversación con otra pareja de amigos. Pierre estaba en la barra pidiendo una cerveza y parecía abducido por una bonita morena. Y, en cuanto a Morrigan, en lugar de estar flirteando con alguno de los hombres que la miraban de reojo en espera de una oportunidad, estaba sentada al lado de Rhonda, manteniendo una conversación tranquila con ella.

Sean agudizó el oído sobre la música para no perder detalle.

—Así que sientes algo por Pierre.

El chef se atragantó con el sorbo de cerveza que acababa de tomar. Estuvo a punto de soltar una carcajada. Rhonda detestaba al francés. ¿De dónde podía haber sacado Morrigan semejante idea? Sin embargo, al ver que la mujer bajaba la mirada al vaso mientras el rubor cubría su rostro, descubrió la verdad.

¿Cómo podía haber estado tan ciego? Llevaba casi un año trabajando codo con codo con ella, a diario, y pensaba que la conocía.

Volvió hacia atrás en la memoria para vislumbrar alguna pista que se le podía haber escapado. Recordó que cuando Pierre comenzó a trabajar en el restaurante, cuatro meses atrás, los dos congeniaron muy bien e incluso hubo un pequeño flirteo entre ellos que parecía que iba a acabar en algo más. Sin embargo, no fue así.

—No te lo puedo negar —admitió finalmente Rhonda—, pero cualquier esperanza con él sería una pérdida de tiempo.

—¿Lo dices por la norma del jefe?

—Lo digo porque es incapaz de centrar su atención en una sola mujer, y yo lo que necesito es un hombre que me aporte estabilidad y en el que poder confiar. Recuerda que tengo una hija, debo velar por su bienestar. ¡Míralo, si es que empalma una con otra! —refunfuñó al tiempo que cabeceaba hacia él, que en aquel momento acababa de terminar de hablar con la morena con la que estaba y pasaba a coquetear con una pelirroja—. Por cierto, ¿a qué norma te refieres?

—Esa estúpida regla que impide las relaciones entre los miembros del equipo —señaló Morrigan con un mohín.

«Mierda», pensó Sean cerrando los ojos por un momento. Tenía la corazonada de que aquella mentira le iba a salir muy cara.

Intentó hacer una señal disimulada a Rhonda para que no dijera nada, pero la mujer no lo vio.

—No existe ninguna norma al respecto —comentó extrañada—. De ser así, Pierre no estaría trabajando aquí. Creo que se ha liado con la mitad de la plantilla de camareras. ¿De dónde te has sacado eso?

Morrigan se giró lentamente hacia Sean para encararlo con una ceja arqueada.

—Puedo explicarlo —gruñó.

Esperaba alguna réplica mordaz o airada, habría podido hacer frente a eso. Sin embargo, no estaba preparado para la decepción que apareció en los ojos de la diosa ante su mentira.

—¿Sabes, Rhonda? Creo que yo también necesito a un hombre en el que poder confiar —dijo sin apartar los ojos de él—. ¿Qué te parece si damos una vuelta a ver si encontramos alguno?

Antes de que le diese la oportunidad de explicarse, ya se había levantado y arrastraba a Rhonda tras de sí.

Sintiéndose frustrado e impotente, Sean apuró su cerveza y se fue a la barra a por otra. Mucho se temía que la iba a necesitar.

—¿A qué viene esa cara? —preguntó Pierre palmeándole el hombro al verle.

Sean cabeceó hacia la pista de baile. En concreto, hacia donde estaban las chicas, que ya estaban hablando con un par de hombres, uno de ellos, el que parecía un jugador de baloncesto y que, en aquel momento, se estaba acercando demasiado a Morrigan.

Lo que no esperaba era que la expresión de Pierre se oscureciese al ver dónde señalaba y que acabara de un trago su bebida sin apartar su mirada ceñuda de allí. Y lo más sorprendente aún fue que sus ojos permanecieron clavados en Rhonda.

No podía ser. ¿O sí?

Guiado por un presentimiento, decidió seguir la táctica de Morrigan.

—Así que sientes algo por Rhonda.

El francés se encogió de hombros.

—No importa lo que sienta. *Je suis un idiot!*[9] —farfulló finalmente Pierre—. Llegamos a tener un par de citas discretas, pero, cuando me di cuenta de que era una mujer de la que me podía enamorar, me asusté y le dije que no estaba interesado en nada serio.

—Y decidiste remplazar una relación seria con una mujer excepcional que llenaría cada uno de tus días por un montón de chicas irrelevantes e insustanciales para ti que no te hacen feliz.

—Exacto. El problema es que, trabajando con ella a diario, he llegado a sentir por Rhonda lo que quería evitar.

—Te has enamorado.

—*Totalement*. ¿Ahora entiendes por qué soy idiota?

—Lo que entiendo es que, en lugar de esforzarte por salir del hoyo en el que no quieres estar, cada vez lo estás cavando de forma más profunda.

—¿Qué quieres decir?

—Que en lugar de seguir perdiendo el tiempo en mujeres como esas —dijo Sean señalando a las dos chicas con las que Pierre había estado ligando—, le eches valor, te acerques a Rhonda y le hagas saber lo idiota que has sido y que estás dispuesto a demostrarle que sí eres un hombre en el que puede confiar.

Sean pidió dos pintas de cerveza y se puso a hablar con el barman, que era un conocido, cuando, de repente, oyó que Pierre comentaba.

—Pues no sé de qué forma la has cagado tú con Morrigan, pero tal vez también deberías aplicarte el cuento y acercarte a ella antes de que se vaya con otro.

—¿Te refieres al cretino que parece un jugador de baloncesto? Tranquilo, no es su tipo —repuso despreocupado mientras pagaba las consumiciones y cogía los dos vasos para pasarle uno al francés.

—No, me refiero al guaperas con pinta de dios nórdico que la acaba de abordar.

Sean se giró tan rápido que acabó derramando parte de la cerveza sobre Pierre. Ignoró la exclamación ahogada del hombre y fijó su atención en el desconocido que estaba hablando con Morrigan.

Al igual que la diosa, iba vestido todo de negro y tenía un porte que llamaba la atención, más aún porque medía unos dos metros de altura. Por si eso fuese poco, tenía el cabello largo y de un rubio tan claro que parecía casi albino.

Pero lo que más le incomodó fue que, en lugar de la expresión hastiada que lucía la diosa cuando el jugador de baloncesto estaba intentando ligar con ella, toda la atención de Morrigan estaba concentrada en él de una forma tan intensa que posiblemente hubiese olvidado hasta dónde estaba. Y, cuando vio que se dejaba llevar, sumisa, cuando el gigante rubio la cogió de la mano y la arrastró hacia la salida, sintió que el estómago se le revolvía con un mal presentimiento.

Corrió hasta alcanzarla y la cogió del brazo.

La diosa se giró hacia él con el ceño fruncido, como alguien que está a punto de aplastar a una mosca molesta, pero al ver que era él su expresión se tornó indescifrable.

—¿Dónde vas? —inquirió Sean.

—Me he encontrado con un viejo amigo y vamos a buscar un lugar íntimo para… ponernos al día.

Algo en su tono le dio escalofríos.

—¿Te vas a acostar con él?

—Eso no es asunto tuyo, ¿no crees?

—No lo hagas, Morrigan —susurró y añadió con voz desgarrada—. Por favor.

Un brillo cruzó la mirada de la diosa que no supo descifrar antes de que mirase al desconocido que esperaba paciente su reacción y luego volviese sus ojos de nuevo a él.

Entonces, para su desazón, anunció con voz impasible.

—No me esperes levantado, Cook.

Y se fue.

Capítulo 18

Nunca hubiese esperado encontrarle a «él» en aquel *pub* de Crickhowell. Y, sin embargo, allí estaba.

Arawn, dios galés del Inframundo y señor de Annwn, la tierra del Más Allá.

Fue toda una sorpresa verlo cruzar la pista de baile, como salido de la nada, tan hermoso e imponente como lo recordaba, hasta detenerse frente a ella.

Tampoco podía negar que su corazón dio un vuelco al ver el crudo anhelo en sus ojos negros cuando susurró:

—Morrigan, has vuelto.

Estaba tan conmocionada que, cuando él la cogió de la mano sin decir nada más y empezó a arrastrarla hacia la salida, se dejó llevar. Y, cuando estaba a punto de recuperar la cordura y detenerse, apareció Sean para darle el empujón hacia una dirección a la que no estaba segura de si quería ir.

Maldito *cocinerucho*.

Durante el mes y medio que llevaba a su lado la había insultado, retado, rechazado, enloquecido, mentido… y se había enamorado de ella.

Lo intuyó al ver el dolor en sus ojos cuando le suplicó: «No te vayas, Morrigan. Por favor».

Puede que ni él mismo lo supiera todavía, porque solo un idiota se podría enamorar de la diosa de la Muerte y de la Destrucción. Aunque solo un necio se atrevería a mentirle a la cara como Sean lo hizo y no esperar represalias.

En cuanto salieron del *pub*, y se alejaron de miradas ajenas, una nube oscura los envolvió. Un segundo después. Morrigan se encontró en Annwn, el que fuera su hogar durante un tiempo.

El inframundo galés no tenía la hermosura resplandeciente de *Tir na nÓg*, pero poseía un encanto oscuro y especial muy similar a la ambientación de *Pesadilla antes de Navidad*, de Tim Burton, una de las películas preferidas de Sean que no se cansaba de ver.

Allí vivió durante casi quinientos años, hasta que la dicha que sentía se convirtió en un insoportable dolor que la obligó a huir sin mirar atrás.

—¿Para qué me has traído aquí?

—Tú misma se lo dijiste a ese tipo: necesitamos un lugar íntimo para ponernos al día, y no hay lugar más íntimo que este —expuso Arawn y su voz todavía conservaba ese tono áspero que tanto le gustaba en otro tiempo—. Por cierto, ¿quién era?

—Un simple cocinero milesiano —respondió ella sin más—. ¿Sabías que estaba en ese *pub* o me has encontrado por casualidad?

—Oí rumores de que la diosa de la Muerte y de la Destrucción había regresado a Gales y quise comprobar si eran ciertos. Llevo un par de días recorriendo la superficie hasta que tu energía me atrajo hasta allí. —Por unos segundos, el dios se perdió en su rostro con una intensidad nacida del anhelo.

»¿Cuánto tiempo ha pasado? —susurró al fin mientras acariciaba con la punta del dedo el contorno de su mejilla, como si necesitara tocarla para cerciorarse de que en verdad estuviera allí.

—¿Quién lleva la cuenta? —bufó Morrigan.

—Yo. Tres mil diez años y ciento treinta y dos días.

—Si lo sabes, entonces, ¿por qué lo preguntas?

—Porque quería saber si tú también llevabas la cuenta —reconoció él con una sonrisa.

¡Ah, los juegos de los dioses!

—En un principio sí lo hice —admitió Morrigan con la honestidad que la caracterizaba—, pero, en algún punto entre los mil quinientos años y los dos mil, dejé de contar.

Su comentario no le gustó, pues Arawn era muy orgulloso. Lo conocía muy bien. Por eso no la asombró que endureciera su expresión y procediera al ataque.

—Todavía no comprendo por qué me abandonaste cuando estaba dispuesto a hacerte mi reina.

Morrigan estuvo a punto de soltar una carcajada.

—¿Qué esperabas? Te encontré en nuestra cama con otra mujer —espetó la diosa.

—Pero sabías que no significaba nada.

—Y eso me dolió todavía más. Traicionaste mi confianza por nada.

—Eso no es cierto. En ningún momento hablamos de que no podíamos acostarnos con otras personas. Somos dioses, ¡por Modron! Nadie espera que seamos monógamos.

—Tal vez yo sí —musitó Morrigan en voz baja.

—En el fondo, siempre has sido una romántica —espetó como si fuese un insulto—. Sin embargo, tus palabras me dan la razón. Puede que no cumpliese con tus expectativas, pero nunca te engañé. Es más, deberías sentirte halagada.

—¿Y eso por qué?

—Aquella fue la primera vez que buscaba los brazos de otra. Conseguiste mantener mi interés más que ninguna.

Esa vez, Morrigan sí dejó escapar una carcajada. Había olvidado lo arrogante que podía llegar a ser aquel dios.

—Echaba de menos tu risa.

Eso la puso seria al instante.

Sí, en aquel entonces reía mucho porque se sentía enamorada y feliz. Pensaba que estaba viviendo una historia de amor a la altura de la de Elatha y Erin, porque debía reconocer que siempre envidió la relación que

tenían. Por eso, la decepción fue tan grande y el sufrimiento tan intenso. Porque, cuanto más altas eran tus expectativas, más dolorosa era la caída cuando no las alcanzabas.

Arawn dio el último paso que los separaba y la tomó entre sus brazos. Su cercanía le resultó agradable, familiar y, al mismo tiempo, extraña. Como si aquel lugar, que antes había añorado, en ese instante la hiciese sentir que no era el suyo.

Sería fácil entregarse a los deseos del dios y dejarse arrastrar por la lujuria que él podía despertar en su cuerpo. De esa forma, podría deshacerse de la tensión sexual que llevaba semanas acumulando. Esa fue su intención en un primer momento, no lo podía negar.

Después, volvería a casa de Sean y se lo contaría. Le estaría bien empleado por haberla rechazado tantas veces en las que ella se le ofreció y por mentir.

Se lo había advertido, la venganza de un dios podía ser temible.

No obstante, a medida que el abrazo de Arawn se estrechaba, cambió de opinión. Si daba aquel paso, se estaría traicionando a sí misma y a sus propios deseos. Porque, siendo sincera consigo misma, esos no eran los brazos que necesitaba que la rodeasen en aquel momento.

Deseaba a Sean O’Malley y no se iba a conformar con otro.

Por eso, se escabulló de su abrazo cuando él intentó besarla y dio un paso hacia atrás para poner distancia entre ambos.

Arawn la miró con sorpresa.

—La Morrigan que conocía nunca hubiese rechazado la promesa de un buen rato de placer.

—La Morrigan que conocías ya no existe.

Sus palabras debieron de sentarle como un puñetazo en el estómago porque dio un respingo.

Durante unos instantes la miró en silencio.

—¿Es por ese cocinero?

—¿Por qué piensas eso?

—Porque he visto cómo os mirabais.

—Tal vez me haya encaprichado un poco de él —admitió finalmente —. Pero no se lo digas a nadie —añadió con tono cómplice.

Arawn asintió y la miró pensativo.

—Nunca te pedí perdón por lo que pasó.

—Y sé que no lo vas a hacer.

—No —convino él dejando escapar una mueca divertida. Era demasiado orgulloso para decir «lo siento», y los dos lo sabían—. Pero sí que te debo una compensación.

—No me debes nada.

—Yo creo que sí.

Le puso una mano sobre los hombros y la observó con solemnidad.

—Morrigan MacErnmas, donde quieras y cuando quieras, estaré a tu disposición.

La diosa aceptó sus palabras con un seco cabeceo, pues sabía que era inútil discutir con él. Se puso de puntillas y le dio un suave beso en la mejilla.

—Adiós, Arawn.

—Que Modron guíe tus pasos y te proteja —susurró él a modo de despedida.

Salió de Annwn por el mismo lugar por el que entró, a pocos metros del *pub*, pero se lo encontró ya cerrado, y los alrededores, desiertos. Podía haber encontrado un medio de transporte o incluso haber llamado a Sean, pero decidió descalzarse y caminar los cinco kilómetros hasta el *cottage* para despejar su mente. No se dio prisa, necesitaba pensar y reconciliarse con sus propios sentimientos, y no se le ocurrió mejor forma de hacerlo para ella que envuelta en la oscuridad y arropada por la fría brisa nocturna.

Cuando llegó a la casa, un par de horas después, se sorprendió al encontrar a Sean aguardándola afuera, sentado en los escalones de la entrada.

En cuanto la vio, el chef se puso de pie despacio. Tenía un aspecto lamentable. Se notaba que había bebido, su expresión estaba tan tensa que parecía a punto de quebrarse y su cabello lucía revuelto, como si hubiese

estado pasándose la mano con nerviosismo por él sin parar. Tal vez lo hiciera.

—¿Quién era él?

—Arawn, dios del Inframundo. Un antiguo amor —agregó para dejar las cosas claras y ¿por qué no admitirlo?, también para hacerlo sufrir un poquito más.

—¿Te has acostado con él?

No lo dijo en tono acusatorio, más bien parecía herido ante la posibilidad.

Morrigan ignoró la pregunta y se centró en lo que a ella más le importaba.

—Me mentiste.

—Sí y lo siento —reconoció el chef con un suspiro.

—¿Por qué? ¿Por qué te empeñaste en inventarte una norma absurda cuando también te obligaba a ti a reprimir tus propios deseos?

Porque eso es lo que más la enfadaba, más que la mentira en sí, que se hubiesen visto obligados a reprimir su mutuo deseo cuando no había ninguna necesidad.

—¿Qué quieres que te diga, Morrigan? Sí, es una norma absurda que se ha convertido en mi infierno particular y, aun así, es lo único que se me ocurrió hacer para mantener un poco de distancia entre nosotros y poder protegerme de tu hechizo —reconoció Sean con voz desgarrada—. Irónico, porque no ha servido para nada. ¡Para nada! Vivo continuamente erecto. Algo que no es sano, créeme. A este paso la polla se me va a gangrenar —gruñó con crudeza. El lenguaje obsceno era tan raro en él que Morrigan parpadeó al oírlo. Parecía un niño en medio de una pataleta por no conseguir lo que quiere; tan fuera de sí, tan frustrado, que la diosa sintió ternura hacia él, una emoción poco usual en ella y que la hizo sentir un poco incómoda. Morrigan se sentía a gusto con la lujuria, no con la ternura, y aquel milesiano tenía el curioso poder de hacerle sentir las dos cosas a la vez.

»Y eso que me masturbo cada noche pensando en que estás en la habitación de al lado —continuó confesando el chef, como si sus

emociones se hubiesen desbordado—. ¿Sabes que la otra noche, después de tu numerito de la lencería, fui hasta tu puerta y estuve a punto de echarla abajo y meterme en tu cama? ¿Te haces una idea de lo que me costó no dar el último paso sabiendo que me recibirías con los brazos abiertos? Estoy perdiendo la cordura a cambio de mi libertad. ¿Y sabes qué es lo peor? Que ya no sé si quiero ser libre. Así que tú ganas. Después de todo, lo harás igualmente dentro de un día. ¿Por qué desperdiciar una sola noche más?

—¿Qué significa eso?

—Que te voy a besar y a la mierda con todo.

Capítulo 19

Sean anduvo los dos metros que la separaban de Morrigan con paso decidido. Después, tomó su rostro entre las manos y se inclinó para besarla como llevaba tanto tiempo ansiando hacer. Sin embargo, en el último momento ella dio un paso atrás impidiendo el contacto de sus labios.

El chef la soltó y la miró confuso.

—¿Y a hora qué? —gruñó frustrado levantando las manos al cielo—. Ya he reconocido mi error y te he pedido disculpas. También he admitido lo mucho que te deseo. ¿Qué más necesitas? ¿Que te suplique de rodillas? ¿Que…?

Su discurso se vio interrumpido de repente cuando la diosa lo cogió por el cuello de la camisa y lo acercó a sus labios con un gesto brusco, para al segundo siguiente apoderarse de su boca.

Porque sí, ella se apoderó totalmente de sus labios y de su ser con un beso profundo y carnal que lo hizo gemir de puro gozo.

«¡Por fin!», celebró su vocecita interior, y eso fue lo último en lo que pudo pensar.

Sus bocas se movieron de forma casi agresiva, las dos probando, succionando y mordiendo con hambre, mientras sus lenguas se enzarzaron en una lucha sin tregua por ver quién exploraba más a conciencia la del otro.

Olía a canela, sí, pero sabía mucho mejor.

No supo cómo consiguieron traspasar el umbral con la ropa puesta, pero, en cuanto eso sucedió, las prendas empezaron a caer una tras otra sin detener el beso. Primero, el abrigo de él y, después, la cazadora de ella.

La paciencia de Sean se acabó en ese momento y, cogiéndola por los glúteos, la alzó y la empotró contra la pared más cercana. Le pareció muy liviana entre sus brazos, a pesar de su altura, y fue tan sensual la forma en que ella abrió sus piernas para aceptar la primera acometida de sus caderas que soltó un gruñido profundo.

Su erección friccionaba contra ella una y otra vez mientras sus manos exploraban las curvas femeninas con avaricia y, pronto, la ropa que todavía se interponía entre ellos se convirtió en una amenaza para su salud mental.

Sean llevaba horas imaginando si debajo de aquel minivestido llevaba el *bustier* de encaje, cuyo recuerdo había sido el fruto de sus fantasías eróticas las últimas noches, así que comenzó a subir con impaciencia la prenda por las caderas de la mujer para descubrirlo. Sin embargo, Morrigan tenía otros planes.

En un abrir y cerrar de ojos, dio la vuelta a las tornas y lo tuvo de pie con la espalda contra la pared. Un segundo después, le abrió la camisa con brusquedad, haciendo saltar los botones por doquier.

—Debí imaginar que te gustaría dominar en el sexo —barbotó cuando ella le alzó las manos por encima de la cabeza hasta atraparlas contra la pared.

—Tranquilo, también tendrás tu oportunidad de dominarme —susurró ella en su oído con voz ronca antes de atrapar su lóbulo entre los dientes y morderlo.

Gimió. ¿Cómo no iba a hacerlo? Acababa de descubrir que la diosa de la Muerte y de la Destrucción también era una diosa del sexo.

Morrigan lo mantuvo en aquella posición mientras devoraba su boca en otro apasionado beso, y él se dejó hacer. No iba a medir sus fuerzas con ella, estaba seguro de que tenía las de perder y, a pesar de que a Sean le gustaba dominar en el sexo, descubrió que tenía mucho morbo estar sometido a su voluntad.

Y la voluntad de la diosa era dejarlo desnudo para explorarlo a placer, lo descubrió cuando lo arrastró al dormitorio, se deshizo de sus pantalones sin miramientos y lo instó a que se tumbase en la cama.

Tal vez no tuviese el cuerpo tan musculado como el del dios del Inframundo, pero se esmeraba por mantenerse en forma y se sentía seguro de sí mismo en el aspecto físico. Con todo, ver la admiración y el deseo en los ojos femeninos hizo que cada minuto de esfuerzo dedicado a ponerse en forma valiese la pena y lo llenó de orgullosa satisfacción.

Su mente volvió a quedar en blanco cuando la vio subir a la cama hasta quedar de rodillas al lado de su cuerpo tendido. La posición hizo que el minivestido se le subiera por los muslos y atisbó una cinta de raso que sujetaba sus medias. La reconoció en el acto.

Sus plegarias habían sido escuchadas: llevaba el *bustier*.

Hizo ademán de incorporarse, pero ella lo detuvo poniendo una mano sobre el pecho.

—No te puedes mover hasta que yo te lo diga.

—En ese caso, más te vale esposarme o no prometo nada —gruñó Sean, que estaba al límite de su control.

Los ojos de la diosa llamearon y, un segundo después, sintió un agradable calorcillo extenderse por sus brazos hasta sus manos. De repente, estas cobraron vida propia y se alzaron sobre su cabeza hasta que acabaron sujetándose con fuerza a los listones de madera que tenía el cabecero.

Sean trató de liberarse, pero le fue imposible. Miró a Morrigan y frunció el ceño.

—Nuestro trato ya se ha roto por un beso, ¿recuerdas? Eso implica que ya puedo hacer magia —razonó la diosa—. Además, ¿de verdad tienes ganas de ponerte a discutir ahora, Cook?

Que nada más decirlo se inclinara sobre su cuerpo y dejara pasar la lengua de forma lenta sobre una de sus tetillas lo terminó de convencer para continuar callado.

La boca de la diosa exploró el torso masculino en sentido descendente, desde la base del cuello hasta la parte alta de la pelvis, arrancándole un

jadeo ahogado tras otro y, cuando al fin tomó su miembro entre los labios, Sean pensó que podía morir de placer.

Arqueó el cuerpo desesperado por ahondar en aquella húmeda cavidad que lo devoraba de forma tan apasionada mientras intentaba liberarse para sujetar la cabeza de la diosa con las manos, deseoso por sentirla más. Sin embargo, Morrigan no le dio tregua.

Y cuando estaba a solo dos segundos de explotar en un intenso orgasmo, con el cuerpo sudoroso y tenso, ella se apartó.

El gemido frustrado de Sean hizo eco en las paredes de la habitación.

—Te lo dije: la venganza de un dios puede ser temible —murmuró con una sonrisa perversa antes de besarle la punta de la nariz.

—¡Morrigan! —protestó él fuera de sí.

—Relájate, Cook. Obtendrás tu placer. Solo que he decidido hacer un poco más larga la espera en castigo por tu mentira. Cuando veas que no puedes aguantar más, siempre puedes ponerte a repasar la lista de la compra —agregó con mordacidad, era evidente que tampoco le había perdonado aquello—. Y, ahora, quédate quieto como un buen chico y disfruta del espectáculo —ronroneó la diosa mientras le guiñaba un ojo.

Morrigan se puso de pie delante de la cama y se quitó el vestido de forma lenta y sensual, subiéndolo por sus caderas como no le dejó hacer a él hasta deslizarlo más arriba y terminar sacándoselo por la cabeza. Y sí, el *bustier* estaba allí, modelando las curvas de su cuerpo tal y como lo recordaba. Constreñía sus senos alzándolos de una forma muy sugerente y se adaptaba a su estrecha cintura como una segunda piel hecha de encaje y pecado.

Cuatro cintas de raso colgaban de la parte inferior, dos por delante y dos por detrás, para sujetar las medias negras que le llegaban a medio muslo.

Con lentitud, la diosa subió un pie hasta el borde de la cama y desabrochó las presillas para liberar la media y deslizarla con cuidado hacia abajo hasta quitársela.

Después, repitió el movimiento con la otra pierna, sin apartar la mirada de él en ningún momento.

Nunca, ni aunque viviera mil años, podría ver algo tan sexi.

Se equivocó.

La diosa se acarició los pechos con las dos manos durante unos segundos antes de bajar la derecha por su vientre hasta colarse por debajo del pequeño triángulo de encaje que cubría su pubis y, para su total estupefacción, comenzó a acariciarse delante de él.

Solo una mujer a gusto con su cuerpo y orgullosa de su sensualidad podía actuar así ante un hombre. Y ella lo estaba en ambos casos.

Fue un gesto tan íntimo, implicaba tanta confianza, que se sintió más unido a ella que nunca.

Sean dejó de respirar cuando vio la expresión de gozo que nubló el rostro femenino y la forma en que se mordía el labio a medida que su mano se movía. Ni siquiera fue capaz de hablar. Solo podía observar cómo ella se conducía a sí misma al orgasmo.

Imaginó que era él el que acariciaba su clítoris con suavidad, el que metía los dedos en busca de la humedad que brotaba de ellas, y se excitó casi más que cuando ella lo tuvo en su boca.

Y, como hizo con él, se detuvo justo antes de alcanzar la cúspide.

—¿Por qué paras?

—Porque, en nuestra primera vez, quiero que lleguemos los dos juntos —susurró Morrigan mientras se deshacía de su tanga y trepaba sobre la cama.

Sean no tenía ninguna objeción al respecto. Mucho menos cuando ella se puso a horcajadas sobre sus caderas y comenzó a introducirlo en su cuerpo de una forma tan lenta que resultó enloquecedora, sobre todo, porque no rompió el contacto visual en ningún momento.

Sentir su humedad envolviéndolo, tan prieta y cálida, fue más de lo que pudo soportar y agitó las caderas desesperado, sin embargo, lo único que consiguió fue que ella se elevara hasta sacarlo de su interior.

—¡Shhhh! Lo disfrutaremos más si lo hacemos con lentitud —musitó Morrigan contra sus labios en un intento por apaciguarlo.

—Te recuerdo que solo soy un hombre, no un dios —gruñó Sean, frustrado—. Me pides cosas imposibles.

—Nunca te pediré nada que no tenga la seguridad de que puedes lograr, aunque tú pienses que no está a tu alcance —afirmó ella con más seriedad de la que esperaba, justo antes de volver a descender sobre su miembro—. Y, ahora, te voy a liberar —añadió de imprevisto—. En tus manos está someterme o confiar en mí para que te dé placer en esta ocasión.

Al instante, las manos de Sean quedaron libres de su invisible sujeción.

Su primer impulso fue coger a Morrigan, voltearla hasta ponerla con la espalda sobre la cama y penetrarla sin descanso hasta correrse. Someterla, sí, como llevaba semanas soñando con hacer.

Sin embargo, por alguna extraña razón, las palabras de ella calaron hondo en su mente y lo obligaron a permanecer donde estaba.

—Soy todo tuyo —susurro y no mentía, porque lo sentía así.

Su total entrega hizo brillar los ojos de la diosa de una forma especial. Buscó sus manos hasta enlazar los dedos con los de él y comenzó a moverse muy despacio sobre su cuerpo.

Sean perdió el contacto con el tiempo, envuelto en el hechizo sensual que ella creaba sobre él. En algún momento se incorporó con Morrigan todavía en su regazo, haciendo el abrazo más íntimo, el roce más intenso, pero ninguno aceleró el lento vaivén en el que se mecían.

Las sensaciones se intensificaron, cada pequeño movimiento multiplicaba el placer, cada leve roce los enloquecía de gozo. Y cuando por fin la diosa arqueó el cuello hacia atrás, soltando en un gemido su nombre, Sean enterró la cara entre sus senos y sucumbió al placer.

Después cayó de espaldas arrastrándola consigo, no dispuesto a romper el abrazo.

—¿Sabes que es la primera vez que dices mi nombre? —preguntó en un susurro quedo.

—¿Estás seguro?

—Completamente. —Buscó su mirada. Cobijada bajo su brazo, encajaba a la perfección con su cuerpo, como si hubiese sido hecha para él —. Tenías razón. Aunque casi me llevas a la muerte, ha sido increíble hacerlo de forma tan pausada.

—En cuanto te recuperes, invertimos los roles y te dejo a ti marcar el ritmo, ¿de acuerdo?

No necesitó más incentivo para que el cuerpo de Sean volviera a la acción y, un segundo después, la tenía de espaldas bajo él, mientras la risa ronca de Morrigan prendía fuego a su alma.

El sonido del despertador lo sacó del profundo sueño en el que cayó después de encontrar el placer de nuevo entre los brazos de Morrigan y lo detuvo con un gruñido, molesto porque eso significaba que tenían que ir a trabajar.

Por primera vez, no tuvo ganas de ir al restaurante. Lo único que le apetecía era continuar explorando la infinidad de maneras con las que enloquecer a Morrigan de gusto.

Sonrió de pura satisfacción masculina al recordar cómo consiguió que gritara su nombre de nuevo, una y otra vez.

Sumido en aquellos pensamientos, no era de extrañar que su miembro cobrase vida al instante. Alargó la mano en busca del cuerpo cálido de su compañera de cama, pero solo encontró un revoltijo de sábanas a su lado.

—¿Morrigan? —llamó.

Solo obtuvo silencio en respuesta.

Se incorporó en la cama con el ceño fruncido y entonces vio la nota. Y, sin abrirla, lo supo.

Morrigan se había ido.

Capítulo 20

El Gran Salón de Avalon era la sede de la reunión semanal que se realizaba entre los representantes de cada una de las tres razas que conformaban el Pacto de Tres, y aquella vez no era diferente. La finalidad era la de mantenerse al día en novedades o progresos por las tres partes.

En el centro del lugar se había instalado una gran mesa redonda con nueve sillones en total, tres para cada una de las razas. ¿Por qué esa cantidad y no otra? Pues porque el tres era el número sagrado en el universo celta, y a Dagda le gustaba utilizarlo muy a menudo hasta en las cosas más cotidianas.

Como anfitriones y en representación de los danianos estaban presentes Dagda, Lugh, que se había convertido en su mano derecha, y Alana.

Por parte de los fomorianos, participaban el rey Elatha, Diana y Taran.

Por último, el padre O'Malley, en su calidad de Guardian, acompañado por su fiel amigo Curtis, daban voz a los milesianos y protegían sus intereses, a la espera de que Sean O'Malley ocupara el sillón que quedaba vacío.

—¿Novedades? —inquirió Dagda a Elatha.

—Los rumores sobre un posible traidor entre nuestras filas sigue en aumento. Tengo a uno de mis generales investigando el tema —respondió

el rey.

—¿Alguna noticia sobre los avances de Balor?

—He conseguido infiltrar a uno de mis cuervos entre ellos. Me ha informado de que su ejército cuenta ya con más de mil hombres y sigue creciendo a diario.

—A este paso, nos triplicarán en número —señaló Taran.

—Y, además, si lo que dijo Yago es cierto, Idris tratará de clonar la daga de Findias que se llevó y, si lo consigue, irán bien armados —murmuró Alana, preocupada.

—Nosotros también tenemos dos armas mágicas —intervino Lugh—. Con mi Lanza de Assal soy imbatible, ya vencí a mi abuelo en una ocasión. Recordad que fui yo el que acabó con él —añadió con su habitual arrogancia—. En cuanto a la Espada del Sol, si Elatha hace uso de ella, no tendrá rival posible.

—La Espada del Sol solo puede ser empuñada por un daniano —indicó Dagda.

—Pues úsala tú —replicó Lugh—. Para eso rejuveneciste, ¿no? Para poder participar en la inminente guerra.

—Sí, pero, aun así, nuestra victoria no puede depender de dos armas mágicas —señaló Dagda recordando la predicción de las runas.

—Tal vez pudiésemos dialogar con Balor y persuadirle para que se acoja al Pacto de Tres —propuso el Guardian.

—El diálogo no funcionará con él —bufó Elatha, que lo conocía muy bien—. Está sediento de poder y es implacable. Recuerda que asesinó a dos de sus tres nietos solo porque Idris profetizó que uno de ellos lo derrotaría.

—Y hubiese acabado con su tercer nieto —terció Alana cabeceando hacia Lugh—, si no hubiese sido por la intervención de la druidesa Birog.

—Nuestra única opción es defendernos de su inminente ataque —concluyó Dagda. Tras lo cual, se dirigió al Guardián—. ¿Algún progreso con los milesianos?

—Me temo que no —murmuró el padre O’Malley con pesar—. Solo contamos con cien hombres, los demás se disgregaron tras la revuelta de

Muckross Abbey y no están dispuestos a regresar. Creo que yo soy el problema. No me ven ya como un líder fuerte.

—Has sido un gran líder, buen amigo —repuso Dagda de inmediato—, pero el tiempo nos pasa factura a todos y debemos dejar paso a la nueva generación.

—Esa es mi intención —convino el cura—. ¿Se sabe algo de mi sobrino Sean?

—Creo que pronto tendremos buenas noticias al respecto —anunció Dagda—. Tengo a una persona en el tema que nunca falla.

Morrigan hizo una mueca al oír aquello.

Llevaba unos minutos escuchando detrás de la puerta, no lo iba a negar, esperando el momento adecuado para hacer su entrada y, en vista del comentario de Dagda, no podía posponerlo más.

Abrió las puertas dobles de golpe y avanzó cinco pasos hasta detenerse al principio de la gran escalinata que daba al salón, asegurándose así la atención de todos los presentes.

¿Qué le iba a hacer? Le gustaban las entradas un tanto dramáticas.

Después, descendió las escaleras con porte regio y orgulloso hasta detenerse delante de la gran mesa.

—Morrigan, has venido en el momento oportuno —comentó Dagda con satisfacción—. Ya veo que una temporada en la superficie te ha sentado bien —añadió al verla.

El cumplido era innecesario. Sabía que tenía buen aspecto. Por fin volvía a vestir de cuero negro y había recuperado sus preciadas armas. Se sentía más ella que nunca y, al mismo tiempo, también del todo distinta.

—Veo que, en mi ausencia, tú también has mejorado bastante —señaló ella sin ocultar su sorpresa.

Tras años adoptando una apariencia senil como luto simbólico por su última historia de amor fallida, el jefe de los Tuatha dé Danann había recuperado su vigor y juventud, asumiendo el aspecto de guerrero que solía tener.

—He decidido dejar atrás el pasado y adaptarme a las circunstancias. Todos vamos a tener que hacer concesiones por el bien común si queremos

salir victoriosos —explicó Dagda con un encogimiento de hombros. Después, miró con expectación hacia las puertas por las que ella había entrado y demandó impaciente:

»¿Y bien? ¿Dónde está?

—No va a venir —anunció Morrigan despertando varios sonidos de asombro en algunos de los allí presentes y la curiosidad del resto. Que la diosa no consiguiese su cometido era algo inusual.

»Intenté convencerlo de todas las formas posibles, pero no lo logré —prosiguió diciendo.

—Ya os dije que mi sobrino era muy terco —intervino el padre O'Malley y en su rostro se podía leer el abatimiento que la noticia le había producido.

—No se hace a la idea de cuánto —gruñó la diosa.

—Más bien diría que muy cobarde —gruñó Taran en voz baja y dejó escapar un bufido despectivo.

En un abrir y cerrar de ojos, Morrigan lo levantó de la silla, lo empujó contra la mesa hasta que quedó medio tumbado de espaldas sobre ella y le plantó la punta de su daga en la nuez de su garganta.

—Sean O'Malley no es un cobarde y quien afirme lo contrario se las verá conmigo —siseó Morrigan, al tiempo que lo miraba con los ojos entrecerrados en una clara advertencia.

El general fomoriano no tardó en reaccionar y, con un movimiento contundente y veloz, desvió su mano para liberarse de la amenaza del acero mientras se erguía con agilidad de la mesa para enfrentarla.

Por unos segundos, se midieron con los ojos. Ella dispuesta a patearle el culo si osaba volver a abrir esa bocaza, y él… Bueno, él era un guerrero fomoriano. No necesitaba ningún tipo de excusa para participar en una pelea. Era una raza pendenciera que disfrutaba de ese tipo de contiendas «amistosas».

—Morrigan, para —ordenó Dagda.

—Taran, detente —tronó Elatha al mismo tiempo.

Taran y ella se sostuvieron la mirada en actitud de combate durante unos segundos más hasta que ella sonrió.

—Lo dejaremos para otro momento.

—Cuando tú quieras, preciosa —convino el general con la misma sonrisa feroz antes de volver a tomar asiento.

—Mientras no haya nadie que asuma el liderazgo de los milesianos, el Pacto de Tres es vulnerable —señaló Daga y los demás asintieron.

—Bueno, creo que tengo la solución para eso —afirmó Morrigan—. Lo he estado pensando y yo podría ponerme al mando, al menos hasta que aparezca un candidato mejor. Eso si los milesianos dan su conformidad, claro —añadió con diplomacia.

El padre O'Malley y Curtis discutieron la propuesta en voz baja durante un tiempo hasta llegar a un veredicto.

—Tal vez funcione —aceptó al fin el padre O'Malley—. Los milesianos sienten un gran respeto por los danianos, sobre todo por alguien de la talla de la diosa de la Muerte y de la Destrucción, cuyas habilidades mágicas y destreza como guerrera son legendarias.

Morrigan aceptó el cumplido con una inclinación de cabeza.

—Necesitaré ayuda con el entrenamiento de los milesianos. Por lo que he podido ver, aunque son hábiles en la magia, no están demasiado preparados para lidiar en una guerra.

—Eso tiene fácil solución —intervino Diana antes de pegarle un nada sutil codazo a su esposo.

Elatha la miró con una ceja arqueada a modo de pregunta, y ella cabeceó hacia el general fomoriano, que comenzó a mover la cabeza en una enfática negativa.

—Taran te ayudará encantado —afirmó el rey ignorando la negativa de su hombre.

—Encantadísimo —gruñó Taran.

—No gruñas tanto, gigantón —comentó Morrigan con petulancia—. Va a ser divertido.

—Sea pues —concluyó Dagda, aunque no parecía del todo convencido por el tema—. Morrigan liderará a los milesianos con la ayuda de Taran, al menos, hasta que aparezca un candidato más adecuado.

—No desesperéis —murmuró la diosa con una sonrisa enigmática—. Tengo la firme convicción de que el hombre que todos esperamos no tardará en llegar.

Capítulo 21

Desde un rincón discreto, medio oculta entre unos arbustos, Eli observaba a Taran de forma adusta.

No entendía nada.

Desde que lo conociera, el general fomoriano se había comportado de forma amable y protectora con ella, incluso se ofreció a enseñarle un par de trucos de defensa cuando ella le comentó que estaba empezando a entrenar con Morrigan. Sin embargo, desde hacía unas semanas, estaba evitándola.

Decía que en esos momentos estaba muy ocupado para perder el tiempo y que no podía seguir practicando con ella, sin embargo, Eli intuía que no era más que una excusa.

¿Qué había cambiado entre ellos?

Creía saber la respuesta: ella.

Todo fue a raíz de su cambio de aspecto.

Estaba cansada de que todos la vieran y la trataran como a una niña, por eso decidió sustituir el estilo de las mujeres danianas que había adoptado desde que llegara a Avalon, consistente en ropas vaporosas de colores pastel, por un *look* más atrevido y adulto. Y su inspiración para el cambio fue Morrigan.

Le encantaba su estilo agresivo, muy parecido al de los fomorianos, pero con un toque sexi, y decidió imitarlo. Por eso, un día se presentó ante Taran vestida con un top sin mangas estilo chaleco y unos pantalones, todo hecho de cuero negro tan fino y flexible que parecía una segunda piel.

Se dejó el cabello suelto en lugar de recogido en su trenza habitual y también decidió aplicarse un poco de brillo de labios.

Se sentía hermosa y sexi… Hasta que vio la expresión de censura en el rostro de Taran.

—Las niñas no deberían vestir así.

Aquello acabó de golpe con su entusiasmo.

—Y no lo hacen. Dentro de un par de meses cumpliré dieciocho años. Soy ya una adulta —espetó enfadada sin amilanarse por su ceño fruncido.

Ella intentó comportarse con normalidad, sin embargo, él estuvo tan tenso que la diversión que siempre sentía a su lado se transformó en incomodidad.

Aquel día fue el último que entrenaron juntos. Desde entonces, Taran solo le dirigía miradas contrariadas y evitaba cualquier contacto con ella.

Lo irónico de todo era que, si Eli se animó a hacer el cambio de aspecto, fue para llamar la atención del general fomoriano y, en cambio, solo había conseguido repelerlo.

Con todo, ella tenía la seguridad de que era «él».

Sus visiones eran claras: retazos del futuro en las que se sucedían un sinfín de imágenes de Taran en las que él le sonreía, la acariciaba, la besaba, la amaba…

En sueños, sentía lo que era estar entre sus brazos y el sabor de sus labios.

Eli sabía que estaban predestinados a estar juntos.

Taran, no.

Seguía viéndola como la niña que no era y no sabía cómo hacerle cambiar su apreciación de ella.

—Veo que continúas acosando a tu «solo amigo».

Aquella voz tan familiar le provocó un vuelco de alegría en el corazón.

—¡Morrigan! —exclamó entusiasmada al ver a la diosa a solo dos metros de distancia. En un impulso, corrió a abrazarla—. Te he echado de menos —susurró.

Sabía que Morrigan no era muy dada a los gestos de afecto ni a expresar sentimientos, por eso se sorprendió cuando le devolvió el abrazo con un fuerte apretón y la oyó decir con voz suave:

—¿Sabes? Creo que yo a ti también. —En cuanto se separaron, los ojos de Morrigan se deslizaron por su cuerpo, captando enseguida el cambio producido en ella—. ¡Vaya, vaya! ¿Qué tenemos aquí?

—¿Te gusta? —preguntó Eli esperanzada.

Aquella mujer se había convertido en su mejor amiga y la admiraba muchísimo, así que su opinión era muy relevante para la muchacha.

—Estás estupenda —aseguró Morrigan con una sonrisa de aprobación —. ¿Quién opina lo contrario? —añadió con una ceja arqueada.

Siempre le sorprendía la facilidad que tenía la diosa para detectar lo que la perturbaba.

—Bueno, a Alana y a Lugh no les entusiasma mucho mi nuevo aspecto. Dicen que se parece demasiado al tuyo —confesó con cautela para no ofenderla.

—En ese caso, tómatelo como un cumplido —señaló ella con una carcajada.

—Y Taran me dijo que las niñas no deberían vestir así —musitó y agachó la vista para que no viese el dolor en sus ojos al recordarlo.

La risa de Morrigan se apagó al instante, sustituida por una expresión pensativa.

—Así que eso te ha dicho el grandullón malhumorado, ¿eh? —comentó con suavidad. Después, puso la mano bajo su barbilla para alzarle el rostro—. Hace poco alguien me hizo notar que, cuando me sentía vulnerable, me ponía a la defensiva. Tal vez lo que Taran haga sea atacar.

—¿Eso qué significa?

—Que necesita tiempo.

—Parece que eso es lo único que puedo hacer, esperar —masculló frustrada—. Ya ni siquiera quiere entrenar conmigo.

—Algo que tiene fácil solución. Ven conmigo —añadió guiñándole un ojo.

Eli siguió a Morrigan hasta un grupo de milesianos con los que estaba hablando Taran. En cuanto la vio, frunció el ceño.

—¿Qué hace ella aquí?

—«Ella» tiene nombre —espetó Eli ofendida.

—Te dije que no podía perder el tiempo contigo —gruñó el fomoriano.

Que hablase como si la muchacha fuese una mosquita molesta la enfureció todavía más.

—Va a entrenar con nosotros a partir de ahora —anunció Morrigan, y Eli estuvo a punto de volverla a abrazar.

—Es una niña.

—No lo es —repuso Morrigan—. Tiene diecisiete años.

—Casi dieciocho —puntualizó ella.

—Demasiado joven —insistió Taran mientras cruzaba los brazos sobre su ancho pecho como para reforzar su oposición.

Morrigan paseó la mirada por el grupo al que el fomoriano estaba empezando a entrenar hasta detenerse en un muchacho que, aunque medía algo más de metro ochenta, tenía el rostro imberbe.

—¿Cuántos años tienes?

El chico miró de soslayo a Taran antes de responder con un graznido.

—Dieciséis, señora.

Morrigan miró al fomoriano con una ceja arqueada.

—Pero ¿tú lo has visto? Es alto y tiene buenos músculos —señaló Taran sin dejarse convencer—. Eli, en cambio, es demasiado menuda y frágil.

—No lo soy —protestó ella adoptando la misma postura que el fomoriano, con los brazos cruzados y el ceño fruncido.

—Por eso debe aprender a luchar —razonó Morrigan—. Porque, si algún día debe enfrentarse a alguien así, debe saber defenderse y atacar.

—Y no tendría ninguna posibilidad —insistió el fomoriano—. Le saca veinte centímetros de altura y casi dobla su peso.

«Eso no se puede discutir», pensó Eli con fastidio. Según Alana, tenía la complexión de su madre, una belleza etérea y delicada.

—Tú también a mí, y no tendría problemas en patearte el culo —afirmó la diosa con altivez.

—¿Es que acaso quieres continuar donde lo dejamos ayer? —inquirió el guerrero con voz suave.

—Creí que nunca me lo ibas a proponer —ronroneó Morrigan con una sonrisa feroz.

—Está bien —convino Taran con la misma satisfacción—. Lucharemos hasta que uno de los dos derrame la sangre del otro.

Eli abrió mucho los ojos, mirando a uno y a otro. Sabía que Morrigan era muy diestra en combate, pero Taran también. No quería que ninguno de los dos saliese herido por su culpa.

—Morrigan…

—Tranquila —susurró Morrigan percibiendo su inquietud—. Lo de la sangre es algo simbólico. Solo una gota. Un cortecito a lo sumo. No sufrirá.

Que tuviese tanta confianza en sí misma casi la hizo reír.

Casi.

—Si yo venzo —prosiguió diciendo Taran—, Eli no volverá a pisar el campo de entrenamiento.

—Y, si gano yo, la muchacha entrenará con nosotros a partir de ahora. Y tú te encargarás personalmente de ello —agregó desafiante.

Los ojos de Taran se clavaron en Eli por un segundo con una intensidad que la hizo contener el aliento. Parecía a punto de protestar por la imposición que había añadido Morrigan en el último momento.

Vio cómo el músculo de su mandíbula temblaba por la tensión.

Estuvo tanto tiempo en silencio que Eli pensó que se iba a negar, sin embargo, al final claudicó, tal vez porque pensaba que no podía perder.

Pero perdió.

Capítulo 22

Cuando Taran regresó al Castillo de la Niebla, su talante estaba tan oscuro como sus ojos. En cuanto traspasó las puertas, le hicieron saber que Elatha lo esperaba en la sala de la torre, donde el rey solía reunirse con sus generales.

Al entrar, ya estaban todos en sus respectivos sillones: Elatha presidía la mesa rectangular; Eadan se sentaba a su izquierda y los mellizos, Maon y Sionn, ocupaban los otros dos asientos, uno frente al otro.

En silencio, Taran se situó a la derecha del rey y esperó con paciencia a que Elatha comenzara a hablar. Sin embargo, no lo hizo. Lo miraba expectante. De hecho, todos lo hacían.

—¿Qué ocurre?

—¿No tienes nada que contarnos? —inquirió Elatha.

—No —gruñó.

—¿Cómo te has hecho esa herida? —preguntó Eadan cabeceando hacia su mano derecha, que lucía un pequeño corte de unos tres centímetros.

Su tono fue tan inocente que lo supo al instante.

«¡Mierda!», pensó cerrando los ojos, como si eso pudiese protegerlo de lo que venía a continuación.

—¡Por Domnu, te ha vencido una mujer!

La exclamación de Maon fue seguida por un coro de carcajadas.

Taran apretó los dientes.

—Os recuerdo que Morrigan no es una simple «mujer», es la diosa de la Muerte y de la Destrucción.

—¡Es un bombón! —Suspiró Sionn, que desde su pequeña incursión a Galicia quedó prendado de ella.

—Un bombón letal —masculló Taran—. Tenéis que ver cómo se maneja con las armas pequeñas. Sus movimientos son tan rápidos que es imposible verla venir.

Tal vez si su mente hubiese estado concentrada, hubiese tenido una oportunidad. Sin embargo, con Eli por allí cerca, estaba perdido. Aunque eso era una información que no estaba dispuesto a compartir con nadie.

¿Cómo reconocer que se sentía atraído por una maldita cría?

«Porque ya no es una cría y lo sabes —le recalcó una vocecita dentro de él—. Heather apenas era un par de años mayor que ella cuando la reclamaste como tuya».

Había estado ciego, en ese instante lo veía.

Cuando conoció a Eli, un año atrás, postrada en una silla de ruedas, sintió una extraña conexión con la joven. Tal vez porque le pareció tan dulce y frágil como lo fue su Heather y, en cierta forma, le recordaba a ella.

Lo curioso era que ella también parecía sentir esa conexión con él. En lugar de mostrarse amedrentada por su presencia —debía reconocer que los guerreros fomorianos podían resultar intimidantes—, Eli siempre sintió una abierta fascinación por él.

Al principio le resultó divertido, incluso se sentía halagado de que ella lo observase a hurtadillas cuando pensaba que él no se daba cuenta. Lo tomó como un enamoramiento juvenil.

Sin embargo, la joven se había desarrollado rápidamente en el último año hasta convertirse en una mujer muy atractiva: fuerte, vibrante, enérgica y osada. Llegó a pensar que, cuando la muchacha bebió del Caldero de Dagda, se transformó de alguna forma en una persona distinta.

Pero luego se dio cuenta de que, no era que la magia la hubiese cambiado, era que le había permitido mostrarse como era en realidad.

Y la realidad era que Eli ya no le recordaba a Heather en nada y, sin embargo, aquella extraña conexión permanecía allí, aderezada con una fuerte atracción que se mezclaba con su instinto de protección hacia ella.

No quería que nada la pudiese dañar, ni siquiera él, y por eso prefería mantenerla alejada. Y lo estaba consiguiendo hasta el regreso de Morrigan.

Maldita arpía entrometida.

Tendría que entrenar a la muchacha personalmente y, solo de pensarlo, le entraban sudores fríos.

—Bromas aparte, os he convocado porque tenemos una situación delicada entre manos —comentó Elatha reclamando su atención—. Los rumores sobre un posible traidor entre nuestras filas siguen en aumento.

—¿Y les das crédito? —preguntó Taran con cautela.

—Son solo rumores malintencionados —bufó Eadan.

—Nuestros hombres te son fieles —aseguró Maon, y Sionn gruñó en conformidad.

—Aun así, necesito que estéis alerta. Quiero que se extreme la seguridad en el castillo, más aún ahora que Diana está embarazada.

Los cuatro generales asintieron al unísono, aceptando la orden del rey sin rechistar.

—Podéis iros. Tú no, Taran —añadió cuando el general hizo ademán de levantarse como los demás—. Necesito hablar un momento contigo a solas. —Taran lo miró intrigado.

»El espía que tenemos infiltrado entre las filas de Balor me ha informado de que está buscando aliados entre los antiguos reyes fomorianos que sobrevivieron a la segunda batalla de Maige Tuired.

—No creo que consiga ninguno. Todos lo conocen y saben lo traicionero que es.

—Eso pensaba yo. Sin embargo, parece que ha convencido a uno para formar una alianza y así afianzar su mutuo poder. Se trata de Kylian —agregó con pesar.

Taran se puso rígido.

—¿Estás seguro?

—Sí. —El general asintió en silencio—. Entiendo que eso pueda suponer un conflicto de intereses para ti —empezó a decir Elatha—, así que comprenderé si…

—No hay ningún conflicto de intereses. Dejé de ser el príncipe Taran en el momento en el que te juré lealtad y me convertí en tu general. Tú eres mi único rey, y lucharé por ti hasta la muerte —aseguró Taran sin dudar.

—¿Aunque eso signifique combatir contra tu propio hermano?

—¿Estás dudando de mi lealtad? —preguntó envarado.

La respuesta de Elatha no se hizo esperar:

—Nunca.

Capítulo 23

Una semana después, Sean seguía sin aceptar la idea de que Morrigan ya no estuviese allí. Ni siquiera se despidió de él. Solo había dejado una nota impersonal con tres frases escuetas:

> Yo di el primer beso, así que yo fui la que rompió el trato.
>
> No estás obligado a regresar a Irlanda.
>
> Disfruta de tu libertad.

¿Y ya está?

¿Había puesto su vida del revés para después desaparecer sin mirar atrás?

La respuesta a eso parecía ser «sí» y lo que conllevaba era doloroso de asumir: él solo había sido un divertimento carente de la menor relevancia para ella.

Lo que no terminaba de comprender era por qué había actuado como lo hizo. ¿Por qué acabó besándolo ella cuando él lo iba a hacer? Lo único que logró con eso fue perder el juego que tanto se había esforzado por ganar.

No lo entendía.

Sean, que tanto rogó en un principio por verse libre de ella, la echaba de menos a cada minuto. Su costumbre de meditar al alba mientras él

pescaba, sus provocaciones constantes, sus charlas en el porche… La casa estaba tristemente silenciosa sin ella y, la soledad que antes ansiaba, en ese momento lo ahogaba.

En el restaurante, la situación no era mucho mejor, pues parecía que un velo de melancolía hubiese caído sobre todos tras su partida. El equipo la echaba de menos. Aunque su estancia con ellos fue breve, la diosa había dejado una huella profunda en todos.

Solo hacía falta fijarse en la seguridad en sí misma que tenía Briana o en las miradas acarameladas que sustituían las pullas jocosas de Rhonda y Pierre.

Según parecía, el francés estaba trabajando en recuperar la confianza de la mujer y, por la forma en que ella lo miraba, iba por buen camino.

Incluso el dicharachero Dylan se asemejaba a un cachorro tristón.

Sean se vio obligado a decirles que Morrigan había tenido que regresar a Irlanda por un imprevisto familiar y no sabía cuándo iba a regresar. Le creyeran o no, ninguno había indagado en el tema, pues intuían lo mucho que su partida afectaba al chef, aunque tratara de disimularlo.

Ya no estaba allí, sí, pero no era el fin del mundo. Todo lo contrario. Morrigan le puso en su nota que disfrutara de su libertad y eso pensaba hacer. Solo que todavía no había averiguado la forma de hacerlo.

Estaba enfrascado en cortar un salmón a filetes cuando el suave tarareo de una canción llegó hasta él. De repente, Briana comenzó a cantar:

Siúil, siúil, siúil a rún

Siúil go socair agus siúil go ciúin

Siúil go doras agus éalaigh liom

Is go dté tú mo mhúirnín slán

Al mismo tiempo, la voz de Morrigan se filtró en su mente como si lo llamase desde la lejanía:

Camina, camina, camina, mi amor

Camina en silencio y pacíficamente

Camina hacia la puerta y huye conmigo

Puedes caminar seguro, querido mío.

Estaba tan absorto que ni siquiera se dio cuenta de que se acababa de hacer un corte en la mano hasta que oyó a Rhonda gritar.

—¡Por Dios, Sean! Estás sangrando.

Solo entonces, se percató del dolor agudo que le hacía palpitar el vértice entre el índice y el pulgar.

Corrió a poner la mano debajo del grifo del agua. Enseguida comprobó que la herida no era grave, aunque sí sangraba bastante.

—No es nada que un par de puntos adhesivos no puedan arreglar —musitó ante la mirada preocupada de todos.

—Tal vez deberías ir a casa a descansar, *mon amí* —comentó el francés—. No tienes buen aspecto.

—Creo que Pierre tiene razón, parece que lleves días sin dormir —secundó Rhonda—. Esta noche el restaurante está tranquilo, nos podremos arreglar sin ti. Ve a casa y descansa.

El primer impulso de Sean fue negarse, pero ¿a quién quería engañar? Estaban en lo cierto. Se sentía anímicamente exhausto, como si Morrigan se hubiese llevado su vitalidad con ella. Así que terminó por ceder y se fue del restaurante.

Solo que antes de ir a casa, hizo una pequeña parada en el supermercado para comprar una botella de *whisky*, porque sabía que la única forma de que consiguiese dormir iba a ser anestesiando su mente con alcohol.

Llevaba dos tercios de la botella bebidos cuando empezó a alucinar. O eso, o acababa de materializarse en su porche un gigante albino con pinta de dios nórdico.

Como la figura lo observaba en silencio, Sean se acercó tambaleante para ponerle un dedo en el pecho y ver si era real o lo traspasaba como si fuese un holograma.

En cuanto le tocó, el dios le sujetó el dedo y se lo retorció con saña antes de apartarlo de sí.

—Pero ¿qué haces?

—No me gusta que me toquen sin mi permiso.

—Pues haberlo dicho antes de casi romperme el dedo. ¡Joder! —farfulló Sean, a su pesar impresionado por su fuerza.

»Tú eres el antiguo amor de Morrigan —acuso con voz pastosa, tratando de señalarle con el dedo herido sin mucho éxito, pues parecía que no paraba de moverse.

No se le ocurrió que era él el que se estaba tambaleando frente al dios.

—Soy Arawn, dios galés del Inframundo y señor de Annwn, la tierra del Más Allá. Y tú eres el cocinero milesiano del que, según ella, se ha encaprichado —agregó mientras lo inspeccionaba de arriba abajo.

—Eso te ha dicho, ¿eh? Pues sí, yo soy su último capricho —admitió con un deje de amargura—. Aunque, si la estás buscando aquí, pierdes el tiempo. Parece que se ha cansado de jugar conmigo y se ha ido.

—He venido porque sentía curiosidad por ver la clase de hombre que eras. No eres un guerrero —observó con cierto tono de menosprecio.

—No, no lo soy…, pero hago un suflé de primera —replicó Sean y dejó escapar una carcajada ebria.

—No entiendo cómo me pudo rechazar la otra noche por alguien como tú —masculló el dios del Inframundo y no disimuló su disgusto por ello.

Sus palabras se abrieron paso entre la neblina ebria de Sean para despejarla de golpe.

—¿Qué has dicho?

—Que no entiendo cómo me pudo rechazar la otra noche por alguien como tú.

Su mente abotargada trató de analizar aquella revelación. Recordó que le preguntó si se había acostado con su antiguo amante, y ella ignoró la pregunta, así que Sean terminó por deducir que sí.

—¿Quieres decir que no se acostó contigo la otra noche?

—No. Increíble, ¿verdad?

Sean hubiese reído ante aquel despliegue de ego si no estuviese tan concentrado en encontrar la pieza que se le escapaba.

—No termino de comprenderlo.

—Es fácil de entender. Debajo de ese aspecto de mujer libertina y amoral, se esconde un corazón absurdamente romántico y fiel.

—Morrigan no cree en la fidelidad en la pareja.

—Porque nunca ha conocido a un hombre que le haya sido fiel, no porque ella no lo sea. Es de esas pocas mujeres que aman de verdad.

Sean recordó la conversación que tuvieron sobre el tema. Por sus palabras, él dio por hecho que ella fue la infiel. La había insultado y, a pesar de ello, la diosa no le sacó de su error.

—Pero Morrigan no me ama. Yo solo soy un capricho para ella, ¿recuerdas?

—Al último hombre del que se encaprichó, lo amó durante casi quinientos años, y si dejó de hacerlo fue porque él fue demasiado arrogante y pensó que podía conservar su corazón sin entregarse por completo a ella —confesó el dios del Inframundo—. ¿Vas a cometer el mismo error que yo? ¿Vas a dejarla escapar?

Sean abrió mucho los ojos cuando las palabras del dios por fin tomaron significado en su mente.

¿Era posible que Morrigan le hubiese dejado libre porque sentía algo más profundo por él que el mero capricho?

Debía averiguarlo.

Ya.

Su cuerpo se puso en marcha antes que su mente y, al ir a entrar, acabó estrellándose contra la puerta que todavía no había abierto.

Arawn lo observó maldecir mientras se llevaba la mano a la nariz magullada y luego forcejeaba con el pomo hasta conseguir abrirse paso en el interior de la casa.

Era un ejemplar humano bastante patético, no comprendía cómo Morrigan podía haberse enamorado de él.

Sea como fuere, ya no le incumbía, pues su deuda con la diosa acababa de quedar saldada con aquella pequeña intervención.

Y así, el dios del Inframundo regresó a su reino.

Capítulo 24

Morrigan se estaba empezando a impacientar. Ya habían pasado casi dos semanas desde su «visita» a Gales y todavía no tenía noticias de Sean.

¿Se podía haber equivocado con él?

Lo dudaba.

Le había dado la oportunidad de ser libre, pero creía haberlo llegado a conocer lo suficientemente bien como para pensar que su libertad lo llevaría de regreso allí.

—¿Te puedo invitar a una copa?

La voz masculina la sacó de sus pensamientos. Ni siquiera se molestó en mirarle a la cara para ver si era atractivo o no. Daba igual. En cualquier caso, la respuesta iba a ser la misma.

—No.

En cuanto se fue, Morrigan pidió una copa de *whisky* al barman.

—¡Esto está a tope esta noche! —exclamó Eli apareciendo a su lado con el rostro lleno de entusiasmo.

Estaba sudorosa y jadeante después de haber estado bailando en la pista durante casi una hora, aunque se la veía feliz.

—Demasiada gente para mi gusto —gruñó Morrigan al mirar alrededor.

El Ghrian[10] seguía siendo el club de moda en Killarney, aunque hubiese cambiado de propietario. Después de la muerte del traidor de Mac Gréine en la revuelta de Muckross Abbey, Lugh se hizo cargo del local. Según decía, el nombre estaba hecho a su medida.

Aquel lugar era frecuentado de igual forma por danianos, fomorianos y milesianos, y se entremezclaban de forma disimulada con los *siadsan*, teniendo siempre presente la regla principal del Pacto de Tres: salvaguardar la magia en la superficie.

—El rubio que se te acercó hace un momento era muy guapo —comentó la muchacha en tono cómplice.

—No era mi tipo.

—Pero si ni siquiera le has dedicado una miradita —protestó Eli—. La finalidad de venir aquí era para divertirnos, ¿recuerdas? No para quedarnos en la barra con cara de pepinillo agrio.

—No tengo cara de pepinillo agrio, si es que los pepinillos agrios la tienen, cosa que dudo —señaló Morrigan en tono muy razonable—. Además, no te puedo perder ojo o tendré problemas con tu hermana. Si te ha dejado venir conmigo es porque le he asegurado que te devolvería a Avalon sana y salva. Por cierto, ¿quién es el chico con el que estabas bailando antes y que ahora te está haciendo señas para que vuelvas a la pista? Me resulta familiar.

—Es Drew, uno de los milesianos que entrenan con Taran.

Para organizar mejor el entrenamiento, Taran y ella habían decidido dividir en dos el grupo, aunque en muchos ejercicios participaban todos juntos.

—Pues parece que le gustas.

—Sí, es majo —reconoció Eli ruborizándose un poco.

—«Majo» es una palabra muy tibia para definir a alguien que te atrae. ¿Cómo dirías que es Taran?

—Majo te aseguro que no —bufó la muchacha. Después, la cogió de la mano y tiró de ella hacia la pista—. Venga, Morrigan, no seas muermo y

ven conmigo a bailar.

¿Muermo, ella? Aquello la ofendió.

Dispuesta a demostrarle que estaba muy lejos de serlo, Morrigan se metió con ella entre la marea de gente que saltaba en la pista al ritmo de una de las canciones de moda.

Por unos minutos se dejó llevar por la música y por el juvenil entusiasmo de Eli. Se movió junto a ella, ambas envueltas en la melodía de sus propias risas, ajenas a cuanto las rodeaba. Y, de pronto, algo cambió.

No supo definir qué, pero el aire se volvió espeso y los movimientos de los demás parecieron ralentizarse a su alrededor.

Giró sobre sí misma, buscando el origen de aquella extraña sensación y lo vio.

Sean O'Malley había regresado a casa.

Se quedó paralizada al verlo, embargada por una mezcla de emociones contradictorias que desbarataron su equilibrio interior: entusiasmo y cautela, ternura y lujuria, alboroto y calma, esperanza y abatimiento… Sus sentimientos eran tan confusos que lo supo con claridad: ese hombre no era un simple capricho.

El maldito *cocinerucho* se había colado en su corazón.

Lo vio acercarse decidido, con la mirada fija en ella, mientras se abría paso entre los cuerpos que se retorcían con la música. Pensó que se detendría un par de pasos antes para saludarla, incluso para hacerle algún reproche por irse sin decirle adiós. Pero Sean no se detuvo hasta tenerla entre sus brazos y no habló. Simplemente, cogió su rostro entre las manos y la besó.

Tomó su boca con una exigencia fruto de la necesidad. Respiró su aliento con fruición, como un hombre a punto de ahogarse que por fin encuentra un hálito de oxígeno con el que llenar sus pulmones.

Perdió el sentido del tiempo, el espacio y la realidad, dejándose llevar solo por las sensaciones hasta que Sean rompió el beso de repente, arrancándole un gemido de protesta. Seguidamente, la cogió de la mano para arrastrarla en busca de un lugar más íntimo y apartado del ruido. Lo encontraron en un pequeño rincón en uno de los recovecos del pasillo que

conducía a los baños. Después, sin mediar palabra, la arrinconó contra la pared y bebió de ella, sediento, mientras sus lenguas se buscaban con hambre y sus manos se exploraban con avaricia.

El chef dejó escapar un gruñido bronco cuando Morrigan atrapó su labio inferior entre los dientes y lo mordisqueó de forma provocativa.

—¿No puedes hacer algún truco para hacer que nos volvamos invisibles o para que desaparezca todo a nuestro alrededor?

Morrigan rio contra su boca.

—Pensé que estabas en contra de la magia.

—Esta es una situación desesperada. Me muero por estar dentro de ti —musitó él mientras apretaba las caderas contra las suyas para que sintiese lo excitado que estaba.

—¿Te sirve la intimidad de un pequeño almacén? —inquirió cabeceando hacia la puerta que tenían al lado.

No lo tuvo que decir dos veces. En un abrir y cerrar de ojos, Sean abrió la puerta y la guio hasta allí. Un segundo después, los dos atacaron la ropa del otro para derribar las barreras de la tela que se interponía entre ellos.

Ni siquiera encendieron la luz, demasiado ansiosos por sentirse. Se conformaron con la luz de emergencia que creaba un leve fulgor sobre sus cabezas.

No se anduvieron con preámbulos. Morrigan fue directa a por el pantalón de Sean y no se detuvo hasta tener su miembro desnudo entre las manos, tan duro y cálido como lo recordaba.

Aquello acabó con el último resquicio de cordura de Sean.

La giró con cierta brusquedad y la cogió por las caderas, levantándole la minúscula falda en el proceso.

—Espero que estés ya preparada para mí —gruñó con voz ronca.

—Llevo dos semanas más que preparada —aseguró Morrigan con un jadeo excitado.

Apoyó las manos en la puerta, abrió las piernas ligeramente guiada por las manos masculinas y alzó el trasero para recibir la primera acometida del hombre.

Sean no la hizo esperar y se adentró en ella con un envite profundo que la hizo ronronear de placer.

—¡Joder! ¿Cómo puede ser mejor de lo que recordaba? —musitó él a su espalda.

Salió de ella y volvió a entrar más profundo aún si cabe, haciendo vibrar el cuerpo de Morrigan. Y lo hizo una y otra vez, con las manos agarrando la carne de sus caderas con una necesidad tan cruda que era puro morbo.

No lo podía negar. La excitaba sobremanera que él la deseara de aquella forma tan intensa.

—Abre más las piernas —jadeó Sean en su oído.

Morrigan le concedió su deseo sin rechistar y, en recompensa, sintió los dedos del chef sobre su clítoris mientras él intensificaba la potencia de sus penetraciones. Y, cuando por fin le sobrevino el placer, gritó su nombre y clavó las uñas en la madera con tanta fuerza que dejó marcas en la superficie.

Sean la siguió un instante después, perdiéndose en su interior mientras gemía: «Mi diosa».

Después se giró y recuperó el aliento entre sus brazos.

—¿Cómo sabías que estaba aquí?

—Recordé que los dioses soléis frecuentar este lugar la noche de los sábados. Si no te encontraba aquí mi siguiente paso era golpear las puertas de Avalon hasta que alguien me abriera —declaró él con una sonrisa ladeada. ¡Por Danu, qué boca más sexi tenía! No se cansaba de besarla y así lo hizo de nuevo, aunque esta vez de forma más pausada, saboreándolo con deleite.

»Te fuiste sin despedirte —susurró él mientras bajaba por su cuello con un reguero de besos húmedos.

—No era necesaria una despedida.

—Porque sabías que iría tras de ti.

—Empezaba a tener dudas. Te has tomado tu tiempo para volver.

—Debía solucionar ciertos asuntos del restaurante antes de venir. —Pasó su pulgar por el labio inferior femenino en una caricia tierna—. Te echaba de menos, no te haces una idea de cuánto —susurró y pudo detectar la vulnerabilidad en su voz al decirlo.

—Yo también —admitió Morrigan con honestidad—. Puede que te haya cogido cariño después de todo.

El rostro de Sean se llenó de sorpresa ante su declaración, para después buscar en sus ojos, como si necesitase encontrar allí la confirmación de aquella declaración.

—Dime que no es otro de tus juegos para manipularme de alguna forma.

—Se acabaron los juegos contigo, Sean.

—No más juegos —convino él—. ¿En qué punto nos deja eso?

—Eso es lo que tendremos que averiguar ahora —respondió Morrigan, y él asintió, conforme, antes de volver a besarla.

Esta vez fue ella la que puso fin al beso antes de lo que le hubiese gustado.

—Será mejor que salgamos de aquí. Hoy estoy de canguro, tengo que cuidar de Eli —añadió mientras recomponía su aspecto.

—¿Y esa tal Eli no sabe cuidarse sola? —inquirió Sean con un mohín tristón mientras se abrochaba los pantalones.

—Por ahora, no.

Todavía intercambiaron un par de besos más antes de salir del almacén con las manos cogidas, entre risas y miradas cómplices, para después dirigirse a la zona de baile.

Morrigan se detuvo en el borde de la pista y buscó con la mirada. Por su altura, tenía una buena perspectiva de las personas que estaban allí y no le iba a ser difícil localizar a la chica. Sin embargo, no lo logró. Y la razón era muy sencilla.

Eli no estaba allí.

Capítulo 25

Eli se dejó arrastrar por Drew hacia la salida del Ghrian mientras los dos reían como dos niños en medio de una travesura. No se detuvieron cuando alcanzaron el exterior y acabaron girando la esquina para meterse en el callejón que daba al lateral del local. Solo entonces se pararon, jadeantes.

—¿Qué se supone que estamos haciendo?

—Dar esquinazo a tu guardaespaldas —respondió el chico con un guiño travieso.

Drew le caía bien. Tenía diecinueve años y estudiaba Informática en la Universidad de Cork. Era un poco friki, aunque muy divertido.

—Morrigan es mi amiga, no mi guardaespaldas —protestó ella.

—Pues actúa como tal.

—¿Y por qué quieres darle esquinazo?

—Para poder hablar contigo con normalidad un rato sin sentirme aterrado por hacer algo indebido.

—¿Aterrado?

—Morrigan me aterra incluso más que Taran, que ya es decir —reconoció Drew con una mueca—. Y los dos no te quitan nunca el ojo de encima.

—Pero si Taran me ignora la mayor parte del tiempo —repuso Eli con un bufido tratando de disimular lo mucho que la fastidiaba que la ningunease de aquella manera.

—Eso es lo que tú crees. ¿Te acuerdas cuando Travis estuvo hablando contigo después del entrenamiento hace un par de días? —Ella asintió. Travis era uno de los milesianos que entrenaban con ellos.

»Pues luego Taran le estuvo acribillando a preguntas sobre sus intenciones hacia ti y, cuando Travis le comentó que estaba pensando en pedirte una cita, le sugirió que se olvidara del tema. Y como «sugerir» quiero decir que le dijo que le cortaría las pelotas si te ponía un solo dedo encima.

Eli abrió los ojos como platos, estupefacta ante aquella revelación.

¿Por qué Taran haría algo así?

La primera opción que cruzó su mente la enfadó: la consideraba una cría y actuaba como un hermano mayor.

Pero, entonces, una vocecita dentro de ella dio voz a una opción completamente diferente: «Celos».

Mentiría si su corazón no hubiese dado un vuelco o, mejor dicho, un triple salto mortal hacia atrás, solo de pensar en aquella opción y sus posibles connotaciones, pues si existían celos era señal de que existía algo más detrás.

—No puedo creer que Taran hiciese algo así.

—Pues créelo. No es que lo sienta por Travis, siempre he pensado que es un poco capullo, pero el rumor se ha corrido entre el grupo y ahora los chicos tienen miedo a acercarse a ti.

—¿Y tú no tienes miedo? —preguntó Eli por curiosidad más que por coquetería.

Él la miró durante unos segundos hasta que su expresión se puso seria.

—Llámame romántico, pero creo que el riesgo vale la pena solo por un beso tuyo —añadió en un murmullo ronco mientras se acercaba a ella hasta tenerla de espaldas a la pared.

—Yo te llamaría más bien suicida —gruñó una voz por detrás de ellos.

Ambos se giraron al unísono, sobresaltados, solo para encontrarse con el rostro ceñudo de Taran.

—¿Qué estás haciendo aquí? —preguntó Eli tan sorprendida como enfadada por su inesperada intromisión.

—La cuestión es qué iba a hacer él aquí contigo —replicó Taran con voz tan calma que le provocó un escalofrío, a pesar de que el general fomoriano dirigía toda su fuerza visual en Drew.

—Nosotros…, bueno…, yo… —balbuceó el muchacho, pálido, incapaz de dar una excusa coherente.

—Lo que hagamos Drew y yo no es asunto tuyo —atajó Eli con el ceño fruncido—. No tienes ningún derecho a presentarte así, sin más, y pedir explicaciones. No eres mi padre ni mi hermano ni mi novio. Ni siquiera tengo claro que seas mi amigo —concluyó con disgusto.

Se aplaudió mentalmente, orgullosa de su pequeño discurso. Sin embargo, la única reacción visible que obtuvo de Taran fue que entrecerró los ojos al mirarla.

—Será mejor que entremos ya —intervino Drew en un arranque de valentía, intentando poner fin a aquella situación tan incómoda.

—Ve tú. Tengo que hablar un momento con Eli —instó Taran sin apartar la mirada de ella.

Drew tuvo el coraje de mirarla de forma interrogante, no dispuesto a dejarla sola con él si ella no quería. Y no se fue hasta que Eli le indicó con un gesto que estaba todo bien.

En cuanto se fue, Eli se encaró a Taran.

—¿Es cierto lo que me ha dicho Drew? ¿Amenazaste a Travis porque me iba a pedir una cita?

—Le amenacé porque le escuché apostar con uno de sus amigos a que eras virgen y que iba a ser él el que te enseñase lo que era un hombre —expuso de forma directa—. Y tuvo suerte de que solo lo amenazase.

Toda la belicosidad de Eli se esfumó.

Eso echaba por tierra la teoría de los celos y reforzaba la opción de que el general fomoriano solo actuó así para protegerla como lo haría un hermano mayor.

—Está bien, échame el sermón y acabemos de una vez —soltó Eli impaciente por alejarse de él.

—¿Echarte el sermón?

—¿No es lo que pretendes? Y, ya puestos, ¿cómo sabías que estaba aquí?

—Soy un cuervo. Mi deber es vigilar lo que ocurre en la superficie.

—¿Y me vigilabas a mí?

—Este callejón es peligroso, ¿sabes? Hace unos años tuve que rescatar a… una chica, no mucho mayor que tú, de dos cretinos que intentaron abusar de ella.

La forma en que vaciló al decir «una chica» le indicó que no había sido una chica cualquiera.

—¿Esa chica era Heather?

El abatimiento que nubló sus ojos por un segundo fue respuesta suficiente, aunque él asintió de todas formas.

—Me importas y no quiero que a ti te ocurra nada malo como a ella.

El corazón de Eli dio un vuelco ante aquella declaración.

«Ay, Taran. No me extraña que te quiera tanto».

Vio que el fomoriano se ponía rígido de pronto.

—¡Oh, Dios mío! ¿Lo he dicho en voz alta? —inquirió Eli con voz aguda y los ojos desorbitados mientras se tapaba la boca con las manos.

Deseó poder tener el poder de desaparecer o, en su defecto, que se la tragara la tierra allí mismo. En cambio, nada sucedió. Le tocaba afrontar aquella incómoda situación y enfrentar a Taran, pero fue incapaz y bajó la mirada, avergonzada y con los ojos a punto de desbordarse por las lágrimas acumuladas.

Entonces, sintió que Taran ponía los dedos en su barbilla para alzar el rostro hacia él de una forma muy dulce y, al mirarlo, se encontró con la más tierna de las sonrisas.

—Mi pequeña Eli, tu corazón late con la ilusión y la emoción de la juventud. Lo que sientes es un enamoramiento pasajero.

No podía estar más equivocado, sin embargo, no se lo dijo. En su lugar, preguntó:

—¿Y tu corazón, Taran?

—Mi corazón dejó de latir el día en que murió Heather —dijo sin más.

Quiso protestar.

Quiso jurar y perjurar que, si la dejaba, ella podía conseguir que su corazón volviese a latir.

Quiso asegurarle que ella le iba a hacer muy feliz.

Pero entonces recordó las palabras de Morrigan: «Necesita tiempo». Y calló.

—Mira, Eli, sé que no soy tu padre ni tu hermano, y no estoy en condiciones de ser tu novio. Pero sí me gustaría que fuésemos amigos.

¿Amigos?

Una imagen invadió su mente tan vívida que parecía real.

Ella estaba en su rincón preferido del jardín de Avalon, una glorieta de cristal junto a un pequeño prado, surcado por un río, en el que solían pastar varios unicornios alados. Entonces, unos brazos fuertes y familiares la rodearon desde atrás y una voz cargada de anhelo y amor le susurró en el oído: «*Mo mhuirnín*».

Mi dulce amor.

No le hacía falta girarse para saber que era Taran. No podía ser otro. Era él, se lo decía cada partícula de su ser. Igual que sabía que aquella imagen que acababa de invadir su mente era una visión del futuro.

De su futuro juntos.

Y en aquel momento tomó una decisión.

—Está bien, seremos amigos —aceptó Eli y le tendió la mano en señal de tregua. Esperó a que Taran se la apretara con solemnidad antes de agregar—: Aunque solo por ahora.

Vio que el fomoriano abría la boca, seguramente para protestar, pero Morrigan apareció justo en ese momento.

—Eleonora Quiroga —rugió, y Eli hizo una mueca, pues solo la llamaba con su nombre completo cuando estaba muy enfadada—. ¿Se puede saber por qué has salido del Ghrian? ¿Y tú qué haces aquí? —agregó en el mismo tono al descubrir a Taran.

—Pues hacer tu trabajo —masculló el fomoriano—. Se suponía que debías cuidarla.

—Y lo estaba haciendo.

—Pues no lo estás haciendo demasiado bien, porque…

Eli dejó de prestarle atención al descubrir al hombre alto que acompañaba a Morrigan.

¿Quién sería? Fue testigo del beso que intercambiaron en la pista de baile y hasta ella se había sonrojado ante su fogosidad.

Se acercó a él guiada por la curiosidad, mientras Taran y Morrigan pasaban a echarse en cara quién la sobreprotegía más.

—No te preocupes, siempre están igual —comentó al ver que el desconocido miraba con cierta inquietud a la pareja, cuya discusión iba en aumento—. Se comportan como dos padres divorciados que discuten por la custodia de su hija, cosa que no soy de ninguno de los dos, pero todavía piensan que soy una cría y que necesito niñera —bufó con disgusto—. Por cierto, soy Eli —añadió dedicándole una sonrisa amistosa mientras le tendía la mano.

—Sean O’Malley —correspondió él.

El nombre le sonaba de algo, pero no fue hasta ver que Taran se callaba de repente y lo miraba con el rostro demudado cuando cayó en la cuenta de quién era.

El hermano de Heather.

Capítulo 26

La decisión de Sean de regresar a Irlanda no había sido tomada a la ligera.

Sabía que, en cuanto pusiera los pies en aquella isla, pensarían que estaba listo para ocupar su lugar como el Guardián. Y no lo estaba en absoluto.

También era consciente de que iba a ser presionado por todos y estaba preparado para ello. Para enfrentarse a Morrigan, a tío Jack y al mismísimo Dagda. Sin embargo, en lo que no cayó fue en que también iba a encontrárselo a él, y mucho menos el primer día.

Taran.

El fomoriano al que su hermana Heather amó.

El fomoriano que la dejó embarazada.

Y, en cierta forma, el que originó su muerte, aunque no la hubiese matado con sus propias manos.

Supo quién era por la forma en que lo miró: una mezcla de culpa y condena. La misma ambigüedad que le embargaba a él cuando lo miraba. Y, por encima de todo, dolor. Tanto que ninguno pudo aguantar la mirada del otro por más tiempo.

El general fomoriano soltó un escueto «adiós» y se desvaneció en la noche acompañado por un aleteo de plumas negras.

Por un momento, Sean deseó hacer lo mismo y esfumarse de allí, regresar a Gales. Sin embargo, al sentir cómo Morrigan le cogía de la mano y se la apretaba con fuerza, se quedó anclado a su cercanía.

—Ven con nosotras a Avalon. Dagda te está esperando.

—¿No es demasiado tarde? —preguntó al ver la hora que era.

—Dagda no duerme demasiado y, últimamente, menos aún —respondió Morrigan.

La diosa no le dio tiempo a pensar en otra excusa para retrasar el indeseado encuentro.

Sean creció escuchando historias sobre Tir na n'Og y, en concreto, sobre Avalon. Su tío, al ser el Guardián, lo había visitado en numerosas ocasiones. De pequeño, se acostaba escuchando muchas leyendas sobre la morada de los dioses danianos: un castillo que relucía con luz propia sobre un paisaje de ensueño, construido con plata extraída de las profundidades de Sliabh Cimeálta, el pico más alto de la cordillera Silvermines, y esculpido con magia por el mismísimo Dagda. Sin embargo, descubrió que su imaginación si quiera se acercaba a hacerle justicia.

Observó todo fascinado mientras seguía a Morrigan por los amplios pasillos del lugar y solo volvió en sí cuando escuchó la risa jocosa de Morrigan ante su embeleso.

—Tienes la misma cara que puso Eli la primera vez que estuvo aquí.

—¿Me estás comparando con una niña? —inquirió, aunque no pudo ofenderse porque en verdad se sentía como un niño que visita Disney World la primera vez.

—Por Danu, menos mal que ya se ha ido. Si Eli llega a oírte llamarla «niña» te aseguro que te pasaría a su lista negra.

Sean miró a su alrededor. Estaba tan ensimismado que no se había percatado de la ausencia de la chica.

Finalmente, se detuvieron ante unas enormes puertas dobles que parecían de cristal.

—No dejes que el viejo te intimide —susurró Morrigan.

Le guiñó un ojo de esa forma tan suya y, acto seguido, abrió las puertas con ímpetu y se adentró en la habitación.

Sean la siguió con cautela hasta una inmensa biblioteca con techos tan altos que se perdían a la vista. Sus paredes estaban completamente cubiertas por estanterías que se elevaban sin un final aparente, que a su vez rebosaban de infinidad de libros, cuyos lomos se apiñaban en una plétora de colores y formas.

En el centro, un gigante pelirrojo estaba inclinado sobre un enorme escritorio de madera mientras escribía con diligencia en un libro.

Ante la inesperada interrupción, levantó la cabeza de golpe y miró a Morrigan con disgusto.

—Mujer, ¡te he dicho mil veces que llames antes de…! —La voz atronadora se cortó de repente cuando sus ojos se posaron en él.

»Vaya, vaya, Sean O'Malley —musitó al tiempo que lo miraba de arriba abajo, para luego dirigirse a la diosa—. Estaba empezando a pensar que habías perdido tu toque.

—Y yo —reconoció Morrigan con un mohín—. Será mejor que os deje a solas —agregó antes de darle un beso rápido y desaparecer.

Los ojos de Dagda brillaron de interés al presenciar el gesto cariñoso de la diosa.

La verdad era que el Buen Dios, como se le solía llamar, era toda una sorpresa. Las descripciones del tío Jack le hicieron conjurar la imagen de un anciano parecido al personaje de Gandalf en *El señor de los anillos*. Sin embargo, ante él se presentaba un guerrero pelirrojo de aspecto feroz, mucho más joven de lo que cabría esperar en el líder de los Tuatha dé Danann.

—Así que le gustas a Morrigan —observó Dagda y, por su expresión, Sean no supo interpretar si aquello lo complacía o no—. Eso dice mucho de ti. Morrigan es muy selectiva con su afecto. ¿Y qué sientes tú por ella? —inquirió con una mirada penetrante.

—Yo…

Sean dudó. Dagda había sido su amante, no sabía hasta qué punto era seguro confesarle sus sentimientos hacia ella.

—Es una mujer difícil de amar —afirmó el dios ante su vacilación—. Tal vez por su tendencia a la violencia.

—No es violenta, es apasionada.

—Tampoco ayuda que sea tan desagradable —observó Dagda ignorando su protesta.

—No es desagradable, es honesta.

—Y le convendría parecer más amable con las personas —prosiguió el dios como si no lo hubiese oído.

—No tiene que simular que es amable. Lo es cuando quiere.

—Demasiados defectos para una diosa —concluyó Dagda con un chasquido de la lengua en señal de desaprobación.

—Morrigan es perfecta tal y como es —aseguró Sean, con el cuerpo tenso por el disgusto de que él hablase así de ella.

Para su consternación, el dios comenzó a sonreír de forma lenta.

—Bien, bien, bien. Tus afirmaciones contestan a mi pregunta sobre lo que sientes por ella.

Sean tardó un segundo en darse cuenta de que acababa de ser manipulado por Dagda, pues, al salir en defensa de Morrigan, había demostrado sus sentimientos hacia ella.

Al instante, se puso a la defensiva.

—Terminemos de una vez con los rodeos y vayamos directos al grano: no quiero ser el Guardián. ¿Cómo puedo librarme de este tatuaje? —preguntó mostrándole su antebrazo.

—Supongo que tu tío te explicó en su momento cómo funcionaban las cosas. La diosa Danu ve lo que nosotros no alcanzamos ni a imaginar y te puedo asegurar que, si ha puesto esa marca en ti, es porque ha mirado en tu interior y te ha encontrado merecedor de ella, aunque tú no lo creas.

—Pero yo…

—¿Te ha contado Morrigan la historia de cómo Danu la eligió para ser la diosa de la Muerte y de la Destrucción? —Sean negó con la cabeza.

»Verás, era muy joven y acababa de pasar por una experiencia muy desagradable.

—Su secuestro.

—¿Te ha hablado de ello? —preguntó Dagda impresionado. Al ver que Sean asentía con cautela musitó casi para sí—: Eso sí que es muy interesante. En fin, como puedes imaginar, la experiencia la dejó muy marcada; se sentía rota por dentro y muy vulnerable porque, por primera vez, tenía miedo y pensaba que eso la hacía débil. Cuando Danu le concedió el honor de ser la diosa de la Muerte y de la Destrucción, uno de los títulos más difíciles de sobrellevar… Nadie pensó que estuviese a la altura, ni siquiera la misma Morrigan.

—¿Y qué ocurrió?

—Que yo mantuve mi fe en ella y la ayudé a exteriorizar la fuerza que Danu había visto en su interior. No fue fácil, créeme. Ya la conoces, puede llegar a ser bastante cabezota. —«No más que yo», pensó Sean con un suspiro.

»No sé qué pasó entre vosotros en Gales, pero, cuando Morrigan regresó, se ofreció a ocupar tu lugar y ponerse al mando de los milesianos, y créeme que no es algo que tuviese ganas de hacer. Creo que tenía la seguridad de que tú no tardarías en regresar. —Dagda se acercó a él y le puso una mano pesada sobre el hombro—. Ella cree en ti y, a veces, es suficiente que una sola persona lo haga para que tu mundo cambie por completo. La cuestión es… ¿permitirás el cambio?

Saber que Morrigan hizo eso lo llenó de una dulce calidez y también creó un montón de dudas en su interior. ¿Estaría a la altura? ¿Defraudaría a todos? Pero, por encima de todo, ¿podría volver a dejar entrar la magia en su vida sabiendo los riesgos que conllevaba?

Si daba aquel paso, su vida cambiaría para siempre. Dejaría de ser el chef Sean O’Malley para convertirse en el Guardian y ser el líder de todos los milesianos. Las responsabilidades no lo amedrentaban, sin embargo…

—Tengo que pensarlo —respondió todavía renuente.

—¿Qué es lo que te impide dar el paso?

—La magia —reconoció con un murmullo—. No sé si estoy preparado para dejarla entrar en mi vida.

—Estás enamorado de Morrigan. Lo quieras o no, ya has permitido que la magia entre en tu corazón. Es cuestión de tiempo que esté presente

en cada aspecto de tu vida. A no ser, claro está, que renuncies a tus sentimientos hacia Morrigan y vuelvas a Gales.

¿Renunciar a Morrigan?

Eso era lo único que tenía claro que no quería hacer.

Capítulo 27

La Catedral de Saint Mary era un hermoso ejemplo de la arquitectura neogótica de mediados del siglo XIX y se erguía orgullosa sobre una enorme extensión de césped, creando un bonito contraste de colores entre el vívido verde de la hierba y el gris de la piedra con la que estaba construida.

Una frondosa sequoia gigante se alzaba junto a ella, como un callado guardián de sus secretos.

Cuando era pequeño, Sean jugaba con sus hermanos alrededor del grueso tronco, correteando para perseguir a Stephen y a Heather, y sus risas se elevaban con el viento más allá de las ramas del árbol.

En aquel momento, justo después del amanecer, todo estaba sumido en el silencio. Era muy temprano, sin embargo, Sean sabía que tío Jack ya estaría en la sacristía, y no se equivocó.

Se asomó a la puerta entreabierta y observó al hombre que siempre actuó como un padre para él. Sintió una dolorosa opresión en el pecho al ver la figura frágil del anciano. Estaba más delgado y su enérgica vitalidad se había convertido en una apagada tristeza.

Los años y el estrés de sus responsabilidades le habían pasado factura, pero aquel último año había sido demoledor para él. Perder a sus tres sobrinos no fue fácil, sobre todo dadas las circunstancias:

Heather fue una víctima del odio.

Stephen le traicionó de la forma más absoluta.

Y en cuanto a Sean… Él lo abandonó sin mirar atrás.

El anciano debió de intuir una presencia a su espalda porque se giró de repente y adoptó una pose de defensa con las manos una sobre otra, dispuesto a crear una bola de energía si se veía amenazado. Sin embargo, al ver a Sean, la tensión de su cuerpo se evaporó con un jadeo quedo.

Durante unos segundos, el cura lo miró en silencio y con los ojos dilatados por el asombro, como si no tuviese claro si era real o fruto de su imaginación.

—Hola, tío Jack —susurró Sean al fin.

Esperaba algún gesto de reproche, pues se había ido sin despedirse más que por una simple nota y no le contó su destino porque, por aquel entonces, ni él mismo sabía dónde quería ir, tan solo que quería escapar. Tampoco se había puesto en contacto con él en todo ese tiempo para hacerle saber que estaba bien ni por interesarse por su salud, y no porque no le interesara, sino porque tenía miedo de que el anciano dijera algo que lo obligase a volver.

Con todo, cuando tío Jack por fin reaccionó, no leyó en su expresión ni un atisbo de censura, tan solo una profunda alegría que hizo brotar las lágrimas en sus ojos cansados. Sin mediar palabra, el cura se acercó y lo abrazó con toda la fuerza de la que era capaz, que no era demasiada.

—El hijo pródigo ha vuelto a casa —musitó Sean y, para su sorpresa, comenzó a llorar en los brazos del anciano.

Lágrimas de vergüenza y de culpa por haber dado la espalda a la única familia que le quedaba y por haber sido tan egoísta de no querer ver lo mucho que tío Jack lo había necesitado en ese tiempo.

Tal vez por eso no quería regresar a Irlanda, porque sabía que, una vez lo hiciera, no podría volver a escapar.

—Siento mucho todo.

—No tienes nada que sentir, Sean. Lo comprendo. ¿Acaso crees que yo quería la responsabilidad de ser el Guardián? Mírame, soy cura. Estuve un mes entero borracho como una cuba cuando descubrí el tatuaje —reveló tío Jack—. Es un orgullo, pero también una condena, y, a pesar de

todo, conseguí compaginar la vida que yo quería con la que me fue impuesta.

—Sigo pensando que puede haber alguien mejor que yo para ocupar el lugar. Después de lo que le hice a mi padre…

—Solo protegías a Heather.

—Pero no la pude proteger cuando más me necesitó.

—Todos vamos a arrastrar esa culpa —musitó el anciano con pesar—. No paro de preguntarme qué hice mal. Yo crie a Stephen. ¿Cómo no me di cuenta de la clase de hombre que era? ¿Del odio que lo pudría por dentro? No paro de pensar en que tal vez se me escapó alguna señal, que tendría que haber intuido la rabia que lo había corrompido durante años. ¿Y sabes lo que es peor? Que no es la primera vez que me ocurre. Con tu padre también me pasó. Nunca imaginé que, pese a los rumores que corrían sobre el nacimiento de Heather, Kevin pudiese reaccionar de una manera tan violenta.

Aquel tema siempre fue tabú para ellos, y Sean por fin se atrevió a preguntar:

—Los rumores eran ciertos, ¿verdad? Heather era hija de un fomoriano.

El anciano bajó los ojos al suelo.

—Supongo que ya no hay razón para que no sepas la verdad. Tu padre estaba loco por tener una hija. Ya os tenía a Stephen y a ti, pero quería una niñita a la que mimar. Cuando por fin tu madre se quedó embarazada… fue una gran alegría para la familia, más aún cuando supieron que iba a ser la niña que ansiaban.

»Tu madre vino un día al confesionario, cuando solo faltaban un par de meses para el nacimiento de Heather —prosiguió relatando el cura—. Para mi sorpresa, estalló en llanto y me dijo que creía que la niña no era de Kevin. Al parecer, tuvo un romance con un fomoriano, aunque me aseguró que había terminado su relación con él una semana antes de enterarse de que estaba embarazada, porque sabía que, si no lo hacía, os podía perder a Stephen y a ti.

—¿Te dijo el nombre del fomoriano?

—No, y tampoco se lo pregunté. Solo recé para que la niña fuese de Kevin.

—Pero no era suya.

—No, en cuanto vi sus ojos negros supe que esa niña era mitad fomoriana. Y no fui el único que lo vio. Los rumores empezaron a extenderse, y tu padre trató de acallarlos con alcohol. Intenté hablar con él, pero no quiso escucharme. Tal vez debí insistir. Tal vez…

—Dar vueltas a algo que ya no se puede cambiar es perder el tiempo.

—Exacto. Por eso ya no tiene sentido que sigamos pensando en lo que podríamos haber hecho por salvar a Heather. Lo que debemos hacer es tratar de que algo así no pueda volver a suceder jamás.

Sean asintió en silencio.

Con un suspiro, se alzó la manga y estudió la marca que recorría su antebrazo. Debía tomar una decisión ya, no podía posponerlo más.

Y solo existía una decisión posible para él en aquel momento.

Como si el tatuaje hubiese intuido su aceptación, la serpiente dorada comenzó a brillar con más intensidad.

—¿Estás seguro de que quieres esto? —preguntó el anciano al verlo, interpretando la señal.

—No —reconoció Sean con sinceridad—. Pero ahora comprendo que hay cosas en la vida que nos son impuestas y que no podemos cambiar. Lo importante es que seamos capaces de hacer algo constructivo con ellas y no que nos destruyamos en un intento por ignorarlas.

—Esa es la sabiduría que se espera del Guardián —aprobó tío Jack con orgullo.

Unas horas después, frente a un centenar de milesianos, se llevó a cabo la ceremonia del relevo.

Con los antebrazos entrelazados, tatuaje contra tatuaje, Sean hizo las promesas que le cambiarían la vida para siempre.

—Que la vejez abra el camino a la juventud y que un espíritu debilitado ceda el paso a la fortaleza —susurró tío Jack con voz solemne

—. Sean O’Malley, ¿estás dispuesto a abrazar tu destino y a convertirte en el nuevo Guardián?

—Sí, estoy dispuesto —afirmó Sean con voz firme.

—¿Aceptas honrar el símbolo sagrado del *wuivre* y defender el Pacto de Tres hasta la muerte?

—Sí, acepto —respondió sin dudar.

En cuanto lo hizo, la serpiente dorada de su tatuaje cobró vida y se enroscó por su brazo extendiéndose hasta su hombro en un nuevo dibujo que se quedó grabado al instante sobre su piel.

Al instante, su energía vibró en su interior, implosionando en su cuerpo con tanta intensidad que se le erizó el vello de la piel.

—Sea pues y que la diosa Danu guíe tus pasos a partir de este momento.

—¿Qué va a pasar ahora? —preguntó Sean cuando todo terminó.

—Que te tienes que reconciliar con la magia y, para ello, te va a tocar entrenar duro hasta convertirte en el poderoso druida que estás destinado a ser.

—¿Me vas a entrenar tú?

—Yo estoy demasiado viejo para eso.

—Entonces, ¿quién lo hará?

Capítulo 28

Morrigan miró a Sean con perverso regocijo.

—Mi campo de entrenamiento, mis normas. Aceptarás mis órdenes sin rechistar o te convertiré en sapo. ¿Crees que un simple chef como tú podrá obedecer a una gran diosa?

—Te morías por devolvérmela, ¿verdad? —gruñó Sean.

—Ni te lo imaginas, Cook.

—Ahora que soy el Guardián, deberías mostrarme un poco más de respeto y dejar de llamarme así.

—El respeto se gana con hechos, no con títulos —espetó Morrigan sin darle tregua—. Además, para mí siempre serás Cook.

En esta ocasión, entonó el apodo con tanto cariño que no quiso replicar.

Cuando su tío le habló de que otro lo entrenaría, imaginó que sería Dagda. Por eso se llevó una enorme sorpresa cuando, al ir a *Tir na nÓg* al día siguiente, lo recibió Morrigan.

La diosa se mostró muy satisfecha de que por fin hubiese entrado en razón y fuese a desempeñar las funciones de Guardián, pero también era consciente del reto que representaba enseñarle desde cero.

—Al principio es mejor que entrenemos tú y yo solos, hasta que consigas un buen nivel con el que trabajar. —Sean no entendió por qué

hasta que la oyó decir—: Queremos que los tuyos te respeten, no que se burlen de ti, y, como podrás imaginar, cualquier milesiano de diez años tiene más formación en magia que tú. —No se lo tomó como una ofensa, pues era la realidad. Por eso no puso reparos en seguir a Morrigan hasta un pequeño desfiladero resguardado de miradas extrañas gracias a las altas paredes de roca que había a cada lado. Según la diosa, allí tendrían la intimidad adecuada para entrenar.

»Durante los próximos meses trabajaremos hasta convertirte en un guerrero —concluyó Morrigan.

—¿Un guerrero? —inquirió confuso.

—En los tiempos que corren, los druidas también han de ser guerreros. Desarrollaremos tus habilidades mágicas al mismo tiempo que trabajaremos tu destreza en el combate. Para ello, tendrás que seguir cuatro sencillas normas.

»Regla número uno: a partir de ahora, tendrás que usar la magia para todo, incluso para atarte el cordón de la zapatilla. Debes recuperar el tiempo perdido, eliminar la autorepresión a la que te has sometido y dejar que tu magia vuelva a fluir con naturalidad. —Conforme hablaba, la diosa giraba a su alrededor, observándolo con detenimiento, y Sean se mantuvo erguido, tratando de disimular la excitación que le provocaba su mera cercanía.

»Regla número dos: tienes que hacer algo con tu aspecto. —Sean alzó una ceja. La muy tunanta estaba haciendo su propia versión de las reglas que él le obligó a cumplir en Gales.

—¿Y qué propones? —preguntó el Guardián.

—No sé, cualquier cosa que te haga parecer el protagonista de *Matrix*, *Terminator* o la versión gótica del malo de cualquier película de acción —respondió ella echando mano a las comparaciones cinéfilas como él hizo.

—Vale, esa me la merecía —aceptó Sean con una risa queda.

Morrigan se acercó a él despacio hasta apoyarle las manos sobre el pecho.

—No me entiendas mal, no digo que no estés atractivo con el chándal que llevas, pero necesitas parecer más intimidatorio. Además, estas prendas tan simples no le hacen justicia a tu cuerpo. —Ronroneó la diosa

mientras acariciaba su torso de forma lenta y sensual. Saber que ella lo encontraba atractivo lo hacía sentirse poderoso y tan excitado que su miembro enseguida se le endureció bajo los pantalones. Hizo ademán de cogerla y apretarla contra sí para que fuera consciente de lo que le provocaban sus palabras, pero Morrigan se escabulló en el último momento.

»Regla número tres: debes ir siempre armado —continuó diciendo mientras cabeceaba hacia el pequeño arsenal que había traído consigo—. Tienes que hacerte con un arma con la que te sientas cómodo, y yo te enseñaré a usarla. —Los ojos de Sean fueron atraídos enseguida por varias armas blancas cuyos filos refulgían. Era bueno con los cuchillos, incluso sabía lanzarlos contra un tronco con bastante habilidad, aunque nunca había tocado una espada. Se acercó hacia una hermosa pieza con símbolos celtas en la empuñadura y, cuando estaba a punto de cogerla, Morrigan palmeó su mano en un gesto admonitorio.

»Ni se te ocurra. Todavía no estás preparado para empuñar una espada y no quiero que te autolesiones en los entrenamientos. ¿Qué tal si empiezas por eso?

«Eso» era un palo de madera de un metro y ochenta centímetros de largo y unos cuatro centímetros de diámetro.

—Una vez me dijiste que los palos de escoba no eran un arma muy efectiva.

—En tus manos, no. En las mías pueden ser un arma mortal —puntualizó ella con una sonrisa socarrona—. De todas formas, esto no es un palo de escoba, es un *bō*, un bastón que ha sido utilizado como arma en diversas culturas durante siglos. Es un arma defensiva, pensaba más en neutralizar que en matar. Y creo que está hecho para ti —añadió en tono pensativo. Sean se olvidó al instante del atractivo brillo de la espada y tomó el *bō*. Como siempre, Morrigan había visto en su interior. Seguía teniendo reparos en matar. Por mucho que entrenase, carecía de espíritu guerrero, pero sí entendía que debía instruirse en el arte de la guerra. Y la diosa le había proporcionado un arma que se ajustaba plenamente a sus necesidades.

»Y, para terminar, la regla número cuatro —murmuró Morrigan acercándose a él por detrás, hasta presionar los pechos contra su espalda

—. Estás obligado a mantener sexualmente satisfecha a tu entrenadora —murmuró en su oído mientras apoyaba una mano en su abdomen que no tardó en descender hacia su entrepierna.

A Sean se le cayó el bastón de las manos al sentir el repentino contacto y, en cuestión de un abrir de ojos, se giró en los brazos de Morrigan y la apretó contra sí.

—Esa norma es la que más me voy a esmerar en cumplir —gruñó él contra sus labios un segundo antes de tomar su boca en un apasionado beso.

El sabor de la diosa era el más exquisito de los manjares que jamás hubiese probado, parecía que nunca se podía saciar de ella. Todo lo contrario, se estaba volviendo un adicto a su cercanía.

Enroscó la trenza de Morrigan alrededor de su puño para sujetarla bien y profundizar el beso, deleitándose con los pequeños sonidos de placer que escapaban de su garganta, hasta que la diosa quiso tomar el control de la situación.

Lo empujó contra la pared de roca sin dejar de besarlo, hasta que su espalda quedó aplastada contra la fría superficie, y ella se apretó contra él. Después, sintió cómo los dedos femeninos trillaban su cabello antes de tirar de él hacia atrás, poniendo así fin al beso.

—¿Quieres desnudarme y hacerme el amor contra estas piedras, Sean? —inquirió ella en un murmullo ronco.

Por si el uso de su nombre unido a la pregunta no lo hubiera ya estimulado lo suficiente, lamió su cuello en una caricia lenta y sensual.

—¡Más que nada en el mundo! —gimió él cogiendo las caderas femeninas y embistiendo contra ella para que no le quedara duda de hasta qué punto la deseaba.

De repente, ella lo soltó y dio varios pasos hacia atrás, alejándose un par de metros.

—Pues hazlo, desnúdame.

Sean la miró confuso, aunque le siguió el juego y avanzó hacia ella. Sin embargo, no dio más que el primer paso cuando Morrigan lo detuvo.

—No, no, no. Me tienes que desnudar desde ahí.

El desconcierto del chef fue total.

—¿Y cómo se supone que lo voy a hacer si no alcanzo a tocarte?

—Usando la magia —respondió ella con una sonrisa inocente—. Venga, Sean. Demuéstrame lo mucho que me deseas —ronroneó mientras se acariciaba el cuerpo con lentitud, tentándole.

—¿Cómo lo hago?

—Es sencillo. Fija tu atención en el punto que quieres mover; concéntrate en ese punto y en cómo lo quieres mover y, a continuación, muévelo.

Sean conjuró en su mente el famoso anuncio de «Busco a Jacq's» y enfocó su mirada en la cremallera que cerraba el ajustado chaleco de Morrigan, deseando poderla deslizar hacia abajo y dejar libres sus turgentes senos.

Entrecerró los ojos.

Apretó los puños.

Aguantó la respiración.

Tensionó el cuerpo.

—Como sigas así, se te va a escapar un pedo —soltó Morrigan entre risas—. La magia debe fluir de ti de forma natural, sin forzarla. De la misma forma en que tu cerebro da la orden a tu brazo para que se mueva, tu espíritu puede proyectar energía para mover las cosas.

»Mira, así…

Morrigan clavó sus ojos en la parte baja de su cuerpo y, acto seguido, sus pantalones descendieron hasta los tobillos.

—Lo haces parecer muy fácil —masculló Sean mientras se volvía a subir la prenda para conservar un poco de dignidad.

—Es que es fácil si se tiene el poder, y tú lo tienes de sobra. Aunque está visto que el sexo conmigo no te motiva lo suficiente para hacer magia, algo que no es demasiado halagador —añadió con un mohín.

—¿Estás de broma? Desde que te conozco vivo constantemente empalmado —resopló Sean—. Te aseguro que me tienes muy motivado.

—Puede que, físicamente, sí; pero tu espíritu necesita algo más para dejar fluir la magia. Solo tenemos que encontrar la motivación adecuada.

Capítulo 29

Dejando de lado el tema de la magia, la sesión de entrenamiento fue mejor de lo que Morrigan esperaba.

Sabía que Sean estaba en muy buena forma física, pero le sorprendió la rapidez de reflejos que mostraba y la agilidad mental a la hora de responder a un ataque, dos cosas fundamentales en la lucha.

Además, aprendía rápido.

—Nunca bajes la mirada, mantenla siempre fija en tu oponente —instruyó mientras los dos giraban uno frente al otro, bastones en mano.

Sin previo aviso, Morrigan atacó por el lado derecho, y Sean bloqueó el asalto con un rápido movimiento. Después, giró sobre sí misma para acometer por el otro lado, pero el Guardián también frenó el golpe.

—¿Eso es todo lo que sabes hacer? —inquirió ufano. Morrigan entrecerró los ojos antes de darle un repentino puñetazo—. ¡Ey! Eso es trampa —protestó Sean mientras se frotaba la mandíbula dolorida.

—No se trata de una justa honorable, vas a participar en una guerra sin reglas contra unos salvajes sanguinarios. Todo es válido mientras acabes con tu enemigo.

Tras lo cual, atacó a traición, dirigiendo la punta del bastón hacia su estómago. Sin embargo, en esa ocasión, Sean reaccionó de forma

inesperada y, en lugar de bloquear el ataque, lo esquivó al tiempo que cogía el *bō* de Morrigan y estiraba de él, impulsándola hacia sus brazos.

El choque contra el torso musculoso la dejó momentáneamente paralizada, algo que él aprovechó para envolverla entre sus brazos y depositar un rápido beso en su nariz.

Si hubiese sido cualquier otro, Morrigan ya se habría escabullido de su agarre y le habría clavado la rodilla en la entrepierna. Pero, al ver su sonrisa ilusionada al pensar que la tenía atrapada, se enterneció y se contuvo.

—No eres tan negado en combate como suponía —comentó, en cambio, orgullosa por sus avances.

La sonrisa de Sean se amplió por el halago.

—Por lo menos hago algo bien.

—También eres muy bueno en la cocina. Por no hablar del sexo…

—¿En serio te parezco bueno en el sexo?

—¿Acaso estás buscando cumplidos, Cook?

Su réplica en tono jocoso lo hizo titubear, señal de que lo preguntaba en serio. No lo tenía por un hombre inseguro, por eso la sorprendió que necesitase esa reafirmación por su parte, aunque lo entendió cuando lo escuchó explicar:

—Sé que habrás tenido varios cientos de amantes… —«Más de mil», corrigió Morrigan mentalmente, aunque no se lo dijo.

»Entre ellos verdaderos dioses —señaló Sean y frunció el ceño, como si la idea no le gustase—. Y yo no soy más que un simple cocinero milesiano que…

—No te subestimes, *mo ghrá*[11], te aseguro que he estado con dioses que envidiarían tu pasión.

Sean dio un respingo, como si sus palabras lo hubiesen golpeado físicamente.

—¿Me acabas de llamar *mo ghrá*? —preguntó con asombro.

Morrigan suspiró. Había llegado la hora de poner las cartas sobre la mesa.

Para su consternación, se encontró temblando. Le era más difícil hablar de sentimientos que enfrentarse a un batallón; tal vez porque, en cuestión de amor, carecía de armas para protegerse, solo podía levantar muros que Sean había atravesado con pasmosa facilidad.

—Ya te dije que, para un dios, el amor es el mayor de los riesgos. La última vez que estuve enamorada, sufrí muchísimo y me juré a mí misma que no volvería a dejar entrar a nadie en mi corazón nunca más —explicó Morrigan—. Y así ha sido durante más de tres mil años. Me divierto con los hombres, incluso me encariño de alguno, pero nunca dejo que mis sentimientos vayan más allá. —Cogió su rostro entre las manos, recreándose en la textura de la barba incipiente sobre su fuerte mandíbula —. Entonces apareciste tú —susurró y depositó un suave beso sobre sus labios—. Supe que eras especial desde el momento en que te amenacé con arrancarte el corazón, y tú abriste los brazos y me ofreciste tu pecho. Aquello me fascinó —admitió mientras dejaba caer otro beso en el hoyuelo de su barbilla. Y fue repartiendo más besos por su rostro mientras continuaba hablando—. Nunca he conocido a nadie cuya terquedad iguale a la mía. Eres orgulloso, pero, al mismo tiempo, demuestras una humildad que nunca deja de sorprenderme. Tienes miedo, pero lo afrontas con entereza. No temes llevarme la contraria ni ponerme en mi sitio, incluso creo que tu necesidad de proteger a los que te rodean es elogiable. Sin duda, eres el ser humano más divino que conozco. —Lo miró a los ojos y liberó su corazón—: Te amo, Sean O’Malley.

Sean la miró con los ojos relucientes de emoción. Abrió la boca para hablar, pero cualquier palabra que pudiese decir fue acallada por un repentino estruendo sobre sus cabezas.

Los dos miraron hacia arriba y descubrieron con horror que una gran roca se acababa de desprender de la pared y estaba cayendo directamente sobre ellos.

Morrigan tenía poder suficiente para desviarla, pero, antes de que pudiera hacerlo, Sean intervino. En un abrir y cerrar de ojos, la protegió con su cuerpo y alzó el brazo, dejando fluir una bola de energía que pulverizó la roca a su alrededor.

La diosa lo miró con asombro. Fue una tonta al tratar de despertar la magia en él a través del deseo sexual. Debía haberse dado cuenta de que

no existía nada más fuerte en Sean que el instinto de protección, la triste historia que le contó de cómo mató a su padre así lo demostraba.

—Bueno, está visto que sí sabes hacer magia —murmuró Morrigan mientras se sacudía el polvo que cubría su cabello y su ropa.

—Yo… —Sean se observó las manos, todavía incrédulo, y luego miró a su alrededor, a las millones de motitas que todavía flotaban en torno a ellos. Después, clavó su ceño fruncido en ella—. ¿Esto lo has provocado tú para probarme?

—No, y porque no se me había ocurrido, la verdad —admitió con una mueca, porque era muy capaz de hacer algo así, y ambos lo sabían.

—¡Esa roca podría habernos matado!

—Había una pequeña posibilidad, sí. Es curioso —musitó Morrigan mirando hacia arriba, al lugar desde donde se desprendió.

—¿Te parece curioso que hayamos estado tan cerca de la muerte? —preguntó Sean sin entender.

—No, lo que me parece curioso es que en este lugar hace siglos que no ha habido ningún desprendimiento y lo haya habido justo ahora y justo aquí, sobre nosotros.

—¿Insinúas que ha podido ser premeditado?

—Creo que sí —respondió Morrigan, dejándose llevar por su intuición.

En aquel momento, se oyeron unos pasos rápidos por la entrada del desfiladero.

—Escóndete detrás de esa piedra —ordenó Morrigan cabeceando hacia un enorme pedrusco situado en un lateral mientras adoptaba una postura de ataque ante la posible amenaza.

—Estás loca si piensas que voy a dejarte sola ante el peligro —bufó Sean poniéndose a su lado con el *bō* preparado.

La diosa puso los ojos en blanco. Su actitud, aunque muy caballerosa, era muy poco práctica. Todavía no sabía defenderse en condiciones y su presencia podía ser más un estorbo que una ayuda, pues Morrigan estaría atenta a que no le pasase nada.

Sin embargo, al reconocer a las dos personas que se acercaban, se relajó. No eran más que Lugh y Alana.

Iba a decirle que no estaban en peligro cuando lo vio palidecer. Un segundo después, su rostro se llenó de una furia asesina.

—Hija de puta —gruñó Sean entre dientes.

Y para su estupefacción. Alzó el bastón sobre su cabeza y arremetió contra Alana.

Capítulo 30

Alana se quedó de piedra al reconocer el rostro de Sean O'Malley frente a ella. Por eso, tal vez, no se defendió cuando la atacó.

En un abrir y cerrar de ojos, el hombre la tuvo contra la pared de piedra y el bastón que esgrimía presionó su garganta, ahogándola.

Un instante después, Lugh embistió contra él para separarlo de Alana.

Los dos hombres rodaron por el suelo, forcejeando.

—¿Estás bien? —preguntó Morrigan acercándose a ella.

—Sí, yo… no me lo esperaba —susurró mientras estiraba el cuello para aliviar la zona magullada.

—Sean es sorprendentemente rápido, ¿verdad? —comentó Morrigan con la vista clavada en él.

Alana detectó cierto orgullo en su voz que la descolocó.

—¿No los vas a separar? —inquirió preocupada de que Lugh pudiese hacer daño al chef.

—Todavía no, quiero ver cómo se defiende. Además, a los dos les beneficiará liberar un poco de testosterona.

En eso tenía razón. Lugh estaba furioso porque Sean la hubiese atacado y necesitaba desquitarse con él. Y, en cuanto a Sean, tenía todo el derecho a hacer lo que hizo.

Alana lo miró compungida. La última vez que coincidieron fue en la revuelta de Muckross Abbey, cuando ella traicionó a todos y conspiró con su hermano Stephen para tratar de que ocupara el lugar de Sean como Guardian. A tal fin, lo mantuvieron en una celda durante semanas.

No era de extrañar que O'Malley la odiase.

Muchos todavía lo hacían.

Incluso una parte de ella continuaba odiándose por ello.

Si no hubiese sido por Alana, el espíritu de Balor seguiría preso en la Piedra de Birog y el Pacto de Tres no se vería amenazado. Sin embargo, se dejó manipular por Idris, robó el libro de Dagda y entonó el hechizo que liberó al espíritu de temido rey fomoriano de aquel amuleto para que pudiese tomar posesión del cuerpo de Alexandre Quiroga.

Una metedura de pata imperdonable.

—¡Eso es, Sean! ¡Buen derechazo!

La voz de Morrigan atrajo su atención hacia los dos hombres que continuaban moliéndose a puñetazos. La verdad es que Sean no lo hacía mal, pero no podía compararse de ninguna manera a la habilidad del gran héroe daniano.

Y, cuando el dios del Sol comenzó a crear una bola de energía capaz de dañar seriamente al chef, Morrigan intervino al instante.

—Fin del primer asalto, machotes —proclamó poniéndose entre ellos.

—Ni hablar, ha atacado a Alana —gruñó Lugh con una mirada ominosa.

—Claro que la he atacado, esa zorra intentó matarme —escupió Sean incapaz de contener su rabia.

—¿Qué la has llamado? —masculló el dios del Sol, y Alana pudo ver cómo le palpitaba el músculo de la mandíbula de lo mucho que estaba costándole controlarse.

—Zorra, pero, si no te gusta, también puedo usar los calificativos de bruja o arpía traicionera. Cualquiera le sentaría igual de bien —repuso Sean con desdén.

Alana hizo una mueca al escucharle. Se lo merecía. El problema era que Lugh, siempre dispuesto a defenderla, no pensaba igual.

Como tenía el don de ver el aura de todos, ya fuesen humanos o divinos, pudo discernir el momento exacto en el que la de Lugh vibró a punto de perder los estribos.

Al ser mitad Fomoré y mitad Tuatha dé Danann, sus colores estaban en un constante equilibrio entre el rojo, el color del aura de los fomorianos, y el azul, el tono de la de los danianos. Cuando se enfadaba, su lado fomoriano cobraba fuerza y su aura se volvía roja. Justo como le acababa de suceder.

—Será mejor que os calméis y aclaremos la situación —insistió Morrigan en un intento por templar los ánimos.

—Aparta, Morrigan, que esto no va contigo —ladró Lugh, deseoso por estampar su puño en el rostro del chef.

—Siento disentir, rayito de sol, pero me tomaría a mal que le hicieses daño a Sean. Le tengo cariño, ¿sabes?

Pese a las circunstancias, a Alana se le escapó una sonrisa. Solo ella tenía la desfachatez de llamar así a Lugh, y no creía que a él, con lo orgulloso que era, le sentase bien aquel mote.

No se equivocó.

—¿Me acabas de llamar «rayito de sol»? —gruñó ofendido.

—¿Prefieres que te llame *solete*? —repuso Morrigan con descaro.

Era hora de intervenir.

Antes de que Lugh saltase contra ellos, Alana se puso frente a él. Como siempre le pasaba cuando su mitad salvaje lo dominaba, sus ojos azules se habían vuelto negros y su cuerpo desbordaba tensión.

Puso una de sus manos sobre la mejilla masculina para instarle a que los dejase de mirar y centrase su atención en ella.

—Estoy bien, *mo chuisle*[12] —susurró mientras con la otra cogía la de él y se la ponía en el pecho para que sintiese los latidos de su corazón—. Estaba en su derecho, recuerda el daño que hice.

—Ya pagaste por ello —murmuró Lugh y sus ojos reflejaron el dolor de los recuerdos que todavía provocaban pesadillas en Alana.

—Pero él no lo sabe —musitó ella.

Fue fascinante presenciar cómo, en su aura, el azul iba ganando poco a poco el terreno, y también ver la claridad del cielo iluminar la oscuridad de sus ojos. Y, como si fuese un globo que se deshincha de repente, la tensión lo abandonó.

—*Mo chuisle* —musitó Lugh al fin besándola suavemente.

—¿Se supone que ella está de nuestro lado ahora? —inquirió Sean incrédulo.

—Hay muchas cosas que todavía no sabes, Sean —terció Morrigan, y procedió a contarle brevemente los hechos acontecidos durante el tiempo que él había estado en Gales—. Alana es hija de Dagda y, como ya habrás podido deducir, también es pareja de Lugh. Ahora, su hermana Eli y ella son de los nuestros —concluyó Morrigan.

Sean tardó un minuto en asimilar todo aquello y, aun así, su ceño continuaba fruncido cuando le preguntó:

—¿No tuviste nada que ver con la muerte de Heather?

—¡Por Dios, no! Ni siquiera la conocí —respondió Alana horrorizada solo de pensar que creyese tal cosa—. Sé que Stephen era tu hermano y lo apreciabas, pero era un ser repulsivo —murmuró con sinceridad al recordar la negrura de su aura—. Yo… siento lo que hice, pero fue la única forma que tenía de proteger a Eli.

—En ese caso, siento haberte atacado y haberte insultado —admitió Sean finalmente. Después, observó a Lugh con cautela—. Creo que no nos han presentado, soy Sean O’Malley —agregó y le tendió la mano en gesto de paz.

—Yo soy Lugh Lamhfada, el gran héroe daniano y dios del Sol —afirmó irguiéndose con orgullo mientras aceptaba su mano—. Contengo a la noche y barro la oscuridad; ilumino al mundo desde el principio de los tiempos; deleito a la Tierra con mi luz y soy venerado por todas las culturas —concluyó sacando a relucir su habitual jactancia.

Sean parpadeó, Morrigan dejó escapar un bufido, y Alana puso los ojos en blanco.

Su amado rey del Sol tenía un puntito de engreimiento del que no se cansaba de burlar.

—Como veis, no necesita que nadie le dore la píldora —apostilló Alana con una sonrisa ladeada—. Se basta y se sobra solito.

—Desde luego, tú sí que sabes *brillar* en una presentación —convino Morrigan, continuando con sus pullas, y después observó a Sean pensativa —. ¿Sabes? Creo que necesitas trabajar más en tu autopromoción. Decir algo así como: «Soy Sean O'Malley, Guardián de los milesianos y protector del Pacto de Tres. Me consideran un chef espectacular, deleito al mundo con los manjares que preparo y soy venerado por todos los hambrientos».

Alana rio ante su ocurrencia.

Incluso Lugh dejó escapar una mueca al captar la ironía y acabó sonriendo. Eso era algo que le encantaba de él, que, por muy estirado que pareciese a veces el dios del Sol, conservaba la capacidad de reírse de sí mismo.

—Y no te olvides de que hago una trucha exquisita —puntualizó Sean con un guiño.

—¿Cómo olvidarlo? —repuso Morrigan con voz sugerente.

Alana se percató al instante del sentimiento que bullía entre los dos. Sus auras empezaron a emitir suaves destellos dorados que se arremolinaban alrededor de cada uno, como si sus almas se acariciasen. Era un efecto que detectaba en parejas enamoradas cuando estaban juntos.

¿Morrigan, enamorada? Estaba deseando contárselo a Diana.

—Pues si mi presentación te parece brillante, la de Elatha deslumbra hasta a un ciego: «Soy Elatha Mac Dalbaech. Rey de los fomorianos. Dios de la Noche y de la Luna. Amo de la Niebla y Señor de la Tormenta» —imitó Lugh adoptando la voz bronca del fomoriano.

—Hasta Diana tenía problemas para recordarlo —terció Alana entre risas.

—Por cierto, ¿qué ha pasado? —inquirió Lugh retomando el tema que los había llevado hasta allí—. Estábamos paseando por aquí cerca cuando escuchamos un sonido parecido a un trueno.

«Paseando» equivalía a que estaban retozando en un pequeño rincón del bosque al que solían escapar de vez en cuando, no muy lejos de allí.

—Ha habido un desprendimiento —informó Sean.

—Justo sobre nuestra cabeza. Qué casualidad, ¿verdad? —agregó Morrigan.

—¿Insinúas que ha sido premeditado? —preguntó Alana con asombro.

—Extraño es —convino Lugh después de meditarlo unos segundos—. Por aquí no suelen haber desprendimientos. ¿Habéis visto a alguien por los alrededores?

—No, ¿y vosotros? —tanteó Sean.

—Tampoco, pero…

—Yo sí —cortó Alana a Lugh—. Cuando corríamos hacia aquí he visto una figura que se alejaba. La verdad es que no le he dado mayor importancia hasta ahora porque sé que, con los entrenamientos, los alrededores de Avalon ahora están llenos de fomorianos.

—¿Era un fomoriano? —demandó Morrigan con el ceño fruncido.

—No le pude ver el rostro, pero vestía todo de negro y llevaba una capa.

—La capa solo la llevan los generales de Elatha —señaló Lugh.

—¿Puedes decirnos algo más de él?

—No sé. Medía unos dos metros y tenía el cabello largo, un poco más allá de los hombros.

—Maon y Sionn miden bastante más de dos metros —observó Morrigan.

—Y Eadan tiene el pelo corto —señaló Lugh y frunció el ceño antes de añadir—: Creo que solo hay uno de los generales de Elatha que se ajuste a esa descripción.

—¿Quién? —preguntó Sean, que desconocía cuántos generales tenía el rey fomoriano.

—Taran —respondieron Lugh y Morrigan al unísono.

Capítulo 31

Balor observó cómo el rey Kylian cruzaba la sala con paso enérgico y dejaba caer su enorme cuerpo en una silla frente a él.

—Ya sumamos más de mil quinientos guerreros —anunció.

—Deberías mostrarte más complacido —señaló Balor sin entender su cara de fastidio.

—Lo estaría si hubiese recibido mejores noticias del hombre que tengo en Irlanda: Sean O'Malley ha sustituido a su tío como nuevo Guardian y, al parecer, va a intentar que los milesianos se reagrupen.

—En ese caso, tal vez sería conveniente acabar con él antes de que lo consiga.

—Ya lo ha intentado. Da la casualidad de que tiene especial antipatía por O'Malley. Algo personal —explicó mientras se encogía de hombros —. El problema es que ha fallado. Según me cuenta, el Guardián es más habilidoso de lo que esperaba. Además, está bajo la protección de la diosa de la Muerte y de la Destrucción.

Morrigan. Cómo detestaba la impertinencia de aquella mujer.

—Tal vez yo pueda alegraros el día —comentó Idris entrando en la estancia con una sonrisa.

Balor admiró el movimiento de las caderas femeninas mientras avanzaba. Y es que nunca se cansaba de aquella mujer, pues reconocía en

ella a su alma gemela: la lascivia, la ambición desmedida y el alma oscura de la druidesa eran un reflejo de la suya propia.

Idris llegó hasta ellos y puso sobre la mesa en la que estaban sentados dos dagas al tiempo que esbozaba una sonrisa de triunfo.

—Una es la original y otra una copia. ¿Podéis diferenciarlas?

Balor las estudió con minuciosidad. Tenían la misma empuñadura labrada con símbolos celtas, entre los que se reconocía un trisquel, la marca de los danianos, y el mismo filo brillante y afilado.

Las tomó con las manos y las dos le produjeron el mismo efecto: una calidez sobrenatural que aportaba tibieza al metal.

—Me resulta imposible reconocer cuál es la auténtica —admitió finalmente.

—Es que son idénticas —afirmó Idris con orgullo—. Me ha costado meses encontrar los ingredientes y el conjuro adecuado para lograr una copia perfecta, pero creo que lo he conseguido. Esa es la copia —reveló finalmente señalando a una de ellas.

—¿Cuánto tardarás en conseguir las suficientes para armar a nuestro ejército? —preguntó el rey Kylian observándolas con interés.

—El proceso es lento, pero calculo que tardaré menos de lo esperado. Un par de meses, tres a lo sumo. Aunque primero deberemos hacer la comprobación final.

—¿Cuál? —inquirió Kylian.

—Verificar que la copia que he hecho puede acabar con un ser divino.

—Eso tiene fácil solución —aseguró el rey fomoriano—. ¡Traedlo! —ordenó con su potente vozarrón.

Dos guerreros entraron en la sala al instante sujetando por los brazos a un tercero.

—Os presento a Bohan, un espía del rey Elatha que ha estado pasándole información sobre nuestros avances —explicó Kylian con disgusto—. Intentaba averiguar quién es el hombre que los está traicionando, aunque no contaban con que nuestro espía es más habilidoso que él y lo ha descubierto —agregó con una sonrisa malévola.

Balor se acercó a él empuñando la copia de la daga de Findias.

—Te concedo una oportunidad. Júrame lealtad ahora y seguirás viviendo. Sería una pena acabar con un guerrero de tu valía.

—Mi lealtad siempre estará con el rey Elatha —afirmó Bohan inflexible.

—Una lástima. Está bien, entonces, le darás un mensaje a tu rey.

—¿No le vas a matar? —inquirió Kylian confuso.

—¿Quién ha dicho que no? Su cadáver será el mensaje.

Y, acto seguido, clavó la daga en el vientre de Bohan. Si fuese un arma normal, ni siquiera hubiese podido atravesar la piel del guerrero. Un arma fomoriana le hubiese causado una herida no mortal. Sin embargo, segundos después, el guerrero se desplomó en el suelo, inerte.

—Comprobado: la daga funciona —observó Idris con una sonrisa triunfal.

Capítulo 32

Aer.

Talamh.

Uisce.

Tine.

Agua. Tierra. Aire. Fuego. Los cuatro elementos de la naturaleza.

Una espada nacida del corazón de una estrella.

Athbheochan.

Renacimiento.

Bás síoraí.

Muerte eterna.

Eli se despertó de un sobresalto que la hizo incorporarse de golpe en la cama, con el cuerpo bañado en su sudor y la respiración acelerada.

La visión había sido clara: la espada que llevaba tiempo dibujando estaba asociada a la muerte.

Con todo, algo en su interior le susurraba que debía encontrarla y debía hacerlo pronto.

Guiada por su presentimiento, fue a ver al único que podía conocer algo de aquella misteriosa espada: Dagda. Sus conocimientos sobre el

mundo celta eran inigualables y su libro mágico recogía profecías, maldiciones, leyendas y hechizos milenarios.

Como casi siempre, el líder de los Tuatha dé Danann estaba sentado en su mesa escribiendo con una pluma mágica en su libro. Por mucho que escribiera en él, sus hojas nunca se acababan ni tampoco engrosaba su anchura. Aquella era parte de su magia.

—Buenos días, Dagda. ¿Puedo entrar?

El gigante pelirrojo alzó el rostro y le dedicó una sonrisa.

Todavía le costaba asociar la imagen del joven atractivo que tenía delante de sí con la del anciano barbudo que conoció cuando llegó a Avalon. Sin embargo, la sensación de familiaridad y de cariño que tenía hacia aquel hombre no había cambiado. Era como un padre para ella.

—Claro, Eli. Adelante, siempre eres bienvenida. —Eli le devolvió el gesto y entró abrazando su bloc de dibujo.

»¿Qué te trae por aquí? —inquirió Dagda.

—Me gustaría consultarte sobre una espada.

—¿Una espada, dices? —farfulló el dios mientras se recostaba en su silla y la miraba con curiosidad—. Hay un montón de espadas míticas, cada una con poderes legendarios. Ya conoces la Claíomh Solais o Espada del Sol, capaz de vencer a cualquier enemigo, pues su filo puede quebrar el de cualquier otra espada. También está la famosa Fragarach, la espada de Manannán Mac Lir, Señor de los Mares. Es capaz de controlar los vientos y, cuando su punta señala a alguien, lo obliga a decir la verdad. La próxima vez que Lugh te lleve a *Tir Tairngire*[13] dile a Manannán que te la enseñe, le encantará contarte anécdotas sobre ella —agregó con un guiño.

Después de que Balor intentara matar a Lugh cuando era un bebé, la druidesa Birog lo dejó bajo la protección del Señor de los Mares. Lugh se crio como uno más de los hijos de Manannán y les tenía mucho cariño, por lo que los visitaba a menudo.

La primera vez que Eli se sumergió en el Atlántico hasta llegar a *Tir Tairngire*, pensó que estaba en un sueño de fantasía. El lugar incluso era más sorprendente que Avalon.

—He hecho un dibujo. Tiene un trisquel en la empuñadura, por lo que deduzco que es un arma daniana —explicó Eli mientras abría el bloc y pasaba las páginas enseñándole las decenas de dibujos que tenía sobre ella —. En una de las caras de su filo tiene grabada la palabra: «*Athbheochan*».

—Renacimiento —tradujo Dagda con el rostro súbitamente serio, como si la hubiese reconocido.

—Y en la otra cara pone…

—*Bás síoraí* —completó el dios con voz casi inaudible—. La muerte eterna.

—Exacto. ¿La conoces?

—Se llama Caladbolg, la Espada Centelleante, y fue creada en los albores del tiempo, antes incluso de que yo naciera. Se decía que su filo contenía el poder de una estrella. Un arma tan mortífera para quien osara ponerse en su camino, como mortal para quien la empuñase —relató Dagda con gravedad—. Bastaba con que se desenvainara de su funda y se alzara hacia el cielo, para que la espada centelleara, fulminando a cualquier enemigo en el acto y proporcionándole la muerte sin posibilidad de reencarnación. Al mismo tiempo, la espada tomaba también la energía de quien la empuñaba, matándolo en cuestión de segundos, aunque otorgándole la posibilidad de volver a nacer.

Eso aclaraba las palabras que tenía en el filo. La muerte eterna para los enemigos y el renacimiento para quien la empuñase.

—¿Y dónde puedo encontrarla?

Dagda la miró con intensidad.

—¿Quién te ha hablado de esta espada?

—Nadie. Llevo meses soñando con ella y algo me dice que debo ir a buscarla.

Los ojos de Dagda se dilataron de repente y la miró conmocionado, como si la viese por primera vez.

Se levantó de su asiento y comenzó a dar vueltas por la habitación, hablando consigo mismo.

—No puede ser —susurró tan bajito que le costó escucharlo.

—¿Qué no puede ser? —preguntó Eli extrañada por su reacción.

—Olvídate de esa espada —gruñó Dagda y parecía alterado—. Se perdió hace tiempo y nadie sabe dónde está.

—Debo encontrarla —insistió Eli.

—¿Es que no me has escuchado? —farfulló Dagda con el ceño fruncido—. Esa espada es demasiado destructiva para que salga a la luz.

—Pero…

—Eleonora, ¡no voy a hablar más de este tema! —cortó Dagda tajante alzando su potente voz.

Eli dio un respingo. Dagda nunca le había gritado hasta entonces y le pareció aterrador. Por primera vez desde que llegara a Avalon, se sintió como la niña temerosa que era y lo odió por hacerla sentir así, aunque fuese por un momento.

Por eso, lo miró con rencor y salió corriendo de allí. Escuchó que Dagda la llamaba, pero no se detuvo. No lo hizo hasta que salió de Avalon y llegó a su rincón preferido del jardín: una pequeña glorieta de cristal que relucía entre matorrales llenos de unas hermosas rosas azules. Aquel lugar se había convertido en su pequeño refugio, donde solía pintar, pensar o, simplemente, soñar despierta.

Le gustaba especialmente porque siempre se hallaba cerca algún unicornio alado pastando tranquilo.

—Eli, ¿te encuentras bien? Estaba entrenando cuando te he visto cruzar el jardín corriendo como si escaparas de algo.

La voz de Taran la sacó de sus reflexiones. Se giró hacia él, con el pecho todavía agitado por la carrera. Su amado rostro mostraba tanta preocupación por ella que sintió que las lágrimas acudían a sus ojos.

—¿Sabes lo que es poder ver tu destino y que nadie te tome en serio al respecto? —preguntó entre dolida y frustrada—. Todo el mundo me trata como a una cría y estoy harta —farfulló y, para empeorar las cosas, sintió que las lágrimas desbordaban hasta rodar por sus mejillas y la nariz le comenzaba a gotear.

—¿Qué ha pasado? —inquirió Taran con voz suave al tiempo que le pasaba un pañuelo.

Se sonó de forma sonora y luego hizo una mueca. Era justo como una niña lo hubiese hecho, no como lo haría la mujer que quería que los demás vieran en ella.

—He soñado con una espada y sé que mi destino es encontrarla. He ido a contárselo a Dagda y, en lugar de ayudarme, me ha dicho que me olvide del tema —le explicó de forma resumida, omitiendo adrede todo lo relacionado con la muerte y el peligro—. El problema es que no puedo olvidarlo. Se me ha revelado de antemano lo que tengo que hacer y debo hacerlo. ¿Es tan difícil de entender?

—Tal vez Dagda solo quiere protegerte. ¿Es tan difícil de comprender? —repuso Taran usando un reflejo de sus propias palabras.

—¿Eso es lo que estás haciendo tú, Taran? ¿Intentar protegerme?

—¿Qué quieres decir?

—Si te dijera que tengo la certeza de que en el futuro tú y yo vamos a amarnos. ¿Qué harías?

Algo cruzó el rostro del fomoriano. Una emoción cruda e intensa que se fue antes de que pudiese identificarla. Taran apartó la mirada de ella, le dio la espalda y clavó la vista en el horizonte con el cuerpo tan tenso que incluso temblaba.

Eli se acercó a él en silencio y alzó la mano dispuesta a obligarlo a encararla. Sin embargo, se detuvo en el aire cuando lo escuchó susurrar:

—¿Te has parado a pensar por un segundo que tal vez yo no me sienta todavía preparado para el futuro que tú ves con tanta claridad?

Sus palabras la obligaron a bajar el brazo y separarse de él con el corazón encogido.

—Yo… lo siento, Taran. He sido una egoísta —reconoció arrepentida —. Me ofreciste tu amistad y acabo de abusar de ella de una forma imperdonable.

Su arrepentimiento hizo que él se girara y la mirara con la más tierna de las sonrisas.

—Tampoco hay que dramatizar —repuso él en tono de broma, para aligerar un poco la tensión entre ellos. Aunque acto seguido se puso serio cuando añadió—: Creo que no hay nada que no te pueda perdonar.

—¿Amigos? —preguntó Eli y le tendió la mano como ya hizo una vez.

Taran se quedó mirando su mano durante unos segundos.

—Amigos —aceptó finalmente con un suspiro, aunque le dio la sensación de que la idea no le terminaba de gustar.

En cuanto sus pieles se rozaron la misma visión de siempre la sobrecogió.

Ella de pie en aquella glorieta, sumida en sus pensamientos, cuando, de repente, los brazos de Taran la rodearon desde atrás y su voz, cargada de anhelo y amor, le susurró en el oído: «*Mo mhuirnín*».

Clavó su mirada en aquellos ojos negros que guardaban tanto dolor y se obligó a tomar una decisión: relegaría su visión a un rincón de su corazón y se juró, por primera vez, tener paciencia y no volver a sacar el tema hasta que aquella visión se hiciese realidad.

—Será mejor que regreses al entrenamiento, no te quiero entretener más —comentó adoptando un tono despreocupado para aligerar los ánimos.

Pensó que él aceptaría la sugerencia con alivio, en cambio, siguió allí, como si fuese incapaz de alejarse de ella.

—Tu cumpleaños es dentro de poco —observó Taran reacio a poner fin a aquella conversación—. ¿Cómo piensas celebrarlo?

—Creo que mi opinión no cuenta demasiado al respecto. Alana va a organizar una gran fiesta en Avalon y piensa invitar a todo el mundo, danianos, fomorianos y milesianos. Dice que puede ser la última antes de la guerra y que debe ser inolvidable.

—¿Y a ti qué te gustaría hacer?

—Me encantaría salir volando de aquí y escapar. Dirigir por una vez mi destino y sentirme libre, aunque fuese durante unos minutos.

Taran la observó en silencio.

—Supongo que todos ansiamos la libertad, de una u otra manera —murmuró y bajó la mirada para ocultar sus emociones antes de que ella las pudiese interpretar—. Debo regresar ya —añadió y comenzó a alejarse.

—¿Es que acaso tú no eres libre, Taran? —preguntó Eli deseando comprenderlo mejor.

—Todos arrastramos cadenas, aunque a veces no se vean —respondió él antes de transformarse en cuervo y salir volando.

Capítulo 33

El primer impulso de Dagda al ver tan alterada a Eli fue correr tras ella. En cambio, decidió actuar con cautela y volvió a tomar asiento frente a su libro. Cerró los ojos, puso la mano abierta a unos treinta centímetros por encima de él y murmuró:

—Caladbolg.

Al instante, escuchó un suave revoloteo y sintió contra su palma una pequeña corriente de aire. Al abrir los ojos pudo ver cómo las hojas pasaban con rapidez por sí solas para satisfacer su petición.

Segundos después, las hojas se detuvieron, mostrándole lo que estaba buscando: la historia de la Espada Centelleante, que escribió hace miles de años, y la razón que le llevó a ocultar aquella arma en las profundidades de Avalon.

Hacía ya tanto tiempo que él mismo había olvidado la profecía que acompañaba a la espada.

> *De la estirpe de Birog nacerá una niña fruto del odio, pero con el corazón repleto de amor. Ella será la única capaz de escuchar la llamada de Caladbolg y su destino será empuñar la Espada Centelleante para acabar con las sombras que amenazan el mundo mágico. Pero la espada siempre exige un sacrificio.*

En cuanto Eli hizo referencia a Caladbolg, recordó la profecía. Y, entonces, lo supo: ella era la niña destinada a empuñarla.

Dagda cerró el libro con un suspiro angustiado. No, no lo podía permitir. Quería a aquella muchacha como a una hija, no iba a dejar que le pasara nada malo.

Se lo debía a su madre.

Solo de pensar en Eleonora su corazón se llenó de nostalgia. Eli se parecía tanto a ella que le dolía mirarla, pero era un dolor tan dulce que le había devuelto las ganas de vivir después de tanto tiempo.

Perdió a su amada. No estaba dispuesto a perder a la joven Eli también. Por eso, si de él dependía, aquella espada nunca saldría a la luz. La había ocultado bien para que eso no pasara.

Eli nunca la encontraría.

Capítulo 34

Un par de días después, la tensión se respiraba en el ambiente. Las preocupaciones personales de cada uno, unidas a la amenaza de la inminente guerra y a la sospecha de que existía un traidor entre las filas de los fomorianos, creó un ambiente de desconfianza y malestar entre las tres razas.

Cuando Morrigan y Sean entraron en el Gran Salón de Avalon, ya estaban allí Dagda, Lugh y Alana.

—¿Alguien sabe por qué nos ha convocado Elatha? —preguntó Morrigan al sentarse en la mesa redonda.

—No, solo ha dicho que era urgente —respondió Dagda en un murmullo.

En los últimos días se lo veía demasiado taciturno, como si algo le estuviese atormentando. Morrigan sospechaba que podía estar relacionado con las runas que consultaba a diario. Tal vez le habían augurado alguna desgracia.

—Y que solo nosotros podíamos estar presentes —añadió Lugh.

Las puertas se abrieron de repente, y Elatha entró con paso firme, portando en las manos un cofre de madera de tamaño mediano. Su ceño fruncido y su expresión sombría presagiaban problemas.

A Morrigan le llamó la atención que ninguno de sus generales lo acompañase en aquella ocasión.

Sin mediar palabra, Elatha dejó el cofre encima de la mesa.

—¿Qué es eso? —inquirió Lugh intrigado.

—Un regalo de Balor —respondió Elatha con voz lúgubre y abrió el cofre.

Pronto descubrieron que en el interior estaba la cabeza de un hombre.

Morrigan hizo una mueca. Por muy habituada que estuviese a la violencia, era algo desagradable de ver.

La reacción de Sean no fue tan comedida, empalideció y dio una arcada.

—¡Joder, qué barbaridad! —jadeó tratando de contener las ganas de vomitar.

—¿Quién es? —Quiso saber Dagda.

—Bohan, el hombre que infiltré entre las filas de Balor —aclaró Elatha con pesar—. Deben de haberlo descubierto, cosa que me extraña porque era muy buen espía, discreto y muy cuidadoso. Lo que me lleva a una suposición: alguien ha tenido que desenmascararlo.

—¿Sospechas quién ha podido ser? ¿Quién estaba enterado de que Bohan era el espía? —interrogó Morrigan.

Elatha bajó la mirada por un segundo y apretó los puños.

—Solo cuatro hombres lo sabían. Mis cuatro generales —admitió con un murmullo bronco, como si le doliese físicamente reconocer aquello.

Y es que una traición de tal magnitud era impensable para Elatha, pues la lealtad de los fomorianos hacia su rey había sido siempre incuestionable. Más aún, cuando el traidor seguramente provenía de uno de sus hombres de confianza.

Lugh, Alana, Morrigan y Sean intercambiaron miradas en una comunicación silenciosa.

—¿Qué sucede? —inquirió Dagda al percatarse de ello—. Si tenéis algo que decir, es el momento de hacerlo.

—El otro día, alguien intentó atentar contra Sean y contra mí en el desfiladero —explicó Morrigan—. No tengo pruebas, podría ser una casualidad, pero lo dudo.

—¿Tienes idea de quién fue? —indagó Dagda.

—No, pero Alana vio a alguien rondando por allí.

Elatha clavó su mirada acerada en la muchacha.

—¿Quién?

—No estoy segura, no le vi la cara, pero por su aspecto diría que fue Taran.

—No —masculló Elatha moviendo la cabeza con énfasis—. Si tuviese que poner una mano en el fuego por uno de mis cuatro generales sería por él. Es como un hermano para mí. Nunca me haría eso. Además, que lo vieses rondando por allí no implica que él fuese el responsable de provocar el desprendimiento.

—Eso pensaba yo —intervino Morrigan—. Sin embargo, luego le pregunté si estuvo allí y lo negó. ¿Por qué iba a hacerlo si fuese inocente?

—¿Qué razones podría tener para atacaros? —reflexionó Dagda.

—Bueno, yo nunca le he caído muy bien, mucho menos desde que le vencí delante de los milesianos —comentó Morrigan con un encogimiento de hombros—. Y en cuanto a Sean… —Lo miró y pudo ver el malestar en su rostro, así que no terminó la frase. No le correspondía a ella hablar.

—La muerte de Heather todavía pesa sobre nosotros —concluyó el chef sin entrar en detalles.

No hacía falta. Todos estaban al tanto de la situación.

Taran y él se ignoraban mutuamente la mayor parte del tiempo, pero de vez en cuando Morrigan había detectado cómo se observaban en silencio, con una expresión de odio que no podían disimular. Con todo, los dos hombres evitaban una confrontación directa.

—Taran no atacaría a traición, y lo sé seguro porque no es un traidor —insistió Elatha.

—Entonces, ¿quién? ¿Maon? ¿Sionn? ¿Eadan? —demandó Morrigan.

—¡Por Domnu, no! ¿Qué razones podrían tener?

—Tal vez alguno mantenga alguna relación personal con los fomorianos del otro lado del océano y hayan decidido cambiar de bando.

—No, el único que tiene una relación personal es… —Elatha se quedó callado de repente.

—¿Quién? —apremió Dagda.

—Taran —respondió finalmente Elatha en un susurro quedo—. Taran es el hermano pequeño del rey Kylian —confesó finalmente—. Pero os aseguro que él no es el traidor —reiteró, mostrando una lealtad inquebrantable hacia su hombre.

—Que la traición sea inesperada, la hace más dolorosa, no imposible —señaló Dagda.

—Todos en esta mesa hemos sido traicionados por alguien en el que confiábamos plenamente —añadió Lugh.

Al oírlo, Alana bajó la cabeza, culpable por su pasada traición, pero Lugh le cogió la mano y se la besó, recordándole que todo estaba perdonado entre ellos.

—Mientras no tenga una prueba ante mis ojos, no puedo creerlo —repuso Elatha.

—Es justo —aceptó Dagda—. Pero deberás mantenerlo vigilado para que no pueda perjudicarnos.

—Yo me encargo de eso —juró Elatha.

Capítulo 35

Cuando Elatha regresó al Castillo de la Niebla, ya estaba anocheciendo y su ánimo era incluso más sombrío que cuando partió. Al entrar en el salón, sus cuatro generales ya estaban allí aguardando para informarle sobre los avances diarios.

—¿Qué tal los entrenamientos de nuestros hombres?

—Como siempre, estamos preparados para la lucha —aseguró Sionn —. Bueno, unos más que otros. Deberías haber visto la paliza que le he dado a Maon —agregó dando un codazo al susodicho.

—¿Paliza? Yo lo llamaría suerte, hermanito. Ese último golpe me ha pillado distraído —bufó Maon.

—Últimamente estás muy distraído —terció Eadan con una sonrisa ladeada—. ¿Esa rubia que conociste en el Ghrian te está quitando el sueño?

—Esa rubia se llama Judith y, sí, me está quitando el sueño, aunque no por lo que crees. Es especial —suspiró Maon.

—Parece que mi hermanito se ha enamorado —comentó Sionn con satisfacción mientras palmeaba el hombro de su hermano.

Elatha perdió el hilo de las pullas que se lanzaron los tres hombres, pues su mente no paraba de darle vueltas a quién podía ser el traidor.

Los conocía desde hacía milenios y habían estado a su lado en lo bueno y en lo mano. Retrocedió en el tiempo, al periodo en el que los fomorianos y los danianos estaban en guerra. Por aquel entonces, el rey Balor era un aliado, no un enemigo, al igual que el rey Kylian. Ellos tres formaban una sólida unidad contra la que los danianos no podían luchar.

Fue entonces cuando Elatha conoció a Erin y se enamoró de ella de una forma tan absoluta que cambió sus prioridades en la vida.

La guerra dejó de ser atractiva y la necesidad de establecer la paz con los danianos pasó a ser su anhelo para poder estar al lado de su amada. Fue entonces cuando tomó la decisión de mantenerse al margen de la segunda batalla de Maige Tuired.

No fue una decisión fácil. Sabía que los fomorianos lo tomarían como una traición. Muchos de sus hombres desertaron de su ejército, pues querían combatir, y se unieron a las filas de Balor y de Kylian.

Maon y Sionn estuvieron a punto de hacerlo, sin embargo, Eadan y Taran los convencieron.

La muerte de Balor supuso la victoria de los danianos y todos los fomorianos fueron exiliados de Irlanda. Y, aunque Elatha y los suyos no formaron parte de la contienda, también fueron desterrados con los demás.

Erin quiso ir con él, sin embargo, su condición de diosa de Irlanda no le permitió hacerlo. Elatha le hizo la promesa de que encontraría la forma de regresar a Irlanda y así lo hizo.

Junto con el rey Kylian y algunos otros supervivientes de la guerra, cruzó el océano hasta una nueva tierra en la que los fomorianos pudieran prosperar y, después, decidió volver a Irlanda en busca de Erin.

Estaba dispuesto a marchar solo, pues no sabía el recibimiento que le aguardaría allí. Pero sus cuatro generales y un pequeño grupo de guerreros decidieron ir con él, dispuestos a seguir a su rey allá donde fuera con absoluta lealtad.

Sin embargo, en Irlanda, las cosas cambiaron mucho durante su ausencia: los Tuatha dé Danann fueron relegados a *Tir na nÓg* y los milesianos ocupaban la superficie junto a los *siadsan*. Además, Erin pereció durante aquel tiempo.

Dagda permitió que Elatha y los suyos se quedasen en Irlanda con la condición de establecer el Pacto de Tres y aceptar aquella nueva disposición. Y Elatha aceptó. Era consciente de que había actuado de manera egoísta ordenando a sus hombres que se dejasen someter de aquella manera, pero hubiese hecho lo que fuese por poder permanecer allí a la espera de la reencarnación de Erin.

Sin embargo, los fomorianos nunca entendieron del todo que los danianos se hubiesen dejado doblegar de aquella manera por los milesianos, pues se trataba de seres inferiores. Y así surgió un resquemor entre fomorianos y milesianos que se fue alimentado con el paso del tiempo.

Para evitar problemas, Elatha puso una única imposición a sus hombres: que evitaran relaciones personales con los milesianos. Lo que no significaba que no pudiesen divertirse con las mujeres *siadsan*. Los fomorianos destilaban un aire de peligro y sensualidad que resultaba muy atractivo para las féminas de la superficie.

Con todo, cuando Taran rompió esa regla, Elatha decidió derogarla, pues se dio cuenta de lo hipócrita que era cuando él mismo se había enamorado de una mujer que en su momento le estaba prohibida.

Desde entonces, los fomorianos podían establecer relaciones con libertad.

Maon llevaba varios meses saliendo con la sobrina de Curtis y, por primera vez, el gigante parecía dispuesto a sentar la cabeza.

Sionn se había vuelto a enamorar, cosa que hacía al menos una vez al mes. Aunque, ¿quién sabía? A lo mejor aquella era la definitiva.

Eadan parecía no tener prisa por sentar la cabeza. Hacía años, se encaprichó de una milesiana y le pidió permiso a Elatha para afianzar su relación. No obstante, en aquella época, él era más intransigente y le dijo que no. Desde entonces, el fomoriano iba de flor en flor.

En cuanto a Taran… Los ojos de Elatha se clavaron en su mano derecha, que permanecía cabizbajo, ajeno a la conversación de sus compañeros. Algo lo preocupaba. Llevaba semanas así.

Seguía sin superar la muerte de Heather y tardaría en hacerlo.

Pero ¿existía algo más que el dolor de un amor perdido en la dureza de su expresión? Sabía que sentía algún tipo de animadversión por Sean O'Malley y que los milesianos, a excepción de Heather, nunca habían sido santo de su devoción.

—¿Todo bien? —inquirió y trató de que su tono no evidenciara su preocupación por él.

—Todo bien teniendo en cuenta que estoy entrenando a un grupo de milesianos sin ninguna formación en combate —gruñó el general—. Lo positivo es que aprenden rápido y le ponen ganas, pero todavía tienen que trabajar mucho para poder enfrentarse con un guerrero fomoriano.

—¿Qué tal con Morrigan?

—Esa mujer es una arpía deslenguada y va de listilla —masculló Taran, aunque luego suspiró al añadir—: Pero sabe lo que se hace. La condenada es muy buena en combate. La respeto.

Elatha asintió. Su valoración de Morrigan era muy similar a la que él tenía de la diosa.

—¿Y qué me dices de Sean O'Malley?

El cuerpo de Taran se puso rígido al instante.

—¿Qué pasa con él?

—Me gustaría saber qué opinión te merece el nuevo Guardián.

—Se está esforzando y tiene más potencial del que pensaba —admitió con un encogimiento de hombros—. Desde que ha comenzado a entrenar con los milesianos, se ha duplicado el número de voluntarios para participar en la guerra. Parece que se está ganando el respeto de su gente. —Los ojos negros del general se clavaron en él con suspicacia—. ¿A qué vienen tantas preguntas, mi rey?

—A que, como bien has dicho, soy el rey y mi deber es preguntar —respondió molesto porque Taran le acabase de cuestionar.

Como no quería hacer o decir algo de lo que se pudiese arrepentir, y su ánimo estaba alterado, decidió dejar el tema por el momento, se despidió de sus generales y fue en busca de Diana.

La encontró en el dormitorio, durmiendo plácidamente en la enorme cama de dosel que compartían, aunque no llevaba su pijama habitual.

Estaba «vestida» con un minúsculo salto de cama que no dejaba nada a la imaginación.

Su humor mejoró al instante.

Se acercó a ella en silencio, mientras se desnudaba, y se metió en la cama despacio para no despertarla, al menos por el momento.

Después, simplemente la observó y dejó que su belleza entibiara su alma y mantuviera alejados por unos instantes todos los problemas y preocupaciones.

Diana no tardó en abrir los ojos al sentir su presencia y dejó escapar la más dulce de las sonrisas.

—Elatha —musitó con la voz ronca por el sueño—. Te estaba esperando para… —Se calló y sus ojos se dilataron al máximo antes de incorporarse de golpe.

»¡Mierda! ¿Me he quedado dormida? —Su rostro se llenó de frustración al darse cuenta de que sí—. Lo siento, el embarazo me está dando sueño. Quería darte una sorpresa y…

—No hay nada que sentir, *mo ghrá*. No te puedes imaginar cuánto me ha gustado tu sorpresa. Bueno, tal vez esto te dé una idea —murmuró con voz ronca mientras le cogía la mano y se la llevaba a su miembro para que apreciase el intenso deseo que le provocaba.

No le dio tiempo a decir nada más antes de tomar su boca con hambre.

Intentó ser suave y delicado en consideración a su estado, pero cuando Diana le clavó las uñas en los hombros y le susurró que necesitaba más, todas sus buenas intenciones quedaron en el olvido.

La tomó con la misma pasión desesperada que lo embargó la primera vez que la tuvo entre sus brazos, enterrándose en ella tan hondo como su cuerpo se lo permitía, sintiendo un cúmulo de emociones que lo obligaban a moverse sin descanso sobre ella. Pero no tenía bastante.

Se puso de rodillas y colocó sus piernas hacia arriba, para que sus pies descansaran en sus hombros, y volvió a penetrarla con fuerza.

Diana arqueó el cuerpo con un gemido mientras sus manos se enroscaban en las sábanas. Aquella posición le permitía ganar profundidad.

Su parte salvaje cobró fuerza mientras el instinto de posesión que sentía hacia ella se acrecentaba, haciendo que sus envites se volviesen todavía más intensos.

Esa mujer era suya. Él había sido su primer hombre, su único hombre. Y llevaba a su hijo en el vientre. Nunca permitiría que le pasara nada malo. No podía perderla.

La escuchó gritar de placer cuando alcanzó la cúspide y, al instante, él también sintió su cuerpo estremecerse al llegar.

Después, se dejó caer al lado de ella para no aplastarla, tembloroso, y la atrajo hacia sí hasta cobijarla bajo su brazo, incapaz de separarse de ella. Y así permanecieron, en completo silencio, mientras recuperaban el silencio.

Diana se incorporó sobre un codo y lo observó con detenimiento al tiempo que sus dedos dejaban una tierna caricia sobre su mandíbula.

—¿Qué te atormenta, mi rey?

Había aprendido a ver dentro de él. En otro tiempo, con otra persona, hubiese dicho que nada. Pero a ella no le podía mentir.

—Mi pequeña *banshee* —susurró cogiéndole la mano y depositando un cálido beso en la palma que concentraba su amor—. No estoy atormentado, estoy aterrado.

El miedo lo atenazaba por dentro.

Miedo por ella, por su futuro hijo y, además, miedo de que su mejor amigo, al que consideraba un hermano, pudiese ser un traidor.

Capítulo 36

Hacía un mes desde que el rey Elatha recibiera el regalo de Balor y, según el informador de Kylian, la tensión en Tir na nÓg iba en aumento. Tanto que el espía no había vuelto a actuar, sabedor de que podían estar vigilándolo.

—¿Y dices que están organizando una fiesta? —preguntó Balor con el ceño fruncido.

—El dieciocho cumpleaños de Eli —dilucidó Idris pensativa—. Supongo que intentarán relajar tensiones con esa fiesta y que invitarán a todos.

—Sí, mi confidente me ha informado de que danianos, fomorianos y milesianos se reunirán en Avalon para la celebración —explicó Kylian.

—Una magnífica oportunidad que no podemos desaprovechar —susurró Idris y esbozó una sonrisa que le causó escalofríos.

Debía reconocer, aunque solo ante sí mismo, que esa mujer le asustaba incluso más que Balor.

El rey fomoriano era malvado y cruel, pero de una forma básica y sin dobleces, como lo podía ser el propio Kylian.

La druidesa, en cambio, tenía una mente perversa y enrevesada, que, unida a su inteligencia y a su falta de escrúpulos, la hacían pavorosamente impredecible.

Idris se alejó hacía una estantería que había en la pared y rebuscó hasta dar con algo. Cuando regresó, le tendió una botellita de cristal azul tallado con un líquido en su interior.

—¿Qué es eso? —inquirió Kylian con cautela.

—Eso, mi querido amigo, es la siguiente parte de nuestro plan.

Capítulo 37

No supo qué lo sacó del sueño, pero, cuando Sean abrió los ojos, sonrió al encontrar a Morrigan junto a él. La luz del alba comenzaba a filtrarse por el gran ventanal de la habitación, acariciándolos con calidez.

El rostro de la diosa se veía plácido, confiado e inocente mientras dormía, con las mejillas suavemente sonrosadas y el cabello revuelto a su alrededor.

—No me digas que eres de esos raritos a los que les gusta mirar mientras alguien babea en sueños —murmuró la diosa sin abrir los ojos, con la voz tan ronca por el sueño que le costó oírla.

Pero la oyó y sonrió.

Ella abrió los ojos despacio y le devolvió el gesto.

Su expresión somnolienta le trajo un recuerdo.

—¿Sabes que, el día en que estuvimos en mi cocina negociando nuestro acuerdo, tuve una premonición de este momento? Te vi en mi cama, con tu cabello esparcido sobre la almohada, mirándome de ese modo.

—¿De qué modo?

—Como si yo te hiciese feliz.

—Es que me haces muy feliz —aseguró ella con una risita antes de ponerse a horcajadas sobre él en un rápido movimiento y apresarle las manos contra el colchón a cada lado de su cabeza—. Y ahora bésame y deja que yo te alegre la mañana —agregó antes de devorar su boca.

A ella le gustaba mandar en el sexo. A él también. Y el resultado solía derivar en un encuentro apasionado en el que medían sus voluntades.

Aquella vez no fue diferente.

Cuando Sean sintió que Morrigan trataba de introducirlo en su interior, la cogió por la cintura y la apartó de sí hasta dejarla tumbada en la cama boca abajo. A continuación, se puso sobre ella, le abrió las piernas y la penetro por detrás antes de que pudiese reaccionar, arrancándole un gemido ahogado.

—Eso no me lo esperaba —ronroneó ella volviendo su rostro hacia él.

—Ya sabes lo mucho que me gusta sorprenderte —jadeó él antes de besarla.

Su instinto más primario la instó a poseerla con brutalidad para reclamarla, pero sabía que la mejor forma de hacerla suya era venerarla como a ella le gustaba. Y así lo hizo.

Salió de ella despacio y volvió a penetrarla centímetro a centímetro. Y volvió a hacerlo una y otra vez, con una cadencia casi perezosa.

—Estás siendo cruel —susurró Morrigan en tono quejicoso.

Su cuerpo se había perlado por el sudor y sus brazos estaban estirados hacia arriba para sujetar con fuerza los barrotes del cabecero de la cama.

—Y a ti te encanta —repuso Sean con una sonrisa antes de apartar su pelo hacia un lado y besarle la nuca.

Mantuvo aquel ritmo todo lo que pudo, que no fue tanto como le hubiese gustado. Después de todo, solo era un hombre, no un dios. Seguidamente, se puso de rodillas, le cogió de las caderas y la instó a que se elevara a cuatro patas. Su siguiente penetración, intensa y profunda, la hizo gritar su nombre de esa forma que tanto le gustaba. Por eso lo hizo otra vez. Y otra.

Pero Morrigan, siendo Morrigan, intentó cambiar las tornas. Se irguió sobre sus rodillas hasta quedar con la espalda apoyada contra su torso,

cambiando el ángulo de la penetración, y se movió contra él, marcando el ritmo como ella quería. Como a él le gustaba.

Sean la cogió por la cintura, apretándola más contra sí, mientras ella echaba el brazo hacia atrás para cogerle del pelo y poder besarlo. El abrazo se tornó tan íntimo y estrecho que el goce se intensificó hasta nuevas cotas, precipitándolos al dulce abismo del placer.

Los dos se desplomaron sobre las sábanas, jadeantes y sudorosos, pero con una sonrisa en los labios.

—Si no te importa, voy a seguir durmiendo un poco más, hoy va a ser un día largo —murmuró Morrigan mientras acomodaba la cabeza sobre la almohada con una expresión satisfecha en la cara.

Él pensó en hacer lo mismo, pero desistió al cabo de unos minutos, ya que le fue imposible volver a conciliar el sueño. En cambio, se levantó de la cama, se puso unos pantalones cómodos, y cruzó el gran ventanal que daba paso a la terraza que tenía la habitación de Morrigan, con unas maravillosas vistas del jardín y de los bosques que se extendían hasta las montañas.

Se quedó parado allí en medio, con los pies desnudos sobre la fría superficie del suelo, cerró los ojos y respiró hondo. Seguidamente, abrió los ojos y alzó la mano a la altura de su cintura, con la palma hacia arriba, y se concentró. Al instante, un calorcillo que ya le era familiar surgió de su pecho y recorrió su brazo hasta la punta de los dedos, provocando que el vello de su piel se erizase a su paso. Un segundo después, una pequeña bola de energía surgía de la nada, a un par de centímetros sobre su palma.

El incidente en el desfiladero desbloqueó su temor a la magia y llevaba semanas aprendiendo a controlarla hasta conseguir que fluyera de él con naturalidad. Según tío Jack, el poder que mostraba Sean era más fuerte que el suyo. Incluso Dagda mencionó que ningún otro Guardián había poseído una magia tan intensa, por lo que debía trabajar el doble para ser digno merecedor de aquel don.

Sean intensificó la energía de la bola hasta hacerla del tamaño de una pelota de tenis. Después, puso su otra mano sobre ella, acunándola entre las dos palmas, pero sin tocarla, y comenzó a mover los brazos siguiendo los movimientos que Morrigan le había enseñado.

Estiró los brazos hacia adelante, dio un paso atrás, giró el torso… Una coreografía que repetía cada mañana al despertar. Según Morrigan, se trataba de una kata milenaria para aprender a concentrar la energía y equilibrarla con el cuerpo y la mente.

Todavía le asombraba esa parte tan espiritual que tenía la diosa, su necesidad de meditar y de encontrar el equilibrio en su interior. En ese sentido, la había llegado a comprender a la perfección, ya que en aquellos minutos en los que todo su ser se concentraba en la pequeña bola que tenía entre las manos, todas sus preocupaciones quedaban a un lado y encontraba la paz.

Perdió la noción del tiempo y su cuerpo volvía a estar cubierto de sudor por el esfuerzo cuando escuchó unos pasos detrás de él.

—No puedo decidir qué me resulta más sexi, verte cocinar o mirar cómo haces tus ejercicios matinales —comentó Morrigan.

Sean dejó que la bola de energía palideciera hasta extinguirse con un suave chisporroteo y se giró hacia ella, jadeante.

—Yo tampoco sé qué es más sensual: observarte tumbada en la cama con tu pelo esparcido sobre la almohada o verte ahí, de pie, mirándome tan solo cubierta por una sábana y con los labios todavía rojos por mis besos.

—¿Has terminado tus ejercicios?

Sean asintió.

—Pues vuelve conmigo a la cama —murmuró Morrigan extendiendo la mano hacia él en una invitación que no pudo rechazar.

—A este paso no saldremos de la habitación en todo el día.

—Ese es el plan —admitió la diosa dejando resbalar la sábana por sus curvas—. Esta mañana no hay entrenamientos, recuerda que es el día de la gran fiesta y todos están volcados en los preparativos. Nuestra única misión es conseguir que hoy sea un día inolvidable para Eli. Pero eso lo haremos después, así que, ahora, bésame.

Y Sean así lo hizo.

Después de todo, ¿quién era él para negarle algo a una diosa?

Capítulo 38

En el sueño, Eli se debía enfrentar a sí misma.

Sus ojos le devolvían la mirada con desesperación.

Con miedo.

Después, su propia imagen se desquebrajaba delante de ella.

A partir de ahí, todo se volvía más confuso.

Una puerta secreta.

Una escalera que bajaba hasta las profundidades de la tierra.

Un lago cristalino.

Una mujer tan hermosa que parecía casi etérea.

Una voz que susurraba su nombre.

«Encuéntrame».

Caladbolg la llamaba.

Eli se incorporó de golpe en la cama, con el corazón desbocado y la respiración jadeante, mientras las imágenes que acababa de ver en su sueño se entremezclaban en un confuso remolino que se escapaba de su comprensión.

Por mucho que Dagda le hubiese insistido en que olvidase el tema, los sueños se sucedían y la certeza de que debía buscar aquella espada crecía

en su interior creando un sentimiento de necesidad que se atenazaba dentro de sí hasta casi producirle dolor.

Un suave golpe en la puerta le hizo levantar la vista a tiempo para ver a Alana entrar con una sonrisa radiante en el rostro llevando en las manos una gran caja blanca con un lazo de raso rojo alrededor.

—¡Felicidades, hermanita!

Aquellas dos simples palabras consiguieron que sus preocupaciones por la espada quedaran relegadas a un lado durante un momento y dejó que la emoción la embargara.

Por fin había llegado el día.

¡Dieciocho años!

Ya era mayor de edad.

Saltó de la cama con la ilusión de una niña que se negaba a ser y se acercó a Alana a recibir su abrazo y beso. Después, tomó el regalo que le dio y lo abrió con impaciencia.

Cuando levantó la tapa y rebuscó entre el papel de seda que contenía, se quedó paralizada al darse cuenta de que era un vestido.

—Es para que lo luzcas en la fiesta.

Eli se mordió el labio. Con lo pesada que se estaba poniendo Alana últimamente para que vistiese de forma más recatada, temió que se tratase de un vestido insulso y pudoroso. Y, al ver el suave azul celeste de la tela, esperó lo peor. Sin embargo, al sacarlo de la caja y extenderlo ante sí, contuvo el aliento.

El diseño no tenía nada de infantil.

El corpiño carecía de mangas y tenía un pronunciado escote en forma de V. Estaba confeccionado con una delicada pedrería y creado para entallarse a su torso y realzar sus curvas. La falda, en contraste, era una vaporosa profusión de capas de gasa tan ligeras como las alas de una mariposa. Al girarlo comprobó que el escote de la espalda era todavía más atrevido.

—¿Te gusta?

—¿Estás de broma? ¡Me encanta!

Lo puso frente a su cuerpo y se miró en el espejo de pie que tenía en la habitación, mientras Alana sonreía satisfecha al mirarla.

La imaginación de Eli se desbordó. Se vio a sí misma bajando la escalinata del Gran Salón con todas las miradas puestas en ella. Aunque solo existía una que realmente le importaba. En su mente, él la vería con aquel vestido y sus reticencias a estar con ella se evaporarían. La esperaría en el último escalón y le ofrecería el brazo, y no se despegaría de ella en toda la noche.

Se vio girando en sus brazos en la pista de baile, una y otra vez.

Y, como colofón de una noche perfecta, él la besaría.

—Estoy deseando ver la cara de Taran cuando me vea con él.

Supo que lo había dicho en voz alta cuando vio que la sonrisa de Alana desaparecía en el acto.

—¿Taran?

Eli la encaró. Ya era hora de que su hermana comprendiese que ya era una mujer, que no tenía que esconder sus sentimientos ni mucho menos avergonzase por ellos.

—Estoy enamorada de Taran —confesó sin amilanarse ante el ceño fruncido que podía ver en el rostro de Alana—. Sé que puedes pensar que soy demasiado joven para estar enamorada o tal vez que él es demasiado mayor para mí, pero te aseguro que es un sentimiento real y además… —Cortó su diatriba al ver el gesto de pesar de su hermana. Una pena auténtica. Por ella.

»¿Qué ocurre? ¿Hay algo que deba saber? —preguntó guiada por la intuición de que Alana ocultaba algún secreto relacionado con el fomoriano.

—Eli, es muy posible que Taran no sea el hombre que tú piensas.

—¿Qué quieres decir?

—No te lo puedo decir con seguridad, pero es probable que no estés segura a su lado. Puede ser peligroso. Así que mantente alejada de él.

«¡No!», quiso gritar.

—Ya no soy una cría, Alana. No puedes darme una orden sin más y esperar que la acate ciegamente. Necesito que me cuentes lo que pasa si quieres que te obedezca.

—Yo… lo siento, pero no puedo hablar de ello. —Alana cogió sus manos y las apretó mientras la miraba con seriedad—. Ya sé que no eres una cría y por eso te pido que confíes en mí y me prometas que evitarás cualquier contacto con Taran. Por favor. ¿Me lo prometes?

Eli bajó la mirada para ocultar las lágrimas.

Alana lo había dado todo siempre por ella y en ese instante le pedía una sola cosa. No se podía negar.

—Te lo prometo —susurró.

Y, con aquellas tres simples palabras, la emoción por la celebración de aquella noche se evaporó.

Capítulo 39

El Gran Salón se había vestido de gala para la celebración.

La magia lograba que una miríada de lucecitas fulgurantes flotara por encima de los asistentes, como estrellas en el cielo, iluminando la sala con una luz iridiscente.

Las paredes de plata estaban adornadas con telares blancos con el símbolo del Pacto de Tres, la triqueta, para recordar a todos que aquella fiesta también debía reforzar la unidad de las tres razas.

Se podían ver flores por doquier, envolviéndolo todo con un sutil aroma floral, aunque primaban las rosas azules en honor a la homenajeada, pues eran sus preferidas.

Una enorme mesa cubierta con un mantel hecho con hilos de plata estaba dispuesto a un lado para ofrecer los más suculentos refrigerios a los invitados y, no muy lejos, tres milesianos iban a amenizar la velada con sus instrumentos.

Y así, el arpa, el *feadóg*[14] y el violín se unieron una y otra vez para crear hermosas melodías mientras los invitados iban llegando.

Morrigan hizo su aparición cuando el salón ya estaba atestado y, como siempre, su llegada no pasó desapercibida a nadie.

Primero, por su hermosura.

Después, por el vestido que lucía.

No era negro, como todos esperaban de ella, sino que había elegido para la ocasión un vaporoso vestido largo de un suave rosado, casi del mismo tono que su piel, con un intrincado bordado de hilos de color cobre que lo hacía refulgir. El corpiño era ajustado con un amplio escote rematado con unos tirantes finos y la falda tenía una abertura que subía hasta arriba del muslo, mostrando su pierna desnuda.

Contenta de atraer las miradas, buscó entre el gentío a Sean, que en aquel momento le daba la espalda, enfrascado en una conversación con su tío y con Curtis. Como si hubiese percibido su presencia, el chef se giró y la vio y, solo entonces, ella comenzó a descender, con la vista fija en él, olvidándose al instante de que hubiese nadie más con ellos.

No hubo mejor halago que verlo tropezar con sus propios pies en su prisa por llegar a ella para recibirla al final de la escalera.

—Ahora entiendo que me dijeses que me adelantara porque querías hacer una entrada grandiosa —comentó Sean mirándola embobado—. ¡Joder, Morrigan! Estás espectacular. —Aquella declaración merecía un beso y se lo dio. Nunca habían ocultado su relación, pero ya era público. La diosa de la Muerte y de la Destrucción y el Guardián de los milesianos eran pareja.

»Para que no digas que no soy un caballero, te dejo elegir: o vienes a la pista de baile, o te pongo sobre mi hombro, en plan fomoriano, y te llevo a un rincón oscuro. Lo que sea, pero necesito pegarte contra mi cuerpo y sentirte entre mis brazos ya —afirmó en un murmullo apasionado—. Aunque, si me das a elegir, prefiero la segunda opción.

—Yo también la prefiero, pero sería de mala educación abandonar la fiesta antes de la llegada de la cumpleañera, ¿no crees?

—Pues bailemos —gruñó Sean, arrastrándola hasta la zona en la que varias parejas ya estaban danzando.

Se mecieron al son de la música en silencio, con las miradas entrelazadas de forma tan estrecha como sus cuerpos, y se olvidaron del resto por unos minutos.

No obstante, sus responsabilidades sociales les obligaron a separarse antes de lo que les hubiese gustado.

Mientras Sean se acercaba a Elatha y a Lugh, que se encontraban hablando al lado de uno de los ventanales, Morrigan fue en busca de Alana y Diana, situadas al lado de la mesa de los refrigerios.

—Mírala, está haciendo otra vez esa cosa con la boca —musitó Alana con exagerado desconcierto.

—Y no lo hace porque esté atormentando a alguien —comentó Diana con la misma sorpresa.

—A lo mejor está pensando en torturar a algún pobre desgraciado —reflexionó Alana.

—O puede que le haya dado un telele —propuso Diana.

—¿De quién habláis? —preguntó Morrigan con curiosidad, mirando alrededor.

—De ti y de tu desconcertante sonrisa —repuso Alana con una mueca divertida.

—Nos tienes preocupadas, nunca te habíamos visto enseñar tanto los dientes —convino Diana siguiéndole la broma.

—Muy graciosas —gruñó Morrigan con sequedad.

Sin embargo, se encontró con que era incapaz de mantener el ceño fruncido. Sus labios insistían en curvarse en una sonrisa.

—Te lo dije —musitó Alana codeando a Diana.

—Y ahora que la he visto te creo. Morrigan, ¡estás enamorada! —exclamó en tono acusatorio—. Y no de cualquier hombre, del *cocinerucho* que tanto detestabas.

—No me juzguéis sin haber probado ese suflé —repuso ella señalando a una de las exquisiteces que había en la mesa—. Lo ha preparado Sean.

Las dos mujeres se sirvieron un trozo y, en cuanto lo probaron, pusieron los ojos en blanco.

—¡Por Danu! —gimió Diana con deleite—. ¿Es posible tener un orgasmo en la boca?

—Así que te ha conquistado por el estómago —dedujo Alana relamiendo la cuchara que acababa de llevarse a la boca.

—Entre otras cosas —murmuró Morrigan con una sonrisa traviesa mientras posaba los ojos sobre Sean.

Como si intuyera su atención, él le devolvió la mirada a través de la sala, y dijo algo a sus dos acompañantes, que al instante se giraron hacia ellas.

Acto seguido, los tres hombres comenzaron a atravesar el Gran Salón, uno al lado del otro, tan imponentes que la gente les abría paso entre miradas de respeto.

Los tres vestían completamente de negro y eran tan magníficos que era imposible apartar la mirada de ellos. Cada uno tan hermoso que quitaba el aliento.

—¿Soy la única que está mojando las bragas en estos momentos? —soltó Diana de repente, mientras saboreaba con lentitud otro trozo de suflé, con la vista clavada en su marido, que la miraba con intensidad.

—Y luego la bruta soy yo —murmuró Morrigan divertida, mientras cogía una copa y daba un trago de hidromiel, con la boca súbitamente seca.

—Yo también las hubiese mojado, si llevase, claro —terció Alana hipnotizada por los ojos de Lugh. Su comentario hizo que Morrigan se atragantara con la bebida y Diana con el suflé. Las dos miraron con asombro a Alana.

»¡Oh, vamos! No me seáis mojigatas. Estoy segura de que a vosotras también os encanta volver locos de deseo a vuestros hombres. Y os puedo asegurar que a Lugh casi le da un pasmo cuando le he dicho que no llevaba ropa interior justo antes de entrar en la sala. Os apuesto lo que sea a que no puede dejar de pensar en si es cierto o no y que va a hacer algo para averiguarlo antes de que acabe la fiesta.

—Me acabas de impresionar —admitió Morrigan con una sonrisa de sincera admiración.

—¿Quién te acaba de impresionar? —inquirió Sean al escucharla, pues justo los tres hombres acababan de llegar hasta ellas.

—Alana. ¿Sabes que no lleva…?

—¡Morrigan! —reprendió horrorizada Alana, pues sabía que era muy capaz de descubrir su secreto.

—¿… casi maquillaje? —completó la diosa con una sonrisa que rezumaba inocencia.

—¿De eso hablabais? —preguntó interesado Elatha mientras besaba en la sien a su esposa.

—Sí, justo de eso. De maquillaje. Ya sabes, cosas de chicas —balbució Diana con las mejillas encendidas.

—Estaba pensando en que tal vez deberíamos ir a buscar a Eli. Está tardando mucho —propuso Lugh a Alana.

Morrigan y Diana intercambiaron una mirada divertida.

—Ni hablar. No voy a ir contigo a solas a ninguna parte hasta que no acabe la fiesta.

El comentario de Alana hizo que el dios del Sol compusiera un puchero encantador. Abrió la boca para insistir, pero la cerró al ver que la cumpleañera por fin hacía su aparición.

Eli llegó acompañada por Dagda, que la escoltaba con aire protector. Estaba espléndida con un vestido celeste que le sentaba a la perfección y acentuaba la cremosidad de su piel. Sin embargo, su sonrisa se veía un poco forzada y sus ojos no brillaban con la alegría que era habitual en ella.

—¿Le ocurre algo a Eli? —inquirió Morrigan a Alana en un discreto murmullo.

—Ocurre que cree estar enamorada.

—De Taran.

—¿Lo sabías?

—¿Has visto su bloc de dibujo últimamente? —contraatacó Morrigan con un bufido.

—La cuestión es que le he dicho que se mantenga alejada de él.

—De ahí esa cara tan larga —dedujo la diosa.

—¿Qué más puedo hacer? Si lo que pensamos es cierto, Taran es peligroso y le podría hacer daño.

Morrigan buscó con la mirada al general fomoriano. Estaba con los otros tres generales, que mantenían una conversación. Sin embargo, Taran parecía haber perdido el hilo de lo que decían, pues su mirada no se había apartado de Eli desde que apareció.

Asomaba algo tan profundo en sus ojos que Morrigan sufrió por él.

Lo curioso fue que, cuando Eli puso los ojos sobre él, el general apartó la mirada fingiendo indiferencia.

—Puede que sea un traidor, pero dudo mucho que haga algo que pueda dañar a tu hermana.

—¿Cómo estás tan segura?

—Porque ella le importa más de lo que está dispuesto a admitir, incluso ante sí mismo.

Capítulo 40

Cuando la fiesta por fin acabó, Lugh y Alana escoltaron a Eli hasta su habitación y se despidieron de ella con un beso de buenas noches.

En cuanto se encerró en su habitación, la muchacha cruzó la estancia y se fue directa a la ventana. La abrió y dejó que la brisa nocturna acariciase su piel. Solo entonces se relajó. Le dolían las mejillas por el esfuerzo de mantener una sonrisa que no sentía y la tensión le había provocado jaqueca.

Todos se esforzaron al máximo porque ella fuese feliz colmándola con muestras de afecto, regalos y buenos deseos, cosa que la hizo sentir muy querida. Sin embargo, le faltó lo que más anhelaba en secreto: la atención de Taran.

En toda la noche solo se acercó a ella una vez para susurrarle un frío: «Felicidades», con el rostro carente de cualquier emoción, y se dedicó a ignorarla el resto del tiempo.

No hubo ningún cumplido por su hermoso vestido.

No le hizo ningún regalo, aunque tampoco lo esperaba.

No compartieron ningún baile ni una sonrisa, ni siquiera una mirada cómplice.

Era lo que Alana quería.

Era lo que ella debía hacer.

Pero dolía. Vaya si dolía.

Distraída con aquellos pensamientos, comenzó a quitarse las horquillas que le sujetaban el cabello en un elaborado recogido, cuando, de repente, escuchó un aleteo detrás.

No le dio tiempo a reaccionar antes de que una enorme mano le tapara la boca y sintiera que un cuerpo duro como una roca se apretaba contra su espalda, inmovilizándola.

En el momento en el que iba a comenzar a forcejear, escuchó una voz susurrar en su oído:

—No te asustes, Eli. Soy yo. —No le hizo falta girarse para saber quién era «yo». Taran—. Te voy a soltar, pero no grites, ¿entendido? —advirtió. Eli asintió. No gritó. En cambio, en cuanto quedó liberada, lo que hizo fue soltarle un codazo en el estómago y clavarle el tacón en el pie con saña—. ¡Maldición, Eli! —protestó con una mueca de dolor.

—¿Qué? No he gritado —repuso ella con fingida inocencia—. Además, te lo mereces por entrar así en mi habitación. ¿Qué haces aquí, por cierto? —agregó con el ceño fruncido, irritada porque la hubiese ignorado de aquella manera durante la fiesta—. Como Dagda o Lugh se enteren de que estás en mi habitación, te colgarán por los dedos de los pies, y te puedo asegurar que Alana estirará de la cuerda encantada.

—Nadie sabe que estoy aquí, en Avalon. Piensan que estoy durmiendo en mi habitación, en el Castillo de la Niebla. Yo… quería hacerte un regalo.

Aquel comentario extinguió su enfado al instante.

—¿Un regalo? —tanteó sintiendo un nudo de emoción en su interior.

—Sí, pero tendrás que venir conmigo para que te lo pueda dar.

—Ir contigo, ¿dónde? —inquirió con cautela.

—Es una sorpresa —respondió Taran evasivo—. ¿Confías en mí? —preguntó mirándola con aquellos ojos negros e insondables.

Las palabras de Alana hicieron eco en su mente:

«No estás segura a su lado».

«Puede ser peligroso».

«Mantente alejada de él».

Pero Eli escuchó a su corazón y respondió sin dudar.

—Sí.

—Pues ponte algo más cómodo y coge una chaqueta.

Eli se metió en el baño y se puso su ropa habitual de entrenamiento. Estaba tan nerviosa que las manos le temblaban cuando cogió la cazadora.

Taran la miró con aprobación y le tendió la mano, sin decir nada. Eli la tomó sin vacilar y, en cuanto lo hizo, la rodeó con sus brazos y un humo oscuro los envolvió. Segundos después, se materializaron en el jardín de Avalon, al lado de la glorieta de cristal.

—¿Qué hacemos aquí? —inquirió mirando alrededor extrañada.

—¡Shhhh! —Taran se llevó un dedo a los labios, instándola a que guardase silencio—. Espera un momento y lo verás.

A continuación, emitió un suave silbido que cruzó el silencio nocturno.

Eli lo miró intrigada, pero él mantenía su atención en algún punto del cielo. De repente, apareció uno de los unicornios alados que tanto le gustaban. Lo observó arrebolada, admirando su poderosa y nívea silueta, mientras el majestuoso animal tomaba tierra a un par de metros de ellos, agitando sus alas con fuerza.

Era un macho enorme, de unos dos metros de alzada, y se movía nervioso mientras los miraba con desconfianza.

Taran rebuscó en uno de sus bolsillos y, para asombro de Eli, el unicornio se aproximó a él, pifiando suavemente, y comenzó a comer de su mano con tranquilidad.

—Los unicornios son animales muy desconfiados. Antiguamente había más, pero los milesianos comenzaron a cazarlos de forma furtiva para conseguir los cuernos para elaborar pociones, ya que tienen propiedades mágicas, y los pocos que sobrevivieron se refugiaron aquí y no les gusta que nadie se les acerque —explicó Taran en un suave murmullo para no espantarlo—. Sin embargo, este tiene una debilidad.

—¿Cuál?

—Las manzanas —reveló el fomoriano con un guiño—. Su gula es más fuerte que su cautela. Ven, acércate despacio y dale de comer.

Taran le dio un trozo de manzana para que ella se lo ofreciera al unicornio y así lo hizo. En un primer momento, el animal la observó con desconfianza, pero, al abrir las aletas de la nariz y percibir el olor de la comida, terminó acercándose a ella.

Rio cuando sintió el cosquilleo que le provocó el aterciopelado hocico sobre la palma mientras el animal comía de su mano. Para su asombro, el unicornio la miró con curiosidad y luego se acercó un poco más a ella, empujándola suavemente con la cabeza, en busca de una caricia que ella le dio encantada.

—Vaya, creo que le has gustado. No sé si sentirme ofendido. A mí me ha llevado más de dos semanas conseguir que me aceptara y contigo ha sido amor a primera vista. Aunque no sé por qué me sorprende —añadió tan bajito que parecía haberlo dicho para sí mismo.

Eli lo miró con asombro. ¿Más de dos semanas? ¿Por qué se había molestado tanto en darle aquella sorpresa?

Pero decidió no darle mayor importancia, aunque sí era importante.

—¿Tiene nombre?

—Yo lo llamo Craosach. Significa «glotón» en gaélico. —Eli le acarició la cabeza, arrullándole con cariño y deslizando los dedos por el suave pelaje. Visto de cerca, era todavía más hermoso.

»¿Estás preparada? —preguntó de pronto Taran.

—¿Preparada para qué?

Antes de darse cuenta, Taran la cogió por la cintura y la puso sobre el lomo del unicornio, instándola a que se sentara a horcajadas. A continuación, subió con agilidad hasta montarse detrás de ella.

—Preparada para volar, Eli —susurró en su oído mientras la envolvía con sus brazos para sujetar las blancas crines del animal—. Me dijiste que era lo que deseabas para tu cumpleaños: salir volando de aquí y escapar. Dirigir tu destino y sentirte libre, aunque fuese durante unos minutos —le recordó—. Pues bien, agarra las crines de Craosach así y condúcelo a

donde quieras —dijo mientras le mostraba cómo hacerlo—. Tú decides, yo solo estoy aquí para asegurarme de que no te caes.

Eli abrió los ojos como platos, conmocionada. No sabía qué le gustaba más, si sentir el cuerpo de Taran alrededor del suyo o tener al unicornio alado a su entera disposición.

Al final decidió que las dos cosas por igual y, sin pararse a pensarlo más, se inclinó sobre el cuello del animal y le susurró: «Enséñame lo que sabes hacer y te prometo una bolsa entera de manzanas».

Como si la hubiese entendido a la perfección, Craosach soltó un relincho mientras agitaba la cabeza, desplegó las alas y alzó el vuelo.

El impulso fue tan potente que, si Taran no hubiese estado sujetándola, hubiese caído, pero el fomoriano cumplió su palabra y permaneció allí, inamovible, ofreciéndole sin palabras la estabilidad que necesitaba para cumplir su deseo.

El viento azotó su rostro a medida que iban subiendo y cobraban velocidad, y el estómago le cosquilleó por la altura. Pero no sintió ningún miedo, solo una absoluta sensación de libertad.

Su entusiasmo era tal que hubo un momento en el que se olvidó de todo, abrió los brazos y echó la cabeza hacia atrás. Y su risa dejó una estela tras de sí.

Pero todo lo bueno se acaba y aquel sueño era demasiado bueno para durar demasiado.

—Ya llevamos mucho tiempo fuera, es hora de regresar —susurró Taran en su oído con voz ronca, trayéndola de vuelta a la realidad.

Eli asintió sin quejarse, pues sabía lo mucho que él se había arriesgado para que ella pudiese cumplir su deseo.

—Tienes razón, si me pillan fuera de la habitación, me meteré en un lío. Sobre todo, si se enteran de que he estado contigo —admitió con fastidio.

—Supongo que no soy una compañía recomendable —bromeó él.

—Eres la mejor compañía que podría desear —susurró Eli sin poder contenerse.

Como lo tenía detrás no pudo verle la cara, pero sí sintió cómo la apretaba con un poco más de fuerza, como si su declaración le hubiese alterado de alguna forma.

Ya no hablaron más después de aquello. Craosach se posó en la tierra, en el mismo punto en el que habían partido, y Eli le juró que al día siguiente le llevaría un saco lleno de manzanas. Después, lo vio partir con un poco de tristeza, deseando poder repetir la experiencia alguna otra vez.

A continuación, Taran la volvió a rodear con sus brazos y la llevó de regreso a su habitación.

Eli lo miró, incapaz de articular palabra. Quería decirle lo mucho que significaba para ella aquel regalo, pero sabía que, sí abría la boca, acabaría confesándole lo mucho que lo amaba. Y se había prometido a sí misma que lo trataría como a un amigo.

Por eso, reteniendo toda la emoción que bullía en su interior, encontró la fuerza para susurrar un simple: «Gracias» y depositó un beso inocente en su mejilla.

Taran inspiró con fuerza, como si su beso lo hubiese conmocionado. En sus ojos brilló una cruda emoción y dio un paso hacia ella, aunque luego se detuvo con el cuerpo en tensión.

Asintió con la cabeza, aceptando su agradecimiento en silencio, y fue hacia la ventana. De pronto, se detuvo.

—Estabas preciosa con ese vestido, Eli —susurró justo antes de transformarse en cuervo y emprender el vuelo.

La muchacha se quedó parada, con la vista clavada en el punto por donde él había desaparecido, sintiendo un aleteo en el corazón.

Luego, se dejó caer en la cama boca arriba, con los brazos extendidos hacia los lados, y mirando el techo, rememoró cada segundo de aquellas últimas dos horas, mientras una sonrisa soñadora sesgaba sus labios.

Después de todo, había sido el mejor cumpleaños que pudiera desear.

Capítulo 41

En cuanto dejaron a Eli sana y salva en su habitación, Lugh arrastró a Alana hasta el dormitorio. O, más bien, se la cargó al hombro mientras apuraba el paso en su prisa por quedarse a solas con ella.

—Me parece una actitud un poco bárbara para el sofisticado dios del Sol —comentó Alana entre risas.

—Si no querías despertar mi lado bárbaro, no deberías haber jugado conmigo de esta manera, mujer —gruñó Lugh mientras le daba una palmada en el trasero, consiguiendo que Alana soltara un jadeo de sorpresa.

Lo había llevado al límite y lo iba a pagar.

Tan pronto como entraron en la estancia y cerraron la puerta, Lugh la empotró contra la pared para besarla de forma apasionada mientras levantaba su falda con gestos bruscos y desesperados.

Ni siquiera les dio tiempo a encender la luz.

En cuanto sus dedos tocaron la desnudez de la muchacha, soltó un gruñido animal contra sus labios.

—Era cierto, no llevabas ropa interior —masculló hundiendo los dedos en ella.

Alana siseó ante la repentina penetración y enredó los dedos en su cabello dorado, para después buscar su boca con voracidad, enredando su

lengua en la de Lugh, dispuesta a devorarlo.

No hubo más preliminares, los dos estaban demasiado ansiosos para hacerlo durar. Sin pérdida de tiempo, Lugh se desabrochó los pantalones, alzó a Alana por los glúteos y, en cuanto ella enroscó las piernas en su cintura, la penetró.

Fue un acto apasionado y carnal.

Él la embistió una y otra vez, taladrándola sin piedad, mientras dejaba escapar gruñidos roncos y desesperados.

Ella le clavó las uñas en los hombros y mordió su cuello, mientras gemía en cada penetración.

Y, cuando Alana se arqueó gritando su nombre, el dios del Sol resplandeció alcanzando la cumbre, iluminando por un segundo la habitación en penumbra.

Fue entonces cuando Alana la vio: una sombra grande y oscura que se acercaba a ellos a toda velocidad.

Ni siquiera tuvo tiempo de gritar al ver el filo de un cuchillo caer sobre la espalda de Lugh, antes de que él se pusiera rígido contra ella y soltase un quejido.

Y, tan pronto como llegó, la sombra se esfumó.

El dios del Sol trastabilló hacia atrás, con el rostro constreñido por el dolor, mientras se llevaba los brazos a la espalda en un intento por quitarse el cuchillo que todavía sobresalía de su omoplato.

—¡Lugh! ¡Por Danu! —farfulló Alana con los ojos abiertos como platos.

—Sácamelo —urgió el dios.

Alana asintió y, con las manos temblorosas, le extrajo el cuchillo, que dejó caer al suelo con repugnancia. Entonces, la sangre comenzó a manar de la herida abierta.

—Al menos ha tenido la consideración de dejarme llegar al orgasmo antes de apuñalarme —comentó Lugh con una mueca.

—¿Cómo puedes bromear con esto? —inquirió Alana con los ojos llenos de lágrimas.

Lugh se puso serio al ver que ella estaba alterada.

—No te preocupes, *mo chuisle* —susurró para tranquilizarla mientras desnudaba su torso—. Ya sabes que se necesita un arma mágica para matar a un dios, y esta no lo era. Solo es una heridita de nada. Pero, si te quedas más tranquila, llama a Dagda y dile que traiga el Caldero, ¿de acuerdo?

A Alana no le parecía una «heridita de nada». Sangraba demasiado y, aunque él no lo viera, había comenzado a palidecer. Así que optó por asomarse a la puerta y decirle a uno de los guardias, que siempre rondaban por los pasillos, que fuera en busca de Dagda con urgencia y que le dijera que necesitaba el Caldero.

Desde que ella lo robara, el líder de los Tuatha dé Danann lo tenía a buen recaudo en sus aposentos personales.

—Es extraño. Me siento débil —musitó Lugh con el ceño fruncido.

De repente, se tambaleó y cayó desplomado sobre la cama boca arriba.

Alana corrió hacia él, gritando su nombre, pero él yacía inerte con los ojos cerrados, como si hubiese perdido el conocimiento. Su respiración era casi imperceptible.

Tanteó su cuello en busca de la carótida para encontrarle el pulso. Era tan débil que por un angustioso instante no lo detectó y pensó que estaba muerto. Pero no lo estaba. Su corazón latía.

Sollozó de alivio.

—Aguanta, ¿me oyes? —susurró en su oído.

Dagda llegó a los pocos segundos. Solo tuvo que ver el rostro desencajado de Alana para que su expresión se oscureciese.

—¿Qué ha pasado?

—Le atacaron por la espalda. Le han clavado un puñal en el hombro.

—No te preocupes, el Caldero lo curará —aseguró Dagda.

Se puso al lado de Lugh con el pequeño cuenco de bronce acunado entre sus grandes manos y murmuró: «*Uisge beatha*[15]». En cuanto lo hizo, un líquido comenzó a brotar de su seno.

Dagda acercó el Caldero a los labios de Lugh y, con ayuda de Alana, consiguieron verter el líquido por su garganta. Después, le dieron la vuelta

con cuidado y derramaron parte sobre la herida.

Un segundo después, el corte se llenó de una espuma rosácea y comenzó a sanar.

Finalmente, Dagda volcó el resto hasta que la piel quedó sin mácula.

—Ya está.

Alana dejó escapar lágrimas de alivio.

Volvieron a recostar a Lugh con cuidado y lo observaron, buscando una señal de reacción, pero no la hubo.

—¿Es normal que tarde tanto en despertar?

—Es extraño. Si fuese una herida mortal, podría tardar varias horas. Pero esta no lo es. —Dagda miró el cuchillo, que estaba tirado en el suelo, y lo cogió. En la empuñadura tenía el símbolo del árbol de la vida. Un arma fomoriana.

»¿Has podido ver al que os ha atacado?

—No le he visto el rostro, ha sido demasiado rápido, pero era una figura grande.

Dagda observó el filo y luego lo husmeó. Entonces, su ceño se tornó sombrío.

—¿Qué ocurre?

—Belladona.

—¿Han envenenado el filo?

—Si fuese un simple veneno, el Caldero lo hubiese curado.

—¿Entonces?

—Creo que es un hechizo. Y solo conozco a alguien con el suficiente poder como para hechizar a un dios.

—Idris —adivinó Alana, sintiendo cómo el odio por aquella mujer crecía—. ¿Y qué hacemos? —preguntó, mirando a Lugh con ansiedad.

—En lo referente a él, solo podemos esperar. Consultaré en mi libro a ver si consigo descubrir el hechizo que ha utilizado y la manera de neutralizarlo.

»En cuanto al arma, averiguaremos a quién pertenece y descubriremos de una vez por todas quién es ese maldito traidor. Y lo haremos esta misma noche. No podemos dejar que siga por ahí suelto, es demasiado peligroso. Ahora mismo iré al Castillo de la Niebla a informar a Elatha para que tome medidas.

Alana asintió. Miró a su amado dios del Sol y sintió que las lágrimas humedecían sus ojos, mientras apartaba un mechón de cabello dorado de su frente. Su rostro se veía relajado, como si simplemente se hubiese quedado dormido. Si Dagda estaba en lo cierto, su vida no corría un peligro inminente, aunque el riesgo de no despertar estaba ahí.

—¿Por qué Idris querría hechizar a Lugh? —inquirió sin comprender la razón.

—Piénsalo. La Lanza de Assal es el arma más poderosa que tenemos, ya acabó con Balor una vez, pero, con Lugh fuera de combate, queda inutilizada, pues él es el único que puede tocarla.

—Bueno, todavía tenemos la Espada del Sol.

Dagda se irguió de repente.

—¿La tenemos?

El dios corrió hacia la estancia donde se guardaban las dos armas mágicas. La Lanza de Assal seguía allí. Al ser Lugh el único capaz de empuñarla, estaba a salvo. Sin embargo, el lugar donde reposaba la Espada del Sol estaba vacío.

La habían robado.

Capítulo 42

Después de la dulce tortura que le supuso tener a Eli entre sus brazos y escucharla reír, Taran necesitó enfriar su cuerpo y se fue a nadar al lago Leane.

Todavía recordaba las veces en que Elatha iba a nadar allí, cuando se sentía frustrado cada vez que Diana lo retaba al principio de su relación, y Taran se burlaba de su necesidad de quemar energía nadando hasta la extenuación.

Ya no volvería a hacer bromas sobre eso.

Su cuerpo rugía por la necesidad de reclamar a la joven Eli. Su corazón, en cambio, le pedía cautela. Todavía lloraba la muerte de Heather, no estaba preparado para dejarse arrastrar por el delirio del amor. No hasta que las heridas que tenía por dentro sanaran del todo.

La rabia por su muerte todavía lo carcomía.

Pensaba que el odio que lo asolaba por dentro se extinguiría después de haber arrebatado la vida de Stephen en una justa venganza, pero continuaba allí latente, mezclado con la culpa.

Y, para colmo, cada día tenía que ver el rostro de Sean O’Malley, un recordatorio constante de Heather.

No, no estaba preparado para amar a Eli como ella merecía, por mucho que su dulzura lo conmoviera o su cuerpo se estremeciera de deseo con su

sola visión.

Invadido por la nostalgia y los recuerdos, deambuló por el bosque, recogiendo ramas de brezo hasta formar un bonito ramo de flores de tono magenta, y después caminó hasta Muckross Abbey.

En el pequeño cementerio de la antigua abadía, bajo una cruz celta, yacía el cuerpo de Heather.

Visitaba aquel lugar a menudo, al menos una vez a la semana, y pasaba horas allí, hablando de sus preocupaciones como si ella pudiese oírle. El problema era que aquello ya no lo consolaba igual que antes, sino que creaba un vacío cada vez más profundo en su interior. Un vacío que había empezado a llenarse con las sonrisas de Eli, su entusiasmo y su gran corazón.

Taran se arrodilló frente a la tumba y cambió el ramo mustio que se encontraba sobre la lápida por el que acababa de componer.

—Supuse que eras tú el que dejaba las flores en la tumba. Mi tío es alérgico a ellas.

Taran levantó la mirada y se encontró con la figura de Sean O’Malley.

Se puso en pie y lo encaró, tratando de descifrar lo que escondía detrás de sus cristalinos ojos azules.

Aquella era la primera vez que hablaban de forma directa. Los dos eran dos completos desconocidos, pero estaban unidos por un montón de emociones que ninguno era capaz de afrontar.

—Eran las flores preferidas de Heather —musitó Taran.

Sean asintió.

—La fiesta de esta noche me ha recordado mucho a la del decimoctavo cumpleaños de Heather —comentó con voz suave y la expresión teñida de nostalgia—. No tenía nada que ver, por supuesto, la hicimos en mi restaurante y fue mucho más sencilla, pero el entusiasmo de mi hermana era parecido al que ha mostrado Eli. Se parecen mucho.

—Y también son muy diferentes —señaló Taran, pues Eli era mucho más fuerte de lo que había sido Heather.

Durante unos segundos, los dos se quedaron en silencio con la vista fija en la tumba.

—Te he odiado tanto que me sorprende que pueda estar aquí hablando contigo sin matarte —soltó de repente Sean. Aquella declaración, dicha en tono neutro, le impactó. Se abstuvo de decir que era muy dudoso que él le pudiera matar, su destreza en el combate no se podía equiparar con la de Taran. Con todo, admiró el coraje que lo había llevado a decir aquello.

»No dejaba de pensar que, si no te hubieses acercado a ella, todavía estaría viva —continuó diciendo Sean.

—¿Crees que yo no me he odiado por eso? Tendría que haber sido lo suficientemente fuerte como para mantenerme alejado de ella. Los fomorianos teníamos la norma de no intimar con los milesianos, y yo la incumplí. Por eso Heather murió.

Sean asintió y, a continuación, negó con la cabeza.

—También me culpé a mí mismo. La noche que murió ella, intentó hablar conmigo, explicarme que estaba enamorada de ti, pero no la quise escuchar, le dije cosas horribles. Por eso fue a hablar con Stephen después.

—Y por eso yo te he odiado a ti —admitió Taran—. Tus prejuicios hacia mí la empujaron a su asesino.

—Los dos nos hemos odiado y culpado por igual —concluyó Sean—. Sin embargo, ninguno hemos causado realmente su muerte. Fue Stephen. Estaba enfermo. Dejó que el odio nublara su vida hasta el punto de que olvidó el amor hacia su propia familia. —Lo miró con intensidad—. Tú lo mataste.

Su tono no era acusatorio, solo exponía un hecho.

—Sí, y no me voy a disculpar por ello.

—Era mi hermano y lo quería —musitó Sean y su expresión reflejó el dolor que la muerte de Stephen le había provocado—. Pero, si no lo hubieses matado tú, lo habría acabado haciendo yo —agregó con voz dura. Dejó escapar el aliento y, para su sorpresa, le tendió la mano—. Por mi parte, entre nosotros el pasado termina aquí.

—Por la mía también —aceptó Taran estrechándole la mano con fuerza.

Y, así, los dos hombres que Heather más había amado sellaron la paz sobre su tumba.

Después de aquello, Taran regresó al Castillo de la Niebla. Después de la noche en vela, y con las emociones todavía a flor de piel, se coló por la ventana de su habitación y tomó forma humana con un suspiro cansado. Era curioso, pero, después de su conversación con O'Malley, sentía como si se hubiese quitado un peso de encima.

—¿De dónde vienes?

La voz de Elatha lo sobresaltó. Se giró con cautela hacia él y se sorprendió al ver que el rey estaba sentado en uno de los sillones de su habitación, frente a la chimenea.

Una expresión sombría tensaba su rostro mientras lo miraba con dureza.

—He ido a nadar al lago.

—¿Has estado toda la noche allí?

—No.

—¿Es cierto que regresaste a Avalon después de la fiesta?

Las cejas de Taran se alzaron por la sorpresa. ¿Cómo lo sabía? Fue muy cuidadoso al respecto para que nadie lo viera.

—Sí —respondió con renuencia.

—¿Para qué?

Mierda. No podía mentir. No a su rey, pero tampoco podía implicar a Eli, no después de que ella le hubiese comentado que se metería en un lío si descubrían que había estado con él.

—¿Por qué lo quieres saber?

—¡Contesta! —rugió Elatha, poniéndose de pie, en un recordatorio de que le debía obediencia.

—No lo puedo decir, comprometería a otra persona —musitó Taran manteniéndole la mirada pese a todo.

—¿Has robado la Espada del Sol?

Taran parpadeó ante la inesperada pregunta.

—Ni siquiera sabía que la hubiesen robado —respondió con sinceridad.

—¿Puedes explicarme cómo tu cuchillo ha acabado clavándose en el hombro de Lugh?

—¿Qué? No puedes ser. Yo…

Cerró la boca de golpe y fue al armario donde guardaba sus objetos personales. Como no fue armado al baile, dejó allí su cuchillo y no había visto ninguna razón para llevarlo en su encuentro con Eli.

Abrió el cajón en donde debía estar y lo encontró vacío.

Lanzó un suspiro entrecortado y se enfrentó a Elatha. La cosa no pintaba bien.

—Mi cuchillo no está donde lo dejé. Espero que Lugh se encuentre bien —agregó mostrando una preocupación verdadera, pues lo respetaba.

—De la herida sí, pero, al parecer, tu cuchillo llevaba alguna especie de pócima que lo ha dejado inconsciente. Lo que me lleva a la última cuestión: ¿puedes explicarme qué hacía esto entre tus cosas? —inquirió Elatha mostrándole una botellita de cristal azul—. Porque, al parecer, contiene la pócima que ha hechizado a Lugh.

—Es la primera vez que la veo.

Elatha apretó los puños con fuerza, con el cuerpo tan tenso que le temblaba un músculo de la mandíbula.

—Te lo voy a preguntar una sola vez y exijo una respuesta sincera: ¿eres el traidor?

—¿De verdad necesitas que te conteste a eso? —bufó entre incrédulo y dolido.

—¡Responde, maldito seas! —bramó Elatha.

—¡No! —respondió Taran en el mismo tono.

El cuerpo del rey fomoriano se relajó al instante.

—Bien —dijo sin más, como si su simple negativa lo hubiese solucionado todo.

—¿Bien? ¿Eso es todo? ¿Te digo que no y te lo crees?

—Confío en ti. Nunca he creído que seas un traidor —respondió Elatha con un encogimiento de hombros—. Solo me queda encontrar a la persona que está tratando de incriminarte, y lo tengo que hacer pronto,

porque se me ha pedido que te lleve a Avalon ahora para que respondas ante Dagda.

Capítulo 43

Eli avanzaba, paso a paso, con el corazón desbocado. A su alrededor, todo parecía envuelto en una especie de neblina. De pronto, apareció ante ella un espejo de cuerpo entero que estaba suspendido en el aire, en medio de una habitación. Tenía un peculiar marco de plata con cuatro palabras grabadas en él, una en cada banda:

Aer.

Talamh.

Uisce.

Tine.

Agua. Tierra. Aire. Fuego. Los cuatro elementos de la naturaleza.

Una voz que susurraba su nombre.

«Encuéntrame».

«Sálvalos».

La muchacha despertó de su sueño con una opresión en el pecho. La espada continuaba llamándola y su voz era más apremiante en cada ocasión. Y, como siempre, le dejó la amarga sensación de que no estaba haciendo lo suficiente para encontrarla.

Por suerte, tenía una nueva pista: el espejo.

En cuanto terminase el entrenamiento, lo dibujaría en su bloc y se lo mostraría a Morrigan para ver si lo reconocía. Ella era la única que podía ayudarla en aquello porque estaba claro que Dagda no estaba por la labor y a Alana ni si quiera se planteó contárselo. Todavía estaba un poco resentida con ella por pedirle que se mantuviese alejada de Taran sin darle explicaciones.

Taran.

Como solía pasar, su boca se curvó en una sonrisa boba al pensar en él. Y más después de las horas de ensueño que había pasado volando literalmente entre sus brazos.

Había sido un regalo tan especial, que todavía le costaba creer que no hubiese sido un sueño. Solo de pensar en las horas que debió dedicar el fomoriano para ganarse la confianza del animal y domarlo para que ella pudiese montarlo… No hacías algo así por alguien cualquiera.

Solo por una persona que te importara mucho.

No pudo dejar de sonreír mientras se aseaba y se vestía para los entrenamientos. Le iba a resultar difícil mantener la compostura y no quedarse mirando a Taran con corazoncitos en los ojos como en los dibujos animados.

Impaciente por verlo, abrió la puerta… y se dio de bruces con dos guardias.

Su sonrisa se transformó al instante en un ceño fruncido.

—¿Qué ocurre? ¿Qué hacéis aquí?

—Órdenes de Dagda —informó uno de ellos—. Debemos vigilar la puerta mientras permanezcas en la habitación y escoltarte a donde quiera que vayas. Al menos hasta que atrapemos a la persona que irrumpió ayer en Avalon y atacó a Lugh.

Eli dio un respingo. ¿Habían atacado a Lugh?

Embargada por la preocupación, recorrió a toda velocidad el pasillo hasta la habitación que el dios del Sol compartía con su hermana.

Se detuvo de golpe cuando entró en la estancia, jadeante.

Lugh estaba allí, tendido en la cama de dosel, tan lívido y exánime que por un momento pensó que había fallecido.

Un gemido de pesar escapó de su garganta antes de que se llevara las manos a la boca, tratando de contenerlo, mientras los ojos se le llenaban de lágrimas.

—No está muerto. —Aquel murmullo quedo le llegó desde uno de los sofás de la habitación. Se giró y vio allí a Alana. Su hermana estaba pálida y profundas ojeras surcaban la piel bajo sus ojos. El libro de Dagda reposaba en su regazo. Su expresión era tan desolada que dolía mirarla.

»No está muerto —reiteró con voz rota—. Me lo repito una y otra vez. Me levanto cada minuto para comprobar si respira, y solo entonces respiro yo. No puede morir, porque si lo hace yo…

Su voz se quebró por un sollozo desconsolado.

Eli se acercó corriendo a abrazarla, acunando entre sus brazos el cuerpo estremecido de Alana.

Su hermana era la fuerte. La que siempre la protegía. Y deseó poder ofrecerle el mismo apoyo que Eli siempre hallaba en ella.

—Tenías que haberme avisado —reprochó con suavidad.

—No puedes hacer nada. Esa bruja de Idris le ha hechizado. Dagda piensa que en su libro puede haber algo que contrarreste el hechizo y llevo toda la noche buscando.

—Pero te habría hecho compañía.

Se quedaron durante unos minutos en silencio, las dos hermanas abrazadas, compartiendo el dolor.

—No lo entiendo —susurró Alana y su voz sonaba más ronca de tanto llorar—. ¿De qué sirve el don de la videncia si no soy capaz de ver algo tan importante como esto? Se supone que debería de haber tenido algún presentimiento, algo que nos previniese de Taran —agregó frustrada.

Eli, que en esos momentos acariciaba el cabello oscuro de su hermana, se quedó paralizada.

—¿Taran?

—Creemos que fue él el que atacó a Lugh. Después del ataque, Dagda fue al Castillo de la Niebla para enseñarle el cuchillo a Elatha, y él lo identificó en el acto: era de Taran. Después, fueron a buscarlo a su habitación y la encontraron vacía. Al registrarla, hallaron una botellita de

cristal con restos de la pócima utilizada para envenenar el cuchillo —explicó Alana—. Y, además, hay un testigo que vio a Taran en Avalon después de la fiesta.

El estómago de Eli se revolvió mientras su mente daba vueltas.

¿Era posible que hubiese atacado a Lugh después de dejarla en su habitación?

—¿Cuándo fue el ataque?

—No recuerdo la hora. Fue minutos después de que te dejáramos en la habitación.

El alivio le debilitó las rodillas hasta casi provocar que se desplomara en el suelo.

—Taran no pudo ser —murmuró.

—Sé que estás enamorada de él y que no lo crees capaz de hacer nada malo, pero no es el hombre que tú crees.

—No lo entiendes, te estoy diciendo que sé con certeza que Taran no fue —afirmó con convicción.

—¿Cómo puedes estar tan segura? —inquirió Alana con el ceño fruncido.

—Porque estaba conmigo en ese momento.

Alana se levantó de la silla, apretando el libro de Dagda contra su pecho con fuerza, supuso que para no zarandearla.

—Me prometiste que te mantendrías alejada de él —reprochó con enfado.

—Lo sé y lo siento, pero esa no es la cuestión ahora. ¿No lo ves? Taran es inocente.

Alana la miró durante unos segundos sin decir nada, luchando contra su propia ira, y luego suspiró.

—Si lo que dices es cierto, tienes que ir a buscar a Dagda sin pérdida de tiempo.

—¿Dónde está?

—En el Gran Salón, juzgando a Taran. Y si lo encuentran culpable lo matarán. No hay piedad para los traidores.

Capítulo 44

En el Gran Salón de Avalon no quedaba ningún vestigio de la fiesta celebrada la noche anterior y se había convertido en una sala de juicio.

Tres tronos presidían la estancia: en el centro estaba Dagda como líder de los Tuatha dé Danann; a la izquierda, Sean O'Malley en su calidad de Guardián, en representación de todos los milesianos, y en el trono de la derecha se acomodó Elatha, rey de los fomorianos. Los tres mandatarios del Pacto de Tres, dispuestos a tomar una decisión sobre Taran en base a las pruebas que tenían contra él.

Taran se colocó delante de ellos, en medio de un corrillo formado por individuos de las tres razas, entre los que estaban Morrigan y los otros tres generales, que se convertirían en testigos de lo que allí se declarara.

El primero en pronunciarse fue Dagda. Su rostro tenía una expresión oscura.

—Taran MacIndech, se han encontrado pruebas que te señalan como ejecutor de un atentado contra la vida de Lugh Lamhfada, dios del Sol, y eres sospechoso de ser un espía de Balor y traicionar el Pacto de Tres. También de robar la Espada del Sol. ¿Qué tienes que decir al respecto?

—Soy inocente —afirmó Taran alzando el mentón.

—¿Es ese tu cuchillo? —preguntó Dagda cabeceando hacia el arma que estaba sobre una pequeña mesa entre ellos, junto a la botellita de

cristal.

—Sí.

—¿Apuñalaste con él a Lugh?

—No.

—¿Esa botellita de cristal es tuya? —continuó interrogando Dagda.

—No la había visto hasta que me la enseñó mi rey esta misma mañana.

—Un testigo te señala en Avalon después de la fiesta —señaló Elatha.

—¿Puedo saber quién?

Elatha miró hacia sus tres generales e hizo una señal. Acto seguido, Eadan dio un paso al frente.

—Yo —confesó el general—. Lo siento, amigo, no quería delatarte, pero, cuando nuestro rey me preguntó, no pude mentirle.

Taran asintió. Lo comprendía, él habría actuado igual en ese aspecto.

—¿Estuviste en Avalon entonces? —insistió Dagda.

—Sí.

Su admisión despertó un coro de murmullos y varias miradas acusatorias.

—¿Por qué regresaste después de la fiesta? —inquirió Dagda implacable.

—No importa la razón. Regresé, sí, pero no apuñalé a Lugh ni robé la Espada del Sol.

Taran miró a Eadan. Lo consideraba un buen amigo, al igual que a Maon y Sionn. Llevaban milenios juntos. Y, sin embargo, había algo en su testimonio que no terminaba de comprender.

—¿Cómo sabes que estuve en Avalon después de la fiesta?

—Te vi salir a hurtadillas de tu habitación —respondió Eadan—. Tu actitud me resultó sospechosa, así que decidí seguirte. Fue entonces cuando presencié cómo te colabas por una de las ventanas. —No lo podía discutir. Hizo justo eso para llegar a la habitación de Eli. Bajó la mirada y hundió los hombros. Si quería salir indemne, no tenía más remedio que

implicar a Eli. Ella era su coartada. Pero no podía hacerle eso. Además de meterse en un lío, su reputación quedaría en entredicho.

»No pasó ni un minuto antes de que salieras huyendo por el mismo sitio —agregó Eadan.

Aquel último comentario hizo que Taran levantara la mirada de golpe.

Eso no era cierto. Entre que esperaba a que Eli entrase en la habitación, la convencía para que fuese con él y esperaba a que se cambiase de ropa, había estado más de media hora en la habitación de la muchacha.

Eadan mentía.

Y eso solo podía significar una cosa.

Él era el traidor.

—Eso no es verdad.

Los ojos de Eadan se achicaron de forma casi imperceptible antes de que una sonrisa de fingido pesar curvara su boca.

—No vas a conseguir nada negándolo, Taran. Siento ser yo el que te haya delatado, pero es tu palabra contra la mía, y hay pruebas suficientes como para situarte en la habitación de Lugh.

Justo en ese momento, vio que Eli se abría paso entre el gentío hasta adentrarse en el círculo.

Maldijo en silencio. No quería que ella se implicara, pero, antes de que la pudiese detener, la muchacha declaró en voz alta para que todos la oyeran:

—Taran dice la verdad, no estuvo en la habitación de Lugh, al menos no en el momento en el que fue atacado.

Tenía las mejillas arreboladas y el pecho agitado, como si acabase de llegar corriendo. Tal vez lo hubiese hecho.

—¿Y tú cómo lo sabes? —preguntó Dagda con el ceño fruncido.

Eli lo miró de reojo. Taran negó con la cabeza, instándola a que guardase silencio. No obstante, como era habitual en ella, hizo lo que le dictaba el corazón.

—Porque estaba conmigo —confesó.

Un nuevo coro de murmullos atronó en la sala, pero Eli se mantuvo con los hombros erguidos y el mentón en alto, sin avergonzarse de nada, y Taran no pudo más que admirarla por ello.

En cuanto lo dijo, Dagda se puso de pie como un resorte, y su rostro comenzó a enrojecer de ira.

Sus posibilidades de no salir vivo de allí se duplicaron. Si no lo ejecutaban por traidor, era muy posible que el líder de los Tuatha dé Danann lo matara con sus propias manos.

—No es lo que crees —se apresuró a aclarar Eli—. Vino a recogerme a la habitación y me llevó a pasear por el jardín, nada más.

Las palabras de la muchacha aplacaron en cierta medida el enfado de Dagda, porque dejó escapar un gruñido y volvió a sentarse, aunque su mirada le dijo que aquel tema no iba a acabar allí.

—Eso significa que Taran tiene una coartada y que no pudo ser él el que atacó a Lugh —concluyó Sean O'Malley y parecía aliviado por ello.

—Eadan, ¿tienes algo que decir al respecto? —tanteó Elatha mirando al general con intensidad.

—Yo… —Antes de que pudiesen reaccionar, el general cogió a Eli y la apretó contra él. Acto seguido le puso un cuchillo en el cuello.

»No os mováis o la degüello —ladró Eadan al ver que varios de los allí presentes desenvainaban sus espadas.

—Tú eres el traidor —sentenció Taran con una mezcla de dolor e ira.

—¿Por qué? —atronó Elatha—. Eres uno de mis generales. Confiaba en ti.

—¿No lo imaginas? —resopló Eadan mirándolo con rencor—. Elizabeth O'Malley.

—¿Qué tiene que ver mi madre en esto? —intervino Sean con cara de desconcierto.

—Ella y yo queríamos estar juntos, nos amábamos —susurró Eadan con voz ronca—, pero estaba esa estúpida regla sobre que los fomorianos no podíamos establecer relaciones con los milesianos. —Centró su atención en Elatha antes de proseguir—. Una noche intenté hablarte del

tema, y me dijiste que esa regla era inamovible, así que por lealtad a ti me alejé de la mujer que amaba.

—Tú eras el padre de Heather —murmuró Sean con los ojos dilatados por la sorpresa al deducirlo.

—Si hubiese sabido que estaba embarazada, no la hubiese dejado nunca —juró apasionado—. Pero ella no me lo dijo, supongo que porque pensó que ya no me importaba. —Su expresión se ensombreció y apretó a Eli con más fuerza—. Me enteré de la muerte de mi Elizabeth y la lloré por dentro, y el año pasado, cuando mataron a Heather, descubrí la verdad. Vosotros, los milesianos, acabasteis con la vida de la mujer que amaba y de mi hija. Y es algo que no os perdonaré jamás.

»Y en cuanto a ti. ¡Oh, mi rey! —agregó mirando a Elatha con odio—. Tú me traicionaste primero.

—¿Cómo? —preguntó Elatha.

—A mí me negaste la posibilidad de tener una relación con una milesiana y, en cambio, en cuanto Taran te planteó la misma situación, le diste tus bendiciones. Aunque, claro, él siempre ha sido tu preferido. Por eso en parte decidí incriminarle a él, porque te haría sufrir pensar que era un traidor. Fue fácil: me bastó una peluca negra para dejarme ver y tenía acceso a su habitación. Además, que él fuese el hermano pequeño de Kylian lo convertía en una cabeza de turco perfecta. Pero nunca has dudado de él, ¿verdad?

—No —admitió Elatha—. Y también tienes razón en que fui injusto contigo —reconoció con pesar, acercándose con lentitud a ellos—. Pero te equivocas en una cosa. Taran no hubiese renunciado a Heather de ninguna manera. Por eso terminé aceptando su relación con ella, porque sabía que no podía decir o hacer nada al respecto para impedirla. Tú, en cambio, te equivocaste al dejar que otra persona decidiese por ti en el amor, incluso si se trataba de mí. Tendrías que haber luchado más por ella y no rendirte ante el primer bache.

—¡He dicho que no os acerquéis! —exclamó Eadan al darse cuenta de que, mientras el rey hablaba, Morrigan, Maon y Sionn también se habían aproximado a él hasta rodearle.

—Venga, Eadan, suelta a Eli —susurró Taran con voz persuasiva. Intentaba no mirar el rostro de la muchacha porque, si veía miedo en sus ojos, seguramente perdería el control y acabaría lanzándose contra Eadan para partirle el cuello por asustarla.

»Es inocente como lo fue Heather, no merece esto.

—¿Por eso te gusta?, ¿porque te recuerda a ella?

—Sí, cada vez que miro su rostro lo único que veo es a Heather —mintió—. Mírala, es idéntica a tu hija.

Sus palabras hicieron que Eadan vacilara y bajara la mirada hacia la cara de la muchacha.

Fue todo lo que necesitaron.

Como en una coreografía estudiada, Maon atrapó el brazo derecho de Eadan, Sionn el izquierdo, Morrigan le quitó el cuchillo de la mano con una rapidez pasmosa, y Taran alejó a Eli de él.

Solo cuando la tuvo a salvo entre sus brazos, volvió a respirar. Por un instante, se permitió el lujo de estrechar su esbelto cuerpo contra él y enterrar el rostro en su cabello. Aspirar su esencia con necesidad para llenarse de ella. Sin embargo, para su sorpresa y confusión, Eli lo apartó con la mirada gacha y se fue del Gran Salón sin mediar palabra.

Maldijo en silencio, pues no podía ir tras ella en aquel momento. Eadan reclamaba toda su atención.

—Sabes que la traición se paga con la muerte —gruñó Elatha sujetando a Eadan por el cabello mientras Maon y Sionn lo inmovilizaban.

—Tú eres el único traidor aquí. Has puesto por encima de tu propia raza a danianos y milesianos —escupió Eadan—. Pude llegar a comprender que firmaras la paz con los danianos, son dioses poderosos. Pero ¿aceptar un pacto con los milesianos? Es algo que nunca entendí. Ellos deberían postrarse ante nosotros, y lo harán en cuanto Balor y Kylian retomen la soberanía de Irlanda.

—¿Por eso los ayudas?

—Sí, recuerda que yo estaba a las órdenes del rey Kylian antes de formar parte de tu ejército, y él siempre me ha conocido mejor que tú. Me

hizo una oferta que no podía rechazar: me convertirá en su mano derecha, no en un triste segundón como soy ahora.

—¿Qué hechizo ha usado Idris con Lugh? —intervino Dagda, pues aquella era su principal preocupación en esos momentos.

—¿Acaso crees que esa bruja me cuenta sus maquinaciones? Solo me hicieron llegar la poción y me dijeron que debía mojar el filo del cuchillo antes de clavarlo y así Lugh caería en un sueño eterno.

El rostro de Dagda se ensombreció, como si hubiese recibido una revelación nefasta.

—¿Dónde has escondido la Espada del Sol? —preguntó. Eadan le mantuvo la mirada y sonrió, sin responder.

»Escúchame bien —gruñó el rey fomoriano tirándole la cabeza hacia atrás y poniendo su cuchillo en su garganta—. La única razón por la que todavía sigues respirando es porque necesitamos encontrar la espada. Dinos dónde está y tendrás una muerte rápida. De lo contrario, vas a sufrir hasta el infinito.

Para sorpresa de todos, la sonrisa de Eadan se amplió.

—Siento decepcionarte, mi rey, pero el infinito ya ha llegado.

—¿Qué quieres decir?

—Que el Ejército de la Oscuridad ya está aquí.

En cuanto lo dijo, la luz que se filtraba por los ventanales comenzó a atenuarse, oscureciendo la sala. Todos miraron a su alrededor, consternados. Taran y varios más corrieron a asomarse para ver cuál era la causa y descubrieron más de un millar de cuervos creando una sombra en el cielo, volando en círculos alrededor del castillo.

—Son muchos más de lo que había imaginado —susurró Sean.

—¿Cómo es posible que ya estén aquí? —murmuró Dagda, consternado—. Las runas nos daban más tiempo.

—Tal vez Idris haya intervenido —dedujo Morrigan con expresión sombría—. ¡Por Danu que hay que eliminar a esa mujer de una vez por todas!

—Y debemos hacerlo por más de lo que crees —murmuró Dagda—. Creo que el hechizo de Lugh es el «Aisling shíoraí». El sueño eterno —tradujo—. No hay un contrahechizo que lo anule. La única forma de que Lugh despierte es acabar con la persona que lo originó. Debemos matar a Idris.

—Déjalo en mis manos —ronroneó Morrigan con una sonrisa letal.

—Debemos reunir a todos nuestros hombres de inmediato —musitó Sean y, aunque su voz no tembló, se le veía un poco pálido.

—Sin la Lanza de Assal ni la Espada del Sol no tenéis ninguna posibilidad de victoria. Es el final del Pacto de Tres —graznó Eadan con una risa—. Todos moriréis.

—Es posible —gruñó Elatha—. Pero tú serás el primero en hacerlo —afirmó justo antes de desenvainar su espada y clavársela en el corazón.

Capítulo 45

Más de un millar de fomorianos bajo el mando de Balor y Kylian acamparon en la explanada que se hallaba al lado del bosque de robles. Les doblaban en número y estaban mejor armados.

Todos sabían que las posibilidades de salir victoriosos eran muy escasas.

De entre todos, los que peor llevaban la inminente confrontación eran los milesianos. Después de todo, aquella iba a ser su primera batalla, no tenían ningún tipo de experiencia en combate más allá de aquellos meses de entrenamiento. Además, sus cuerpos carecían de la fortaleza sobrenatural de los fomorianos y los danianos, así que serían un blanco fácil.

Morrigan observó a Sean con orgullo. Llevaba un par de meses trabajando muy duro para que aquellas personas pudieran respetarlo como a su líder. Por ello, tuvo que esforzarse el doble que los demás. Y lo había conseguido.

—Tengo un regalo para ti.

Sean miró con sorpresa el *bō* que Morrigan le entregó. Estaba hecho por el mejor herrero fomoriano con metal Fomoré, el más duro y resistente que había, capaz de penetrar la dura piel de los dioses, algo que las armas normales eran incapaces de hacer. Dos serpientes estaban grabadas en su superficie, enroscándose a lo largo del bastón.

—Es magnífico —susurró Sean sopesándolo con admiración.

—¿Estás asustado?

—No —contestó con tono despreocupado.

—No sirve de nada que trates de ocultármelo —señaló Morrigan.

—Sí —admitió finalmente Sean con un suspiro—. No puedo creer lo mucho que ha cambiado mi vida en tan poco tiempo.

—¿Te arrepientes de no haberte quedado en Gales? —inquirió la diosa.

Sean la observó con intensidad por un momento, como valorando su pregunta.

—Nunca —respondió sin dudar y alzó la mano para acariciarle la mejilla con ternura—. Mi lugar es este, como Guardián.

—¿Junto a mí? —preguntó hasta poner una mano sobre la que él había dejado en la mejilla de ella.

—Siempre.

Morrigan sondeó las profundidades de sus claros ojos azules. Nunca había sentido miedo ante una batalla, era la diosa de la Muerte y de la Destrucción, su misión era infundir valor. Sin embargo, sintió tal opresión en el pecho que le costó respirar.

—Escúchame bien, Sean O’Malley, como dejes que te maten en esta guerra, no te lo perdonaré jamás —masculló con voz temblorosa.

—¿Me convertirás en sapo?

Admiró que tuviese el coraje de bromear en aquellas circunstancias.

—Te arrancaré el corazón —afirmó ella siguiéndole la broma.

—El corazón ya me lo arrancaste hace tiempo, mi diosa, y todavía no me lo has devuelto.

—Ni te lo devolveré jamás. Es mi pequeña venganza por robar el mío —aseguró.

Sean dejó escapar una sonrisa tierna antes de atrapar su boca en un beso breve, pero intenso, que terminó mucho antes de lo que ninguno de los dos quería.

Entonces, Morrigan se alzó de puntillas y le susurró en el oído: «*Dearbhófar do neart istigh a thabhairt duit misneach sa chomhrac*[16]». A continuación, buscó sus ojos y pudo ver que los iris de Sean destellaban por un segundo de forma sobrenatural.

—Ya estás preparado, *mo ghrá*.

Sean asintió de forma solemne y avanzó hasta ponerse al frente del batallón formado por los trescientos milesianos que iban a participar en la batalla. La mayoría eran hombres, pero la insistencia de Eli por entrenar con ellos había animado a algunas mujeres también. El único requisito era estar en buena forma física y tener habilidades demostradas en magia. Al menos eso les daría algo con lo que defenderse.

Con un gesto, Sean O'Malley hizo callar a todos y se hizo oír.

—Sé que estáis asustados. Yo también —admitió con sinceridad—. Hoy nos vamos a enfrentar a la muerte, pero tenemos una oportunidad de vivir si ponemos en práctica lo que hemos estado aprendiendo. Usad la cabeza y actuad con el corazón. Sed inteligentes y valerosos. Escuchad vuestro instinto —recordó, repitiendo las palabras con las que Morrigan y Taran les estuvieron machacando durante los entrenamientos—. No solo vamos a luchar por defender nuestro estilo de vida y por nuestras familias; también lo haremos por nosotros mismos. Y citando a William Wallace en la batalla de Starling: «Puede que nos quiten la vida, pero jamás nos quitarán ¡¡la libertad!!».

Mientras Sean hablaba, Morrigan cerró los ojos y se concentró para envolver con su hechizo a todos. En cuestión de un segundo, su energía acarició el interior de cada milesiano, otorgándoles el coraje que necesitaban para afrontar con honor la batalla.

Después, abrió los ojos, a tiempo de ver que Dagda se acercaba a ella.

—Un discurso muy inspirador. ¿Quién es ese William Wallace?

—Fue un soldado escocés de finales del siglo XIII que combatió contra los ingleses —explicó Morrigan—. Aunque estuve en la batalla de Starling y te puedo asegurar que no escuché que dijera eso —agregó un poco desconcertada.

Los milesianos estallaron en vítores y alzaron el brazo en señal de respeto hacia Sean que, erguido frente a ellos y con su nuevo *bō*, tenía un

aspecto imponente.

—Míralo, has convertido a un chef en un guerrero.

—El guerrero siempre ha estado ahí —comentó Morrigan mirándolo con orgullo—. Por cierto, ¿cómo ha reaccionado Eli al enterarse de tu decisión?

—En estos momentos no me tiene mucho aprecio —farfulló Dagda e hizo una mueca—, pero es lo mejor. Ya voy a tener suficiente con evitar que maten a Alana, está decida a acabar ella misma con Idris. Y está en su derecho, esa maldita bruja ha hecho mucho daño a las personas que más quería.

Morrigan se abstuvo de hacer ningún comentario. Entendía el sentimiento que llevaba a Dagda a querer proteger a Eli, ella misma se había sentido en cierta forma aliviada al enterarse de que no iba a estar en el campo de batalla. Sin embargo, también era consciente de que no se podía proteger a la muchacha para siempre.

Se quedaron unos instantes en silencio y luego Dagda puso una mano sobre el hombro de Morrigan.

—Nunca me has decepcionado, Morrigan —susurró con sentimiento —. No dejes que te maten —añadió antes de apretarle el hombro y alejarse.

—Lo mismo digo, viejo —murmuró ella con voz suave.

Capítulo 46

Eli no daba crédito. Después de meses de entrenamiento y esfuerzo, Dagda le había prohibido participar en la batalla. Es más, Alana había secundado su decisión con la excusa de que debía velar por Lugh mientras ella estaba combatiendo. Y, para asegurarse de que cumpliese la orden, apostaron a dos guardias en la puerta con instrucciones para que le impidieran salir.

Y ahí estaba, en la habitación del dios del Sol, haciendo de niñera del bello durmiente.

Si al menos Dagda le hubiese permitido buscar la espada con la que soñaba, no estaría tan frustrada, pero lo estaba. Las personas a las que consideraba su familia, a las que amaba, estaban en peligro, y ella tenía la sensación de que en su mano estaba ayudarles y que Caladbolg era la clave.

Se sentó en el sillón, cogió su bloc y comenzó a dibujar el espejo de su último sueño sobre la espada.

Unas voces provenientes del exterior le hicieron levantar la cabeza. De repente, la puerta se abrió y apareció la enorme figura de Elatha cargando a una Diana en brazos como si fuese una damisela en apuros. Solo que no estaba en apuros, parecía más bien furiosa.

—¡Suéltame! —chilló Diana al tiempo que golpeaba a su marido en el pecho con los dos puños.

—He dicho que te quedarás aquí y punto —repuso Elatha en tono tajante mientras la dejaba de pie sobre la alfombra.

—¡Estás comportándote como un troglodita irracional! —exclamó tan furiosa que tenía las mejillas casi tan rojas como su cabello—. Se supone que soy la diosa de Irlanda. Debo estar presente en la batalla.

—Te recuerdo que estás embarazada —gruñó Elatha.

—Y, si no lo estuviera, ¿me dejarías participar?

—No.

Diana emitió un sonido ininteligible de pura frustración y pateó el suelo con rabia. Eli no pudo más que sentirse identificaba con ella.

—Escúchame bien, Elatha Mac Dalbaech. Ahora mismo voy a salir de aquí para reunirme con los demás y no puedes hacer nada para…

—¿Acaso quieres que me maten? —cortó Elatha cogiéndola por los brazos y ahora parecía tan enfadado como ella.

—No —musitó Diana con un respingo y movió la cabeza de un lado a otro para enfatizar su negativa.

—Porque si cruzas esa puerta te aseguro que estaré muerto —continuó diciendo el rey fomoriano, implacable—. No podré concentrarme en la batalla si sé que estás allí, corriendo peligro. Estaría con todos mis sentidos puestos en ti, velando porque no te ocurriera nada, en lugar de estar centrado en mi enemigo. ¿Es eso lo que quieres, Diana? Porque eso es lo que va a pasar si sales de aquí. —Diana lo miró con los ojos dilatados y los labios temblorosos.

»Necesito saber que estás a salvo —murmuró Elatha cogiendo el rostro de la muchacha entre sus dos grandes manos—. Solo así tendré una oportunidad de regresar a ti —concluyó apoyando la frente contra la suya.

Supo sin lugar a duda que, con aquella declaración, Elatha había conseguido convencer a Diana. Las palabras que oyó a continuación a su amiga se lo confirmaron:

—Está bien, me quedaré aquí, pero más te vale regresar. Si este niño sale tan testarudo como su padre, voy a necesitar que estés a mi lado para criarle o me volveré loca.

—Regresaré a ti —aseguró Elatha y la besó de forma apasionada.

Eli apartó la mirada, pues la escena le pareció demasiado íntima, y se acercó a la ventana para simular que contemplaba el paisaje cuando lo único que pretendía era disimular las lágrimas que acudieron a sus ojos.

¿Alguna vez alguien la amaría así? Porque estaba claro que Taran no lo haría. Mucho se temía que su visión de ellos dos no era más que un reflejo de sus propios deseos más que una escena del futuro.

«Cada vez que miro su rostro lo único que veo es a Heather».

Las palabras de Taran no se le iban de la mente y fustigaban su corazón una y otra vez. Ahora ya sabía la verdad. Él la trataba con cariño porque le recordaba a su amada. Eso era todo. Nada más.

—Así que a ti también te han dejado en el banquillo, ¿eh? —comentó Diana.

Eli se enjugó las lágrimas con disimulo y se volvió hacia su amiga con una sonrisa de simpatía.

—Sí, Dagda y Alana no me han dado opción.

—Te puedo asegurar que, si Lugh estuviese consciente, Alana estaría ahora mismo aquí con nosotras —bufó Diana—. ¿Y bien? ¿Qué tenías pensado hacer para entretenerte? Porque te juro que necesito una distracción o acabaré desquiciada.

—Estaba dibujando —comentó Eli y cabeceó hacia su bloc.

—¿Y no tienes nada más interesante que dibujar que el espejo de Dagda?

Eli contuvo el aliento.

—¿Conoces este espejo? —inquirió la joven.

—Sí, está en una pequeña sala que hay en la habitación de Dagda. Él la llama la Sala de la Magia. Ahí es donde echa las runas cada mañana y también donde guarda pequeños tesoros que ha ido recopilando a lo largo de los siglos. No suele dejar entrar a nadie, pero tiene un diario del mismísimo Leonardo da Vinci y, como sabe que soy una entusiasta de esas cosas, me permitió entrar para…

—Necesito ver el espejo ahora mismo —atajó Eli interrumpiendo su diatriba.

—¿Ahora? No creo que te dejen salir. Si esperas a que…

—No puedo esperar. Es importante, Diana. Ese espejo tiene algo que ver con una espada mágica que he visto en sueños. Creo que es algo así como una puerta que conduce a ella —explicó Eli en tono apremiante—. Y tengo la premonición de que esa arma es determinante para que ganemos esta guerra. Por favor, ayúdame a salir de aquí y llegar a ella.

—Si hago eso, Dagda y Alana me matarán.

—Si no lo haces, seguramente sean ellos los que mueran —auguró Eli.

Diana lo meditó durante unos instantes y luego suspiró.

—Está bien, pero ¿cómo tienes pensado burlar a los guardias? Tendrías que ser invisible o poder atravesar paredes.

Su comentario encendió una luz en la mente de la muchacha.

—Claro, la Capa de las Nieblas —susurró Eli.

—¿Qué es eso?

—Es una capa que Mananánn regaló a Lugh y que él utilizó para rescatar a Alana del Pazo de Breogán. Cuando te la pones te concede el poder de la invisibilidad y te permite atravesar cualquier puerta, pared o muro. —Miró a su alrededor—. Debe de estar en esta habitación. Venga, ayúdame a buscarla. Es de color verde.

Las dos mujeres estuvieron varios minutos rebuscando en la habitación.

—En este armario no hay nada —concluyó Diana cerrando las puertas.

—En esta cómoda tampoco.

—¿Has mirado en ese arcón? —inquirió Diana cabeceando hacia un bonito baúl de madera que había a los pies de la cama.

Eli fue directa hacia él, lo abrió y, después de rebuscar unos instantes, por fin dio con la capa. La cogió con un gritito de triunfo.

—¿Qué planes tienes? —preguntó Diana.

—Por lo pronto, salir de aquí y llegar hasta el espejo. Después, averiguaré la forma en que puede conducirme hasta la espada. —Diana la observó, todavía renuente a dejarla ir sola.

»Confía en mí —susurró Eli.

Con un suspiro, la diosa de Irlanda claudicó.

—Más te vale no correr ningún peligro o Alana me matará.

—No voy a hacer nada que me ponga en peligro —mintió, pues sabía en el fondo de su ser que el simple hecho de buscar esa espada ya era una temeridad.

Sin pérdida de tiempo, Eli se puso la capa. En cuanto cubrió su cabeza con la capucha, se hizo invisible. Miró a su alrededor, todo parecía envuelto en una especie de neblina irreal.

—Lo que habría dado por tener una de esas cuando era pequeña.

La voz de Diana le llegó con un eco lejano.

—Deséame suerte —susurró Eli y avanzó hacia la pared.

Primero, tanteó ese nuevo poder prestado y estiró el brazo hasta que su mano atravesó la superficie. Después, la retiró y la observó con fascinación, sintiendo un suave cosquilleo sobre la piel.

Contuvo el aliento, cerró los ojos y avanzó. Cuando los volvió a abrir, después de tres pasos, estaba en el pasillo. Comprobó que los guardias no se habían percatado de nada, pues seguían en la puerta, hablando entre ellos, y prosiguió su camino hacia la habitación de Dagda.

Un par de minutos después, estaba frente al espejo.

Lo miró con curiosidad. En verdad parecía que levitaba en el aire, no había nada que hiciese de sujeción. Admiró el elaborado marco de nudos celtas y pasó la mano por las cuatro palabras grabadas en él. Palpó con cuidado en busca de algún resorte, pero no encontró nada que pudiese abrir una puerta. Y el espejo llevaba a la espada, lo sabía.

Puso la mano en su superficie, pensando que tal vez solo tenía que atravesarla para entrar, pero su mano solo encontró un espejo inusualmente cálido.

Después de mucho pensar, cayó en la cuenta: la Capa de las Nieblas podía atravesar cualquier barrera. ¡Esa era la solución! Se puso la capucha y avanzó hacia el espejo hasta atravesarlo. Y eso es justo lo que hizo, paso a través de él, sin más.

Frustrada, se puso frente a él, recorriéndolo con la mirada en busca de alguna pista. En un momento dado, en lugar de fijarse en el espejo, captó su propia figura reflejada.

—Venga, Eli, tú puedes —se dijo para darse ánimos.

En ese momento, recordó la imagen de uno de sus sueños en los que se miraba a sí misma a los ojos y se enfrentaba con su propio yo. Y, entonces, lo supo.

Miró a su alrededor hasta dar con algo que sirviese a sus propósitos y encontró un pesado cetro de oro. Lo cogió con las dos manos, cogió impulso y golpeó el espejo con él.

Su imagen se hizo añicos delante de ella. El espejo se rompió en cientos de pequeños trocitos dejando al descubierto una oscura abertura que parecía la entrada de un pasadizo.

Con el corazón acelerado, se introdujo en el hueco. La oscuridad la envolvió al instante, húmeda y aterradora. Tuvo el impulso de retroceder y volver a la luz, a la seguridad de la habitación de Lugh, pero la certeza de que estaba en sus manos la posibilidad de encontrar la espada y salvar a todos la obligó a continuar.

Usando un truco que Lugh le había enseñado, creó una pequeña bola de luz para iluminarse. Entonces, pudo ver una angosta escalera que descendía.

Esa imagen también formaba parte de uno de sus sueños, lo que implicaba que iba por el camino correcto.

Comenzó a descender, escalón a escalón. Perdió la noción del tiempo mientras bajaba más y más profundo, por unas escaleras que parecían infinitas. Y cuando pensaba que nunca alcanzaría el fin, vio una pequeña luz al fondo que fue creciendo conforme avanzaba.

No tardó en descubrir que las escaleras terminaban en una enorme gruta cavernosa, con las paredes cubiertas por algún tipo de musgo luminoso que emitía un suave resplandor azulado y, en el centro, un lago de aguas plateadas cubierto por una espesa neblina.

Se acercó cautelosa a la orilla y, al instante, un suave remolino dispersó la niebla para abrir paso a la etérea figura de una hermosa mujer. Su piel era tan clara que parecía translúcida, su largo cabello tan rubio que

era casi blanco y su vestido parecía hecho de la misma agua del lago, pues se fundía con él.

—Te estaba esperando —susurró la mujer al detenerse a un par de metros frente a ella—. Me llamo Niniana y soy la guardiana de este lago.

—¿Me conoces?

—Claro, llevo milenios esperándote. Eres la única que ha escuchado la llamada de Caladbolg. Tú eres la elegida.

—¿La elegida para qué?

—La elegida para empuñar a la Espada Centelleante. Has venido a por ella, ¿verdad?

—Creo que sí.

Niniana asintió y estiró los brazos hacia adelante con las palmas hacia abajo. Al instante, la espada que Eli había visto en sueños emergió de las aguas y flotó hasta ella.

Eli la cogió con manos trémulas. Era todavía más impresionante de lo que imaginaba, aunque su filo estaba oculto por una vaina de plata labrada con nudos celtas.

—En el momento en el que la desenvaines, todos tus enemigos caerán bajo el poder de su resplandor. Sin embargo, Caladbolg siempre exige un sacrificio. ¿Lo entiendes?

Eli asintió con los ojos llenos de lágrimas.

El sacrificio era su vida.

Capítulo 47

El verde prado se iba tiñendo de sangre por cada minuto que pasaba.

Los gritos y gruñidos se dejaban oír entre los tañidos del metal.

Ráfagas de energía se alternaban con mandobles de acero.

Las dagas de Idris segaban las vidas de los dioses sin piedad.

La batalla estaba en pleno apogeo.

Y la iban perdiendo.

Los milesianos eran los que más bajas estaban teniendo, impotentes ante la fuerza de sus rivales.

Morrigan y Sean lucharon espalda con espalda, en perfecta coordinación, y consiguieron acabar con muchos de sus enemigos. Sin embargo, por muchos que mataban, siempre aparecían más. Cuando se vieron rodeados por medio centenar de fomorianos, intercambiaron una mirada rápida en la que expresaban sin palabras el amor que sentían y lo que ambos ya sabían: estaban al límite de sus fuerzas.

Aquel era su fin.

Iban a morir…, pero lo harían juntos y luchando hasta su último aliento.

* * *

En ese momento, a metros de distancia, los cuervos de Elatha luchaban sin descanso abriéndose camino entre las filas de fomorianos hasta llegar a Balor y Kylian.

Elatha se enfrentó al primero, Taran hizo lo propio con su hermano y los mellizos se ocuparon de los generales de Kylian.

—Vaya, vaya. ¿A quién tenemos aquí? —comentó Balor en tono jocoso mientras miraba a Elatha con odio—. Eres un traidor a tu propia raza y, por eso, disfrutaré matándote —añadió justo antes de descargar su espada contra él.

Elatha bloqueó el golpe con facilidad y sonrió.

—Me gustaría ver cómo lo intentas —replicó con arrogancia antes de atacar.

Sus cuerpos se movían con rapidez mientras sus espadas desprendían chispas al entrechocar una y otra vez. Era una lucha muy igualada.

Entonces, Elatha escuchó un grito de angustia no muy lejos. Reconoció la voz: era Maon.

Se giró un segundo hacia la dirección donde miraba y descubrió el cuerpo de Sionn tendido en el suelo.

Aquel segundo de distracción provocó que Balor consiguiera alcanzarle con la espada en el hombro. Gruñó de dolor al sentir el acero atravesando su carne y cayó de rodillas.

Balor no perdió la oportunidad y, alzando la espada, arremetió contra él, pero Elatha logró bloquear el golpe. Por un instante, quedaron rostro con rostro.

—Mira a tu alrededor. Tus hombres están cayendo —masculló Balor con jactancia.

Elatha lo sabía. En aquel momento, Taran y Maon luchaban con bravura contra Kylian y varios de sus guerreros, pero no tenían ninguna oportunidad. La inferioridad numérica era demasiado acusada.

»¿Sabes lo que voy a hacer en cuanto acabe contigo? —continuó diciendo Balor y dejó relucir una sonrisa sádica—. Buscaré a esa daniana con la que te has casado y jugaré un rato con ella. Después, se la pasaré a

mis hombres y, si todavía sigue con vida después de eso, la destriparé para arrancarle a ese mestizo que le has puesto en el vientre.

Aquello firmó su sentencia de muerte.

Los ojos de Elatha relampaguearon justo antes de que un rayo cortara el cielo y el estrépito de un trueno sofocara por un segundo el clamor de la batalla. Había despertado al Señor de la Tormenta.

Con un rugido animal, Elatha se puso de pie mientras empujaba a Balor. Su acción fue tan sorpresiva que su contrincante, confiado en su victoria, perdió el equilibrio y, antes de que pudiera reaccionar, Elatha giró sobre sí mismo con un movimiento rápido y fluido y lo decapitó de un golpe.

En aquel momento, un grito femenino y desgarrador llegó hasta él.

* * *

Alana llegó hasta Idris justo en el momento en el que terminó de gritar. Su rostro reflejó una profunda desolación al ser testigo de la muerte de su amante.

No obstante, Alana no sintió ninguna pena por ella. Había acumulado demasiado odio durante muchos años. Era hora de vengarse por su madre, por Eli, por Lugh y por ella misma.

—No sufras, ahora mismo te reunirás con él —espetó con una sonrisa provocadora.

—Maldita niñata —siseó Idris con furia.

La mujer extendió los brazos hacia adelante y, con las palmas abiertas, dejó escapar un rayo de energía. Al instante, Alana la imitó.

Los dos rayos impactaron con un potente chisporroteo. Ambas poseían mucho poder, pero pronto fue evidente que Idris era más fuerte.

Dagda observó la escena mientras descargaba su porra a diestro y siniestro contra los fomorianos. El rayo de Idris iba alargándose a medida que el de Alana se acortaba. No tardaría mucho en impactar contra su hija.

Hizo ademán de ir hacia allí para ayudarla, pero algo captó su atención por el rabillo del ojo. Un unicornio alado descendía del cielo hacia un

pequeño montículo que se elevaba en el centro del campo y en su lomo, como una intrépida amazona, Eli.

Por un instante, admiró su determinación y su valentía. Pero, al reconocer la espada que la muchacha llevaba entre sus brazos, solo sintió pavor.

* * *

Eli temblaba tanto que fue un milagro que no se cayese del lomo de Craosach.

El sonido de la batalla era aterrador; el olor a sangre y a muerte, nauseabundo.

Procuró no mirar entre los cuerpos que se retorcían bajo ella, porque sabía que, si veía el cadáver de alguna de las personas que amaba, se desmoronaría.

Divisó un pequeño montículo en el centro del campo y guio al unicornio hacia él. En cuanto tocó suelo, le dio las gracias con una suave palmada y le instó para que se fuera, porque no quería que le pudiese suceder nada malo.

Había llegado el momento de la verdad.

Con los ojos anegados en lágrimas, Eli cogió con una mano la empuñadura de la espada y puso la otra en la vaina. Entonces, inspiró de forma profunda y comenzó a desenvainar.

El fuerte resplandor que desprendía el filo conforme lo descubría, la obligó a cerrar los ojos.

De repente, sintió unas manos sobre las suyas, deteniendo el movimiento. Abrió los ojos y se encontró con el rostro de Dagda.

—¡No! —rugió el dios.

—Pero es mi destino —farfulló Eli sollozando, aunque decidida a hacerlo—. La espada exige un sacrificio. Una vida por cientos.

—Lo sé, mi valiente Eli —repuso Dagda y, por un momento, dejó escapar la más tierna de las sonrisas—, pero no va a ser la tuya mientras yo pueda evitarlo.

Antes de que pudiera impedirlo, Dagda la apartó al tiempo que le arrebataba la espada y, con un rápido movimiento, la desenvainó y apuntó con su filo hacia el cielo.

Al instante, la espada dejó escapar un fulgurante centelleo que se extendió como una onda concéntrica por todo el campo de batalla, matando a su paso a todos los enemigos, que se quedaron petrificados en un primer momento para luego desintegrarse hasta formar un montón de arena.

Los únicos que quedaron en pie fueron los partidarios del Pacto de Tres. Se miraron unos a otros, confusos por lo que acababa de suceder.

Eli oyó que Alana gritaba su nombre al darse cuenta de su presencia allí. También le pareció escuchar la voz de Morrigan. Y la de Taran.

Sin embargo, no levantó la mirada hacia ninguno. Sus ojos estaban clavados en el suelo, donde el cuerpo inerte de Dagda había caído desmadejado.

Lamentos.

Gritos.

Preguntas.

Eli ignoró a todos. Cogió la espada con manos temblorosas y la envainó con cuidado. Después, aprovechando el tumulto, se escabulló de allí. No se detuvo hasta que regresó a la gruta y se encaró con la mujer del lago.

—¿Por qué lloras, niña? —preguntó Niniana—. Ya te dije que la espada exigía un sacrificio.

—Porque no era el que yo esperaba —susurró Eli con la voz rota y le devolvió la espada.

Dagda había estado en lo cierto. Era un arma demasiado peligrosa como para que volviese a ver la luz.

Capítulo 48

El constante latido del *bodhrán*[17], unido al plañido de las gaitas, se mezclaba con el lamento de los allí presentes.

Sin duda, aquel era un aciago día para el mundo mágico.

Más de doscientos hombres y mujeres, pertenecientes a las tres razas, murieron en el campo de batalla; entre ellos, uno de los generales fomorianos y el líder de los Tuatha dé Danann.

En el mismo prado en donde habían derramado su sangre, se hicieron las piras funerarias y, así, los seres queridos de los fallecidos fueron prendiéndolas, una a una, para que el fuego purificase sus almas y les ayudase en su pronta reencarnación.

Pronto, la oscuridad fue llenándose de puntos de luz, como faros en la noche. Las llamas se alzaron en el cielo, crepitando con energía, avivadas por las lágrimas de pesar de los que lloraban a sus muertos.

Maon se acercó con el rostro desolado hacia la pira en donde yacía Sionn. Todos los fomorianos lamentaban su pérdida, pero ningún sentimiento de pesar podía compararse con el dolor que estaba sintiendo su hermano mellizo.

—Que Domnu cuide tu espíritu y te conceda una pronta reencarnación —susurró con voz rota justo antes de acercar la antorcha a la base de ramas sobre la que yacía su hermano.

Era muy raro ver a un guerrero fomoriano derramar lágrimas, ya que se consideraba una debilidad y podía ser objeto de burla; sin embargo, nadie dijo nada cuando el gigante Maon estalló en un llanto desconsolado. Todo lo contrario, su profundo dolor emocionó a los duros guerreros y más de uno acabó llorando junto a él. Entre ellos, Taran y Elatha. Sionn había sido un guerrero leal y un buen amigo, y su recuerdo quedaría por siempre en sus corazones.

La última pira en prender fue la del líder de los danianos. Todos quisieron presentar sus respetos al Buen Dios, pues, gracias a su sacrifico, ellos seguían vivos y el Pacto de Tres estaba por fin a salvo.

Como hija de Dagda, Alana fue la encargada de prender su pira. Se acercó lentamente, con las lágrimas derramándose por sus mejillas, pero, cuando debía alzar el brazo para acercar la antorcha a la leña, se quedó paralizada.

Por suerte, ahí estaba el dios del Sol que, para alivio de todos, despertó de su hechizo a los pocos minutos de terminar la batalla, ya que Idris se desintegró junto al Ejército de la Oscuridad.

Lugh, al percatarse de que el dolor había inmovilizado a su amada, se puso junto a ella y, poniendo su mano sobre la que tenía agarrada a la antorcha, le cedió su fuerza para poder hacer el último movimiento.

En cuanto la antorcha tocó la pira, esta prendió. Las llamas fueron lamiendo las ramas, extendiéndose, hasta envolver el cuerpo de Dagda en una bola de fuego abrasador.

Poco a poco, tal y como prendieron, las piras se fueron apagando hasta dejar solo un rastro de cenizas y una humareda negra que se diluyó en el viento.

Era el turno de Morrigan.

La diosa de la Muerte se transformó en corneja y alzó el vuelo para guiar a los espíritus liberados hasta Kawgynt, la tierra de los espíritus libres, en donde permanecerían hasta su próxima reencarnación.

Y, así, el ciclo de la vida, tal y como la conocían los celtas, volvería a empezar.

Vida.

Muerte.

Reencarnación.

Todo formaba parte de un bucle infinito y constante.

Aquel día, la luz venció a la oscuridad en una guerra eterna que se remontaba al principio de los tiempos. Y todos los allí presentes juraron sobre las cenizas de sus seres queridos que su muerte no sería en vano y que lucharían para que la luz siguiese brillando en el mundo mágico.

Capítulo 49

Asomada al ventanal de su habitación, Eli tenía la mirada perdida en el horizonte.

No pensaba en nada especial; su mente estaba demasiado abotargada.

Tampoco podía llorar, sentía el cuerpo tan entumecido que era incapaz de hacerlo. De todos modos, ya no le quedaban lágrimas.

Simplemente permanecía allí, en una especie de limbo.

Oyó que llamaban a la puerta, pero no se giró.

—¿Eli? —tanteó Alana asomándose a la puerta. Al verla en pie, no esperó a que le concediese permiso para entrar—. No puedes seguir así, cariño. —Eli no respondió, ni siquiera se molestó en mirarla.

»No has tocado la bandeja de comida que te he dejado para el desayuno y ayer tampoco probaste bocado —le reprochó Alana con preocupación.

—No tengo hambre.

—¿Has conseguido dormir algo?

—Lo he intentado —respondió la muchacha—. Me meto en la cama y cierro los ojos, pero no consigo conciliar el sueño.

—Al menos, sal de aquí y pasea por el jardín. No puedes pasarte el día encerrada entre estas cuatro paredes.

—No me apetece.

—Taran ha preguntado varias veces por ti.

«Cada vez que miro su rostro lo único que veo es a Heather».

—No quiero verlo —replicó, todavía dolida por el recuerdo de sus palabras.

Alana dejó escapar un suspiro impotente.

—Dime lo que puedo hacer. ¿Cómo puedo ayudarte?

—No puedes —respondió Eli y esa vez sí que se giró hacia su hermana —. ¿Es que no lo entiendes? ¡Dagda murió para salvarme! —exclamó con voz rota.

—Murió para salvarnos a todos —repuso Alana con tristeza.

—Pero ¡era mi destino! No tenía ningún derecho a arrebatármelo. Yo debía morir allí, y él seguiría viviendo y haciendo cosas buenas. Su vida era más valiosa que la mía.

—No para Dagda. Y tampoco para mí —añadió Alana—. Si yo hubiese sabido lo que ibas a hacer, también hubiese actuado como él —confesó su hermana. Su abierta sinceridad la dejó sin palabras con las que replicar. No tenía dudas de que Alana siempre haría lo que fuera para protegerla, lo había hecho siempre.

»Nuestra madre vio en las runas que el futuro te auguraba cosas grandes, y me hizo prometer que yo te protegería en tu camino —reveló Alana, como si hubiese leído su mente—. ¿Te has parado a pensar que, tal vez, Dagda dio la vida por ti porque también sabía que tú estabas predestinada a algo más importante?

—¿A qué?

—Eso, mi querida niña, es algo que tendrás que averiguar por ti misma.

Eli volvió a mirar por la ventana, tratando de procesar el tumulto de emociones que acababa de despertar en ella aquella conversación.

—Te voy a pedir un favor —susurró con voz queda—. Necesito irme de *Tir na nÓg* y no quiero que me lo impidas.

—Ir, ¿a dónde?

—No lo sé. Solo siento que debo alejarme de todo durante un tiempo. Encontrarme a mí misma. Tal vez ir a la universidad. Probar a hacer una vida normal como hizo Sean, lejos de la magia.

Alana se quedó en silencio durante tanto tiempo que pensó que no iba a responder.

—Tómate el tiempo que necesites —respondió finalmente con un murmullo—. Y cuando estés preparada, tardes lo que tardes, regresa a nosotros.

Eli se giró hacia ella y la miró con sorpresa. Sabía lo mucho que le había costado aceptar su petición, y eso solo era una prueba más de lo mucho que la amaba Alana.

—Gracias —musitó con el corazón en un puño. Las dos hermanas se abrazaron con fuerza y, entonces, sí, Eli lloró.

»Creo que voy a comer algo y comenzaré a hacer la maleta —anunció cuando las lágrimas por fin se le secaron. Y eso hizo en cuanto Alana se marchó. Después, decidió salir al jardín y fue a su rincón preferido a despedirse de Craosach.

»Te voy a echar de menos, amigo —susurró mientras le daba una manzana que el unicornio se apresuró a engullir. El unicornio pifió enseguida, pidiendo más.

»En verdad estás hecho un glotón —musitó ella con una sonrisa.

En ese momento, sintió una presencia a su espalda, se giró y allí estaba Taran, ante ella, tan magnífico como siempre.

—Eli —susurró y no dijo más.

Solo la miró y lo hizo con un hambre y un anhelo que la dejó confusa.

—He venido a despedirme de Craosach —farfulló ella nerviosa.

—¿Te vas?

—Sí, me voy hoy mismo. Necesito alejarme por un tiempo. Seguramente vaya a Galicia y retomaré las clases, aunque todavía no lo he decidido —añadió antes de que él pudiese preguntarle su destino.

—¿Y no pensabas despedirte de mí?

Eli dejó escapar el aliento de golpe. No se esperaba aquella pregunta ni el dolor que acababa de aparecer en sus ojos.

—No pensé que te importase mucho, la verdad. Lo único que soy para ti es un recuerdo de Heather, ¿no? Oí lo que le dijiste a Eadan y me hizo mucho daño, aunque tú no tienes la culpa por sentir así —agregó al ver la expresión de confusión que cruzó su rostro. El rostro de Taran se volvió inescrutable. Esperó a que dijese algo, que le diese alguna explicación, pero él bajó la mirada.

»Adiós —susurró Eli y se alzó de puntillas para depositar un beso rápido en la mejilla del guerrero.

Justo cuando se giró para alejarse de él, Taran la detuvo cogiéndola de la mano.

—No, no digas adiós —masculló el general fomoriano con voz tan ronca que le erizó la piel—. Mentí —confesó—. No veo a Heather cuando te miro. Todo lo contrario. Cada vez me cuesta más recordar su rostro porque el tuyo siempre se cuela en mis pensamientos. Y todavía no estoy listo para dejarla ir.

»Tú necesitas alejarte, y yo necesito tiempo. Así que no, esto no es una despedida. Porque sé con certeza que nuestros destinos se volverán a encontrar cuando los dos estemos preparados para amarnos por completo.

Y, con la esperanza de aquella promesa en los ojos de Taran, Eli se marchó.

Capítulo 50

En el instante en el que acababa de lanzar el sedal al lago Leane, un aleteo detrás de él hizo que Sean se girara a tiempo para ver cómo Morrigan volvía a tomar su forma humana.

—¿De dónde vienes?

—De dar una vuelta —dijo la diosa evasiva.

No lo engañó ni por un segundo.

—¿De dar una vuelta… por Galicia?

—Culpable —admitió finalmente con un mohín—. Hace un mes que se fue, debía asegurarme de que estaba bien y he sido de lo más discreta para que no me descubriese.

—¿Es que acaso Alana no habla con ella todas las semanas y le ha asegurado que le va todo sobre ruedas?

—Bueno, quería comprobarlo con mis propios ojos.

—¿Y bien?

—Ha alquilado un bonito apartamento en Lugo, ha echado solicitud en la Universidad de Bellas Artes para el curso que viene, y ha hecho varios amigos y queda con ellos a tomar algo, como lo haría cualquier joven de su edad. Realmente parece que es feliz —concluyó aliviada.

—Hablando de felicidad… Acabo de tener noticias de Gales. Al parecer, Dylan y Becky se van a casar en primavera y nos han invitado a la boda.

—Me alegro mucho por ellos —afirmó Morrigan con sinceridad—. ¿Todo bien por allí?

Tras la muerte de Dagda, y en vista de que su relación estaba consolidada, Morrigan le había dado la opción de vivir en *Tir na nÓg* con ella, donde no envejecería jamás, un honor que solo estaba destinado a muy pocos.

Sean no lo dudó. Sabía lo que Morrigan opinaba sobre el amor y la eternidad y, que hubiese decidido correr el riesgo con él, solo era una señal más de que su sentimiento era real.

Por ello, decidió traspasar el restaurante Red Dragon a Rhonda.

—Sí, parece que todo va bien por allí. Dylan me ha contado que Rhonda y Pierre han empezado a vivir juntos, y que el restaurante va tan bien que ha tenido que contratar a dos personas más para la cocina. También me ha dicho que Briana ha empezado a salir con un primo suyo, un buen chico, y está deseando que lo conozcamos.

—Eso sí que es una gran noticia —repuso Morrigan con una sonrisa feliz—. ¿Están picando? —preguntó cuando se acercó a él para darle un beso breve, pero intenso.

—No me puedo quejar —murmuró Sean con un encogimiento de hombros.

Algo debió de reflejar su expresión porque los ojos de Morrigan se achicaron por un segundo antes de que asomara la cabeza al cubo en donde estaba guardando sus capturas.

—Y tanto que no te puedes quejar —comentó con un silbido—. ¿Cuántas truchas hay ahí? ¿Veinte?

—Veintitrés.

—Pues a no ser que lleves aquí todo el día pescando… —Sean enrojeció.

»¡Sean O’Malley! ¿Has usado la magia para pescar truchas? —acusó Morrigan con fingido horror al verlo ruborizar.

—Tal vez —reconoció en un murmullo avergonzado.

—¿No pensabas que pescar así no tenía mérito?

—Bueno, ahora que soy el nuevo chef de Avalon, tengo muchas bocas que alimentar. Y no los he pescado todos con magia —se defendió él—. Además, desde que tú apareciste en mi vida, la magia me vuelve a rodear. ¿Qué sentido tiene resistirme a ella?

—El mismo que resistirte a mí —respondió la diosa acercándose a él hasta rodearle la cintura con los brazos—. Has sido conquistado por el hechizo de Morrigan.

—Lo sé —admitió él y la miró con todo el amor que sentía por dentro —. Y pienso disfrutar mi derrota por el resto de la eternidad.

Epílogo

Cinco años después…

La decisión de regresar a Tir na nÓg no fue tomada a la ligera. Lo llevaba pensando meses y, por fin, había sucumbido a la verdad. Y la verdad era que aquel era su verdadero hogar. No en sí por el lugar, sino por las personas que habitaban en él.

No es que no tuviese una vida feliz en Galicia. Después de graduarse en Bellas Artes, consiguió trabajo como ilustradora en una importante editorial especializada en fantasía. Hizo buenos amigos e incluso salió con algún chico. Sin embargo, su corazón le susurraba que aquel no era su lugar y algo que había aprendido de Dagda era que siempre debía escuchar a su corazón.

Pero, al regresar, el recibimiento no fue el que esperaba.

Para empezar, al llegar se topó a un niño jugando en el jardín de Avalon, a pocos metros de la entrada del castillo. Tenía unos cuatro o cinco años y era muy hermoso, con el cabello negro y los ojos de un tono gris claro, como el de un cielo tormentoso.

—¿Y tú quién eres? —preguntó acuclillándose a su lado para quedar al nivel de sus ojos.

—Soy Bres, príncipe de los fomorianos —anunció con orgullo—. Mi papá es un rey y mi mamá es la diosa de Irlanda, ¿sabes? —añadió en tono confidente.

—¿Y estás aquí solo?

—Mi papá me ha dicho que era mejor que esperase fuera para no ver llorar al dios del Sol ni escuchar los gritos de Alana —explicó con un encogimiento de hombros.

Eli abrió mucho los ojos al entender sus palabras. La preocupación la embargó. Alana estaba embarazada, pero, que ella supiese, no salía de cuentas hasta dentro de un mes.

Con el corazón desbocado entró en el castillo y subió las escaleras en dirección a la habitación de Lugh y Alana. Cuando llegó al corredor, se detuvo de golpe al ver a Elatha y a Sean apoyados en la pared mientras Lugh caminaba por el pasillo, andando de un lado a otro, mientras mascullaba cosas ininteligibles.

—¿Alana está bien? —inquirió acercándose a ellos.

—Eli —susurró Lugh al verla y la abrazó.

Tenía el rostro desencajado, y Eli se temió lo peor.

—¿Qué ha pasado?

—El parto se ha adelantado. Yo… Todo es mi culpa.

—Ya te lo he dicho, no es tu culpa —repuso Elatha con los ojos en blanco.

—Y Morrigan se acaba de asomar para decirnos que el parto está yendo con normalidad —intervino Sean al ver la expresión preocupada de Eli.

—¡Es mi culpa! —insistió el dios del Sol con una exclamación dramática.

—Lugh está en la fase en que se culpa por haberla dejado embarazada —explicó Elatha con una sonrisilla burlona—. Yo también la pasé cuando Diana dio a luz y juré y perjuré que no la volvería a tocar más. Y ahora vuelve a estar embarazada —confesó con un guiño.

—Pero yo no la voy a tocar más —juró Lugh con emoción—. Además, aunque quisiera, no podría. Me ha dicho que me odia —agregó en tono lastimero.

—No lo ha dicho en serio —aseguró Elatha en tono paciente.

—¿Y por qué me ha echado de la habitación?

—Porque no parabas de pedirle perdón y de llorar cada vez que daba alguna muestra de dolor y la estabas poniendo nerviosa —respondió Sean con una mueca divertida.

—¿Te parece gracioso? Espera a que te toque pasar a ti por esto —resopló Lugh ofendido.

—Por suerte para mí, Morrigan no creo que emita ni un quejido —repuso el Guardián con orgullo.

—Es más, esa mujer es capaz de cortar el cordón umbilical con sus propios dientes una vez termine el parto —convino Elatha bromeando.

Eli empezó a esbozar una sonrisa al comprender por fin las palabras del pequeño Bres. Alana no estaba en peligro, solo que Lugh estaba sufriendo por ella.

—¿Puedo pasar?

—Claro, seguro que se alegra de verte a ti más que a mí —rezongó Lugh.

Eli abrió la puerta y se asomó con cautela.

Alana estaba medio recostada en la cama. Diana y Morrigan estaban junto a ella, una a cada lado, sujetándole las manos y dándole aliento. A sus pies reconoció a Brigid, una de las diosas danianas más importantes. Tenía múltiples funciones entre las que estaba asistir en los partos.

—Espero que tengas una buena excusa para no venir a recibirme cuando he llegado —bromeó la muchacha.

Que las cuatro mujeres sonrieran al verla aparecer fue una señal certera de que todo iba bien.

—¡Eli! —exclamó Alana con alegría antes de que su rostro se contorsionara de dolor por una contracción.

Eli se acercó a su hermana y la besó en la frente y después ocupó el lugar de Morrigan, que se lo cedió tras un breve abrazo.

—Has venido a tiempo para ver nacer a tu sobrina —comentó Brigid justo antes de centrar su total atención en Alana.

Minutos después, llegaba al mundo Meaghan. Una preciosa niñita con una suave pelusilla rubia en la cabeza y los ojos azul celeste.

—¡Por Danu! Es igualita a Lugh, incluso resplandece como él —susurró Morrigan con una mueca de fingido disgusto que contrarrestó con la ternura que hizo brillar sus ojos.

En cuanto la bebita comenzó a berrear, furiosa, el dios del Sol irrumpió en la habitación. Al ver a su hija, su expresión de adoración fue cegadora.

—Ahora volverá a llorar —predijo Elatha volteando los ojos.

—Que tú lo hicieras al ver a tu hijo por primera vez, no implica que todos lo demás hombres lo vayan a hacer —señaló Diana.

Justo cuando acabó de decirlo, Lugh dejó escapar un suspiro conmocionado y comenzó a llorar.

Elatha miró a su mujer con una ceja arqueada y una sonrisa jactanciosa, lo que provocó que ella le sacara la lengua.

Todos observaron con cariño cómo Lugh tomaba a aquel diminuto bultito entre sus enormes manos y, después de depositar un suave beso en su frente, se la entregó a su madre. La mirada de amor que compartió por un segundo la pareja fue tan emotiva que todos decidieron dejarlos a solas para darles intimidad.

Cuando salieron, estuvieron conversando y poniéndose al día. Eli tenía un nombre en el pensamiento todo el tiempo, pero ninguno hizo mención de él, y a ella le dio medio preguntar.

Taran.

Hacía cinco años que no sabía nada del general fomoriano. Cuando hablaba con Alana evitaba preguntar por él y su hermana tampoco lo nombraba.

¿Y si todavía no había superado la muerte de Heather?

¿Y si se había olvidado de Eli?

¿Y si en aquel tiempo se había enamorado de otra?

Las dudas la agobiaron.

—¿Te encuentras bien? —inquirió Morrigan mirándola con esa intensidad que la caracterizaba, como si pudiese leer en su interior.

—Sí… Yo… —farfulló incapaz de decir lo que la preocupaba.

—¿Por qué no sales un rato a pasear por el jardín? Tal vez allí encuentres las respuestas que estás buscando.

Eli decidió hacerle caso. Pasear por el jardín de Avalon siempre la ayudó a pensar.

Todo estaba igual. O casi.

Desde la glorieta de cristal donde se solía refugiar, pudo ver a Craosach pastando al lado de una bonita hembra de figura elegante y un vivaracho potrillo que hacía cabriolas a su alrededor. El unicornio había formado una preciosa familia.

Los estaba observando embelesada cuando sintió una presencia en su espalda. No le hizo falta girarse para saber quién era. Tampoco dio señal de que sabía que él estaba allí. Simplemente aguardó con la respiración contenida.

Entonces, unos brazos fuertes y familiares la rodearon desde atrás y una voz cargada de anhelo y amor le susurró en el oído:

—*Mo mhuirnín*, por fin has regresado a mí.

Eli dejó escapar el aliento con un suspiro entrecortado.

Después, se giró entre sus brazos, alzó el rostro hacia Taran y lo miró a los ojos. En sus pupilas ya no veía sombras, tan solo la misma emoción que la embargaba a ella.

Todas las dudas se disiparon.

Los dos intercambiaron una suave sonrisa llena de emoción antes de que Taran tomara sus labios con pasión.

Y supo que por fin había llegado el momento.

Su momento.

Nota de la autora

La trilogía Celtic ha llegado a su fin. Quiero disculparme por haber tardado tanto en sacar el último libro, sé que lo esperabais con ganas, pero la inspiración no se puede forzar. Con todo, espero que lo hayáis disfrutado y que haya estado a la altura de vuestras expectativas.

Como habéis podido observar, en este libro no solo se recoge la historia de Sean y Morrigan, también tienen un lugar especial Eli y Taran, dos personajes que se han ganado a pulso su propio final feliz. Espero que os haya gustado leer sobre ellos y sobre las otras parejas: Diana y Elatha, y Alana y Lugh.

Me planteé alargar un poco más en el tema de la batalla final, pero no me apetecía recrearme demasiado en la violencia de una guerra y solo he querido dar unas pinceladas de cómo la afrontan los diferentes personajes, dejando el resto a vuestra imaginación.

Porque sí, esta trilogía está escrita para motivar la fantasía, hacernos escapar de la realidad y apreciar toda la magia que nos rodea, empezando por la que está en nuestro interior.

Gracias por leerme y que la diosa Danu te guíe por el camino de la felicidad.

Agradecimientos

Mi primer agradecimiento va a ser para todas aquellas lectoras que llevan más de un año preguntándome cuándo iba a sacar este libro. De verdad, no sabéis la ilusión que hace sentir que una historia os ha atrapado tanto que ansiáis conocer el final. Sois maravillosas.

Gracias a Carmen, la mejor lectora cero que se pueda tener, siempre dispuesta a leer lo que le des y sin miedo a decir lo que piensa. Te has convertido en una de las personas más importantes en mi mundo literario.

Muchas gracias a Raquel Antúnez, mi correctora, porque además de ser una gran profesional, es cercana y paciente. Vamos, una joya.

Siempre agradecida a Érika Gael por enseñarme a construir con palabras las historias que me rondaban en la cabeza.

Y para finalizar, gracias a mi familia y amigos. Sobre todo, a mis tres chicos. Os quiero.

ADRIANA RUBENS (Valencia, España, 1977). Adriana Rubens es el seudónimo utilizado por la escritora de novela romántica Beatriz Calvet.

Se licenció en Bellas Artes por la Universidad Politécnica de Valencia, dónde le concedieron diferentes becas de estudios en el extranjero, que le permitieron vivir unos años entre Italia e Irlanda.

Apasionada de la novela romántica desde muy joven, intenta compaginar su afición por la escritura con un trabajo de jornada completa y dos niños pequeños, que le han inspirado a escribir sus novelas bajo el seudónimo Adriana Rubens.

Es la ganadora de la sexta edición del Premio Vergara-El rincón de la Novela Romántica con la obra *Detrás de la máscara* (2016).

Notas

[1] Según las leyendas celtas, *Tir na nÓg* es un mundo subterráneo oculto por la magia en el que el tiempo corre de forma diferente y no se envejece jamás. <<

[2] En gaélico, «mi señor». <<

[3] En inglés, «cocinero». <<

[4] En suajili, «amo» o «señor». Se usa irónicamente cuando te ordenan algo y aceptas hacerlo, aunque no estés de acuerdo. <<

[5] Protagonista femenina de la película *Matrix*. <<

[6] *Siúil a rún* es una canción tradicional irlandesa, posiblemente compuesta en el siglo XIX. Ha sido versionada por muchísimos grupos, aunque si queréis escucharla os recomiendo la versión de Clannad o de Celtic Woman.

La traducción al español sería esta:

Desearía estar en aquella colina,
en donde me sentaría y lloraría hasta saciarme
hasta que cada lágrima haga girar un molino.
Puedes caminar seguro, querido mío.

Camina, camina, camina, mi amor
Camina en silencio y pacíficamente
Camina hacia la puerta y huye conmigo
Puedes caminar seguro, querido mío.

Venderé mi roca, venderé mi carrete,
Venderé mi única rueca
Para comprar a mi amado una espada de acero.
Puedes caminar seguro, querido mío.

Teñiré mis enaguas; las teñiré de rojo
Y por el mundo mendigaré mi pan
Hasta que mis padres me quieran muerta.

Puedes caminar seguro, querido mío.

Deseo, deseo, deseo en vano
Deseo recuperar mi corazón
E inútilmente pensar que no me quejaría.
Puedes caminar seguro, querido mío.

Pero ahora mi amor se ha marchado a Francia
Para probar fortuna para prosperar
Si regresará no es más que una posibilidad
Puedes caminar seguro, querido mío. <<

[7] En gaélico irlandés: «Tu fuerza interior será la que te guíe a partir de ahora». <<

[8] En francés, «¡Hermosa y con buenas ideas!». <<

[9] En francés, «¡Soy un idiota!». <<

[10] En gaélico, «Sol». <<

[11] En gaélico, «Mi amor». <<

[12] En gaélico, «Mi latido». Se usa como declaración de amor abreviada de la frase: «Tú eres el latido de mi corazón», que en gaélico sería «A chuisle mo chroí». <<

[13] Es la Tierra Prometida, los dominios de Manannán Mac Lir, Señor de los Mares. <<

[14] Flauta irlandesa. <<

[15] En gaélico, «Agua de vida». <<

[16] En gaélico, «Tu fuerza interior te dará valor en el combate». <<

[17] Tambor de marco irlandés. <<